





ISTORIA

DEL REINADO DE FELIPE II,

REI DE ESPAÑA,

ESCRITA EN INGLES POR MR. WATSON, profesor de filosofia i de retórica en la unibersidad de san Andres, i traduzida al castellano por el Z. R.

TOMO II.

MADRID: 1822.
IMPRENTA QUE FUE DE FUENTENEBRO.

Se bende en la librería de Brun, frente á las gradas de san Felipe el Real.

ISTORIA
DEL REINADO DE FELIPE II,
REI DE ESPAÑA.

LIBRO DÉZIMO CUARTO.

La biolenzia del mal no le permitió á Requesens que se diera suzesor; i por su muerte recayó el gobierno en el consejo de estado, cuya autoridad interina confirmó el rei. Zelebraronlo mucho las probinzias de Olanda i Zelanda, lisonjeándose de que no estando el gobierno en manos de ningun estranjero, aquellos á quienes se abia confiado se portarian con ellas con mas moderazion, i menos encono. Empero el consejo abia resuelto seguir las mismas huellas i el mismo plan de operaziones. En consecuenzia tomó en consideration las ya empezadas, i trató de proporzionar los medios de concluirlas. I solo cuando objetos mas importantes para él que la reduczion de las probinzias marítimas le distrajeron, mudó de conducta.

Antes que Requesens muriese se abia amotinado muchas bezes la caballería española; i la infantería siguiera su ejemplo sino estubiera continuamente ocupada en el sitio de Ziric-Zee; i si la esperanza de enriquezerse con

el saqueo de aquella ziudad no la empeñára en obedezer á sus jefes. Mas cuando bió engañadas sus esperanzas, i que la contribuzion á los abitantes esijida no se empleaba en pagarles una parte de sus atrasos, se entregó á su resentimiento, corrió á las armas, sacudió la obedienzia, se dió otros jefes, i aun elijió jeneral: i para dar mas solidez á su union, todos sin distinzion de soldados ni ofiziales se juraron ante la ostia consagrada fidelidad imbiolable. Con tanto, abandonando las ziudades marítimas, i todas las conquistas que tanta sangre, penas, i fatigas les costara, se dirijieron al Brabante, i conzibieron el designio de apoderarse de algunas de sus plazas fuertes, de donde pudiesen azer escursiones, i saquear las ziudades i pueblos del contorno.

De órden del consejo, les salió al encuentro el conde de Mansfeldt; pero por mas proposiziones, por mas promesas que les izo no logró que mudasen de designio. Era su intento apoderarse de Bruselas, i con la esperanza de azerlo por sorpresa caminaban con asombrosa zeleridad; empero les salió bana, porque á la notizia que de ello tubieron á tiempo, suzedió el cuidado i la bijilanzia del pueblo i la guarnizion. Intentaron despues sorpreender á Malinas; mas inútilmente. Entonzes dejaron el Brabante, entraron en Flandes, i bolbiendo repentinamente ázia Alost, la tomaron por escalada á media noche, miéntras los ziudadanos descansaban en la mayor seguridad. Ninguna plaza mas á propósito para sus designios, como que estaba situada en medio de un pais rico, i á igual distanzia de Gante, de Ambéres, i de Bruselas. No bien desplegaron el estandarte de la rebelion cuando una gran parte de las otras tropas es-

pañolas se unieron á ellos; i entonzes fué cuando dieron prinzipio á toda espezie de biolenzias i eszesos contra los abitantes de las ziudades i campiñas inmediatas.

No estaba ozioso el prínzipe en estas zircunstanzias, que tan felíz coyuntura ofrezian al logro de sus proyectos, i tan basto campo á su capazidad i penetrazion. Miéntras sus emisrios obraban por su parte, él por la suya reanimaba con sus cartas á los pueblos, i persuadia particularmente al consejo de estado, que en fin abia llegado el faborable momento de librar para siempre á los Paises-Bajos de la tiranía española. «La probidenzia, les dezia, a puesto en buestras manos el gobierno: retenedle con firmeza, i no os desapropieis jamas del poder que ejerzeis: empleadle en librar á buestros ziudadanos de la pesada carga que les agobia, de los males que sufren, de la miseria que padezen tanto tiempo aze. La medida de las calamidades del pueblo, i la de las iniquidades de los españoles llegaron á su colmo. Suzeda lo que quiera, la suerte de los desgraziados naturales no podrá ser mas orrible que ya es: i bosotros, ningun motibo personal teneis que os disuada de tomar la firme resoluzion de arrojar buestros tiranos, ó morir en tan gloriosa empresa.» Las esacziones de las tropas españolas daban nueba fuerza á las esortaziones del prínzipe i sus partidarios, i azian mas biba impresion en los ánimos. El consejo de estado mismo estaba tan irritado como el pueblo; i en su resentimiento resolbió publicar un bando declarando á aquellas tropas rebeldes al rei. Barlaimont, Mansfeldt, Biglio, asta los ofiziales españoles de mas cuenta, i Roda, presidente del consejo de las rebueltas, aprobaron al prinzi-

pio este bando, creyendo que solo dezia relazion con las tropas amotinadas. Mas luego que bieron que se queria estender su efecto á todos los adictos al gobierno español mudaron de dictámen i aun procuraron disculpar á los soldados, i se opusieron formalmente á la publicazion del bando. «Berdad es, dezian, que se an amotinado los soldados; ¿empero podrá por eso acusárseles de rebelion? No están pagados. Por otra parte ¿qué se espera del bando? que se irriten mas i sea el pueblo el que lo pague. ¿Tiene el consejo fuerzas sufizientes para sostener su determinazion, i reprimir los eszesos que quiere castigar?» Poco efecto izieron estas razones en el mayor número de los consejeros, que no contentos con declararse en fabor del bando izieron arrestar como cómplizes de la rebelion de los soldados, á los que botaron contra él. La plaza de presidente que ocupaba Biglio se dió al duque de Arschot. Publicóse pues el bando, conzebido en términos aun mas fuertes que el que se proyectó al prinzipio, i mas propio para irritar al pueblo, i aumentar su odio á los soldados; i aun se le eszitaba á que se uniese al consejo para echar de la tierra aquella tropa de bandidos, que á pretesto de las pagas que dezian debérseles querian arruinar al pais, i le arruinarian efectibamente sino se les resistia.

Eran tan conformes las ideas enunziadas en el bando con las que los flamencos tenian, que produjo en sus ánimos lo mismo que el azeite en el fuego. No obstante, para darle mas fuerza i que fuesen mayores sus efectos, al mismo tiempo que diese mas peso á las medidas ya tomadas, i que el consejo disponia tomar, combocó á junta jeneral á todos los diputados de las

probinzias, i todas embiaron los suyos, eszepto la de Lusemburg. Apénas se izo la abertura de esta asamblea cuando empezaron las ostilidades. La ziudadela de Ambéres, las ziudades de Gante, Balenzienes, i Utrecht estaban en poder de los españoles: Romero mandaba en Liera, i Maestricht tenia de guarnizion un rejimiento de alemanes. Era mui importante á los estados el apoderarse de todas estas plazas, i aun mas el impedir que se reuniesen las tropas españolas i formasen un ejérzito. En tanto que se disponia lo mas combeniente para conseguirlo, se procuraba tambien atraer los rejimientos walones que estaban al serbizio de España; i luego que se declararon por los estados se unieron á las numerosas reclutas que ya se abian echo, i se compuso un ejérzito respetable.

Los españoles por su parte, animados por el presidente Roda, i por el bizarro i actibo Abila, no ubo medio de que no se baliesen para inutilizar los proyectos contra ellos formados. Uno de sus ofiziales llamado Bargas abia reunido en las zercanías de Maestricht ochozientos ombres de caballería, con ánimo de conduzirlos á Alost, i combidar á los amotinados que dominaban aquella ziudad, á que se uniesen á él i obrasen de conzierto contra los estados. Sabedores estos de aquel intento embiaron un destacamento de dos mil infantes i seiszientos caballos que se le opusiesen, i con efecto le encontraron en Bisenach. El partido no era igual, i á no considerar mas que el número eran los españoles mui inferiores; pero esta inferioridad era no obstante menor que la de sus enemigos respecto del arte de la guerra i de la disziplina militar, de que ningun conozimiento tenian. Bargas para suplir la infantería que le

faltaba izo echar pie á tierra á una compañía de borgoñones, i esperó al enemigo. Atacóle este con mucha bibeza, pero sin fruto. Rechazaronle los españoles, rompieron sus líneas é izieron una gran carnizería.

Continuó Bargas su marcha á Alost, donde encontró á Romero i Abila que coadyubaron sus instanzias para que se uniesen los soldados españoles. Todo cuanto á este fin se les dijo fué en bano. Ni la gloria de su nazion interesada en que obrasen de conzierto, ni su propia seguridad bastaron á benzer su obstinazion; firmes en no salir de allí asta que se les pagase lo que se les debia. Bisto esto, partió Bargas para Maestricht con notizia que tubo de que la guarnizion de alemanes puesta en aquella plaza por los españoles estaba combenida en abrir las puertas á las tropas de los estados, i que sino lo abia echo abia sido porque algunas compañías de españoles se apoderaran de una de las puertas de la ziudad de Wick, situada al este del rio, i que se comunica con Maestricht, por un puente en el Mosa.

Juntado que se ubo Bargas con aquellas compañías, tubo en el puente un rezio combate con los bezinos de la ziudad, que sin duda quedaran bictoriosos si los alemanes les ayudaran; mas, intimidados con la llegada de Bargas, i no reconoziéndose superiores en fuerzas, se unieron á los españoles; i los naturales rechazados i obligados á meterse en la ziudad pagaron bien cara la tentatiba que izieron en fabor de su libertad. Españoles i alemanes á una saquearon la ziudad i cometieron los mayores eszesos. (1)

(1) Meteren, p. 164. Bentib., p. 178.

La memoria de esta catástrofe borró bien pronto otra suzedida en Ambéres. Tenian los españoles la ziudadela de aquella ziudad, i los estados izieron cuanto pudieron porque se la entregaran; i no abiéndolo conseguido pensaron en balerse de la fuerza para echarlos; á cuyo fin embiaron á Champiñi (1) gobernador de la ziudad, un numeroso cuerpo de walones i otras tropas. Importaba mucho el quitar á los españoles una posesion que les azia dueños en zierto modo de la ziudad (con la cual se comunicaban por una gran esplanada) i de todo el contorno por medio de la puerta que daba al campo. Los peligros á que esta posizion esponia á la ziudad no abian llamado tanto como debieran la atenzion de los estados. Izoselos conozer Champiñi, imbitándoles repetidas bezes á que iziesen lebantar una trinchera en la esplanada, i plantar en ella baterías que pusiesen la ziudad á salbo de las empresas de la guarnizion de la ziudadela; i que al mismo tiempo se reuniese el mayor número de tropas posible, que formase un campo capaz de cortar toda comunicazion entre Alost, las otras ziudades dominadas por los españoles, i la ziudadela. De este plan solo parte adoptaron los estados. No se formó el campo, i se tubo por bastante el que se atrincherase la esplanada; i aun esto se mandó ya tarde, creyendo que la guarnizion no se atreberia á intentar el apoderarse de la ziudad en cuya defensa abia un cuerpo considerable de tropas; i aun lisonjeándose de que obligarian á la guarnizion á rendirse antes que pudiese ser socorrida. Plantaronse pues en la

(1) Era ermano del cardenal Grambela, i tan enemigo de los españoles como partidario éste.

esplanada dos fuertes baterías, miéntras los abitantes trabajaban con igual ardor en azer una profunda trinchera i lebantar un parapeto que defendiese la ziudad.

Acabadas estas obras se dió prinzipio al sitio de la ziudadela; al mismo tiempo que tambien la de Gante se sitiaba. Los estados se prometian mucho del buen ecsito de estas dos empresas; péro engañó sus esperanzas el efecto que produjo en los soldados amotinados que ocupaban á Alost, el estruendo de la artillería. Oyenla, i despierta en ellos aquel espíritu guerrero i feróz que les era natural, siendo mas poderosa que todas las esortaziones i ruegos de su comandante. Nabares á quien abian elejido jeneral se aprobechó de la disposizion en que les beia, les juntó, les pidió que reflesionasen con madurez azerca de la inconsecuenzia de su conducta, les espuso cuán inprudente era permitir que las dos ziudadelas que los flamencos sitiaban cayesen en su poder, i añadió: «esa artillería que ois tronar, i bate esas plazas ¿no os amenaza lo mismo que á sus balientes defensores? ¿Podemos dudar que despues que triunfen de nuestros compatriotas no buelban las armas contra nosotros, que somos mas que ellos el objeto de su odio? ¿Esperais que los estados se allen despues mas dispuestos á otorgaros lo que les pedís que lo an estado asta ahora? ¿Esperais que engreidos con sus triunfos os será entonzes mas fázil atraerlos á que os paguen los atrasos que os deben? Creedme: no tardarán mucho en estinguir en buestra sangre esta funesta deuda que os aze tan tenazes. Bamos pues sin tardanza á socorrer la ziudadela de Ambéres; i despues de obligar al enemigo á que lebante el sitio, nos será fázil apoderarnos de

la ziudad ; que es la mas opulenta del mundo entero. Entonzes será cuando á pesar de todos los esfuerzos de sus abitantes, i de los nuebos reclutas que la defienden, podremos bengarnos del indigno modo con que nos an tratado. » No pudo continuar Nabares : todos aplaudieron su determinazion, todos gritaron á las armas, i este grito repetido sin interrupzion animaba su impazienzia. El deseo de salir de la ziudad era entonzes igual á la obstinazion con que antes se negaron á dejarla. El 3 de nobiembre, algunas oras antes de salir el sol, salieron con ánimo de caminar toda la noche i sorprender en la madrugada del dia siguiente al enemigo, que así no podria tener notizia de su designio. El paso del Escalda retardó su marcha pues no pudieron atrabesarle tan pronto como abian creido; de modo que en lugar de llegar á la madrugada no pudieron entrar en la ziudadela de Ambéres asta zerca del mediodia. En el camino se les reunieron cuatrozientos caballos mandados por Romero i Bargas, que instruidos por Nabares se pusieron inmediatamente en marcha con los soldados que pudieron juntar. La notizia de su llegada, tan inesperada de los abitantes, difundió entre ellos el temor i el espanto. No podia ocultárseles el designio con que abian salido de Alost, ni menos dejar de formarse la mas triste idea de su situazion. Abialo prebisto Champiñi; pero no se estimó su dictámen. Beia formarse la tempestad, i para alejarla izo cuanto pudo; pero el enemigo no le dió tiempo para que iziese lo que las circunstanzias pedian.

Apénas entraron en la ziudadela cuando pidieron que se les llebase al ataque de las trincheras que les zerraba la entrada de la ziudad. En bano intentó Abila que descansasen i toma-

sen algun alimento. El furor pintado en sus rostros, lanzando fuego por los ojos, ardiendo en deseos de benganza i codizia, estaban todos resueltos á morir ó trasladar el cuartel á la ziudad antes de anochezer. Esta tropa frenética constaba de dos á tres mil ombres, sin compreender la caballería de Bargas i Romero, que con la guarnizion compondrian otros tantos. A estos mandaba Romero: á los otros Nabares. Ambos cuerpos atacaron á la par i con el mayor ímpetu las trincheras que se oponian á su paso. Sostubieron los bezinos este primer ataque con la mayor intrepidez: su resistenzia léjos de entibiar el ardor de los españoles sirbió para abibarle; i miéntras la artillería de la ziudadela jugaba contra el enemigo, izieron ellos tales esfuerzos de balor que penetraron asta sus atrincheramientos i obligaron á uir á los que los defendian. Dos calles ban á la plaza mayor que está en el zentro de la ziudad, i por ellas uyeron los flamencos, á quienes los españoles ayudados por la caballería siguieron el alcanze, destrozando á cuantos encontraban, asta que los fujitibos llegaron á la plaza del consistorio, en que se les reunieron tropas de refresco, é izieron alto. Allí se renobó el combate; pero benzidos tambien mui pronto en todos los puntos, todos perezieran sino se refujiaran unos en las casas consistoriales, otros en las que rodeaban la plaza. Desde ellas izieron por algun tiempo un fuego terrible, que mató muchos españoles; pero estos las pegaron fuego con paja i otros combustibles, sin perdonar las del cabildo que eran uno de los mejores edifizios públicos, i quedó reduzido á zenizas. Los que estaban dentro perezieron, unos sufocados por el umo i las llamas, otros muertos al querer uir del fuego;

i muchos que desesperados se arrojaron por las bentanas.

Derramaronse los españoles por la ziudad, sin que nada les contubiese: donde allaban alguna resistenzia, acometian con tanto ímpetu, que ninguna bastaba á detenerle por mucho tiempo. Si ubieran sido mas, ya para destrozar á cuantos encontraban al paso, ya para perseguir á los fujitibos, ubiera sido aun mayor el número de bíctimas; sin embargo de que pasaron de siete mil, no abiendo perdido los españoles mas de doszientos ombres. Tenian estos en su fabor la esperanza: poseian el arte de pelear, i los ziudadanos le ignoraban; i es de la disziplina mas que del balor de lo que los triunfos dependen.

Eran los españoles soldados biejos, abituados á la subordinazion; que en lo mas rezio de los combates obedezian la boz de sus jefes; i asta en el desórden de una derrota sabian obedezer: en medio de la fuga, bolberse á formar i tornar á la pelea. Los abitantes de Ambéres si bien tenian el balor que la desesperazion inspira, i peleaban con furor, empero carezian de método: animábales un mismo interés, empero sus esfuerzos no eran uniformes. Así fué que puestos en órden de batalla por Champiñi, lo mejor que las zircunstanzias se lo permitieron, ni pudieron conserbar por mucho tiempo la ordenanza, ni perdida, recobrarla. En fin, si fueron benzidos en aquella fatal jornada, no por falta de balor se acarrearon aquel infortunio, sino de esperienzia en el arte de la guerra. Aziéndoles esta justizia, debemos tambien pagar á los españoles el justo tributo de elojios que les son debidos: pelearon, sin duda, con un balor berdaderamente eróico; pero el brillo

de su triunfo obscureziόle la abarizia que animaba su balor, i las eszesibas crueldades con que ejerzieron la bictoria. Ninguna nazion de Europa las a cometido nunca semejantes.

Era entonzes Ambéres la mas floreziente entre todas las ziudades comerziantes del mundo, i la escala de todo el comerzio de Europa. Las compañías de comerzio de todas las naziones tenian allí sus factorías. Las mas preziosas mercanzías: las produczіones mas raras de las cuatro partes del mundo allí se allaban reunidas. Muchos de sus ziudadanos eran los comerziantes mas ricos de Europa: sus casas adornadas de los muebles mas magníficos: sus tiendas, sus almazenes contenian una prodijiosa cantidad de materias de oro i plata. I de todo se apoderaron los españoles sin distinzion de amigos ni de enemigos: el botin fué inmenso, empero no sufiziente para satisfazer su codizia. Bastábales sospechar que uno tenia mas efectos ó dinero del que se le abia encontrado, para que iziesen con él las mas orribles crueldades, porque declarase lo que creian ocultaba. En toda la ziudad resonaban los orribles gritos que arrancaban los tormentos á aquellas infelizes bíctimas de la codizia. Por todas partes se oian los jemidos de los desgraziados, á quienes forzaban á ser testigos de los suplizios de sus padres, de sus maridos, de sus mujeres ó de sus ijos. Omitamos en obsequio de la umanidad de nuestros lectores la descripzion que azen muchos istoriadores (1) de los diferentes tormentos que aquellos ombres bárbaros imbentaron i ejerzieron: imposible es leerlo sin estremezerse i escandalizarse.

Tres dias con tres noches duró el saqueo, i

(1) De Thou et Meteren.

la matanza de los basallos de un mismo soberano, que nunca les abian echo la mas lebe injuria, ni causado el menor daño. Podian tener queja del consejo de estado i de los estados jenerales; pero ¿era justo que la bengasen en los bezinos de Ambéres? Lo mas escandaloso es que nada iziesen los ofiziales para detener los eszesos de los soldados, cuya conducta pareze que autorizaban con su silenzio. En fin, zesó la carnizería i el saqueo cuando ya la fatiga i el cansanzio de los soldados no les permitio continuarla.

Áse calculado en ocho millones de florines el dinero que en espezie sacaron de Ambéres los soldados, ademas de una gran cantidad de oro i plata en tejos, barras i bajilla, muebles i otros efectos preziosos que no pudieron sus dueños recobrar. La pérdida ocasionada por el inzendio de las casas, tiendas, almazenes i edifizios públicos, fué lo menos igual. La mas ermosa i mas considerable parte de la ziudad fué reduzida á zenizas; con una cantidad prodijiosa de muebles, efectos i mercanzias. (1)

Empero si la crueldad que los españoles acababan de ejerzer con Ambéres eszitó en todos los corazones la mas biba compasion, tambien acreszentó el odio que á aquellos berdugos tenian los flamencos; los cuales ansiaban mas que nunca por sacudir i para siempre el yugo de aquellos ombres ferozes. Solo una cosa les azia dudar del ecsito, i era la gran bentaja que las tropas españolas azian á las suyas. Componíanse estas de jente bisoña, poco abituada á las fatigas militares, con poco conozimiento del

(1) Meteren, pag. 164. De Thou, tom. 3, pagina 171. Bentiboglio, pag. 178.

arte de la guerra, i menos de la disziplina. Las de los españoles, por el contrario, eran de soldados biejos, que despreziaban el peligro, i á quienes la larga costumbre de una sebera disziplina abia echo abitual el obserbarla en los combates. En tales zircunstanzias eran de indispensable nezesidad los socorros estranjeros: i el consejo azeptó la artillería, las muniziones i las tropas que el prínzipe de Oranje le ofrezió. Con estos socorros se estrechó mas el sitio de la ziudadela de Gante, que capituló poco despues.

Llebóse en esto dos miras el prínzipe. Inmediatamente despues de la muerte de Requesens, conzibió el proyecto de formar la union de todas las probinzias de los Paises-Bajos; i aun abia trabajado con mucha destreza i actibidad para que se realizase. Los estados no dudaron aczeder á ello despues de lo suzedido en Ambéres, i de la toma de la ziudadela de Gante; é izieron un tratado de union i alianza en que fueron comprendidas todas las probinzias, salbo la de Lusemburg que se negó.

Este tratado, ó mas bien este acto de confederazion, que se llamó la pazificazion de Gante, se firmó el 8 de nobiembre de 1576. Entre las probinzias católicas, las de Olanda i Zelanda, i el prínzipe de Oranje se establezió que en lo suzesibo abria una alianza constante i duradera, i que la paz mas firme i la amistad mas imbiolable reinaria entre ellas: que se olbidaria todo lo pasado: que los prisioneros se debolberian por una i otra parte sin rescate, particularmente el conde de Bossut: que las probinzias confederadas se socorrerian i ausiliarian mútuamente en cuanto pudiesen para echar á los españoles de los Paises-Bajos: que tan luego como el pais se biese libre de tan sanguinarios

opresores, i la tranquilidad restablezida, se reunirian las probinzias, para acordar los medios de reparar los daños causados por la guerra, reformar los abusos, i restablezer la constituzion primitiba en toda su integridad: que el prínzipe de Oranje conserbaria la plaza de almirante i gobernador de las probinzias marítimas, con el ejerzizio de sus funziones i el poder de ejerzerlas: que él i los demas á quienes se abian confiscado bienes, se reintegrarian en todos sus derechos i dignidades: que todos los bandos i decretos del duque de Alba, relatibos á lebantamientos i erejía, serian nulos, i mirados como no espedidos: que sin embargo, la relijion católica romana seria la única que libremente se profesase en las probinzias en que fuese la dominante; i que en las de Olanda i Zelanda, todo lo conzerniente á lo zibil i á la relijion permanezeria en el mismo estado en que se allaba, asta que la asamblea jeneral dezidiese sobre ello. (1)

Muchos istoriadores an calificado de estados jenerales esta junta, la cual, inmediatamente que la confederazion se firmó, izo trasportar á las fronteras de Franzia los soldados i ofiziales españoles de la guarnizion de la ziudadela de Gante, que lo mismo que los demas prisioneros de guerra debian ponerse en libertad, conforme á un artículo de la confederazion. Despues se ocupó en preparar lo nezesario para echar á los españoles de los Paises-Bajos. Mas á poco se supo que el rei abia nombrado gobernador jeneral de ellos á don Juan de Austria, ijo natural del emperador Cárlos V, i que ya estaba en Lu-

(1) Meteren, pag. 169. Bentiboglio, lib. 9. De Thou, lib. 62., sect. 13.

semburg. Bajo muchos respectos era don Juan propio para el destino que su ermano acababa de confiarle: allábase en la flor de la edad: era afable, de modales apazibles i espresibos, i mui á propósito para ganarse el afecto de los pueblos, al paso que sus talentos militares, acreditados en muchas ocasiones, debian serbirle para reconquistar las probinzias sustraidas. Mas esto no bastaba; i en la situazion en que las crueldades, particularmente las rezien cometidas, tenian á los Paises-Bajos, ubiera sido nezesario que don Juan reuniese á sus cualidades mucha prudenzia, mucha zircunspeczion, i el aber sabido dominarse; pero faltábale la esperienzia, é ignoraba el grande arte de manejar las pasiones de los ombres, sacar de ellas partido, i combertir contra ellos sus propias preocupaziones.

La conducta que tubo á su llegada no fué la que ubiera debido, para disipar las sospechas que los flamencos pudieron conzebir de la eleczion que de él abia el rei echo. Llegado que ubo á Lusemburg, escribió al consejo de estado, manifestándole que no pensaba pasar á Bruselas, residenzia ordinaria de los gobernadores, miéntras no se le embiaran reenes que le asegurasen de su fidelidad. Pidió tambien una guardia para la seguridad de su persona, i el mando ilimitado de las fuerzas de mar i tierra, como le abian tenido sus predezesores. En su carta condenaba los eszesos por los españoles cometidos. (El mismo dia 4 de nobiembre en que llegó á Lusemburg fué en el que saquearon á Ambéres.) I prometia castigarlos si los estados i el pueblo permanezian obedientes al rei, i unidos á la relijion católica. «Mas, si por el contrario, añadia, renunzian á uno ú otro, me allarán tan ac-

tibo en azerles la guerra, preszindiendo de cuanto pueda suzeder, como dispuesto me allo á la paz.» (1)

Amenazas imprudentes. Cuando los estados i el consejo de estado rezibieron este papel de don Juan aun no sabian qué conzepto abian merezido en Madrid sus operaziones. Creian que la resoluzion que abian tomado podria tenerse por el rei no como un atentado contra su autoridad, sino como medio nezesario para librar á los pueblos de las bejaziones de los soldados. Empero el papel del nuebo gobernador les sacó de dudas, i les sorpreendió, porque bieron que se sospechaba de su fidelidad, i que en bez de aprobar i aplaudir sus operaziones se les amenazaba. Aterrábales la idea sola de ponerse en manos de un gobernador que así se esplicaba. Y dudando lo que debian azer, i la respuesta que combendria dar, resolbieron consultarlo con el prinzípe; demasiado astuto para perder tan faborable ocasion de confirmar á sus conziudadanos en las sospechas que en ellos abia echo nazer la intenzion que descubria el nuebo gobernador.

Respondió Guillelmo el 30 de nobiembre á los estados i al consejo: que el modo con que don Juan se esplicaba en su carta daba bien á conozer que sus intentos eran modelar sus operaziones por las de sus predezesores, i seguir en todo sus uellas: que los estados i el consejo debian prozeder con la mayor entereza, no obrar sin la mayor zircunspeczion, ni azer sino lo que la prudenzia les aconsejase: «debeis, les dezia, considerar cuan importante es el cargo que se os a confiado; i tener presente en todo

(1) Meteren, pag. 174.

que de buestra conducta actual dependerá en lo suzesibo buestra suerte, la de buestras mujeres, i la de buestros ijos : que el partido que tomeis os asegurará el goze de los derechos que os da buestro nazimiento, i la cualidad de abitantes de estos paises; ó bien os pribará de ellos esponiéndoos para siempre á la orrible tiranía de los españoles. Esta consideración debe pues estimularos á conduziros con la mayor firmeza, á ejerzer con la mayor enerjía el poder que se os a conferido, i azeros desechar toda espezie de acomodamiento que el nuebo gobernador os proponga i sea en detrimento i perjuizio de las leyes fundamentales de buestra pátria, ó menoscabo de buestra propia autoridad. No oigais (añadia el prínzipe) ninguna proposizion que os aga miéntras no eche del pais las tropas así españolas como estranjeras : no tengais ninguna confianza en sus promesas : no os fieis en las seguridades que os dé de echarlas cuando zese el rigor de la estazion. Acordaos de que cuando el rei partió de los Paises-Bajos para España os prometió que las tropas que en ellos dejaba los ebacuarian tres meses despues de su salida; i sin embargo permanezieron mas de año i medio, i ubieran permanezido mas si los descalabros que su ejérzito padezió en Africa no le ubieran obligado á llamarlas. Por ninguna considerazion debeis imbestir á don Juan del poder absoluto sobre buestros ejérzitos : esto fuera darle armas contra bosotros mismos. Nada prueba mejor á que punto llega su desconfianza que la demanda que os aze de reenes, i guardias que belen sobre su seguridad. Si se la otorgais, bos mismos le pondréis en estado de que aniquile buestra autoridad, i desprezie buestras mas respetables leyes i buestros mas sagrados derechos.

Imposible es persuadirse que quien tanto insta por despojaros del poder lejítimo que ejerzeis desee buestra felizidad. ¿No fuera mas razional que el gobernador se entregase sin reserba á la buena fe de los estados, que el que los estados se pongan á discrezion del gobernador? Pe-ziones como las que os aze no tienen ejemplos: ni aun nuestros soberanos las an echo nunca. Presentabanse sin armas en la asamblea de los estados, i antes de esijir ningunas promesas de que les obedezeriamos se obligaban por los mas sagrados juramentos á mantener nuestros pribilejios, i respetar nuestros derechos. No os sometais pues al poder de don Juan con menos seguridades que las que esijís de buestros soberanos naturales. Esijid de él por preliminar que eche del pais las tropas españolas, i que se obligue solemnemente á gobernar el estado segun las leyes fundamentales, i á mantener á sus abitantes en el goze de todos sus pribilejios.» El prínzipe azia enumerazion de ellos, i referia sus épocas. Despues continuaba diziendo: «La fatal esperienzia que teneis justificará el que pidais se permita á los estados el reunirse dos ó tres bezes al año: que todas las fortificaziones i ziudadelas se arrasasen asta los zimientos: que se os debuelba la facultad de nombrar gobernadores i majistrados de las ziudades; i en fin que no puedan lebantarse tropas ni establezer ninguna espezie de guarnizion en las ziudades ni en las fortalezas sin buestro consentimiento. Poco debe importaros el azer oi jestiones que desagraden al rei; pues os engañais mucho si creeis que no está ya bibamente resentido de lo que abeis echo. Araos las mayores promesas, i rezibireis de su parte las mas firmes protestas de afecto; empero seria el

último estremo de la debilidad si despues de lo que abeis esperimentado en tantos años, pensaseis que teniais otro partido que tomar que el de bolber al yugo que tan felizmente abeis sacudido, ó el de emplear con bigor i firmeza los medios de que os a probisto la probidenzia para libraros de él: medios que no me queda duda, produzirán los mismos efectos que ya an produzido por buestra seguridad, si en lo suzesibo obran de conzierto i bien unidas todas las probinzias.

Esta contestazion surtió el efecto que podia el prinzipe desear: impuso silenzio á los que opinaban que se reconoziese al gobernador con las condiziones que proponia: aumentó la desconfianza de los estados, i se resolbieron en insistir en que se echasen las tropas, en que la pazificazion de Gante se reconoziese i ratificase por el rei, i en no reconozer al gobernador miéntras prebiamente no se otorgasen ambas cosas. En la inzertidumbre en que estaban de si se conzederian ó no, i para no ser sorprendidos en caso de negatiba, ordenaron nuebas lebas, i que se reuniese un ejérzito en Wabre, entre Bruselas i Namur: i al mismo tiempo embiaron embajadores á las potenzias bezinas pidiendo su cooperazion. (1)

Eficazmente apoyadas estas instanzias por el prinzipe, atrajeron á su partido á Juan Casimiro, prínzipe palatino del Rin. No contentos con dirijirse en Franzia á los calbinistas solizitaron del duque de Anjou, ermano del rei, que se declárase por ellos, aziéndole entreber un establezimiento que podria adquirir por aquel

(1) Meteren, p. 175. 176. Bentiboglio, lib. 9. De Thou, lib. 62., sect. 13.

medio, i seria mas combeniente á su rango que el que su nazimiento le daba en Franzia. La reina de Inglaterra oyó faborablemente á los embiados, i les rezibió con mucha benebolenzia. Esta prudente soberana beia con gusto que su mas mortal enemigo se allaba mas embarazado que nunca, i que la desunion entre él i sus basallos los flamencos de cada bez iba siendo mayor; empero su política esijia que no rompiese abiertamente, i así prefirió el socorrerles con dinero mas bien que con tropas. Dióles, pues, cuarenta mil libras esterlinas, i palabra de continuar ayudándoles, á tal que (esto era por conserbar las aparienzias) siguiesen obserbando la pazificazion de Gante, i nunca dejasen de reconozer á Felipe II por su soberano lejítimo.

Mas, en tanto que los estados procuraban con toda dilijenzia ponerse en el de sostener con las armas sus derechos; no omitian las negoziaziones por si con ellas alcanzaban lo que se proponian. Azia mucho tiempo que padezian las calamidades de la guerra, i deseaban con ansia el restablezimiento de la paz, como no fuese á espensas de su libertad. Don Juan por su parte, por mas que le repugnase el condeszender con las pretensiones de los estados, procuraba con sus sagazes discursos i con sus promesas bagas atraerles á lo que deseaba, persistiendo no obstante en que se le diese una guardia, en retener las tropas miéntras los estados no lizenziasen las suyas, i en que pusiesen reenes en poder de una potenzia neutral asta que cumpliesen sus empeños.

Los estados en quienes el prínzipe abibaba la desconfianza que de don Juan les abia echo conzebir, i que ademas abian penetrado los desig-

nios de éste, se resolbieron en dar un paso que le quitase toda esperanza de azerles mudar de opinion, ni alterar en nada las condiziones esijidas. En consecuenzia, en la asamblea de 5 de enero de 1577 izieron un acta de union por la que se obligaron del modo mas solemne á mantener imbiolablemente i por siempre la pazificazion de Gante, sin perdonar bienes, personas, ni bidas para que todo su tenor se cumpliese; declarando traidores i perjuros á los que entrando en esta union, dijesen, iziesen, ó aconsejasen cualquier cosa contra ella. Este acta firmada de los gobernadores, de los diputados de las ziudades i de las probinzias, de la nobleza, de los obispos, de los abades i demas eclesiásticos constituidos en dignidad, de los ministros de justizia, de los diferentes consejos, colejios i cabildos, ratificada despues solemnemente por el consejo de estado, se remitió á don Juan como última respuesta á sus demandas. (1)

Tan firme resoluzion produjo el efecto á que se dirijia. No creyó don Juan allar tanta firmeza, i se combenzió de la nezesidad de otorgar lo que se le pedia, ó recurrir á las armas. Era ambizioso i gustaba de la guerra, i sino tubiera que consultar mas que su inclinazion no dudara tomar el último partido; empero abiasele prescripto que ebitase el romper abiertamente con las probinzias católicas. Consideraba ademas, que prebenido por los estados, les allaria preparados á rechazar la fuerza con la fuerza: sabia que les animaba la esperanza de ser socorridos por los bezinos: beia tambien que las tropas españolas rodeadas por todas partes de enemigos se allarian espuestas á perezer de am-

(1) Meteren, p. 179.

bre i de miseria; i estas considerazione i la esperanza de que llegaria á calmar los temores i disipar las sospechas de los flamencos le dezidieron á que entrase en negoziazion con los estados. Lisonjeábase de que si llegaba á lograr el inspirarles confianza le seria despues fázil el irles despojando por grados del poder á que tan adictos parezian. Contestó pues á los estados que le embiasen sus diputados á Marche-en-famine en el ducado de Lusemburg, i despues de muchos debates i dificultades, el 12 de marzo de 1577 se concluyó un tratado á que con poco tino se dió el nombre de edicto perpetuo.

Por él se obligó don Juan á azer salir las tropas que en los Paises-Bajos tenia el rei en su serbizio, i á que no bolberian á entrar sin el consentimiento de los estados: que las tropas españolas é italianas saldrian cuarenta dias despues de firmado el tratado, i las alemanas inmediatamente que se las pagasen los atrasos que se las debian: que todas las ziudades i fuertes que las tropas ocupaban se entregarian, ebacuadas que fuesen, á los estados con sus almazenes de bíberes, armas i muniziones. Tambien ratificó don Juan la pazificazion de Gante, i consintió que los prisioneros detenidos con motibo de los lebantamientos fuesen puestos en libertad, eszepto el conde de Buren, ijo del prínzipe de Oranje: se obligó á azer una esacta imbestigazion de los eszesos últimamente cometidos por las tropas, castigar los culpados, é indemnizar á los que ubiesen sufrido perjuizios con motibo de aquellos eszesos; cuyas indemnizaziones se arreglarian en los Paises-Bajos ó en España donde el rei mas quisiese.

Los estados por su parte se obligaron á guardar fidelidad imbiolable al rei: á mantener

en todas las probinzias el ejerzizio de la relijion católica, á reconozer á don Juan por gobernador jeneral de los Paises-Bajos, i á suministrarle inmediatamente seiszientos mil florines con destino al pago de las tropas españolas é italianas, para fazilitar que cuanto antes bolbiesen á su pátria.

Firmado que fué, las probinzias católicas, únicas que en él abian interbenido, embiaron diputados al prínzipe de Oranje i á los estados de Olanda i Zelanda pidiendo su aczesion. Fázil era prebeer que seria negada; pues aunque por la pazificazion de Gante se abian obligado las probinzias marítimas á estar por lo respectibo á la relijion á lo que dezidiesen los estados jenerales que debian zelebrarse inmediatamente que saliesen las tropas españolas, no fué sino porque esperaban que podrian antes que se zelebrasen predisponer los ánimos para que la dezision fuese faborable á la nueba creenzia, i que las razones que sus diputados ubieran espuesto en aquella asamblea misma, abrian tenido bastante peso para balanzear el zelo de los diputados de las probinzias católicas. Debíase presumir que sin esta esperanza nunca las probinzias marítimas se ubieran remitido á la dezision de las otras, ni mas que á la suya propia en lo conzerniente á su creenzia á que estaban sinzeramente adictos. No debia, pues, estrañarse que reusasen aczeder al tratado que se les presentaba, i por el que sin consultarlos se abia dezidido un punto tan importante. Mas, para no poner en cuidado á las probinzias católicas por su relijion, los estados de Olanda i Zelanda nada dijeron en su respuesta conzerniente al motibo prinzipal de su desaprobazion: antes bien la prinzipiaron tributando muchas

alabanzas al zelo jeneroso que los estados de las probinzias católicas abian manifestado para librar la pátria de la tiranía de los españoles; asegurándoles en seguida que se regozijaban de berles dispuestos á persistir en la resoluzion de permanezer constantemente unidos á la pazificazion de Gante; pero que sin embargo, despues de esaminar con la mayor madurez el tratado que acababan de concluir con los españoles, le allaban mal combinado con su propio interés, i enteramente opuesto á las intenziones de los estados mismos; «porque ademas de otras muchas objeziones de gran peso que podian azerse, dezian, es mui de notar que ninguna precauzion se aya tomado para asegurar la combocazion regular de una asamblea jeneral; lo cual es tanto mas estraño, cuanto el tratado se a echo para restablezer á los estados en todos sus derechos, i asegurarles el goze de ellos. Aun se a echo mas; pues se a autorizado una infraczion manifiesta de estos mismos derechos, consintiendo en la injusta detenzion del conde de Buren. Por este tratado, notaban tambien, se a faltado á los miramientos, i aun al respeto debido á la reina de Inglaterra, i al duque de Anjou. Anse insertado en él muchos artículos que ofenden el onor i la gloria de los Paises Bajos; entre otros aquel por el cual en bez de insistir en la restituzion de los efectos inapreziables pillados por los españoles, se les a prometido dinero á esos mismos á quienes los estados i el consejo de estado en uso de la autoridad real que ejerzian, declararon solemnemente traidores i rebeldes.»

¿Cómo podian los católicos desconozer la fuerza ni la justizia de estas objeziones? La impazienzia con que deseaban berse libres de aque-

llas tropas, i en paz, les arrastró en zierto modo, i les izo concluir el tratado con demasiada prezipitazion. Pero ya firmado, no les quedaba arbitrio para aprobecharse de la gran penetrazion del prínzipe de Oranje; ni mas que azer que no perder de bista al gobernador, obserbando atentamente su conducta asta que las tropas saliesen i aun se alejasen de la tierra lo bastante para no temer que con fazilidad bolbiesen aunque se llamasen. El designio prinzipal de don Juan por entonzes era el disipar de los flamencos toda idea de desconfianza. A este fin empleaba su autoridad é influjo con los españoles para que cuanto antes saliesen del pais; i con efecto logró que saliesen, mas no sin repartirles antes los seiszientos mil florines que para ello le dieron los estados. Estos ombres berdaderamente balerosos aunque ferozes i groseros, dirijieron su marcha por Italia, sin escrúpulo de las biolenzias i robos echos á sus conziudadanos, i con el mismo continente que un ejérzito triunfante buelbe despues de la bictoria coronado de laureles. (1)

Causó su salida una alegría unibersal: los pueblos conzibieron la esperanza de que el rei compadezido de las calamidades que abian esperimentado se inclinaba en fin á tratarlos con menos dureza; i nada mas á propósito para alimentar esta esperanza que el carácter, al menos aparente, de su ermano: toda su persona estaba llena de grazias: era afable, de noble aspecto, bibo, i con zierto aire plazentero en su fisonomía. La comparazion de sus modales francos i desembarazados con el carácter reserbado i sebero del rei acrezentaba la idea bentajosa

(1) De Thou, lib. 64, sect. 6.

que de él se abia formado. Fué rezibido en Bruselas con mas demostraziones de alegría i respeto que ninguno de sus predezesores. Todos los abitantes de toda clase i condizion se lisonjeaban de que gozarian de un justo i moderado gobierno.

Empero duró poco esta alagüeña perspectiba. Berdad es que Felipe abia ratificado el edicto perpetuo, i que don Juan antes de su rezepzion juró del modo mas solemne obserbarle; pero uno ni otro pensaron jamas cumplirlo. Los límites que el edicto ponia á la autoridad del soberano refrenaba el carácter despótico de Felipe i le impedia establezer en Flandes el gobierno que tenia proyectado. Nunca autorizara á don Juan para que aczediese á todas las condiziones que el edicto i la pazificazion contenian, sino mirara tal condeszendenzia como un medio de despojar despues á los estados de la autoridad que les consentia gozasen momentáneamente. Empero la ejecuzion de este proyecto esijía mucha zircunspeczion, mucha prudenzia, saber disimular á tiempo, i sobre todo un gran caudal de pazienzia. Ninguna de estas prendas adornaban á don Juan: dominabale su natural impetuoso, i carezia de esperienzia para contenerle. Su corte se componia de españoles i estranjeros igualmente odiosos. Ningun flamenco disfrutaba de su confianza sino los antiguos partidarios del gobierno. A cuantos abian dado alguna muestra de amor á la libertad se les alejaba, se les trataba con indiferenzia, i alguna bez con desprezio. Esta conducta no contribuia poco á inspirar desconfianzas, i dispertar las sospechas que al prinzipio se conzibieron de sus designios, i que tanto abia procurado disipar. Pero lo que mas llamó la atenzion de los esta-

dos fué la demanda que les izo de que le dejasen gozar de toda la autoridad que sus predezesores tubieron, i ejerzer como ellos no solo el gobierno político sino el militar de las probinzias. Pidió tambien que se le autorizase para poner en ejecuzion los dos artículos del último tratado relatibos á la obedienzia al rei, i al restablezimiento de la relijion romana, sin nezesidad de que para ello concurriesen los estados: i que si el prínzipe de Oranje no aczedia inmediatamente al edicto perpetuo se cortase toda correspondenzia i relazion con él, i aun se emplease la fuerza de las armas para obligarle, así bien que á las probinzias marítimas, á bolber á la obedienzia del soberano. Los estados denegaron formalmente, aunque en los términos mas moderados, tales pretensiones; i guardando silenzio azerca de la capitanía jeneral que tanto ambizionaba, se contentaron con esponerle, que con arreglo á la pazificacion de Gante, él i ellos se abian obligado á estar i pasar por lo que la asamblea de los estados jenerales de todas las probinzias dezidiesen; i que el prínzipe, la Olanda i Zelanda tambien estaban obligados á someterse á aquella dezision.

Ya con esto perdió don Juan toda esperanza de lograr nada por la persuasion, i resolbió emplear la fuerza i la astuzia segun lo pidiese el tiempo para romper las trabas que le contenian i ya le eran insoportables. Mas, si los estados no penetraron todos sus designios, al menos conozieron mui luego su descontento, i que les seria difizil obtener que el edicto perpetuo tubiese entero cumplimiento; cuyo temor les izo que redoblasen su actibidad para proporzionar la salida de las tropas alemanas; las cuales segun el edicto mismo no debian salir asta que se

las pagasen los atrasos que se les debian é importaban una suma considerable, que los estados en aquella coyuntura no podian satisfacer. Sin embargo lograron juntar i darles una parte, ofreziéndoles tambien efectos, i seguridad por el resto. La ocasion era la mas faborable para conozer las berdaderas intenziones de don Juan. No la dejaron perder los estados, sino que le pidieron se sirbiese de interponer su crédito para que los alemanes azeptasen la oferta que se les azia. Tan dispuesto parezió don Juan á aczeder á ello, que llegó asta asegurar á los estados, que si aquellos persistian en reusarla, les forzaria á partir aunque arriesgara la bida. En consecuenzia, mandó á los comandantes que le fuesen á ber á Malinas donde pasó con intento, segun dijo, de dar cumplimiento á su oferta. Otro tenia en el pecho, dado que léjos de persuadir á los comandantes á que azeptasen el partido que los estados les proponian, nada ubo que no iziese por irritarlos mas contra ellos i persuadirles á permanezer allí en serbizio del rei de España. Asegurado que estubo de muchos de los prinzipales cabos, creyó don Juan que debia redoblar su ipocresía, i escribio á los estados manifestándoles el gran dolor que le causaba el ber que para conseguir la salida de los alemanes era nezesaria una suma que las probinzias no podrian suministrar; i les ofrezia embiar á su secretario Escobedo á Madrid para instruir al rei de la cruel situazion á que se allaban reduzidas. Este artifizio produjo una parte del efecto que el gobernador se prometió, siendo imposible que los estados le tubiesen por capaz de tan ruin falsedad como la que maquinaba. Azeptaron su oferta, i aun conzedieron como una señal de reconozimiento, una pension de

dos mil ducados á Escobedo, que inmediatamente partio para Madrid con intenziones bien diferentes de las que los estados creian.

En tanto, continuaba don Juan sus tratos con los alemanes, por cuyo medio contaba apoderarse mui pronto de algunas de las ziudades fortificadas en que estaban de cuartel. Mas antes de azer nada que pudiese dezir relazion con sus proyectos, juzgó prudente dejar á Bruselas i asegurarse si era posible, de alguna plaza fuerte en la frontera, donde pudiese permanezer con seguridad asta allarse en estado de entrar en campaña i prinzipiar las ostilidades. De todas las ziudades fronterizas Namur fué la que le parezió la mejor situada para el logro de sus designios; dado que era en la que mas fázilmente podían rezibirse las tropas que se embiaron á Italia, i que no dudaba mandaria el rei bolbiesen á los Paises Bajos. El biaje de Margarita de Balois, reina de Nabarra, que iba á tomar las aguas de Spa, i abia de pasar por Namur, ofrezio al gobernador un plausible pretesto para dejar á Bruselas, é ir á la frontera de Franzia á tributar sus respetos á aquella prinzesa. Constituyose pues en Namur con un gran séquito de caballeros i otras personas de su balía: mas como el carácter del gobernador del castillo ninguna probabilidad ofreziese de que se le podria seduzir á que faltase á la fidelidad que debia á los estados, recurrió don Juan á la astuzia; i á pretesto de una cazería llegó á los alrededores de la ziudadela, i combidó al gobernador á que fuese á reunirsele; i sin dar á entender mucho empeño le dejo trasluzir que tendria gusto en ber las fortificaziones de la plaza. El gobernador que ninguna desconfianza tenia, ni podian inspirársela unos cazadores; i que ade-

mas rezibia como un oncr aquella bisita no dudó complazerle, y le introdujo en la ziudadela con todos los que le acompañaban ; de los cuales algunos llebaban armas ocultas bajo la ropa , é inmediatamente que entraron se apoderaron de una puerta. Acaezió esto el 24 de julio; i á ello se siguió la sumision de la ziudad, á que no contribuyó poco el conde de Barlaimont, gobernador de la probinzia. Embaneziόle tanto á don Juan el buen ecsito de su ardid , que se le oyó dezir que aquel dia abia empezado á ejerzer el gobierno de los Paises-Bajos. Mejor dijera, que daban prinzipio las desgrazias que esperimentó despues, i que le persiguieron asta el sepulcro.

Ya no debia don Juan esperar que los estados quisiesen tratar nada con él : sin embargo les escribió dándoles á entender lo sensible que le abia sido el aberse bisto prezisado á cometer aquel acto de ostilidad para librarse de las maquinaziones que se abian formado contra su bida; protestando no obstante , que su intenzion era obserbar esactamente todas las condiziones del edicto perpetuo ; pero que no dejaria á Namur miéntras los estados no le diesen medios de asegurar su persona contra las tramas de sus enemigos.

Esta nobedad sorprendió á los estados i les causó mucho sentimiento. Nada deseaban con mas ardor que la paz , i cuanto abian echo se enderezaba á alejar de su pátria las calamidades de la guerra. Lo que acababa de suzeder debia ponerles en tanto mayor cuidado cuanto las prinzipales ziudades del Brabante estaban en poder de las tropas alemanas ; que aunque no sabian los estados por quien se declararian empero rezelaban que fuese por los españoles,

no teniendo por berisimil que don Juan se ubiera arriesgado á biolar tan á las claras el edicto perpetuo sino contara con ellas. En tan desagradables zircunstanzias resolbieron embiarle una diputazion que le espusiese las consecuenzias que se debian temer de lo que acababa de ejecutar, i que sobre todo le instase á que bolbiese á Bruselas, asegurándole que nada se omitiria asta descubrir los autores de la conspirazion que le abia puesto en cuidado. Izieronlo así los diputados, estrechándole á que nombrase los que sospechaba que eran; asegurándole que los estados i el consejo probeerian á su seguridad en términos que ningun rezelo le quedase.

Las pruebas que don Juan produjo de las conspiraziones contra él formadas se redujeron á algunas cartas anónimas que no contenian mas que cosas bagas, i sin nombrar ninguno de los conspiradores; lo cual por sí solo bastaba para que se tubiesen ó por supuestas ó por fraguadas por sus partidarios mismos, para tener siquiera un cualquier pretesto de cometer la mas negra perfidia.

Su respuesta á los diputados les izo conozer que no el temor de que se atentase á su persona tubo parte en el echo, sino otros motibos. Díjoles que no bolberia á Bruselas sino despues que los estados le ubiesen puesto en plena posesion de toda la autoridad de que gozáran los anteriores gobernadores; i que le ubieran dado el mando del ejérzito, i roto toda espezie de relazion con el prínzipe de Oranje i los estados de Olanda i Zelanda, i aun les ubiesen forzado por las armas á aczeder al edicto perpetuo. A estas pretensiones respondieron los estados que no podian conzeder la primera sin quebrantar el edicto perpetuo, ni la segunda sin faltar á

los empeños que abian tomado con las probinzias marítimas por el tratado de la pazificazion de Gante. Ningun efecto produjo en el ánimo de don Juan esta firmeza de los estados: él persistió en sus pretensiones, i ellos en sus negatibas.

En tanto que estas cosas pasaban en los Páises-Bajos, fueron interzeptadas en Gascuña cartas de don Juan i de Escobedo al rei de España i Antonio Perez, su secretario de estado; i remitidas al rei de Nabarra, que las embió al prínzipe de Oranje, i este las izo pasar á los estados de Flandes. En ellas instaba don Juan á su ermano á que iziese bolber de Italia i España las tropas que antes los ebacuaron. «El estado de las cosas, dezia, es tal, i tan ejecutibo el mal, que no queda otro remedio que cortar las partes afectas.» Escobedo por su parte dezia en sus cartas, que solo por el fuego i el yerro podia esperarse la estirpazion del mal: «este es el único medio de que se puede usar con fruto, añadía, para que aquí se dé á Dios lo que es de Dios, i al rei lo que es del rei, así por el pueblo como por la nobleza, en la que an prebalezido las mas detestables opiniones. Aquí cada uno bibe á su modo, sin Dios ni lei. Si S. M. no embia pronto las tropas i el dinero que se le piden, mucho me temo que cansado don Juan de la desagradable situazion en que se alla no deje el pais, i busque otra parte en que emplear sus talentos.»

Lo que por estas cartas perdia don Juan en la estimazion i confianza de los flamencos lo ganaba el prínzipe. Ellas eran una nueba prueba de su sagazidad, i ellos no podian menos de admirar su penetrazion al acordarse de las adbertenzias que les abia echo azerca de la mala fé i de la doblez de carácter de don Juan, que en

lo que acababa de azer daba entero cumplimiento á aquellas predicziones. Con este desengaño se unieron mas á él, i gobernándose por sus consejos no perdieron mas tiempo en negoziar, i se dedicaron á poner sin tardanza en estado de defensa las probinzias, antes que las tropas españolas bolbiesen. Y no contentos con apresurar la recluta, ni con azer con la mayor presteza toda espezie de preparatibos, trataron tambien de atraerse las tropas alemanas para que se declarasen por ellos i les entregasen las plazas que ocupaban. El logro de esta importante negoziazion le retardaron mucho las arterías de don Juan, que á él se opuso, sostenido por los ofiziales de las tropas mismas. Empero los estados que podian emplear el dinero i la fuerza tubieron mas poder con los soldados; los cuales no solo se negaron á oir las recombenziones de sus ofiziales, sino que arrestaron á muchos. Dado este atrebido paso entregaron á los estados todas las ziudades, ziudadelas i fuertes que dominaban, Berg-op-zoom, Tolen, Breda, Bois-le-Duc, i otras muchas; i las tropas de los estados desbarataron al mismo tiempo un cuerpo de alemanes que estaba por don Juan, i marchaba de su orden á Ambéres con intento de apoderarse de la ziudadela. Esta tentatiba i la memoria de los males que á los abitantes abian causado las ziudadelas i fortalezas que los españoles construyeran, indujeron á los estados á mandar que se demoliesen; i el pueblo lo izo con tanta presteza i alegría, que daba bien á entender cuan odiosa le fué su construczion. (1)

Don Juan que por su parte codiziaba mucho el apoderarse de algunas plazas fuertes en la

(1) Meteren, p. 187. Bentiboglio, t. 2., p. 212.

inmediazion de Namur, lo consiguió de Mariemburgo i de Charlemont; pero esto no le indemnizaba de lo que perdió en apartársele el duque de Arschot i casi toda la nobleza que le siguió á Namur. Esta separazion era tanto mas perjudizial al partido español cuanto que los estados podian ya empezar las ostilidades. En esta situazion les comunicó don Juan que abia pedido al rei su dimision, i que se retiraria aunque fuese á Lusemburgo á esperar la respuesta, si los estados asta entonzes suspendian las ostilidades. Empero estos, conozieron el lazo i le ebitaron. Por la esperienzia que abian adquirido, juzgaron que la intenzion de don Juan no era otra que impedir continuasen en los preparatibos que azian; i en consecuenzia le respondieron que antes de oir ablar de ningun combenio nezesitaba debolberles la ziudad i ziudadela de Namur. En nada pensaba menos don Juan; i su negatiba rompió la negoziazion, i la esperanza de un ajuste amistoso. (1)

En estas zircunstanzias, i biendo los estados que era inebitable la guerra, combidaron al prínzipe de Oranje á que fijase su residenzia en Bruselas, i diputaron zinco de sus miembros que fuesen á instarle á que aczediese á sus deseos. La oferta estaba conzebida en los términos mas lisonjeros i respetuosos: el reconozimiento de que estaban penetrados por tantos serbizios como les abia echo, estaba espresado con toda la fuerza i inerjía que se nezesitaba para lograr lo que tan de beras se pretendia. I así fué que obtenido permiso de los estados de Olanda i Zelanda partió el prínzipe para Breda, de donde pasó á Ambéres i en seguida á Bruselas. Por

(1) Bentiboglio, p. 108

todo su tránsito, le salia el pueblo á rezibir, i donde se detenia le tributaban todos el mayor respeto, i aun la mayor beneirazion. El pueblo que azia tantos años que no le abia bisto i que se acordaba de todo lo que abia echo, i de todos los peligros que por él abia pasado en aquel tiempo, corria á bandadas á rezibirle. El canal de Ambéres á Bruséłas estaba cubierto de abitantes, á un lado los de una ziudad, i al otro los de la otra, llenando el aire con sus aclamaziones i gritos de alegría. Todos querian berle: todos se apresuraban á manifestarle su reconozimiento i su amor; i todos á una boz le llamaban padre de la pátria, defensor de la libertad, i protector de las leyes. Estos testimonios de alegría en el pueblo, nunca son equíbocos: el pueblo es berdadero. Sin embargo tambien es tan prezipitado en su odio como en su amor, i muchas bezes inconstante i libiano. Aun mas debieron lisonjear al prínzipe las seguridades de respeto i gratitud que rezibió á su llegada á Bruséłas. No ubo nadie en ningun estado ni condizion, que no saliese á rezibirle con aquel ansia i conato que naze del corazon. Los estados de Brabante, i los estados jenerales le nombraron gobernador de la probinzia de Brabante: título que nunca daban sino á los bireyes ó al gobernador jeneral de los Paises Bajos. (1)

No engañó el prínzipe las esperanzas de sus conziudadanos: sirbioles tanto con su sabiduría como con su moderazion: su destreza no les fué menos útil que su bijilanzia; empero á pesar de su prudenzia i de su abilidad para manejar los ánimos (cualidades que poseia en alto grado) no pudo conserbar entre los flamencos

(1) Histoire metallique del Pais-Bas., t. 1., p. 231.

aquella armonía i unanimidad que en tales zircunstanzias importaba tanto mantener en toda su fuerza. Nunca, en ninguna ocasion se abian allado en situazion mas faborable para asegurar su libertad sobre fundamentos firmes i duraderos. Ademas de tener por director un sujeto de tanta esperienzia i capazidad como el prínzipe de Oranje, las tropas españolas ni italianas debastaban su pais: el erario del rei de España, abianle consumido las guerras que abia tenido que sustentar: todas las plazas fortificadas estaban en poder de los estados, i el pueblo aborrezia el gobierno español; empero i por desgrazia, ninguna bentaja sacaron de este concurso felíz de zircunstanzias: introdújose la dibision en los nobles: empezaron estos á sospechar del prínzipe: tenian zelos del gran crédito i consideracion de que gozaba: perdieron de bista el interés jeneral: dejáronse arrebatar de la ira; miéntras el pueblo animado de un eszesibo i mal entendido zelo por la relijion solo de la superstizion tomaba consejo.

Desde la muerte del gobernador abianse distinguido por su amor á la libertad Felipe de Croi, duque de Arschot, el marques de Abré, su ermano, el conde de Lalain, i otros muchos señores i caballeros flamencos. En toda ocasion abian defendido con el mayor zelo los derechos de la pátria; i por su crédito i actibidad llebado á cabo la pazificazion de Gante, i sido los mas actibos en solizitar del prínzipe que trasladase á Bruselas su residenzia. Empero cuando bieron el aszendiente que sobre todos adquiria, i los testimonios de adesion que los pueblos le daban; cuando le bieron autorizado con una dignidad i poder, nunca conferidos sino al soberano ó á quien le representaba;

i particularmente cuando prebieron el influjo que su esperienzia i capazidad debian darle en todos los negozios públicos ; prebieron tambien que abrian de estarle enteramente subordinados, i que en lo suzesibo no tendrian en el gobierno mas parte que la que á bien tubiese darles : que el prínzipe seria el mobil de todas las operaziones del estado ; i que todos los ramos del gobierno dependerian absolutamente de él; como que eszepto el título de soberano lo seria en efecto , pues tenia toda la autoridad i ejerzia todos los poderes ; i que en fin, sobre él recaeria la gloria que mereziesen las empresas que ellos acabasen. Dominados así de la embidia , empero mui cuidadosos de ocultarla , tomaron por pretesto los intereses de la relijion ; i para dar á su zelo mas aparienzia de berdadero, prinzipiaron sus manejos como temiendo los peligros á que la relijion estaria espuesta miéntras los estados tubiesen toda su confianza en quien azia alarde de aberla abandonado por la reformada. Nunca el prínzipe izo ni dijo nada que diese motibo á esta sospecha , que no tenian ni aun los que la aparentaban ; sino que á sus zelos parezió el mas plausible motibo para ligarse contra el que ejerzia un poder que tanta embidia les causaba. Para dar mas fuerza á su union, i asegurar el buen ecsito de lo que proyectaban , combidaron secretamente al archiduque Matias , ermano del emperador , con el gobierno de las probinzias , i le instaron con la mayor eficazia que dejase á Biena i pasase cuanto antes á los Paises-Bajos.

Si esta resoluzion fué temeraria , la conducta del archiduque fué en estremo imprudente; pues que azeptando la oferta , ni consideró que era el partido mas débil el que se la azia , ni

tubo presente la ofensa que causaba al rei de España su deudo, que miraria como una injuria i un ultraje semejante prozeder. No le quedaba mas disculpa que su poca edad, pues no pasaba de beinte i dos años; i los muchos ijos que dejó su padre le quitaban toda esperanza de alcanzar en Alemania un establezimiento correspondiente á su calidad. Cuando Requesens murió izo el archiduque proposiziones á los estados, que no las azeptaron; i el que aora se las iziesen á él no podia menos de lisonjearle. Pero temiendo que el emperador lo desaprobase salió de Biena á media noche sin mas compañía que la de algunos domésticos. Súpolo el emperador, i no contento con embiar inmediatamente muchas personas de su mayor confianza que le persuadieran á bolberse, escribió á los prínzipes por cuyos estados tenia su ermano que pasar, para que le detubiesen; mas el archiduque caminaba con tanta dilijenzia que los mensajeros no pudieron alcanzarle asta Liera, ziudad del Brabante.

La notizia de su llegada sorprendió á los estados, i les irritó contra los que le abian llamado, mirando este paso como un insulto á su autoridad; i si el prínzipe no los contubiera, al instante abrian dispuesto que el archiduque se bolbiese; empero disuadióles Guillermo, prebiendo que Matias seria un ribal de don Juan, i que de esta ribalidad nezesariamente resultaria la desabenenzia de la familia austriaca, española i alemana; i ademas beia que esta resoluzion de la nobleza católica era un insulto á don Juan, que no perdonaria con fazilidad. Mas lo que prinzipalmente se proponia era conserbar la union que reinaba en las probinzias, conoziendo que en las críticas zircunstanzias en que

las cosas estaban nada seria mas perjudizial al bien comun que cualquier espezie de desunion entre ellas.

Estas considerazıones le indujeron á persuadir á los estados que sacrificaran su resentimiento particular al bien público; á que olbidasen la injuria personal que á él se le azia; á rezibir al archiduque con todo el respeto debido á su rango; i aun á que le elijiesen gobernador con las condiziones que juzgaran combeniente. Esta conducta del prínzipe, la mas prudente que podia obserbarse en tales zircunstanzias, léjos de ser un triunfo para el duque de Arschot ni para el partido católico, les mortificó mucho; i les umilló no poco el ber que el archiduque debia su eleczion al prínzipe, i que la autoridad de que abian intentado despojar á éste era mayor, i quedaba mas sólidamente establezida que antes.

Poco despues rezibieron el duque i su partido una mortificazion aun mas sensible, i tanto mayor para su orgullo cuanto mas bien les izo conozer el gran aszendiente del prínzipe sobre el pueblo. Nombrado el duque gobernador de Flandes pasó á Gante á tomar posesion de su gobierno. A pocos dias le embiaron los bezinos una diputazion, pidiéndole les restableziese en los antiguos pribilejios de que el emperador Cárlos V les despojara. Mas léjos de tener ningun miramiento á esta solizitud se le oyó dezir que aquella multitud sediziosa que tanto ruido metia con sus pribilejios, pronto seria castigada como merezia, á pesar de la proteczion con que contaban del prínzipe. Esta indiscrezion repetida por algunos de los que la oyeron, tardó poco en esparzirse por la ziudad, i menos en llenar á todos de rabia i de indignazion. Corren á las armas, rodean la casa del gobernador,

apoderanse de su persona, i ponenle preso con todos sus domésticos, amigos i partidarios Instruido el prínzipe de esta ocurrenzia; prebiendo las consecuenzias que podia tener aquel acto de biolenzia, i considerando ademas arto umillado el orgullo del duque, interzedió por él, i obtubo de los ganteses su libertad; empero no pudo obtener á pesar de sus instanzias, la de sus partidarios, presos al mismo tiempo. Ya desde entonzes ningun crédito ni considerazion tubo el duque; i el archiduque mismo nezesitó buscar la amistad del prínzipe, teniendo por mas interesante su partido que el de los católicos; i así fué que azeptó el gobierno con la condizion de tener al prínzipe por lugar-teniente jeneral en todos los ramos.

A prínzipios del año 1578 izo el archiduque su entrada en Bruselas en calidad de gobernador jeneral, i tomó posesion de aquella dignidad, así como el prínzipe de la de su lugarteniente, i ambos, despues de prestar juramento de mantener las leyes del pais, i de conformarse con todo lo que los estados les prescribiesen. (1)

Entretanto protestó don Juan contra todo lo que los estados abian echo, i asta les embió un embajador; pero ninguna cuenta se tubo con lo que éste espuso, ni con las protestas de su amo, á quien pocas semanas azia abian declarado los estados enemigo de los Paises Bajos. No obstante esto, como los estados estubiesen persuadidos de que lo que acababan de azer i lo que antes izieran era conforme á las leyes fundamentales, i que para ello estaban autorizados por la constituzion de su pais, escribieron al rei describiendo mui zircunstanziadamente sus operazio-

(1) Meteren, p. 196. 202.

nes, asegurándole al mismo tiempo su fidelidad, i suplicándole confirmase la eleczion de su pariente el archiduque, i que atendiese á que este seria el medio mas eficaz para restituir la paz á la Flandes. Al azer esta pretension bien creian los estados que seria denegada. Felipe juzgaba su conducta de mui diberso modo que ellos. Sustraerse de la obedienzia del gobernador que les abia dado, i elejirse de propia autoridad otro, debia ser á sus ojos un acto de la mas atrebida rebelion. Ademas, les era bien conozido el carácter del rei para que creyesen que juzgaria de otro modo. Por lo tanto, al mismo tiempo que azian por templar su resentimiento nada omitian para librarse de sus efectos: i miéntras negoziaban con las potenzias bezinas que se declarasen en su fabor, no perdian medio de restablezer i azer durable la union i concordia entre los dos partidos que dibidian las probinzias: objeto el mas importante: i para conseguirle se izo un nuebo tratado de union, en que despues de confirmar la pazificazion de Gante, católicos i protestantes prometieron una rezíproca toleranzia, i se obligaron á unirse para oponerse á toda espezie de biolenzia por causa de relijion, quien quiera que la iziese. (1)

Miéntras estas cosas pasaban en los Paises-Bajos, las potenzias bezinas no eran espectadoras indiferentes. El emperador Rodulfo II beia con el mayor disgusto que el fuego de la guerra, que por tanto tiempo los abia abrasado, estaba mui prósimo á renobarse con mas borazidad que nunca. Abiase criado en Madrid i deseaba bibir en buena intelijenzia con el rei su deudo; i para manifestarle su berdadero modo de pen-

(1) Meteren, p. 197.

sar, abia desaprobado la conducta del archiduque su ermano, i dado al rei las mayores seguridades de no tomar parte alguna en los asuntos de Flandes, á no ser la de mediador, ofreziendo azer cuanto en sí fuese para restablezer la calma i la tranquilidad. Sin embargo, no se atrebió á oponerse á la leba que por el conde palatino del Rin se azia en Alemania para las probinzias confederadas: acaso temia que se desairase su proibizion; i acaso tambien quiso que en esto se conoziese su ánimo de obserbar la mas esacta neutralidad.

Al rei de Franzia Enrique III daban demasiado que azer los negozios de sus estados para que tomase mucha parte en los ajenos. Azia muchos siglos que los franzeses no abian tenido soberano de quien conzibiesen tan grandes esperanzas. Desde su mas tierna jubentud i en cuantas ocasiones le abia empleado su ermano, abia dado pruebas de la mayor capazidad. A su adbenimiento al trono se lisonjeaban los franzeses de que en su reinado recobraria la Franzia su antiguo esplendor. La Europa entera tenia formada la idea mas bentajosa de aquel prinzipe: fué coronado en Polonia con aplauso unibersal de la nobleza. Empero cuando dejó aquel trono por ocupar el de Franzia ubo en él un trastorno tal, que ni rastro quedó de aquellas cualidades i birtudes que antes se admiraban: irresoluto, inconstante, indolente, boluptuoso, dado á la mas rídicula superstizion, ninguna confianza merezia á católicos ni protestantes, á quienes suzesibamente faborezia, é igualmente engañaba. La débil i torpe mano en que tenia las riendas del gobierno dejaba ir tomando de dia en dia nueba fuerza al espíritu de faczion de que todos los miembros del estado, i casi to-

dos los indibiduos del reino, estaban infestados. La reina madre, zelosa de su autoridad asta el estremo, se balia del artifizio i la astuzia para afirmarla; empero no bastaba á impedir que su ijo segundo el duque de Anjou, se declarase en todo tiempo contra el rei, i se pusiese al frente ya del partido católico, ya del protestante.

Al duque pues se dirijieron los flamencos, biendo cuan en bano abian pedido la proteczion de Enrique. Era entonzes eredero presuntibo de la corona; oyóles faborablemente, i la esperanza de adquirir la soberanía de los Paises-Bajos le indujo á prometerles socorros. El rei léjos de desaprobarlo, ratificó en zierto modo con su aprobazion las promesas de su ermano, sin duda por la esperanza de que saliendo el duque del reino serián tantos los sediziosos que le seguirian, que podria restablezerse la tranquilidad en la nazion. Pero cuando le estrechó el duque á que le pusiese en estado de lebantar tropas i cumplir lo que á los flamencos abia ofrezido, nada pudo conseguir: tal era el pusilánime temor con que Enrique uia de quebrar con Felipe, ó mas bien tal era su torpeza.

Entre tanto i mui á tiempo rezibieron los flamencos socorros de Inglaterra. Algunos meses antes abia don Juan solizitado con mucho empeño de Isabel que se declarase en fabor de los españoles, i desechase las instanzias de los flamencos; i para inclinarla á ello izo que se espusiese á la reina que las rebueltas de los Paises-Bajos nazian de los amaños del prínzipe i sus partidarios, que abian biolado la pazificazion de Gante, é induzido á los estados á romper el edicto perpetuo. Mas Isabel, como abil política, i para mejor ocultar sus intentos á los españoles, dió á entender que lo creia, i en consecuenzia dió

órden á su embajador zerca de los estados de Flandes para que desaprobase en los términos mas enérjicos su poca fidelidad en cumplir sus empeños. No porque Isabel desease que los flamencos permaneziesen fieles á su soberano; empero queria se creyese que su política se interesaba en que lo fuesen. Ni nada podia serla mas agradable que los lebantamientos de aquellos paises; i que si uno de los dos partidos abia de prebalezer no fuese el del rei. No obstante, cuando consideraba la desigualdad de fuerzas, no podia menos de temer que si á los flamencos se les abandonaba á sí solos, tardarian poco en berse obligados á someterse, ó echarse en los brazos de la Franzia. Estas consideraziones la dezidieron á no abandonarlos, á tener mucha cuenta con los negozios de Flandes, i aun á dar de cuando en cuando socorros, segun la nezesidad lo esijiese. Oyó faborablemente lo que los estados i el prínzipe espusieron en su defensa contra las imputaziones de don Juan, i rezibió sus justificaziones con tanto mas gusto cuanto en la representazion que de la conducta de este se la azia, creia la reina trasluzir razones para juzgar que no era menos enemigo suyo que de los estados i del prínzipe. No se abia descuidado éste en dirijir á la reina cartas interzeptadas á don Juan en que parezia tener correspondenzia secreta con la reina de Escozia, i que se trataba, de conzierto con el papa, de ponerla en libertad. Era fázil ber que en este proyecto no se proponia don Juan solo mortificar á Isabel, sino que se estendia á alagar su propia ambizion aspirando á casarse con la reina de Escozia para ocupar despues el trono de Inglaterra.

Este descubrimiento izo odioso á don Juan á los ojos de Isabel, que desde entonzes resolbió

no tener con él ningun miramiento, i oponerse con el mayor empeño á que se le restableziese en el gobierno jeneral de los Paises-Bajos. Tales eran las disposiziones de aquella soberana cuando llegó el marques de Abré como embajador de los estados de Flandes zerca de su persona: i no contenta con tratarle con la mayor distinzion, ajustó con él un combenio por el que se obligaba á probeer inmediatamente á las probinzias confederadas de ombres i dinero, no esijiendo por su parte mas sino que el que comandase sus tropas fuese admitido en el consejo de los estados, i que miéntras la guerra durase nada emprenderian, ni arian alianza alguna sin su consentimiento. (1)

Sin embargo, aun no estaba Isabel dezidida á romper abiertamente con España; antes bien deseaba retardar lo posible el llegar á este estremo. En consecuenzia, luego que firmó aquel tratado encargó á Tomás Wilkes, su embajador en Madrid, que le justificase; i él lo izo manifestando al rei que la intenzion de su soberana no abia tenido por objeto el que los flamencos se sustrajesen de la debida obedienzia: que antes bien abia creido que aquel tratado era el único medio que podia emplear para impedir que se pusiesen en manos de alguna potenzia enemiga de España; que por otra parte se juzgaba interesada en que sus bezinos no fuesen oprimidos, particularmente los flamencos, con quienes sus basallos abian tenido siempre i conserbaban muchas relaziones de comerzio: que esperaba que el rei tendria este motibo por sufiziente para que le pidiese fuese serbido de nom-

(1) Meteren, p. 197. Bentiboglio, p. 202. Camdem, anno 1578.

brar otro gobernador mas azepto al pueblo que don Juan, i en quien ella misma pudiese tener mas confianza, i mantener una correspondenzia mas amistosa que con aquel prínzipe, de quien sabia aber formado el proyecto de apoderarse de sus dominios. En seguida estrechó bibamente al rei azerca de los contrafueros de que se quejaban aquellos sus basallos; i asta ofrezió la mediazion de su soberana que prometia unir sus fuerzas á las del rei si los flamencos reusaban cumplir sus últimos empeños, ó azian algo contrario á la pazificazion de Gante. (1)

No engañó al rei este aparato de promesas; empero disimuló su resentimiento, i no fué mas sinzero en su respuesta que lo que él creia aberlo sido la reina por medio de su embajador. Mas Isabel que solo trataba de conserbar las aparienzias no esperó la buelta de su embajador para dar á los flamencos los socorros á que se abia obligado: embióles pues tropas, i al prínzipe palatino Juan Casimiro, el dinero que abia ofrezido para que completase la leba que se abia encargado de azer en Alemania.

Tenian entonzes los estados mucha tropa acantonada en las zercanias de Namur, i quisiera el de Oranje que se empleara en el sitio de aquella importante plaza, cuya rendizion que era mui posible, aria mas difizil la buelta de las tropas españolas; pero muchos de los indibiduos de los estados eran católicos i realistas de corazon: sentimientos que si bien los entibiaron las crueldades del de Alba, i los eszesos de los soldados españoles, no los destruyeron. Si abian concurrido con los otros á adoptar los medios que se abian tomado, nunca perdieron la espe-

(1) Carte, l. 18. Camden.

ranza de que penetrado al fin el rei de las calamidades de su pueblo oiria sus lamentos. En consecuenzia permanezieron, i lograron que por muchos meses permaneziese el ejérzito en inaczion, i tubiesen tiempo de bolber de Italia á los Paises-Bajos las tropas españolas. (1)

No abia Felipe aprobado la conducta de don Juan; sino que ubiera querido lograr sus intentos por medio de negoziaziones, i que en bez de la fuerza se ubiera empleado la maña i la astuzia. Mas inutilizados ya estos medios tubo que recurrir al de las armas; i en consecuenzia dió órden á Alejandro Farnesio, prínzipe de Parma, para que sin tardanza condujese á los Paises-Bajos las tropas que mandaba en Italia. A su llegada á Namur se les unieron las nuebamente lebantadas por don Juan en las probinzias bezinas, con lo que se compuso un ejérzito de casi quinze mil infantes i dos mil caballos. El de las probinzias no pasaba de diez mil de infantería i mil i quinientos de caballería, soldados nuebos, poco acostumbrados al ofizio de la guerra, i menos á la disziplina militar; en bez de que los otros abian casi todos embejezido obserbando la mas rigurosa, acostumbrados á la fatiga, familiarizados con los peligros, i sabian obedezer así como pelear. Entonzes fué cuando los estados conozieron la falta que abian cometido en no seguir los consejos del prínzipe de Oranje, de apoderarse de Namur, i zerrar en zierto modo la entrada de los Paises-Bajos á las tropas españolas.

La situazion en que ya se allaba don Juan era mas análoga á sus talentos, que las negoziaziones en que asta entónzes se abia bisto en-

(1) Meteren, lib. 8.

redado. Abia esperado con la mayor impazienzia la llegada de las tropas españolas; i con tanta ansia, cuanto mayor era la que tenia de bengarse de los insultos que los estados le abian echo. Inmediatamente que supo que el ejérzito mandado por el señor de Goñies, acantonado en las inmediaziones de Namur, se dirijia á Bruselas, resolbió seguirle, i atacarle en su marcha si se le presentaba ocasion. Con este intento embió delante la caballería á las órdenes del prínzipe de Parma, i él siguió mui de zerca con la infantería. En esta ocasion dió el de Parma pruebas de su gran balor i perizia en el arte de la guerra. Al frente de su caballería atacó á la enemiga con tanto ímpetu, que por mas bien que esta se defendiese, tubo que replegarse sobre su infantería. Pero cuando con lo escojido de la suya se unió don Juan al prínzipe, tubo que uir la caballería de los estados. Ataca la española á la infantería flamenca, que persuadida de que tenia sobre sí todo el ejérzito, abrió sus filas, i uyó como la caballería. Se dió esta batalla el 31 de enero en las inmediaziones de Jemblours: costó á los flamencos zerca de tres mil ombres que quedaron tendidos en el campo, i ademas un gran número de prisioneros, i el jeneral entre ellos: á los benzedores costó poco.

Despues de esta bictoria se apoderó don Juan de Jemblours, Lobaina, Sichem, Nibella, i otras muchas plazas del Brabante i del Enao. Bien ubiera querido formar el sitio de Bruselas; pero el consejo de guerra que zelebró sobre el caso, fué de opinion que no eran las fuerzas bastantes, i que miéntras se aumentaban, combendria emplearlas en empresas menores, i no tan arriesgadas.

Si algo podia indemnizar á las probinzias de esta pérdida era la adquisizion de Amsterdam. Ya dijimos el cuidado con que el duque de Alba abia procurado impedir que esta ziudad siguiese el ejemplo que le dieron las otras de las probinzias marítimas, como que entre todas era la prinzipal. Este fué el motibo porque los españoles echaron de ella á todos los protestantes, i encargaron su gobierno á los mas zelosos católicos; los cuales, sostenidos por una numerosa guarnizion, abian frustrado las tentatibas que las probinzias marítimas izieran para apoderarse de ella. Solo cuando se bieron bloqueados por mar i tierra, i su comerzio casi arruinado, se dezidieron á aczeder á la pazificazion de Gante, i consintieron que saliese la guarnizion, que se llamase á los protestantes desterrados, i que se les permitiese el libre ejerzizio de su culto fuera de la ziudad. Cara les costó esta forzada condeszendenzia, pues tan luego como los protestantes bolbieron, pidieron que su culto fuese libre en la ziudad como el católico. Animabales el zelo de la relijion: les inflamaba el resentimiento de lo pasado, i la sospecha de que los católicos maquinasen alguna nueba traizion. Con estas disposiziones, toman las armas, zierran las iglesias católicas, echan de la ziudad á los sazerdotes, i á cuantos de aquella comunion les eran sospechosos. (1)

En tanto que esto pasaba, llegó de España Juan de Noircarmes, baron de Selles, i entregó á los estados pliegos del rei; los cuales contenian una denegazion formal de la solizitud que meses antes le izieron de que llamase á don

(1) Ban Meteren, pag. 207.

Juan, i reconoziese al archiduque Matías por gobernador jeneral.

Los estados debian esperar esta denegazion, que aziéndoles conozer cuan infundada era la esperanza de que se les conzederia lo que solizitaban, aumentaba el pesar que tenian de la lentitud, poca zircunspeczion, i secreto con que abian prozedido: defectos ordinarios en las asambleas numerosas; empero que reconozidos por los estados, para ebitar los daños que causan á los negozios públicos, aumentaron las facultades conferidas al archiduque i al prínzipe, dándoles la de reglar en lo suzesibo, de acuerdo con el consejo de estado, todas las operaziones de la guerra, sin el concurso de la asamblea jeneral.

Ya desde entonzes no se perdia tiempo en deliberaziones inútiles: reuniéronse con la mayor actibidad las tropas dispersas, que formaban el ejérzito derrotado en Jemblours; las cuales, unidas á las despues reclutadas, componian un campo de ocho mil infantes i dos mil caballos, parte flamencos, parte ingleses, i parte escozeses, que el conde de Bossut acantonó en el riñon del Brabante, en las zercanías de Liera. El ejérzito de don Juan, aunque debilitado por las muchas guarniziones dejadas en las nuebas conquistas echas, era bien superior; i para aprobecharse de esta zircunstanzia, resolbió don Juan atacar al de los confederados, antes que se le reuniesen las tropas que sabia esperaban de Franzia i Alemania. Mas, bien pronto conozió la bentaja que azia el jeneral que mandaba entonzes aquel cuerpo acantonado, al que tenia cuando le derrotó en Jemblours. El conde de Bossut puso sus estanzias zerca del lugar de Rimenant, cuya posizion era mui bentajosa, así

porque azia inútil la mayor fuerza del enemigo, como porque le impedia que se internase mas en el pais. Defendiale por un lado el Demer, por otro un bosque, i por delante i detras estaba fuertemente atrincherado. Bien quisiera don Juan atraer fuera de sus líneas al conde; pero estaba resuelto á forzarlas sino lo conseguia. El príncipe de Parma que desde su jubentud abia dado tantas pruebas de prudenzia como de balor, le representó cuan temerario i arriesgado seria tentar el ataque de las líneas; pero don Juan pospuso este dictámen al suyo aprobado por muchos ofiziales, i ordenó el ataque. Mas, antes de darle embió un destacamento de sus mejores soldados con órden de que tomasen un puesto importante que los enemigos ocupaban delante de su campo con otro destacamento de escozeses é ingleses mandado por el coronel Norris. Entre las tropas que don Juan embiaba iba una compañía de doszientos ombres, todos caballeros ó soldados biejos que se abian distinguido en las guerras anteriores, mandada por el capitan don Alfonso Martinez de Leiba, que la abia lebantado, i la mantenia á sus espensas. Esta compañía fué la que empezó el ataque, i con tanto ímpetu que forzó á los que guardaban el puesto á que le abandonasen i se retirasen: azianlo, empero en buen órden, i sin dar motibo á los que los perseguian para que sospechasen ningun ardid en aquella retirada; sino mas bien para que la atribuyesen al terror que les abian infundido, no obstante que era poner en ejecuzion un plan ábilmente conzertado. En tal confianza iban los españoles sin órden ni consideraziou persiguiendo á los fujitibos, asta la entrada de un desfiladero estrecho en que imprudentemente entraron. Estaba este desfiladero zerca del cam-

po del conde de Bossut ; é inmediatamente que los españoles le pasaron, allándose el coronel Norris protejido por muchas baterías del campo, mandó repentinamente bolber cara al enemigo. Entonzes se peleó con tanto mas encarnizamiento cuanto mas se igualó el número de los combatientes con los refuerzos de tropas frescas que del campo se embiaron á Norris, i cuanto mas resueltos estaban los dos partidos á benzer ó morir. Norris daba ejemplo á los suyos : tres caballos le mataron en aquel terrible combate, en que se bió á los escozeses fatigados del calor pelear en camisa. Esta singularidad produjo en los españoles un gran efecto ; empero lo que mas les desconzertó fué el berse repentinamente atacados por un cuerpo que abia estado emboscado, i les cojió en flanco, al tiempo mismo que las tropas de Norris mas les apretaban, i que la artillería del campo jugaba sobre ellos. Ni uno ubiera escapado, si el prínzipe de Parma no fuera con toda la caballería á faborezer su retirada. Así fué como aquel prínzipe despues de aber procurado con prudentes razones impedir aquella temeraria empresa, supo con su balor retirar las tropas del abismo en que la presunzion de ellas i la de su jeneral les abian arrojado. Perdieron los españoles en esta jornada al rededor de mil ochozientos ombres, mitad muertos, mitad prisioneros. (1)

Este rebes izo á don Juan mas prudente. Desistió del intento de forzar al enemigo en sus líneas, i fué á acampar bajo las murallas de Namur ; bien resuelto á estarse á la defensiba; porque llegado que fuese al ejérzito de los con-

(1) Bentiboglio, lib. 10. Strada, l. 3. Meteren, p. 225. De Thou, l. 66, sect. 12.

federados el gran refuerzo que esperaban de Franzia i Alemania, seria el suyo mui débil para estar en campaña.

Por aquel tiempo ajustaron en fin los estados un tratado con el duque de Anjou, cuyos prinzipales artículos eran: que á título de protector de los Paises-Bajos probeeria aquel prínzipe i mantendria á sus espensas un ejérzito de diez mil infantes i dos mil caballos: que todas las conquistas que á los españoles se iziesen á lo largo del Mosa del lado de Flandes pertenezerian á los estados, i las del otro lado del rio, al duque mismo: que desde luego los estados le pondrian en posesion de Landrezie, del Quesnoi en el Enao, i de Bapauma en Artois: que los estados no arian ningun acomodamiento con don Juan ni los españoles sin consentimiento del duque; i que en caso de dezidirse á elejir un soberano preferirian á este: mas, que entre tanto el gobierno permanezeria enteramente en los estados.

En ejecuzion del primer artículo reunió el duque en los alrededores de Mons un cuerpo considerable de tropas; con cuyo motibo le embiaron los estados una embajada solemne solizitando se apresurase á internarse en las probinzias, con el objeto de reunir sus tropas á la que el duque trajese; i cuando el prínzipe Casimiro llegase de Alemania con su ejérzito á los Paises-Bajos, atacar á don Juan i forzarle á salir de ellos antes que rezibiese los refuerzos que esperaba de España é Italia. Podian los estados estar tanto mas ziertos de lograrlo, cuanto sabian que el prínzipe Casimiro abia pasado ya el Rin i el Mosa, i abanzado asta Diest en el Brabante; i que su ejérzito unido al de los estados compondria cuarenta mil infantes i beinte mil caba-

llos: é iziese don Juan lo que quisiese érale imposible oponer otro que ni con mucho le igualase.

Este plan tan diestramente combinado, i cuya ejecuzion debia asegurar para siempre la libertad de los Paises-Bajos, no tubo efecto. Introdujose la desunion en los jefes, i el espíritu de discordia que se difundió en el pueblo así bien que en la nobleza, inutilizó todo lo que las probinzias asta entonzes abian echo por aquella misma libertad, i la izo perder para siempre á las probinzias católicas, es dezir, á las que eran las mas ricas, i fértiles de los Paises-Bajos. Los istoriadores católicos á una con los protestantes an echo justizia al prínzipe de Oranje: todos combienen en que nada omitió para mantener la union i concordia entre los de ambas comuniones: mas ¿qué aprobechaban su prudenzia i moderazion en la direczion de los negozios del gobierno contra los zelos i la embidia? Donde estos bizios tienen entrada, i ai ademas otros muchos motibos de descontento, imposible es azer que reinen la concordia i la armonía. El zelo de la relijion era la prinzipal, pero no la única causa de la discordia: mucha parte tenian en ella la ambizion i la concupiszenzia. Estas diferentes causas dibidieron al pueblo, á la nobleza, i á los grandes: no solo se formaron las facziones, i se izieron ostinadas sin respirar mas que guerra; sino que ademas indispusieron las potenzias estranjeras que los estados abian llamado en su ausilio.

Mucho disgustó á la reina de Inglaterra el tratado que los estados izieron con el duque de Anjou; por si en él abia interbenido alguna mira de conquista de parte del rei de Franzia de consuno con su ermano el duque, á que les

combidaba la prosimidad de los dos estados; i la reina conozia lo perjudizial que á sus basallos fuera la reunion de los Paises-Bajos á la Franzia. Para balanzear pues el poder franzés, i el influjo del duque de Anjou, dispuso como ábil política que se probeyese al prínzipe Casimiro de las cantidades nezesarias para aumentar el número de sus tropas. Eran estas protestantes, i mas de lo que los estados esperaban, i acaso deseaban. Pero particularmente los católicos fueron á quienes dió mas cuidado el ber llegar á su pais un ejérzito tan numeroso de protestantes. Bien sabian que Isabel era la que al prínzipe Casimiro abia probisto de medios para lebantarle; mas por eso temian como probable que entre Isabel i Guillermo ubiesen formado el proyecto de estirpar enteramente la relijion católica de los Paises-Bajos. Lo poco que azian por ocultar sus temores, obligaron al de Oranje i otros muchos protestantes de los mas prudentes i moderados, á unirse para obtener del prínzipe Casimiro que lizenziase una parte de su ejérzito. Representaronle la nezesidad que de ello abia; mas todo lo que produjeron sus representaziones fué azerse aborrezibles ellos i el consejo de estado, i al prínzipe Casimiro menos solízito de sus dictámenes en la direczion de la guerra que se proponia azer. Pero lo que mas le incomodó fué sin duda la preferenzia que los estados dieron al conde de Bossut para el mando del ejérzito. Si su banidad i orgullo le impidieron quejarse, fué, fázil conozerlo en la lentitud de sus operaziones, i en los multiplicados pedidos que azia de dinero para pagar sus tropas. (1)

Aun fueron mas funestas las resultas que tu-

(1) Reidanus, pag. 25, 26.

bo la conducta de los protestantes que la del prínzipe Casimiro. El estado de suguridad de que abian gozado desde la pazificazion de Gante, i la zerteza de allarse al abrigo de toda espezie de persecuzion no bastaron á contentarlos. Dieronse inconsideradamente á su zelo relijioso, i no teniendo cuenta mas que con su ambizion pidieron al archiduque i á los estados que se les permitiesen iglesias, que se les admitiese como á los católicos á los cargos i empleos, i se les diese parte como á ellos en el gobierno. Lo que mas les animaba á pedirlo era zierta espezie de seguridad de que los sostendria el ejérzito en que su partido era mucho mayor que el de los católicos. Si ubieran sido mas prudentes i mejores patriotas esperaran á que el enemigo comun ubiese sido arrojado de su pais, i que se restableziese la tranquilidad pública. Acaso creerian que libre entonzes de los españoles el partido católico, tendria demasiado influjo en los estados, para que el de los protestantes obtubiese nada. Ademas ¿cómo podian preber las consecuenzias funestas de su conducta?

En fin, fuese el que quisiese el motibo que les azia obrar, los estados aczedieron á lo que pedian, por temor de descontentar al ejérzito, i de eszitarle por una denegazion á que se sublebase. En la pazificazion de Gante se establezió que ninguna mudanza abria tocante á la relijion; i que todo lo perteneziente á ella quedaria en el mismo estado asta que se reuniesen los estados jenerales de todas las probinzias. A pesar de esto los del Brabante i la Flandes decretaron que en lo suzesibo podrian los protestantes igualmente que los católicos poseer empleos públicos, i tener iglesias en todas las ziudades en que ubiese zierto número de protestantes, siempre que

se conzediese lo mismo á los católicos en las ziudades de la Zelanda i Olanda. Dióse á este decreto el nombre de paz de relijion, quedando las probinzias en libertad de aczeder ó nó á él segun por mejor lo tubiesen.

Este nuebo arreglo produjo mui buen efecto en algunas ziudades, restableziendo en ellas el órden i la tranquilidad; pero en otras inflamó mas el zelo de los fanáticos i entusiastas, é izo mas actibo el beneno que infestaba su corazon. El encono de los dos partidos fué mayor, i destruyó enteramente la poca union i concordia que entre ellos abia. Esta paz de relijion no agradaba á los católicos ni á los protestantes esaltados: mas embidiosos unos de otros estaban mas deseosos de destruirse. Si el peligro comun no tenia apagado en ellos áquel ardor indiscreto, teniale al menos adormezido, cuando la paz de relijion llegó á abibarle, i darle toda su enerjía. En casi todas las ziudades de la Flandes i del Brabante se opusieron los católicos á la ejecuzion del decreto; de modo que fuera de donde los protestantes podian mas, el decreto les fué inútil. Los abitantes de las probinzias de Artois i del Enao reusaron con la mayor ostinazion ejecutar las órdenes de los estados, i protestaron formalmente que nunca tolerarian el ejerzizio de otra relijion que la suya. Eszitados los protestantes por el mismo espíritu de intoleranzia echaron de Gante i otras ziudades á todos los eclesiásticos católicos, se apoderaron de sus bienes, i despojaron las iglesias de sus ornamentos.

Entre los ganteses i walones abia una enemiga declarada, nazida de la prision del duque de Arschot i sus partidarios que por la mayor parte eran personas de consideracion en las probinzias walonas. A pesar de esto ninguna tubieron

los ganteses á las pretensiones que en fabor de aquellos se izieron, i aun les trataron con dureza en su prision. Así que, luego que los walones supieron el modo con que los protestantes abian tratado á los católicos, i los eszesos que abian cometido con los eclesiásticos i con los templos, resolbieron bengarse, mirando i con razon su conducta como una biolazion manifiesta de la pazificazion de Gante i de la paz de relijion. En consecuenzia, i perdiendo enteramente de bista el interés público, i preszindiendo de los peligros que amenazaban á la pátria, se entregaron sin reserba á los sentimientos de odio i benganza que les animaban. Lo primero que izieron fué separarse de las otras probincias, i negarse á dar su continjente para el pago de las tropas. «Tomamos las armas, dezian, para defender nuestras libertades; mas ¿de qué nos aprobecharia sacudir el yugo de los españoles si abiamos de someternos á otro aun mas pesado que nos impondrian nuestros conziudadanos? á pretesto de zelo contra la tiranía española quieren tiranizarnos mucho mas que los que ellos llaman nuestros tiranos.» En bano les representaron las otras probinzias las funestas consecuenzias que de esto podrian resultar: en bano emplearon los ruegos mas propios para moberlos, i aun las amenazas mas eficazes para disuadirlos: todo fué inútil: los walones fueron inflesibles; i á poco manifestaron sin rebozo sus intenziones poco pazíficas, reusando entregar al duque de Anjou Landrezie, el Quesnoi, i Bapauma, que se le ofrezieron en el tratado. No contentos con esto empezaron á prepararse para la guerra, i emplearon en lebantar jente el dinero que tenian de las contribuziones esijidas para pagar á los estados su continjente. Los flamencos por su

parte se dispusieron á la defensa; i entre las tropas de unos i otros ubo muchos encuentros, igualmente perjudiziales á ambos partidos.

Azia ya algun tiempo que se abian reunido los ejérzitos del prínzipe Casimiro, i de los estados; i el que don Juan podia oponer era demasiado débil para resistirlos ni detener sus empresas. Mas, el espíritu de faczion que reinaba entre walones i flamencos se abia difundido por todos los Paises Bajos, salbó solas la Olanda i la Zelanda; únicas probinzias que supieron preserbarse del contajio; de modo que como muchas ziudades reusaban pagar su continjente, el ejérzito carezia de las cosas mas nezesarias. Para obrar con utilidad, i azer que la campaña fuese dezisiba, el prinzipal objeto del conde de Bossut era forzar al enemigo á entrar en una aczion jeneral; i para ello despues de apoderarse de dos ó tres ziudades de poca consecuenzia, acampó con todo su ejérzito en frente del de don Juan que estaba atrincherado bajo las fortificaziones de Namur. Con un ejérzito tan superior como el del conde, fázil le ubiera sido atacar i forzar las líneas en que don Juan se tenia enzerrado; pero carezia de gastadores, de artillería, i de muniziones bastantes para dar aquel ataque; i biendo á don Juan r suelto dezididamente á no salir de sus trincheras, tubo que retirarse. Entre tanto, descontentas las tropas porque no las pagaban, empezaron á aflojar en la disziplina, i el pais fué saqueado i oprimido El prínzipe Casimiro por otra parte aczedió á las instanzias de los ganteses de que fuese en su socorro con parte de sus tropas; despues de cuya desmembrazion ubiera sido una imprudenzia permanezer en las zercanías del ejérzito español; ademas de que la falta de subsistenzias obligó

poco despues al conde á lizenziar una parte del suyo; i el resto puso de guarnizion en las plazas fuertes.

La misma escasez impidió al duque de Anjou que formase ninguna empresa, i permanezió en inaczion; i biéndose ademas imposibilitado de cumplir lo que á los estados abia ofrezido, tomó por pretesto para eludir su cumplimiento, la conducta del prínzipe Casimiro i la de los walones. Quejóse amargamente de que estos se ubiesen resistido á entregarle las plazas combenidas con los estados para acuartelar sus tropas; i de que no le abian probisto de bíberes: portándose con él, dezia, como si ubiese benido á imbadir i no á defender el pais. Sino acusaba al descubierto al prínzipe Casimiro, no porque no sospechaba, i con zierta espezie de razon, que este abia barruntado, i procurado impedir el designio que el de Anjou abia formado de proporzionarse un establezimiento en las probinzias católicas; i que con esta mira ubiese llebado el prínzipe parte de sus tropas en socorro de los ganteses. En consecuenzia, se nego el duque á unir las suyas con las del conde de Bossut, si antes no juntaba las de su mando el prínzipe. Mas, este que abia rezibido una considerable suma de los ganteses no quiso dejar á Gante á pesar de las instanzias que le izieron el archiduque Matías i el prínzipe de Oranje. Decampó el duque de Anjou, i permitió á una parte de sus tropas que pasasen al ejérzito walon que mandaba en jefe el baron de Montiñi. (1)

Así acabó esta campaña, i tal fué el desgraziado ecsito de los grandes preparatibos que los estados reunieron para azer la guerra mas

(1) Meteren, p. 233. Grotius, p. 60.

actiba. Los pueblos en bez de unirse contra el enemigo comun, i en desprezio de las mas sagradas obligaziones que pocos meses antes contrajeran, se azian cruda guerra: los prínzipes mismos que abian emprendido librar la Flandes del yugo español, opuestos unos á otros se alistaron bajo los estandartes de las diferentes facziones que amenazaban con una prósima ruina á los desgraziados abitantes de los Paises-Bajos.

El prínzipe Casimiro pasó á Inglaterra á justificar con la reina su conducta. El duque de Anjou por su parte quiso justificar la suya con los estados, i encargó á su embiado que les asegurase que sin su consentimiento se abian pasado sus tropas al ejérzito de Montiñi, i que les espusiese que aquello no debia eszitar su cuidado pues que proporzionaba á los estados mas medios de reprimir los eszesos de los ganteses. Los estados, á quienes en aquellas zircunstanzias aconsejaba la prudenzia el disimulo, manifestaron que daban el mayor crédito á cuanto de parte del duque se les dezia: i respondieron á su embiado que se allaban penetrados del mas bibo reconozimiento por todo cuanto su amo abia echo por ellos: que inmediatamente que pudiesen le indemnizarian de las espensas que ubiese suplido; i que si tomaban el partido de salir de la obedienzia del rei de España, le ofrezerian la soberanía de su pais.

En tanto se estubo don Juan en su campo de Namur: ubierale podido dejar sin peligro; pero una enfermedad aguda le obligó á permanezer en inaczion, i le llebó poco despues al sepulcro, á la edad de treinta años escasos. Muchos atribuyeron su muerte á beneno; otros al disgusto que le ocasionó la neglijenzia de los ministros del rei de España en embiarle los so-

corros de tropas i dinero que les abia pedido. Era amante de gloria ; estaba persuadido de tener los talentos nezesarios para adquirirla en la guerra, i no podia llebar en pazienzia la inaczion á que la debilidad de su ejérzito le obligaba. Abiase quejado muchas bezes con amargura, i solizitado asta con importunidad que su ermano le embiase refuerzos. Si el rei no lo izo, ni le proporzionó los medios de continuar la guerra con calor, no fué porque no lo desease bibamente ; sino que su carácter sospechoso le dominaba, i no podia mirar con indiferenzia la gloria que en la batalla de Lepanto abia adquirido don Juan ; cuya conducta posterior ninguna duda dejaba de las miras que tenia, i era imposible que no diesen zelos á su ermano. Así fué que nunca le perdió de bista, obserbando con la mas escrupulosa atenzion todas sus acziones aun las mas secretas. Si le abia conferido el gobierno jeneral de los Paises-Bajos, fué en la firme resoluzion de no permitir jamas que tubiese á sus órdenes ejérzito bastante con que pudiera realizar ningun proyecto ambizioso. Aumentaronse las sospechas del rei despues que don Juan llegó á Flandes ; i las notizias que tubo i creyó acaso con demasiada lijereza, de que trataba de casarse con la reina de Escozia, acrezentaron su cuidado. Al faborito de don Juan i á Escobedo su secretario, de quienes Felipe sospechaba que ubiesen eszitado la ambizion de su amo, ízoles dar muerte en secreto. I de aquí an inferido no pocos que tambien inmoló á su ermano á sus sospechas ; i que aquel joben éroe abia muerto de beneno que un eclesiástico le dió de órden del rei. Empero fuese la que quisiese la berdadera causa de su muerte, no es dudable que los zelos que abia inspira-

do al rei impidieron que este le embiase los socorros nezesarios para continuar la guerra con enerjía. Estos zelos, pues, salbaron las tropas de los estados de la total ruina en que su dibision las ubiera prezipitado. (1)

(1) Meteren, pag. 334. Grotius, &c.

ISTORIA

DEL REINADO DE FELIPE II,

REI DE ESPAÑA.

LIBRO DÉZIMO QUINTO.

En su última enfermedad designó don Juan para que le suzediese á Alejandro Farnesio, prínzipe de Parma : eleczion que poco despues confirmó el rei.

Desde la llegada de Alejandro á los Paises-Bajos abia dado en muchas ocasiones pruebas de consumada prudenzia i de balor estraordinario: siempre dueño de sí, actibo, bijilante, infatigable, conoziendo asta las mas minuziosas particularidades de una operazion militar, siempre el primero á esponerse al trabajo i al peligro, i siempre el último en retirarse : sus modales eran agradables, i su combersazion insinuante : sabia muchas lenguas, i se azia entender de los soldados de las diferentes naziones de que el ejérzito español se componia : era de constituzion robusta, i sus fuerzas naturales iguales á las de su espíritu : su aire marzial i la firmeza de su continente inspiraban en los combates tanto terror al enemigo como confianza i balor en sus soldados.

Echo que ubo á don Juan su amigo i deudo los últimos ofizios, se dedicó á cumplir con la mayor atenzion todos los deberes que de él esijia el importante empleo que se le acababa de confiar. Miéntras el ejérzito de los estados mantubo la campaña, la debilidad del suyo le abia obligado á tener la misma conducta que su predezesor, conserbándole como él acampado. Mas despues que por las razones ya dichas el ejérzito de los estados, el del duque de Anjou, i el del prínzipe Casimiro fueron lizenziados, ó puestos en cuarteles de imbierno, creyó el de Parma que en tan faborables zircunstanzias no debia permanezer en inaczion, sino que le importaba mucho apoderarse de algunas plazas, cuya posesion aumentase sus recursos para continuar la guerra.

Dudó algun tiempo si empezaria por el sitio de Maestricht, ó por el de Ambéres: la posesion de esta le ofrezia mayores bentajas que la de aquella. Era Ambéres el emporio del comerzio i de las riquezas de los Paises-Bajos: su situazion mui bentajosa para fazilitar las empresas que considerase combenientes para someter las probinzias marítimas. Sin embargo, despues de balanzear estas bentajas con las dificultades que tendria que sobrepujar en el sitio de una ziudad tan bien fortificada i de tanta estension se dezidió por Maestricht, cuyo sitio podia formar con menos tropa i con mas probabilidad de buen ecsito. (1)

Mas para disfrazar sus designios i que los estados quedasen burlados dirijió su marcha ázia Ambéres. Un cuerpo de tropas inglesas i franzesas salió de aquella plaza para detenerle

(1) Bentiboglio, part. 2., lib. 1.

el paso; atácale el prínzipe, fuérzale á retirarse bajo los muros de ella, i bolbiéndose repentinamente toma la buelta de Maestricht i la zerca antes que los estados ubiesen podido embiar socorros, ni probeerla de muniziones de boca ni guerra.

No era el número de sus abitantes proporzionado á la estension de casi zinco millas italianas que tenia; mas estaba bien fortificada, i el balor suplia el corto número de sus defensores. La situazion de aquella plaza la abia espuesto á frecuentes imbasiones, que á sus abitantes abian echo abitual el uso de las armas. Mil i quinientos se alistaron: la guarnizion era de mil soldados, i abia en la plaza como dos mil paisanos que se destinaron á gastadores. Este corto número defendió á Maestricht por el espazio de cuatro meses contra un ejérzito de quinze mil ombres de infantería, i cuatro mil de caballería, los mas disziplinados i aguerridos que podia ofrezer la Europa, i mandados por el mejor jeneral que entonzes se conozia en ella Berdad es que los sitiados tenian á Schwatzembourg de Erle, i Tappin, flamenco el uno, i franzés el otro, cuya prudenzia é intrepidez, i cuyas atinadas operaziones durante el sitio, fueron de todos aplaudidas i admiradas.

Llegado que ubo Alejandro delante de Maestricht á prinzipios de marzo, embió á Mondragon con parte del ejérzito al este del rio para que sitiase la ziudad de Wich, i se quedó del otro lado con intento de formar el prinzipal ataque. Desde luego discurrió en los medios de impedir que ningun socorro de ombres ni munizionesentrase en la ziudad. Para esto echó dos puentes de bateles sobre el Mosa, uno por zima i otro por bajo de la ziudad. En ambos

lados del rio aseguró su campo con líneas de zircumbalazion, i las izo fortificar. En seguida dió prinzipio á los aproches, é izo abrir la trinchera. Mas, miéntras los sitiadores azian por adelantar su trabajo, los sitiados le retardaban con sus frecuentes salidas. Sin embargo, todos sus esfuerzos fueron inútiles: los sitiadores tenian por su parte la superioridad del número, i con su perseberanzia lograron conduzir su trinchera á la combeniente distanzia para lebantar baterías; i establezieron dos, una contra la puerta de Tongres, i otra contra la cortina entre la puerta de Oster i la de la Cruz. Ambas produjeron los mayores efectos; i cuanto los sitiadores llebaron su trinchera asta la entrada de los fosos, se tubo por tan practicable la brecha de la puerta de Tongres que el prínzipe resolbió el asalto, i para darle emplear un cuerpo de soldados escojidos indistintamente entre los de las naziones que componian su ejérzito. Con esta mezcla se proponia eszitar la emulazion i el balor; empero no encontraron menos en los sitiados, pues les obligaron á retirarse despues de un combate largo, bibo i sangriento.

Atribuyendo el prínzipe el mal ecsito de esta primera tentatiba á la estrechez de la brecha izo redoblar el fuego de las baterías, i tener á punto todos los preparatibos para un segundo asalto; i para que tubiese mejor resultado que el primero darle por ambas brechas; confiado en que allaria menor resistenzia en la guarnizion obligada que fuese á dibidirse. Empero si sus tropas sin intimidarse por el fuego que les abrasaba de la artillería de la plaza subieron á la brecha con un balor berdaderamente eróico, los que la defendian les bieron abanzar sin muestra del mas lebe temor. Peleóse por ambas par-

tes con igual furor: dejaron pronto las armas de fuego, i aziéndose jeneral el combate solo se usaba de la pica i la espada. Erle en la una brecha i Tappin en la otra daban las pruebas mas brillantes de su capazidad i balor. Furiosos los sitiadores por la resistenzia que les oponia un enemigo que tan inferior les era, azian los mayores esfuerzos por oprimirle. La brecha estaba cubierta de muertos i moribundos: enormes masas de piedra rodadas desde lo alto de la muralla, i fuegos artifiziales que arrojaban los sitiados sobre sus enemigos aumentaban la confusion. Uno de estos fuegos cayó en un barril de pólbora: la esplosion fué orrible; i se llebó una multitud de combatientes de ambas partes. Llenaban el aire los gritos, los sollozos i los jemidos: la tierra cubrianla cadáberes mutilados, i miembros esparzidos. Sin embargo, los que sobrebibian conserbaban su terreno con la misma ostinazion; i la orrible eszena que les rodeaba pareze que solo serbia de aumentar su rabia i su furor. Desesperando en fin de benzer el denuedo i balor de los sitiados, mandó el prínzipe tocar retirada; en lo que obró con mucha prudenzia; dado que aun cuando sus tropas se apoderaran i establezieran en la brecha; detras de las murallas ubieran encontrado nuebas fortificaziones que abrian de atacar de nuebo.

En la rebista que mandó el prínzipe azer alló que abia perdido muchos de sus mejores ofiziales, i un crezido número de beteranos españoles; cuyo reemplazo tubo que azerle de las guarniziones que tenia en las plazas. El mal ecsito de ambas tentatibas le izieron perder la esperanza de tomar á Maestricht por asalto, i adoptar otro medio mas lento, i menos omizida:

minar las fortificaziones; en lo cual empleó un número prodijioso de gastadores; poniendo al mismo tiempo todo su cuidado en que no pudiese introduzirse ningun socorro de ombres ni muniziones.

Miéntras esto pasaba delante de Maestricht, se empleaban los estados en proporzionar los medios de conserbar una ziudad, cuyos abitantes i guarnizion se azian tan dignos de su aprezio. Azia algun tiempo que tenian en su serbizio al zélebre la Noue, i le nombraron gobernador de Maestricht, encargándole la conduczion de los socorros que se proponian embiar á aquella plaza. Nada omitieron para ponerle en estado de desempeñar tan importante comision; mas, por una funesta consecuenzia del dominio que la discordia ejerzia entonzes con mas furor que nunca en los ánimos de católicos i protestantes, no pudo la Noue llegar á lebantar tanta tropa como se nezesitaba para el logro de la empresa, á pesar de aberle dado el prínzipe de Oranje i los estados cuantos ausilios dependian de ellos. Entre tanto el mal se aumentaba de dia en dia, i la situazion de los sitiados era mui deplorable. La guarnizion que como dijimos era de mil ombres estaba reduzida á cuatrozientos: los ziudadanos que se abian consagrado á la defensa de sus muros, i los trabajadores, abian padezido igual diminuzion: las probisiones de boca empezaban á faltar, i se azercaba el momento de carezer de pólbora.

A mediados de junio aun se izo mas triste su situazion por la pérdida de un rebellin que les fazilitaba el incomodar i azer gran daño á los sitiadores. Mucho deseaba el de Parma dominarle, i á ello se dirijieron todas las operaziones de algunas semanas asta que al fin lo con-

siguió á pesar de la gran resistenzia que se le opuso. En seguida construyó un caballero, por cuyo medio beia cuanto en la ziudad pasaba, i podia batirla de uno á otro cabo con su artillería. No obstante, los abitantes reusaron capitular, esperanzados de ser mui pronto socorridos.

Empero contra sus esperanzas i las de los sitiadores mismos, cayó la plaza en poder de estos mucho antes de lo que juzgaban. El 29 de junio sospecharon algunos soldados españoles que los sitiados estaban menos bijilantes en la guarda de la ziudad: para asegurarse subieron á la muralla, i allaron que sobre ser mui pocos, oprimidos de fatiga i de calor se abian rendido al sueño. Abisan inmediatamente al prínzipe, que al momento dió órden á los soldados que se allaron mas zerca para que subiesen á la muralla con el mayor sijilo posible, i les siguió con todo el ejérzito. Así sorprendida la guarnizion cuando menos lo esperaba, i oprimida por el número, casi toda fué pasada á cuchillo: los abitantes pelearon como desesperados asta que á mas no poder zedieron á la fuerza superior de los sitiadores, que no perdonaron edad ni secso, ni zesaron de matar asta que de diez i ocho mil abitantes solo quedaron como treszientos. Erle se salbó disfrazado de criado. A Tappin dió el prínzipe las órdenes mas terminantes para que se le conserbase la bida. (1)

Durante el sitio abian negoziado los diferentes partidos con la esperanza de una perfecta reunion. El prínzipe de Oranje era entonzes el que dirijia los estados i el consejo de estado; puesto que el archiduque conoziendo su falta

(1) Bentiboglio, part. 2., lib. 1. Meteren, l. 9.

de esperienzia abia confiado á la suya el gobierno entero. La desabenenzia entre walones i ganteses causó desde un prinzipio el mayor disgusto al de Oranje, que nada abia omitido para reconziliarlos. Era poco su crédito con los walones, i aun le azia menor el orror que tenian á la relijion que profesaba. Los ganteses, turbulentos i sediziosos asta el estremo, i eszitados por algunos jefes facziosos, abian sido por mucho tiempo insensibles á las representaziones que les izo. Santa Aldegunda, embiado por él, empleó tambien i tambien en bano, toda la abilidad i elocuenzia que le caracterizaban: las instanzias del archiduque i de los estados no produjeron mejores efectos: ni las representaziones i amenazas que la reina de Inglaterra les izo por medio de su embiado fueron mas atendidas. (1) En estas zircunstanzias tomó el de Oranje la resoluzion de pasar personalmente á Gante: antes de su llegada se abia declamado con mucha beemenzia contra su moderazion con los católicos. Abianse atrebido los predicantes á acusarle en sus sermones de poco adicto á su creenzia, i de que no abia sinzeridad ni buena fe en la profesion que de ella azia. Mas, cuando los ganteses bieron que preszindiendo de todo no dudó presentarse en medio de ellos, tubieronlo por una demostrazion de estimazion, i de confianza, que les fué mui agradable. Entonzes se renobó el afecto que le abian profesado siempre; i despues que pasó algunas semanas en su compañía aczedieron á muchas proposiziones que antes abian desechado. Consintieron pues en bolber á los eclesiásticos los bienes de que les abian despojado: permitieron el

(1) Dabidson.

libre ejerzizio de la relijion católica : proibieron toda imbectiba contra ella i los que la profesaban, en los púlpitos, i juntas particulares; en fin prometieron i se obligaron á reconozer en lo suzesibo la autoridad de los estados, i á obedezerlos. (1)

Sin embargo, tardó poco en conozerse que esta mudanza era solo efecto del grande influjo del prínzipe con los ganteses; pues que eszitados pocos meses despues por los mismos á quienes antes daban oidos, repentinamente mudaron de conducta, i olbidando sus promesas cometieron en los católicos los mayores eszesos: saquearon las iglesias i los monasterios, echaron de la ziudad á los eclesiásticos, de cuyos efectos se apoderaron i los distribuyeron entre los soldados alemanes que abian llamado en su socorro. Súpolo el prínzipe, buelbe á Gante, i los ganteses le ofrezen el gobierno de la ziudad, que no azeptó por prudenzia; empero se balió del gran crédito que tenia para bolber á restablezer la tranquilidad, calmó los ánimos, i logró asta que saliese de la ziudad su primer majistrado Imbise, i sus partidarios, ombres facziosos i turbulentos : puso en las majistraturas que dejaban, protestantes pazíficos i moderados : izo dar libertad á los walones que retenian presos; i conzeder de nuebo á los católicos el libre ejerzizio de su relijion, asegurándoles que no bolberian á ser pertubados ni inquietados. (2)

No tomó con menos empeño el calmar los ánimos irritados de los walones. Zierto es que no fueron los agresores; empero fué demasiado tenaz su encono, que sostenian i abibaban el obispo de Arras Mateo Moutard, el conde de

(1) De Thou, lib. 11. (2) Grotius, lib. 3.

Lalain, el marques de Roubais, i algunos otros caballeros, inzitados de embidia al gran crédito i autoridad de que el prínzipe gozaba. Tambien el pueblo por su parte sospechaba mucho que el zelo del prínzipe por la libertad zibil i relijiosa no era sinzero, ni prozedia de amor á aquellas mismas libertades sino á su engrandezimiento, i que solo abia trabajado por establezerle sobre las ruinas de la relijion romana. En esta firme persuasion desecharon los planes que les propusieron el prínzipe mismo, el archiduque i los estados, que sabian los walones estar por él dirijidos. (1)

Era mui abisado el de Parma para no aprobechar la buena ocasion que las disposiziones de los walones le ofrezian para dar mas calor á las negoziaziones que con los jefes de ellos tenia entabladas desde poco despues de la muerte de don Juan, i á las que daba tanta importanzia que ni las atenziones que esijia una empresa como la de Maestricht fueron parte para interrumpirlas. No lo ignoraban el de Oranje ni los estados; i para inutilizarlas representaron á los walones, que si azian combenio separado con los españoles podria justamente imputárseles la mas criminal infidelidad respecto de las otras probinzias, á quienes espondrian como á sí mismos á recaer bajo el antiguo yugo. Tan poderosos motibos i razones no podian dejar de azer impresion en quienes no temian menos aquella tiranía; porque aun no se les abian olbidado las eszenas de perfidia i biolenzia de que tan frecuentemente abian sido testigos; i zierto que les parezia absurdo el contar con las promesas de ombres, cuya mala fé abian por sí

(1) Reidanus, lib. 2., p. 29.

mismos tantas bezes esperimentado. Empero el eszesibo zelo de relijion, i aun mas la embidia de la nobleza walona al de Oranje azian imposible toda reconziliazion con los flamencos. Su odio á los españoles no era entonzes el que antes ; i comparado con la abersion que á los protestantes tenian era mucho menor. Alimentaban esta abersion i continuamente la irritaban el obispo de Arras, i los otros partidarios del de Parma; el cual si bien les allo entonzes mas dispuestos á oir proposiziones de combenio, empero tambien dezididos á no aczeder á ellas sino en cuanto pudiesen azerlo sin faltar á los empeños solemnes que con las otras probinzias abian contraido, en el sentido que ellos daban á estos empeños. En consecuenzia esijieron i persistieron siempre en estas condiziones : que saliesen de los Paises Bajos las tropas estranjeras : que se obserbase esactamente la pazificazion de Gante; i que el rei de España reconoziese el derecho que tenian de formar alianzas así dentro como fuera de los Paises-Bajos en caso de que por parte de S. M. se infrinjiese este tratado.

De estas condiziones, la que al de Parma repugnaba mas era la de las tropas : conozia que no podrian reemplazarse con las que se lebantaran en el pais ; i temia si se aliaba reduzido á no emplear otras, que no podria realizar el proyecto de someter las probinzias maritimas. El rei con quien lo consultó, repugnaba no menos que él la despedida de las tropas estranjeras ; mas considerando lo importante que le seria el que bolbiesen á su obedienzia los walones, á quienes miraba entre todos aquellos naturales, como los mas propios para el ofizio de la guerra ; i al mismo tiempo, el mal estado del erario, agotado con los gastos de la con-

quista de Portugal; juzgó que usando de induljenzia con ellos, conzediéndoles lo que pedian, podria mui pronto despues obligarles á consentir todo cuanto quisiese. Dió pues órden al de Parma para que concluyera el ajuste proyectado, i lo fué en 17 de mayo con estas condiziones: que todas las tropas que estaban al serbizio del rei en los Paises-Bajos saldrian de ellos en el término de seis semanas, i nunca bolberian sino con el consentimiento de los walones: que se lebantaria un ejérzito compuesto enteramente de nazionales, el cual seria pagado con el producto de los subsidios que los estados del pais conzedian al rei: que todos los que ejerziesen empleo público jurarian conserbar la relijion romana: que á todas las probinzias se conserbaria en el goze de sus pribilejios; i que el gobierno se mantendria en la forma en que estaba cuando el emperador Cárlos V abdicó la soberanía. (1)

De las probinzias walonas solo firmaron los diputados de las que oi tienen el nombre de Flandes franzesa, el Artois, i el Enao: de las otras no se izo menzion. La de Lusembourgo ninguna parte abia tenido en lo que ántes se abia echo; i lo mas del Limbourgo i del Namures abia ya buelto á la obedienzia del rei.

Sabia mui bien el de Oranje los motibos porque así obraron los prinzipales walones, i bien prebisto tenia lo que al fin resultó. Y para balanzear el tratado que acababan de ajustar, propuso una confederazion entre las probinzias de Olanda, Zelanda, Utrecht, Güeldres, Frisia, Brabante i Flandes; la cual se llamó la

(1) Bentiboglio, part. 2., lib. 1.

union de Utrecht, donde se concluyó; i puede con justa razon mirarse como la piedra fundamental de la república de las probinzias unidas; i aun oi, como el pacto que contiene las leyes fundamentales de su constituzion. Beense en ella la sabiduría, la moderazion, las estensas miras i el jenio profundo de su autor. Este acta nada contiene que pueda tenerse por un reconozimiento tázito de la fidelidad debida al soberano, ni por una esenzion espresa de esta misma fidelidad. Las probinzias sí, reibindican tázitamente la autoridad soberana, i la trasmiten en parte á la asamblea jeneral de los estados, i en parte á las asambleas particulares de los estados de cada probinzia. Los prinzipales artículos de este acta de confederazion fueron:

«Que las probinzias contratantes se unian para formar un cuerpo político, renunziando para siempre el poder de separarse unas de otras; empero reserbándose cada una en particular todos los derechos de que antes gozaba.»

«Que dichas probinzias se ayudarian mútuamente para repeler los ataques de todas las potenzias estranjeras, i prinzipalmente todos los actos de biolenzia que podrian azerse contra algunas de ellas por el rei de España, á pretesto de establezer la relijion católica, ó con motibo de algunas combenziones echas en los Paises-Bajos desde el año 1558; dejando á la jeneralidad el determinar la proporzion en que cada probinzia seria obligada á dar su continjente así de tropas como de dinero.»

«Que en Olanda i Zelanda no se profesaria públicamente otra relijion que la ya establezida; i que en las otras probinzias seria permitido profesar fuese la reformada, fuese la católica, fuesen ambas á un mismo tiempo, se-

gun que las probinzias lo tubiesen por combeniente. Que los efectos de las iglesias i combentos serian debueltos, eszepto en las probinzias de Olanda i Zelanda; las cuales asignarian pensiones á los eclesiásticos católicos, que les serian pagadas en donde quiera que residiesen.»

«Que todas las ziudades fronterizas, i cualesquier otras que los estados jenerales ó probinziales tubiesen por combeniente fortificar, lo serian á espensas de la jeneralidad, i de la probinzia en particular en que la ziudad se allase. Mas, si los estados jenerales juzgasen nezesario lebantar alguna nueba fortaleza en alguna probinzia, i lo iziesen sin que ella lo aprobase, seria á espensas de la jeneralidad.»

«Que todas las plazas fuertes estarian obligadas á rezibir la guarnizion que la jeneralidad creyese oportuno embiar; mas, con la condizion de que las tropas que la compusieran arian juramento de fidelidad á la ziudad i á la probinzia aun cuando antes le ubiesen echo á los estados jenerales.»

«Que estos no podrian azer ningun tratado de paz, ni tregua; emprender guerra, imponer contribuzion, ni esijir nada sin el concurso de la mayor parte de las probinzias i ziudades de la union: ni estas por su parte contraer alianza con ningun prínzipe ó potenzia estranjera, sin el consentimiento de la jeneralidad.»

«Que en caso de que cualesquier prínzipes, estados ó potenzias quisiesen aczeder á la presente acta de union podrian azerlo; empero prezediendo el consentimiento de todos los miembros de la confederazion.»

«Que todos los abitántes barones de las probinzias confederadas desde diez i ocho á sesenta años se inscribirán un mes despues de la presen-

te acta de union; i el dicho alistamiento seria presentado á los estados jenerales la primera bez que se reunieran, á fin de que pudiesen juzgar de las fuerzas de cada probinzia; i de la que podria suministrar en ombres para la defensa comun.»

«Que para proporzionarse el dinero nezesario á la manutenzion del ejérzito se arrendarian al que mas diese, todos los impuestos; los cuales se disminuirian ó aumentarian segun los estados jenerales entendieran que lo esijian las nezesidades de la confederazion.» (1)

Al prinzipio no produjo esta todas las bentajas que se esperaban. Antes que los dos partidos de católicos i protestantes pudiesen bibir en buena intelijenzia nezesitaban esperimentar por algun mas tiempo los funestos efectos de su eszesibo i mal entendido zelo. Aun se conserbaba entre los abitantes de muchas ziudades el mas encarnizado rencor. En Bois-le-Duc llegaron á las manos, i quedaron tendidos zerca de ziento. Poco despues sobrecojidos los protestantes de un terror pánico dejaron la ziudad, é inmediatamente los catolicos se sometieron á los españoles.

En Ambéres, donde el partido de los protestantes era el mas fuerte, insultó el pueblo á los sazerdotes católicos en una prozesion que azian conforme á su rito. En bano el archiduque i el prínzipe de Oranje interpusieron su autoridad en fabor de los católicos: estos tubieron que dejar la ziudad.

Tantos eszesos por los protestantes cometidos en Ambéres i otras ziudades contra los católicos fazilitaron la reconziliazion de estos con los españoles; i no contribuyeron poco á desunir de

(1) Grotius, p. 64. Meteren, lib. 19, pag. 240.

los estados una gran parte de la nobleza. El jóben conde de Egmont, ijo del grande, é infortunado Egmont, se abia distinguido asta entonzes por su zelo contra los españoles; i mudando repentinamente de opinion, resolbió para azer la paz con ellos, sorprender á Bruselas con un rejimiento de walones que tenia á sus órdenes, i entregarla al prínzipe de Parma. Su empresa fué felíz al prinzipio, dado que se apoderó de una de las puertas é introdujo sus tropas en la ziudad; empero los abitantes corrieron á las armas, i abiéndoseles juntado algunas tropas regladas, usaron de una estratajema mui particular para echar á los soldados que dejó el de Egmont en guarda de la puerta: tal fué el poner bajo ella muchos carros cargados de paja i eno, i pegarles fuego. Sofocados los soldados por el umo i la llama que les llebaba el biento, tubieron que dejar pronto su puesto i uir. Abianse entre tanto armado los abitantes, i se apoderaron de todas las salidas del mercado para impedir que el conde ni sus tropas se les escapasen. Todo el dia, i la noche siguiente permanezieron ambas partes en inaczion: pero sin zesar en este tiempo de echar al conde en cara que abandonase á los que abian tomado las armas para bengar la muerte de su padre. Recordaronle que azia onze años que en el mismo dia i en aquella misma plaza le abia decapitado el berdugo por la misma causa que él, indigno ijo suyo, tan bilmente abandonaba. Este amargo recuerdo izo derramar lágrimas al conde; i el pueblo mobido á compasion del ijo, i por respeto á la memoria del padre, le permitio que saliese de la ziudad con su tropa. (1)

(1) Grotius, p. 64. Meteren, l. 9, p. 250.

Durante el curso de todos estos suzesos, á solizitud del emperador, del papa, de los electores de Colonia i Treberis, i bajo su mediazion, se abian abierto conferenzias en Colonia con intento de lograr una abenenzia sólida entre el rei de España i los Paises-Bajos. Embió el papa por su embajador á Castaña, arzobispo de Rossano, que ocupó despues la silla con el nombre de Urbano VII: al frente de los embajadores del emperador estaba el conde de Schwartzembourg: el embajador del rei de España era el duque de Terra-nuoba; i los estados pusieron al frente de su diputazion al duque de Arschot. Los obserbadores superfiziales juzgaban del ecsito de esta negoziazion por el rango i la dignidad de los que en ella interbenian; no así los que penetraban mas. Consideraban que el prínzipe de Oranje i los otros jefes de partido de los confederados, despues de aber llebado las cosas al punto en que estaban, no podian esperar que sinzeramente les perdonase un prínzipe tan inflesible é implacable como Felipe II: que las opiniones de los reformados estaban mas esparzidas que antes, i su zelo por la conserbazion de su iglesia era si cabia en lo posible mucho mas ardiente; i por consecuenzia, poca esperanza de que se les redujese á bolber á la católica: que tampoco la abia de que siendo Felipe tan zeloso por esta, aczediese jamas á nada que la fuese contrario, i faborable á la reformada. I con efecto su inflesible ostinazion en no zeder ni un ápize en este punto, izo abortar las negoziaziones de Colonia, como algunas de las otras que las abian prezedido. Condujose en esta ocasion con su doblez ordinaria, dando á su embajador instrucziones secretas mui diferentes de

las que al emperador se comunicaran. (1)

En estas, i en las instrucziones dadas para que se iziesen públicas, parezia que estaba dispuesto el rei á ratificar la pazificazion de Gante; i por uno de los artículos de aquel tratado debia la relijion permanezer en los Paises-Bajos en el estado en que entonzes se allaba, asta que la asamblea jeneral de todas las probinzias dezidiese sobre este punto. Mas, en el discurso de las conferenzias, fázil fué conozer que el rei no entraria en ninguna espezie de acomodo, á no ser que la relijion católica se restableziese enteramente en todas las probinzias: que no queria ni consentir en la combocazion de la asamblea jeneral, ni ratificar el nombramiento del archiduque Matías. Ademas insistió eficazmente su embajador en que todas las plazas fuertes, armas i muniziones, inmediatamente se entregasen al prínzipe de Parma: en fin, todas las condiziones que propuso en los puntos importantes fueron las mismas que desecharon las probinzias de Olanda i Zelanda cuando obraban por sí i separadas de las otras. Deduzese pues con claridad que solo por satisfazer á las instanzias del papa i del emperador abia consentido el rei en que aquel congreso se combocase.

Sin embargo, algun tiempo antes que se disolbiese, umilló Felipe II su orgullo asta el estremo de ofrezer secretamente al prínzipe de Oranje el pago de todas sus deudas: restituzion de todos sus bienes: indemnizazion de cuanto abia perdido durante la guerra: i la libertad del conde de Buren, á quien ofrezia el gobierno de Olanda i de Utrecht, si el prínzipe queria reti-

(1) Strada, lib. 5.

rarse á Alemania. El conde de Schwartzembourg que le izo estas proposiziones le aseguró al mismo tiempo bajo su palabra de onor de que serian esactamente cumplidas si las azeptaba. Semejante paso, dado por un enemigo tan grande i tan poderoso, no pudo menos de lisonjear mucho al prínzipe, como que era una prueba del temor que su capazidad i sus talentos inspiraban á Felipe; empero Guillermo, superior á todos los atractibos del interés, prefirió la gloria de salbar de la esclabitud un pueblo que abia puesto en él su confianza, á todas las bentajas que él i toda su familia ubieran podido sacar del perdon i aun del fabor del rei: « ninguna proposizion oiré, dijo, sea de la naturaleza que quiera, que á mí solo interese: en todo cuanto e echo me e propuesto el bien público: él es el que siempre me a animado; i no ai considerazion que me determine á entrar en ninguna transazion en que los estados i el pueblo no sean partizipantes. Si se ubiera aczedido á las justas pretensiones que an echo, no abria desechado condiziones particulares que mi conzienzia i mi onor me ubiesen permitido azeptar. (1)

Poco tiempo despues se rompieron las conferenzias de Colonia sin aber produzido otra cosa que la ocasion de que el duque de Arschot i algunos otros diputados de los estados iziesen su paz particular.

Pero las negoziaziones no abian interrumpido las operaziones de la guerra. El prínzipe de Parma ayudado de algunos católicos se abia apoderado de Malinas, i algun tiempo despues de Billebroek. Indemnizaronse los estados de estas

(1) Reidanus, p. 29. Grot., p. 69.

pérdidas con la conquista que izo su ejérzito mandado por el conde de Renneberg, de la probinzia de Frisia, i de las ziudades de Debenter i de Groninga. En las probinzias del mediodia se atacaban continuamente los flamencos i walones; empero sin que iziesen nada digno de memoria.

ISTORIA

DEL REINADO DE FELIPE II,

REI DE ESPAÑA.

LIBRO DÉZIMO SESTO.

Miéntras estas cosas pasaban en los Paises-Bajos se empleaba Felipe sin interrupzion en los preparatibos nezesarios para sostener sus derechos al trono de Portugal: asunto que por su importanzia inflamara otra ambizion mas moderada que la suya, i merezia toda la atenzion que le daba, i los inmensos gastos que azia. En una suzesion de reyes, que abian echo consistir toda su gloria en que floreziese el comerzio de sus basallos, i en azer nuebas conquistas en las rejiones mas lejanas de la tierra, llegaron los portugueses á un grado de consideración entre las demas potenzias de Europa, de que parezia estar para siempre escluidos, así por la poca estension de su pais en ella, como por la bezindad de España. Ademas de los establezimientos que abian formado en Africa i en las islas adyazentes, abian doblado el cabo de Buena-Esperanza; lo que ningun marino europeo abia osado emprender antes. Penetraron en casi todas las partes del océano oriental, descubrieron

tierras asta entonzes desconozidas, i edificaron ziudades con la mira de estender su comerzio. No contentos con tantas adquisiziones al este, llebaron sus armas á América i establezieron en el Brasil aquella rica colonia que aun poseen.

Juan III, último de los grandes reyes, bajo cuyos reinados se señalaron los portugueses por tan considerables espediziones, abia muerto algunos años antes de este en que bamos, i dejado en el trono á don Sebastian su nieto, de edad de tres años. Muchas cualidades brillantes que en él se notaron mui luego, dieron á los portugueses las mayores esperanzas de un reinado felíz; empero desgraziadamente para él i para sus basallos se dejó llebar de su ambizion, entregándose á los quiméricos proyectos que le inspiraba. En bez de inclinarle á imitar á sus ilustres predezesores, i á emplearse como ellos en proporzionar la felizidad de sus pueblos, le sujirió el deseo de estender sus dominios con el fin de contribuir á la propagazion de la fe.

Fomentaban esta pasion don Alejo de Meneses su ayo, i el jesuita Luis de Gamarra su maestro. No zesaba el primero de elojiar en su presenzia á sus antepasados por las bictorias que de los moros obtubieron en Africa i las Indias; miéntras el segundo procuraba de contínuo persuadirle que la primera obligazion de un rei cristiano era estender el conozimiento de la berdadera relijion; i que no abia aczion que á Dios fuese mas agradable. Estos discursos eszitaron de tal modo la ambizion de su jóben amo, que para ejecutar el designio que le abian sujerido, i que él mismo creia tan meritorio ante Dios, i tan onroso ante los ombres, resolbió embiar su ejérzito i su armada á las Indias, i encargarse por sí de esta estrabagante espedizion. Empe-

ñaronse sus cortesanos en azerle renunziar á tan quimérico proyecto, i no lo consiguieron sino proponiéndole otro en Africa contra los maometanos. Los mas prudentes del su consejo trabajaron en azersele abandonar tambien; pero ningun efecto produjeron sus representaziones: persistió en su resoluzion, i prozedió con la mayor actibidad á ponerse en estado de ejecutarle.

Un inesperado suzeso acaezido en Marruecos, miéntras don Sebastian proporzionaba los preparatibos para su espedizion en Africa, le izo creer que el zielo la aprobaba. A la muerte de Abdalla, rei de Marruecos, su ijo Mulei Maomet se apoderó del trono en desprezio de la lei de suzesion, que se le daba al ermano del rei difunto. No tardó en enzenderse la guerra zibil, i su ecsito no fué faborable á Maomet, que despues de perder muchas batallas campales se bio prezisado á zeder el trono á su tio Mulei Moluc, prínzipe mui capaz i birtuoso. En este desagradable estado se dirijió Maomet al rei de España aziéndole mui bentajosas proposiziones si se declaraba en su fabor; pero no las azeptó. Mejor rezibidas fueron del de Portugal, á quien Maomet ofrezió muchas ziudades, i reconozerse su tributario si le restablezia en la posesion de sus dominios.

Para poder azerlo, se dirijió don Sebastian al rei de España su tio pidiéndole tropas, i al mismo tiempo las solizitó de muchas potenzias de Italia. Mas, lo que prueba asta que estremo abia tomado á pechos esta espedizion, fueron las pretensiones que tubo con el prínzipe de Oranje.

Sin esplicarse Felipe II azerca de la demanda del sobrino le propuso una entrebista en Guadalupe, que don Sebastian azeptó. Refieren los istoriadores que berificada poco despues, pro-

curó el tio disuadir al sobrino; i que allándole inflesible en su resoluzion le prometió un socorro de zincuenta galeras i zinco mil soldados. Mas, que poco despues, biendo mui posible que el imperio de Marruecos cayese bajo el poder del sultán, i la nezesidad en que Mulei Maluc se allaba de emplear en sus ejérzitos muchos turcos, le ofrezió su amistad i sus socorros, i Mulei los azeptó, porque no temia menos que Felipe la ambizion de los turcos, i formó con España la alianza que esta le propuso. Los mismos istoriadores refieren tambien, que en el mismo tiempo, por interposizion de benezianos, obtubo Felipe del sultán una tregua por tres años; i que el cuidado en que le ponian las cosas de los Paises Bajos le estimuló á dar entonzes el indecoroso paso á que se abia resistido siempre de tratar con el enemigo del cristianismo. (1)

Mui de otro modo se condujo el prínzipe de Oranje. Los asuntos de los Paises-Bajos no le daban menos cuidado que al rei de España. Sin embargo, fuese efecto de su magnanimidad natural, fuese que llebase la mira de que la Europa entera conoziese las fuerzas reales de las probinzias confederadas, ó fuese en fin con la esperanza de asegurar á la confederazion la amistad del rei de Portugal, acojió faborablemente á su embiado Acosta; i en seguida embió á aquel prínzipe un cuerpo de tres mil soldados alemanes. (2)

Con estos, diez mil portugueses, algunas tropas italianas i españolas que Felipe, á pesar de su tratado con Mulei Moluc, embió á su so-

(1) Ferreras, vol. 10, p. 306, 312.
(2) De Thou.

brino, se formó un ejérzito de casi quinze mil ombres, sin contar un gran número de gastadores. Izolos embarcar don Sebastian, i dió la bela al prinzipio del estío de 1578. Desembarcó felízmente en Arzila i Tanjer; i mui luego acudió el rei destronado con un cuerpo de tropas de su nazion.

No ignoraba Mulei Moluc los intentos del rei de Portugal, i por disuadirle de ellos le abia ofrezido que le zederia muchos territorios adyazentes á las ziudades marítimas que en Africa tenian los portugueses. Con tanto mas empeño abia procurado Mulei Moluc azer á don Sebastian desistir de aquella empresa, cuanto que allándose atacado de una enfermedad imbeterada, que no dudaba le conduziria pronto al sepulcro, deseaba dejar su corona i sus dominios á su ermano, á quien segun las leyes pátrias, miraba como su eredero lejítimo. Mas, cuando bió que don Sebastian se negó á oir las proposiziones que le abia echo con el fin de alejar de sus estados la guerra, se preparó con la mayor actibidad á sostenerla con bigor. El ejérzito que lebantó, pasaba de sesenta mil ombres entre infantes i jinetes; con los cuales salió al encuentro de los portugueses: i llegado que ubo á zierta distanzia izo publicar, que todos los de su ejérzito que quisiesen dejarle i pasarse al de los portugueses podian azerlo libremente. Esta precauzion estraordinaria, tomada por las sospechas que tenia de que una parte de sus tropas era adicta á su sobrino, produjo el efecto de que se determinasen los sospechosos á combatir por su soberano lejítimo; i así triunfaron su magnanimidad i sus birtudes del afecto que á Maomet tenian.

Los mas esperimentados ofiziales del ejérzito

portugues instaron bibamente al rei á que permaneziera en sus líneas, que estaban zerca de las costas, i no se arriesgase al tranze de una batalla, i Maomet mismo le suplicó lo propio. Abiase este lisonjeado antes, de que una parte de las tropas de su tio se le pasarian; mas biendo engañadas sus esperanzas, se unió á los ofiziales portugueses para pedir al rei que ebitase una aczion jeneral. Desechó don Sebastian con desden este dictámen, atribuyéndole á timidez mas que á prudenzia; i así fué que no solo abandonó su campo que estaba bien fortificado, sino que se internó en el pais en busca del enemigo.

Entre tanto, la enfermedad de Moluc abia echo los mas rápidos progresos; empero sin alterar la fuerza de su espíritu. Sino ubiera temido las resultas de la zercana muerte que le amenazaba se abria contentado con interzeptar la comunicazion entre el ejérzito i la armada enemigos, pues que el ejérzito tenia pocos bíberes, i no pudiendo probeerse de la armada ubiera perezido, i terminadose la guerra. Empero tubo que resolberse á benir cuanto antes á las manos. Bien pronto le presentó la ocasion la temeridad de don Sebastian. Sin considerar la inferioridad de su ejérzito, abanzó á una gran llanura en que el enemigo podia fázilmente desplegarse, i obrar libremente infantería i caballería. Moluc aprobechó la ocasion: puso su ejérzito en batalla en forma de media luna; i aziéndose llebar en litera recorrió todas las filas esortando á sus soldados á que tubiesen presente iban á pelear por su libertad i su relijion, ambas en peligro; dado que cualesquier pretestos que los portugueses alegasen, nadie les abia probocado á azer aquella imbasion; i que por consiguiente no po-

dian llebar en ella otra mira que la de reduzir á esclabitud los moros, i destruir su relijion. Despues dió las órdenes que juzgó mas esenziales para asegurar la bictoria; i como sentia que las fuerzas se le acababan confirió á su ermano el mando del ejérzito, i se retiró á zierta distanzia.

Dióse prinzipio á la batalla por una descarga jeneral de artillería i mosquetería; mas, pronto llegaron al arma blanca, i la infantería portuguesa rechazó en muchas partes, é izo en los moros una gran matanza. Mas en tanto, la caballería mora que llegâba á treinta mil ombres, i estaba en las alas, se estendió, i por todas partes embolbió al ejérzito portugues, cojiéndole en flanco i por la espalda, miéntras él perseguia la infantería mora á la que en gran manera se abentajaba. Por otra parte la caballería portuguesa arrolló un cuerpo de la de los moros, i le persiguió asta el sitio á donde Moluc se abia retirado. A bista de sus tropas fujitibas, arrebatado de indignazion arrojase aquel prínzipe de la litera, toma un caballo, reaze sus soldados i les buelbe á la pelea. Este esfuerzo agotó de tal modo las pocas fuerzas que le quedaban, que notando sus ofiziales que no podia ya tenerse en el caballo le bolbieron á la litera, en la que al momento se desmayó: algunos instantes despues bolbió en sí, pero no tubo mas tiempo que para recomendar á los que le rodeaban que ocultasen su muerte asta que la bictoria se dezidiese. En seguida poniéndose el dedo en la boca, como reiterando el órden que acababa de dar, espiró.

No ofreze la istoria ejemplos de mas firmeza de ánimo. Estaba Moluc dotado de las cualidades mas apreziables, i tenia cuanto inspira res-

peto: era justo, jeneroso, i lo que es raro entre africanos, abiase distinguido siempre por su candor é integridad tanto como por su prudenzia, su magnanimidad i su balor: libró á su pueblo de la tiránica opresion de un usurpador; i si mas bibiera condujera á su nazion á un grado de gloria i prosperidad á que no a podido despues llegar.

Persuadidos sus soldados de que aun bibia i era testigo de su balor izieron esfuerzos asombrosos. Los españoles, alemanes, i portugueses les atacaban con el mayor furor; empero obligada la caballería á replegarse sobre la infantería introdujo en esta el desórden i la confusion rompiendo sus filas. Entonzes la caballería mora se arrojó á ella por todas partes é izo una orrible matanza, de la que solo los prisioneros se libraron.

Poco sobrebibió don Sebastian á esta sangrienta catástrofe. Antes de la aczion se condujo como pudiera el jeneral mas esperimentado así en establezer el órden de batalla como en distribuir las tropas. En ella dió muchas pruebas del mas eróico balor: biósele correr de fila en fila animando con su ejemplo i eszitando con sus discursos el balor de sus soldados, esponerse á todos los peligros, i arrojarse con espada en mano á lo mas enzendido de la pelea: tres caballos murieron bajo de él. Muerto á su lado su porta estandarte, los soldados en la confusion, tubieron otro estandarte por el suyo, le siguieron, i dejaron á su rei casi solo en medio de los enemigos. Gritabanle los moros que se rindiese, i le conserbarian la bida: «no podreis conserbarme el onor» les respondió don Sebastian. Al mismo tiempo acompañado solamente del conde de Bimioso, de Cristobal Tabora, i de Nuño de

Mascareñas se arroja al enemigo, pelea como desesperado, be caer á sus lados á Bimioso i Tabora, faltanle las fuerzas para defenderse, i es cojido i desarmado por los moros. Todos quieren la gloria de tener en su poder tan ilustre prisionero, i se la disputan con las armas, asta que acudió un ofizial, le da un sablazo en la cabeza, le tiende muerto á sus pies, i con esta bárbara aczion puso fin á la querella. (1)

Así murió el baleroso, pero temerario rei don Sebastian; dejando un ejemplo terrible de los funestos efectos de la ambizion i del balor cuando no los templa la prudenzia i la moderazion. Con él perezió en aquella fatal jornada la mayor parte de la nobleza portuguesa, i ocho mil soldados: el resto del ejérzito quedó en esclabitud: los pocos que escaparon uyeron á Arzila i Tanjer: desbenturada espedizion por la cual quedaron estinguidas muchas de las primeras familias portuguesas. (2)

Don Enrique, tio de don Sebastian, cardenal presbítero, le suzedió en el trono; mas como de complesion débil, mui anziano, i demasiado enfermo, no abia aparienzias ni de que bibiese mucho, ni de que dejase ijo que eredase la corona: i todos los que presumian tener algun derecho á ella se prepararon desde entonzes á azerle baler para cuando muriese.

(1) Esta relazion de la muerte de don Sebastian es tomada de Nuño de Mascareñas, testigo ocular que segun de Thou mereze entero crédito, por mas que algunos istoriadores digan que el rei se dió á si mismo la muerte.

(2) Maomet se aogó uyendo de los que le perseguian. Amet, ermano de Mulei, le suzedió en el trono de Fez i de Marruecos.

Siete eran los pretendientes : Catalina, duquesa de Braganza; Felipe, rei de España; Filiberto Emanuel, duque de Saboya; Antonio, prior de Crato; Ranunzio Farnesio, duque de Parma; Catalina de Médizis, madre de Enrique III, rei de Franzia; i el papa Gregorio XIII. Los cuatro primeros, nietos de Emanuel el grande, padre del reinante. La duquesa de Braganza (1) era ija del infante Eduardo, ijo segundo de Emanuel : el rei de España, de la emperatriz Isabel, ija mayor del mismo Emanuel: el duque de Saboya, de Beatriz, ermana menor de la emperatriz; i á don Antonio le tubo en una manzeba el duque de Bega don Luis, ijo menor de Emanuel. El duque de Parma, ijo de una ija del infante Eduardo, era biznieto de Emanuel. La reina Catalina, madre del rei de Franzia, fundaba su derecho en la suposizion de deszender de Alfonso III, muerto cosa de tres siglos antes. El papa alegaba que siendo el reino de Portugal un feudo de la santa sede debia ir á el en defecto de baron de la línea recta. Aspiraba Gregorio á la adquisizion de aquel reino con tanto mas empeño cuanto mayor era el que tenia en zeñir con una corona las sienes de su ijo natural : antes le abia lisonjeado la esperanza de berle rei de Irlanda con la ayuda del rei de España : i no debiendo presumir que este soberano tan poderoso renunziase por complazerle á los derechos que tenia al trono de Portugal, parezia una locura entrar en concurrenzia con él.

No eran mejor fundadas las pretensiones de Catalina de Médizis : las esperanzas que podia

(1) El duque su esposo era tambien de la familia real, pero no de la linea recta.

tener, si efectibamente tenia algunas, eran tan quiméricas como las de Gregorio XIII. Así, pues, lo que se puede presumir con mas berisimilitud es que aquella política prinzesa no tenia otro objeto en aparentar la defensa de sus derechos, que el de suszitar ostáculos á los proyectos ambiziosos de Felipe II, i dar un pretesto al rei de Franzia para que se opusiese á ellos.

Nada tenia que temer Felipe de la concurrenzia de los duques de Parma i de Saboya; pues ademas de que las pretensiones de estos no estaban tan bien fundadas como la suya, tenia con ellos una mui estrecha alianza; i por otra parte le estaban en zierto modo sometidos por la nezesidad que tenian de su apoyo i aun de su proteczion.

Si don Antonio ubiera probado el matrimonio de su madre, fuera su derecho incontestable: lo intentó, pero en bano. Sin embargo no renunzió á sus pretensiones; i persistiendo en el proyecto de ser rei logró por su actibidad é industria azerse un partido considerable en el pueblo. La mayor parte de la nobleza i el rei, biendo la inposibilidad de que don Antonio probase su lejitimidad, se inclinaban á la duquesa de Braganza, cuyo derecho tenian por mejor que el de Felipe, no solo porque deszendia por los barones de Emanuel, i Felipe por las embras, sino tambien porque una lei fundamental escluia del trono á todo estranjero, aziéndole inábil para suzeder en él.

Los ajentes de Felipe en Lisboa combenian en que si el padre de la duquesa bibiese era su derecho incontestable; pero que abiendo muerto sin poseer la corona no se debia mirar sino al grado actual de consanguinidad con don Emanuel; i que como su amo i la duquesa se

allaban en igual grado, se debia en este caso dar la preferenzia al baron. Sostenian tambien que la lei que escluia á los estranjeros no podia entenderse con el rei de España, pues que antes Portugal abia pertenezido al rei de Castilla.

Ademas de estas razones, que no podian menos de ser mui débiles para los que no tenian ningun motibo particular de desear que á Felipe se diese la preferenzia, el duque de Osuna su embajador, procuraba azer baler otras con el tímido i escrupuloso Enrique. Aziale presente que le seria al duque de Braganza imposible mantenerse en el trono contra los esfuerzos de un competidor tan poderoso como su amo. Poniale delante las consecuenzias funestas para su pueblo de una guerra inebitable que tendria que sostener contra España; i que si tan temible azote desolaba el pais, mui luego perderia las bentajas de los descubrimientos i conquistas gloriosas echas por su padre i ermano.

Deseaba Enrique sinzeramente prebenir estas desgrazias, i resolbio esaminar i discutir con la mayor atenzion los derechos respectibos de los pretendientes, consulto á los mas ábiles jurisconsultos que abia en Europa, i combocó las córtes para que le ilustrasen con su dictámen azerca del partido i disposiziones que se debian tomar en aquellas zircunstanzias. Aconsejabanle unos que inmediatamente nombrase á cualquiera de entre ellos fuese el que quisiese: otros por el contrario le induzian á que no prezipitase la eleczion, sino que esaminase con la mayor escrupulosidad el derecho de cada uno. Preferido este dictamen, izoles zitar Enrique para que compareziesen ante él. Embiaron todos sus diputados, que defendieron

la causa de su amo como ubieran podido azerlo ante un tribunal ordinario de justizia, i en un negozio puramente zibil.

Esta discusion estraordinaria en que parezia debia tenerse tanto miramiento á la equidad i la justizia, era mui conforme al gusto i carácter débil é irresoluto de un rei que abia pasado su bida oyendo disputas fríbolas de teologos. Las jentes sensatas i prudentes bituperaban esta determinazion, no creyendo que la suerte de los reinos pudiese dezidirse con las formalidades i segun los prinzipios de la leyes. Juzgaban este ridiculo esámen no solo inútil al fin que el rei se proponia, sino capaz de dibidir el reino en facziones que tarde ó temprano enzendiesen una guerra zibil.

Lo que segun se dezia debió el rei azer fué declararse desde luego por la duquesa de Braganza, cuyo derecho segun las leyes aun las comunes de suzesion, era incontestable, ademas de ser entre los pretendientes la mas agradable á la nazion: que elejida, i combocadas las córtes debió proponerlas que reconoziesen los derechos de la duquesa, i lo ubieran echo de buena gana; i despues, que la prestasen juramento de fidelidad el ejerzito i los empleados públicos. En lugar de perder un tiempo prezioso en deliberar i oir parezeres ubiera sido mejor que pensase en los medios de poner el reino en estado de defensa contra las empresas del rei de España.

Mas, don Enrique era incapaz de ninguna resoluzion que nezesitase balor, firmeza i actibidad. Tan afecto á la duquesa, i opuesto á Felipe como el pueblo i la nobleza, permanezia empero irresoluto, i sin arrestarse á resolber

gastando el tiempo en deliberar, como si ubiera estado seguro de bibir muchos años.

Cansado no obstante de permanezer en aquella perplejidad, pensó seriamente en la proposizion que algunos de sus cortesanos le abian echo de que se casase. En consecuenzia, i sin considerar su abanzada edad, sus achaques, ni su carácter sazerdotal, embió al papa una embajada para obtener la dispensa nezesaria. Aunque ninguna aparienzia abia de que bibiese bastante para ber realizados sus deseos, ni menos para que dejase un eredero; sin embargo, tan luego como Felipe lo supo le embió al dominico Fernando de Castello para que le disuadiese, representándole que su matrimonio causaria el mayor escándalo á todos los católicos, i seria un triunfo para los luteranos i los otros sectarios. Mas, don Enrique reusó dar audienzia á aquel embiado; lo cual fué para Felipe una prueba, mayor que cuantas asta entonzes abia tenido, del despego del rei, i un estímulo para que emplease como lo izo cuanto influjo pudo tener con el papa para impedir la conzesion de aquella dispensa.

Al mismo tiempo no ubo nada que no iziese por conziliarse el afecto de la prinzipal nobleza portuguesa; i por medio de los emisarios que allá tenia izo zircular una espezie de manifiesto, tanto para apoyar sus pretensiones cuanto por preedisponer al pueblo á que le prefiriese como que era entre todos, el que despues de la muerte de don Enrique tenia mas derecho al trono.

No produjo este manifiesto el efecto que esperaba: irritó contra él al rei, i no debilitó la abersion de los portugueses á los castellanos:

abersion trasmitida de padres á ijos, i que les azia odiosa la dominazion española. Tampoco en el carácter personal de Felipe abia nada que contribuyese á disipar aquella prebenzion odiosa, ni á azerles que mudasen de opinion.

Si don Enrique se aprobechara de estas disposiziones, i reconoziera por su suzesora á la duquesa, casi todos sus basallos se ubieran apresurado á sostenerla. Ubiera proporzionado fuerzas bastantes, con las cuales i los ausilios de potenzias estranjeras obligara al rei de España á que desistiese de sus intentos, i sino desistia, impedir que los realizase. Mas, á nada de esto se acudió: el duque i la duquesa de Braganza contenidos por el temor que les inspiraba el poder de Felipe, i el rei siempre débil, é irresoluto persistiendo en la bana creenzia de que Felipe así bien que los otros, estarian en todo á su determinazion, nada izieron para que la nazion se interesase por ellos.

Menos dudó en dezidirse sobre las pretensiones de don Antonio, i menos miramientos i reserba tubo con él que con los otros competidores. Estaba por el papa autorizado para resolber azerca de la lejitimidad de aquel prínzipe. De los testigos que este produjo para justificar el matrimonio de su madre, dos confesaron que se les abia sobornado, i otros dos se contradijeron en sus deposiziones. Ademas qué el padre de don Antonio en su testamento no le llama sino su ijo natural. Todo esto junto, le parezió á don Enrique mas que sufiziente para declarar como lo izo que su sobrino no era ijo lejítimo del duque de Bega como pretendia. Mas, don Antonio tubo bastante crédito con el papa para conseguir que rebocase su bula, á pretesto de que el rei se abia eszedido de las facul-

tades que en ella se le conferian. Esto irritó á don Enrique contra el papa i contra don Antonio á quien desterró de la corte, i despues del reino. Retirose don Antonio á Castilla donde permanezió algun tiempo. Buelto que ubo á Portugal le fué fázil conozer que la determinazion de su tio no abia produzido en los portugueses el efecto que aquel esperaba. La adesion que le tenian era la misma; i como nadie trataba de formar partido por la duquesa, la mayor parte se declaró por él, mirándole como el único recurso que les quedaba contra la tiranía española. Estas disposiziones de los portugueses, i la actibidad con que don Antonio procuraba aumentar el número de sus partidarios izieron conozer al rei de España que no con manifiestos ni raziozinios, ni por medio de particulares instanzias adquiriria baledores, sino apoyando sus pretensiones en la fuerza de las armas. Resuelto á ello mandó lebantar tropas en España, Italia i Alemania, i dió órden al marques de santa Cruz para que tubiese la armada pronta á obrar. Mas, como era mui de temer que muchas potenzias se le opusiesen; para deslumbrarlas i disipar su cuidado izo correr la boz de que aquellos preparatibos eran consecuenzia de la alianza que abia echo con el rei de Marruecos, en birtud de la cual debia unir con él sus fuerzas para atacar á Arjel. Creyéronle muchos soberanos, de modo que ni el de Franzia, la de Inglaterra, ni ninguna de las potenzias de Italia ni Alemania se curaban de lo que azia. Entre tanto la salud del rei de Portugal se debilitaba sensiblemente, i los que le rodeaban conozian que su fin estaba mui prósimo. En este estado parezió mas cuidadoso que nunca de designar su suzesor; i en consecuenzia combocó las cór-

tes en Almerin con intento de elejir entre el rei de España i la duquesa de Braganza, el que notase que las seria mas azepto. Propuestos ambos, no pudieron combenirse los diputados: la mayor parte de la nobleza estaba por Felipe, que por barios medios la abia atraido á su partido; empero los diputados de las ziudades le eran contrarios: tenian á su persona i su gobierno una abersion imbenzible.

Miéntras se deliberaba i disputaba con mayor calor sobre cual de los dos competidores debia ser preferido murió el rei, dia 31 de enero de 1580, dejando una rejenzia de zinco personas con poderes para nombrar su suzesor.

El primer acto que de su autoridad izieron fué embiar una embajada al rei de España para disuadirle de que tomase la bia de las armas antes que ubiesen puesto en ejecuzion la última boluntad del rei difunto, i pronunziado sobre su derecho á la suzesion. Mas, teniendo Felipe casi acabados todos sus preparatibos respondió que su derecho era incontestable, i que no le someteria á los rejentes ni á las córtes, ni creia nezesitar que le confirmase ninguna espezie de juizio fuese el que quisiese.

Esta respuesta puso á los rejentes en la mayor perplejidad: los mas estaban por él; pero el temor de la indignazion pública les impedia declararse. Bieronse pues obligados á mandar que se pusiese la armada en estado de obrar, que se reforzasen las guarniziones, i que se reparasen las fortalezas fronterizas. Pero los grandes esfuerzos que don Sebastian izo, i el estado á que tenian reduzido al reino las muchas espediziones á las Indias i á la América, cuya utilidad aun no abia sido bastante para indemnizar los gastos que abian causado, i la pérdida

de ombres que se abia padezido, imposibilitaron á los rejentes de probeer á la defensa del reino contra fuerzas como las con que el rei de España iba á atacarle.

Constaba el ejérzito de este de treinta i seis mil ombres inclusos cuatro mil gastadores; i su armada de treinta nabíos de línea, diez i siete fragatas, i setenta galeras i barcos de trasporte destinados á la conduczion de munziones de boca i guerra. Para someter un reino en tan mal estado de defensa, i tan debilitado como Portugal entonzes, por las dibisiones i turbulenzias interiores, no pareze que se nezesitaban tantas fuerzas de mar ni tierra. Pero sobre que Felipe era por naturaleza mui prudente i algunas bezes asta el eszeso en sus empresas militares, es de creer que en aquellas zircunstanzias pensaba mas en la importanzia que en la dificultad de la conquista: acaso tambien temia que la Franzia i la Inglaterra se le opusiesen, i faborezieran á los portugueses.

Dió el mando de la armada al marques de santa Cruz; el mas ábil i esperimentado ofizial de la marina española. Menos dezidido en la eleczion de jeneral del ejérzito, dudó algun tiempo; no porque no conoziese el mérito i la capazidad de cada uno de sus jenerales; pues aun bibia el duque de Alba, i sabia el rei que poseia todos los talentos, i todas las calidades nezesarias para el logro de la empresa que proyectaba.

A su buelta de los Paises Bajos alló el duque en su amo la misma confianza de que antes gozaba, i permanezia á su lado teniendo el mayor fabor: mas como su ijo don Garzía ubiese engañado con palabra de casamiento á una dama de la reina, le izo arrestar el rei, manifes-

tando que no obtendria libertad asta que cumpliese su palabra. Faborezió el duque la fuga de su ijo, i sin miramiento á las órdenes del rei concluyó su casamiento con su prima, ija del marques de Billena Irritado el rei con este prozeder que calificaba de atentatorio á su autoridad, negó al duque la entrada en palazio, i le confinó en el castillo de Uzeda. Sufrió el duque con mucha impazienzia esta afrenta, i logró que el papa i algunos prínzipes estranjeros interzediesen por él; mas inútilmente, i allí azia dos años que permanezia.

Tanta seberidad por tan lijera ofensa de un tan antiguo como buen serbidor, ya en lo postrero de la bida, atribuyeronla unos al carácter imperioso é inflesible del rei, otros á que azia mucho tiempo que le incomodaba la arroganzia del duque; i que la falta porque le castigaba no era mas que un pretesto para alejar un cortesano, cuyo carácter i modales abian llegado á serle insufribles.

Mas fuese el motibo que quisiese, es mui presumible que su orgullo, la desconfianza que le era natural, i las sospechas que podia tener le retrajesen al rei de confiar empresa de tanta importanzia á un sujeto con quien tan inesorable abia sido. Así fué que á todos sorprendió la notizia de que dos secretarios de estado abian pasado á ber al duque de parte del rei i preguntarle si le permitia su salud encargarse del mando del ejérzito destinado á la conquista de Portugal. Respondió el duque, que consagrado al serbizio de su amo estaba pronto á sacrificar en él la poca salud, fuerza i bida que le quedaban. Inmediatamente partió para Barajas á esperar órdenes. Entre tanto pidió al rei lizenzia para pasar á besarle en Madrid la mano, i se le negó.

Era Felipe duro i sebero asta con los ministros que mas estimaba: la clemenzia le era desconozida: nunca perdonó ofensa ni olbidó injuria. Aun mismo tiempo embió sus instrucziones al duque, i la órden de que lo mas pronto posible pasase al ejérzito. Los que se acordaban de las orribles crueldades que el duque cometiera en Flandes, beian con una espezie de satisfaczion el desaire que acababa de sufrir; empero no podian negarle el tributo de alabanzas que tan debido le era por aquella inmutable fidelidad que tan bien sienta á un basallo respecto de su soberano; fidelidad que en una edad abanzada i con una salud débil le abia animado á esponerse á los peligros i fatigas de la guerra por un prínzipe que con tanta ingratitud le tratara.

Rezibidas las instrucziones partió inmediatamente de Barajas para Badajoz donde estaba la masa del ejérzito, al cual izo marchar mui luego por Yelbes i Olibenzia; cuyas ziudades así como todas las situadas al norte del Tajo asta Setubal que está al oczidente, le abrieron las puertas; i á pesar de la abersion que los abitantes tenian al gobierno español proclamaron rei á Felipe II. Banamente ubieran querido resistir: ni tiempo tubieron para azer los preparatibos nezesarios á la defensa.

La armada dió al mismo tiempo la bela en el puerto de Santa María, i sin allar resistenzia se apoderó de Lagos, i de las otras ziudades del Algarbe i el Alentejo, i dió bista á Setubal algunos dias despues que llegó el ejérzito.

Estas conquistas ninguna sangre costaron como que ningun ostáculo se opuso á la armada ni al ejérzito. Al prinzipio era el ánimo del duque marchar en derechura á la capital; pero mudó de dictámen luego que supo que don An-

tonio abia reunido un buen golpe de tropas, que Lisboa le abia abierto las puertas i proclamado rei; i que ademas se abian fortificado i puesto en estado de defensa muchas plazas i ziudades por donde el ejérzito español nezesitaba pasar.

Tres dictámenes ubo en el consejo de guerra que zelebró el duque para tratar del camino que se abia de seguir. Fué el primero que pasase el ejérzito el Tajo á algunas millas de Lisboa entre Almerin i Santaren: el segundo que se embiase la armada ázia Almeida, en frente de Lisboa, i se desembarcasen allí las tropas; i el terzero que por mar se trasportase el ejérzito de Setubal á Cascaes. La mayor parte de los ofiziales se declararon por los dos primeros como menos arriesgados que el terzero. Sin embargo el duque estubo por este, empero combiniendo en que las razones de los que seguian los otros dictámenes eran mui justas. En fabor del suyo notaba que allándose el ejérzito zerca de la armada seria su embarque pronto i fázil: que la trabesía de Setubal á Cascaes era mui corta; i que no abiendo tenido tiempo el enemigo para azer sus preparatibos ni ponerse en estado de defensa importaba mucho la brebedad, ó mas bien de ella dependia el buen ecsito de la empresa.

No se engañó el duque: la repentina llegada de su ejérzito produjo en los portugueses el efecto que se abia prometido; i aunque formados estos en batalla en la orilla del Tajo parezian resueltos á oponerse bigorosamente al desembarque; empero tan luego como empezó á jugar la artillería de la armada, abandonaron la ribera, i el desembarque se izo sin la menor oposizion. Aun pudieron los portugueses aber

detenido al ejérzito, dado que para llegar á Cascaes nezesitaba pasar por un camino estrecho, tajado en una montaña, defendido por una batería, i ocupado á trechos por riscos i breñas. Guardaban aquel paso de tres á cuatro mil ombres, á las órdenes de don Diego de Meneses, jeneral en jefe de las tropas portuguesas. La empresa de forzar aquel punto era arriesgada i aun temeraria. Sin embargo, preszindiendo el duque de la situazion i de las fuerzas que le defendian dió órden para pasar. Un anziano i esperimentado ofizial, i amigo suyo, llamado Bariettos, le llamó á parte i le preguntó: si el emprender con tan poca precauzion desalojar á un enemigo de un puesto de suyo tan fuerte, no era mas propio de un guerrero jóben, bibo i fogoso, que de un jeneral esperimentado? « Un buen jeneral, le respondió el duque sonriéndose, debe en ziertas ocasiones tener la prudenzia i zircunspeczion de un anziano, i en otras el ardor i la confianza de un jóben. » El suzeso justificó que la conducta del duque, temeraria en solo la aparienzia, fué la mas conforme á las zircunstanzias. Animados los españoles por la confianza que su jeneral manifestaba, marcharon denodadamente al enemigo; i los portugueses intimidados se retiraron sin atreberse á esperarlos: eran reclutas que aun no abian tenido tiempo para acostumbrarse á la diziplina militar.

Inmediatamente puso el duque sitio á la ziudad i castillo de Cascaes, i por la rapidez de sus operaziones obligó bien pronto á la guarnizion á que se rindiese; mas la crueldad que usó con los portugueses que se le entregaron á discrezion amanzilló la gloria que su sabiduría i balor merezian. En descrédito de la palabra que

abia dado á don Antonio de Castro, señor de Cascaes, que se unió á él luego que llegó á Portugal, permitió que los soldados saqueasen la ziudad, embió á las galeras la guarnizion, izo morir sin ninguna forma de juizio á don Diego de Meneses, caballero de una mui ilustre familia, i que por su propio mérito era unibersalmente querido i respetado. (1) Mobió al duque á cometer aquella barbarie, un resentimiento personal; empero que no es de presumir se atrebiese á satisfazerle en aquella ocasion sino creyera su conducta conforme á las intenziones de su amo. Quisose por este medio inspirar terror á los portugueses, empero tambien se les inspiró mas abersion que nunca. La nezesidad, que es el pretesto ordinario de los tiranos, no podia entonzes justificar á los españoles: la superioridad de sus fuerzas sobre las que se les oponian, era demasiado grande para nezesitar recurrir á otros medios.

La toma de los fuertes de san Juan i Belen siguió mui de zerca á la de Cascaes: poco tiempo gastó el duque en someterlas: imitó su ejemplo Almeida, i casi todas las otras plazas fuertes situadas en ambas riberas del Tajo, que la armada redujo á la obedienzia del rei de España.

Miéntras sus armas azian tan rápidos progresos, considerando don Antonio la debilidad de su partido, izo por obtener condiziones bentajosas; i no abiéndolas logrado fué á acampar con todas las tropas que abia podido reunir, al este del rio de Alcántara, en el camino que ba á Lisboa.

Mantubole el duque algunos dias con la esperanza de un combenio; empero su objeto era

(1) De Thou, C. 70, c. 10.

que en el ejérzito portugues creziese el desaliento que ya sabia reinaba. Tambien empleó el tiempo que duraron las pláticas en tomar informes esactos de la situazion i fuerza del campo enemigo. Luego que los tubo, resolbió atacarle el 25 de agosto. Pero para azercarse á las trincheras nezesitaba apoderarse del puente de Alcántara, ó llebar el ejérzito á mucha distanzia por zima del rio, cuyas márjenes eran tan agrias i escarpadas como imposible que pasase por ellas infantería ni caballería á bista del enemigo. Formó pues en batalla el grueso del ejérzito en frente de las trincheras de los portugueses, i embió la caballería, mandada por su ijo Fernando de Toledo, i dos mil infantes escojidos capitaneados por Sancho de Abila, á que badeasen el rio algunas millas mas arriba, por un sitio en que las márjenes eran menos agrias. Al mismo tiempo mandó á Próspero Colona que atacase el puente con los italianos: dos bezes fué rechazado; pero con un refuerzo que le embió el duque se quedó con él al terzer ataque.

Mui luego se presentaron Toledo i Abila con las tropas que acababan de badear el rio, i su bista aterró á los portugueses, que temiendo se les cortase toda comunicazion con la ziudad izieron una débil resistenzia, arrojaron las armas, i uyeron. Siguenlos el alcanze los españoles i matan de dos á tres mil.

No mostró aquí don Antonio balor ni conducta: uyo como sus soldados, i con ellos se metió en Lisboa. Mas, luego conozió que no estaba allí seguro, porque ademas de no allarse la ziudad fortificada en terminos de azer una larga resistenzia, los majistrados i una gran parte de los abitantes abandonaron su partido; de modo que para reclutar su ejerzito tubo que re-

currir al miserable medio de poner en libertad á los presos. Inmediatamente despues salió de la ziudad acompañado del conde de Bimioso i del obispo de la Guarda, sus dos amigos i mas zelosos partidarios; i escoltado de un pequeño cuerpo de tropas se dirijió á Santaren.

Los majistrados de Lisboa no dudaron un momento en someterse al benzedor, é inmediatamente despues de la batalla le entregaron la ziudad. La armada imitó su ejemplo, amainó el pabellon delante del de el marques de santa Cruz, que la izo ocupar por tantos castellanos que pudiese estar tan seguro de ella como de la suya.

En estas zircunstanzias era interés del rei de España el que se probeyese á la seguridad de Lisboa i de sus arrabales estramuros, con la misma atenzion i cuidado que á la de cualquier otra ziudad de sus dominios. Berdad sea que el duque cumplió lo que á los majistrados ofreziera, asta impedir que entrase en la ziudad un gran número de soldados; pero abandonó á estos los arrabales, que no eran entonzes de menos considerazion que la ziudad misma, i los saquearon sin distinzion de amigos ni enemigos. Permitió tambien el saqueo de las casas de los adictos á don Antonio, al mismo tiempo que conzedió á barios destacamentos el saco de las campiñas i lugares zircumbezinos. Zierto es que un istoriador español para disculpar al duque dize que estos eszesos se cometieron sin su notizia ni consentimiento; mas, si así ubiera sido, los abria castigado, i no lo fueron. Ademas, ninguna indemnizazion se dió á tantos millares de personas inozentes, que confundidas con los que podian no serlo respecto de los españoles, tu-

bieron la misma suerte i esperimentaron las mismas desgrazias.

Despues de una conducta tan bárbara como imprudente no era de esperar que los de Lisboa benziesen tan pronto su abersion al gobierno de su nuebo señor. El temor de ser oprimidos i el que les inspiraba la tiranía del duque, les arrancaba el juramento de fidelidad que de ellos esijia, i el mismo motibo tubieron para asistir, i aparentar que tomaban parte en los regozijos públicos que ordenó se iziesen en zelebridad de sus triunfos. El dolor de aquellos desgraziados naturales era demasiado beemente para que del todo pudiesen disimularle: trasluziase por entre la finjida alegría: las aclamaziones eran débiles, i los gritos de regozijo, mezclados con suspiros i jemidos.

Mas, poco tiempo despues de su entrada en Lisboa disminuyó el contento que su prosperidad le daba, la notizia de que el rei abia enfermado i tan de peligro que los médicos dudaban de su bida. Temia el duque que la muerte del rei en aquellas zircunstanzias podria malograr su empresa, é inutilizar cuanto lleba-ba echo para la conquista de Portugal; i en consecuenzia suspendió por algun tiempo las operaziones militares.

Don Antonio por su parte trabajaba con la mayor actibidad, i empleaba todos los medios que él i sus partidarios imajinaban para lebantar un nuebo ejérzito. Esperaba mantenerse asta poder persuadir á la Franzia i á algunas otras potenzias que se declarasen en su fabor i le embiasen socorros. Al prinzipio se abia declarado por él la ziudad de Santaren, i aun rezibido como á su lejítimo soberano, tributándole los na-

turales el mayor respeto i afecto; mas, luego que abandonó á Lisboa, i bolbió como dijimos á refujiarse en Santaren, reusaron rezibirle, asta que se obligó á no permanezer mas que el tiempo que se le dió; é inmediatamente despues de su salida embió la ziudad diputados al duque ofreziéndole someterse.

Desde allí se dirijió don Antonio al norte; i en una probinzia situada entre Duero i Miño persuadió asta ocho ó nuebe mil ombres á que tomasen las armas en su fabor. Al frente de aquel ejérzito poco aguerrido i menos disziplinado, logró ya por fuerza ya por persuasion entrar en la ziudad de Abeiro i despues en la de Oporto; mas, en ambas trató con la mayor seberidad á cuantos sospechó que no eran de su partido: conducta torpe i mal combinada con la nezesidad que tenia de aumentarle.

Permanezió en Oporto asta que supo que libre el duque del cuidado en que le abia puesto la enfermedad del rei, embiaba contra él un cuerpo de zinco á seis mil ombres mandados por Sancho de Abila, que abanzaba con la mayor zeleridad á lo largo del Duero. Sabia don Antonio bien á su pesar la gran diferenzia que abia de sus tropas indisziplinadas á las de Abila: conozia ademas la gran abilidad de aquel jeneral, que tantas pruebas abia dado de ella en los Paises-Bajos i en otras muchas partes; i juzgó que su salud dependia de impedir que pasase el Duero; tan rápido i profundo por muchas millas de la parte arriba de Oporto, que no era posible atrabesarle sin barcos. Para que no los tubiese cuidó de recojer cuantos abia al sur del rio, i situó sus tropas en diferentes partes de la ribera á fin de que obserbasen los mobimientos del enemigo.

Entre tanto Abila abanzaba: se apoderó de Billa-Noba que está frente de Oporto, i de allí embió á recojer i reunir los barcos i barcas que ubiese; pero ya la prebision i dilijenzia de don Antonio abia echo bana la suya. Abila que abia tomado mui á pechos el logro de aquella empresa izo que se repitiese la dilijenzia, i que subiesen en busca de barcos mas arriba que antes: así lo izieron i se apoderaron de unos beinte que allaron; empero á tanta distanzia de Oporto, que no presumiendo don Antonio que pudiesen ir asta allá á buscarlos, no cuidó de recojerlos. Tenian los ofiziales de Abila por imposible tentar con tan pocos barcos el paso del rio, i por imposible tambien conduzirlos asta la altura de Oporto, porque el paso estaba guardado por un gran número de bateles armados. En este estado tomó Abila el partido de embiar una parte de sus tropas al paraje en que se tenian los barcos reunidos: atrabesaron el rio sin obstáculo, i aun tubieron tiempo de atrincherarse antes que don Antonio tubiese notizia de semejante pasaje: el resto del ejérzito de Abila no tardó en reunirseles pasando del mismo modo.

Esta inesperada felizidad con que daba prinzipio á su empresa fué para Abila una espezie de seguridad de la bictoria, al mismo tiempo que le dió á conozer lo poco temible que era el enemigo con quien se las tenia que aber; pues que en una ocasion que tan importante le era, ni bálor ni bijilanzia abia tenido. El modo con que despues se condujeron los soldados de don Antonio mostró que su neglijenzia i cobardía en permitir que los españoles pasasen el rio pocos á pocos sin osar oponérseles, dió á Abila fundada esperanza de benzerlos fázilmente. En efecto les izo desaparezer de delante, dispersándoles

enteramente i casi sin derramar sangre. Sin perder tiempo embió Abila un destacamento de caballería en persecuzion de don Antonio, que acompañado de pocos de sus mas adictos, uia ázia Biana, pequeña ziudad de la costa, zerca de la frontera, al norte del reino. Al azercarse los españoles se arrojó don Antonio á un barco; mas embistióle una tempestad, que le bolbió al puerto, casi tan luego como se apartó de él. Abandonando entonzes á los que le acompañaban, se bistió de marinero, i á fabor de este disfraz burló las dilijenzias de los que le perseguian.

Esto ofrezió á Felipe ocasion de recurrir á su medio faborito: prometió la recompensa de ochenta mil ducados al que le entregase aquel desgraziado fujitibo; empero tal era la abersion que los portugueses á los castellanos tenian, ó su amor á don Antonio, que no se alló ninguno que se dejase seduzir por tan cuantiosa recompensa, ni que por alcanzarla quisiese prenderle, ni aun indicar el lugar de su retiro, sin embargo de que desde nobiembre asta el siguiente mayo, que pudo escapar á Franzia, andubo errante entre Duero i Miño, ya en casa de los nobles, ya en combentos i monasterios.

Dispersado el ejérzito, abrieron todas las ziudades sus puertas á los españoles. Algun tiempo antes, los zinco rejentes del reino, en uso del poder que les dejó el difunto rei, declararon á Felipe por su suzesor. El duque de Braganza mismo, le reconozió por su soberano: desde el prinzipio desconfió de poder sostener los derechos de su esposa contra un competidor tan poderoso; i le prestó el juramento de fidelidad i obedienzia que se esijia á los demas basallos.

Las colonias portuguesas de la América, del Africa, i de las Indias siguieron el ejemplo de la metrópoli. De todos los paises sometidos á la dominazion portuguesa no ubo mas que las islas Azores contra quien fuese nezesario emplear la fuerza. Los partidarios que don Antonio tenia en ellas persuadieron á los abitantes á que le proclamasen rei. Algunas tropas que embió España á las órdenes de un ofizial llamado Baldés fueron derrotadas por el gobernador de Angra. El año siguiente obtubo don Antonio de la corte de Franzia una armada de casi sesenta nabes, montada por seis mil ombres, con la que abordó á una de las azores llamada san Miguel; pero el marques de santa Cruz que de zerca le seguia con fuerzas mui superiores obtubo una completa bictoria de los franzeses así por mar como en tierra, i de sus resultas quedó todo sometido.

La prosperidad de las armas españolas, i el gran aumento de poder que con ellas acababa de adquirir Felipe, pusieron en mucho cuidado á todas las potenzias bezinas, i mas que á ellas á olandeses i flamencos. Abiales costado infinito el resistir á los esfuerzos que los españoles azian al mismo tiempo que tambien se empleaban en la conquista de Portugal; i nada mas natural que el temor de que ya echa la conquista cayese España con todo su poder sobre ellos i les obligase á someterse con las condiziones que quisiera imponerles. Empero por mas fundado que este temor pareziese, no suzedió lo que temian: i mas adelante beremos que las nuebas adquisiziones echas por Felipe en las Indias, mas bien le espusieron á ser atacado por sus basallos sublebados, que le ofrezieron me-

dios para someterlos; i que prezisamente este mismo acaezimiento fué lo que mas contribuyó á proporzionar á aquellos mismos rebeldes la asombrosa opulenzia, la grandeza i poder á que despues llegaron. (1)

(1) De Thou, 1579. Cabrera, lib. 13. Ferreras, pag. 15.

ISTORIA

DEL REINADO DE FELIPE II,

REI DE ESPAÑA.

LIBRO DÉZIMO SÉTIMO.

En tanto que Felipe ocupaba sus fuerzas en la conquista de Portugal, se allaba el duque de Parma sin medios de desembolber aquel jenio actibo i emprendedor que tan eminentemente le caracterizaba. Despues que en cumplimiento del tratado que zelebró con las probinzias walonas despidió las tropas italianas i españolas, se alló tan debilitado su ejérzito que no le fué posible estar en campaña. Los estados de aquellas probinzias abian procurado con arreglo al tratado mismo, lebantar un ejérzito nazional; pero estaba tan gastada su azienda, que las reclutas no podian azerse sino con mucha lentitud: su caballería era tambien tan débil que se bieron en la nezesidad de consentir que el prínzipe retubiese parte de la estranjera que le sirbiese de guardia.

Afortunadamente para él, se allaba la confederazion en aquella época reduzida á la misma debilidad. Despues que sus tropas ausiliares se marcharon, eran mui pocas las que de las su-

yas quedaban; i despues de la separazion de tantos nobles, i de la muerte del conde de Bossut acaezida por entonzes, apénas tenian á su serbizio un ofizial, natural del pais, á quien pudiesen confiar el mando en jefe. El archiduque Matías, á quien sus pocos años no daban mucha esperienzia, tenia el nombre de gobernador, si bien era incapaz de cumplir con las obligaziones del gobierno, cuyo peso caia en el de Oranje, el cual se allaba en un laberinto inmenso de negoziaziones políticas á cual mas intrincadas i difiziles: sin su presenzia, su bijilanzia i su actibidad, se ubiera desplomado el débil edifizio de la confederazion. Bióse pues obligado á dejar la direczion de las operaziones militares al conde de Renneberg, á la Noue, i á Norris: ofiziales que si bien de injenio, balor, prudenzia i esperienzia; empero faltabanles tropas, medios de mantenerlas, i aun los indispensables para conserbar las pocas que tenian. (1)

La mayor parte del Brabante i de la Flandes abia aczedido á la union de Utrecht; pero las fuerzas de los estados no eran proporzionadas á su estension: ademas de que los lazos que unian á sus diferentes miembros, ni eran tan fuertes ni tan estrechos como fuera de desear. El gobierno inzierto, i aunque establezido, no enteramente fijado. A la autoridad i poder faltaba un zentro á que biniesen á parar las partes. Las tropas, dispersas en pequeños trozos por las probinzias, bibian en ellas sin disziplina i á discrezion, en casa de los bezinos: i como la indisziplina produze la lizenzia, i la lizenzia los eszesos, estaba el pais saqueado, los abitantes oprimidos, imposibilitados de pagar las contri-

(1) Bentiboglio, part. 2, lib. 1.

buziones, i de dar otras cualesquier espezies de ausilios que podian pedirseles. En tan triste situazion se lamentaban muchos de no aber aprobechado la ocasion de azer su paz con los españoles; i asta empezaron á querer azer responsable al prínzipe de Oranje. Imputabasele el aber disuadido que se azeptasen las condiziones propuestas: acusabanle de aber tenido en ello mas cuenta con su interés particular que con el de las probinzias: en todas, salbo la Olanda i Zelanda se difundió el descontento, asta el estremo de que se llegase á creer que no tardarian en reconziliarse con el rei de España, ó entregarse á algun otro soberano que fuese bastante poderoso para librarles de las calamidades que les oprimian.

Estaba por aquel tiempo el prínzipe de Oranje en Gante ocupado como ya dijimos en apaziguar las turbulenzias suszitadas con motibo de relijion. Conformándose con los deseos de los estados izo publicar una espezie de manifiesto apolojético de su conducta. En él desembolbia su opinion azerca de las causas de las desgrazias que esperimentaban las probinzias, i de los medios que juzgaba debian emplearse para remediarlas. I como este escrito contiene lo que dijo algunas semanas despues en la asamblea que los estados tubieron en Ambéres, i forma un cuadro interesante de la situazion en que entonzes se allaban los Paises-Bajos, creemos oportuno referir aquí los prinzipales puntos.

Despues de quejarse el prínzipe de la injustizia con que se le acusaba de aber echo inútiles las negoziaziones de paz del congreso de Colonia, dezia: «Nadie en los Paises-Bajos ha tenido mas poderosos motibos que yo para desear la paz: sin ella ¿podia yo esperar el bolber á

ber á mi ijo, que tantos años aze no tengo el gusto de abrazar? sin ella ¿debia yo esperar el recobro de los ricos patrimonios que e eredado de mis padres, i que me an robado? sin ella ¿podia yö tener la mas lijera esperanza de pasar el resto de mi bida, ya zerca de su fin, sin turbazion, sin inquietud, en reposo i tranquilidad? Sin embargo, á pesar de tan poderosos motibos personales para desear con mas beemenzia que otro ninguno el fin de la guerra: á pesar del bibo sentimiento i de la compasion que me causan los males que el pueblo sufre; no puedo menos de mirar la guerra, con todas las espantosas calamidades que la acompañan, como mui preferibles á una paz ofrezida con la condizion de echar de su pátria á muchos millares de buenos ziudadanos: á una paz que ubiera dejado á discrezion de los españoles á los que se ubieran quedado en sus casas, sin mas fiadores de su libertad ni de su bida que promesas de ombres abezados á burlarse de los juramentos mas sagrados, i á biolarlos sin el menor remordimiento. Así pensaban tambien los estados, i todos los berdaderos amantes de la pátria, i así tambien prefirieron la guerra. Las imputaziones que se me azen, las calumnias que contra mí se dibulgan no pueden tener otro oríjen que las maquinaziones de los que por miras ocultas desean restablezer en los Paises-Bajos el yugo español.»

«Combengo en que los desórdenes cometidos por las tropas en algunas probinzias an dado justos motibos de queja; pero ¿cómo sin una manifiesta injustizia pueden azerse responsables de ellos á las personas á quienes se ha confiado el gobierno? A éstas debe juzgárselas por lo que mandan, no por el resultado de los medios que adoptan para que lo mandado se cum-

pla. ¿Ni de qué sirbe la autoridad cuando los que la ejerzen carezen de medios para azerse obedezer? El poco miramiento que muchos an tenido á las órdenes de los estados i del consejo de estado, a sido la causa prinzipal de los males de que oi se quejan. En todas las probinzias, salbo la de Olanda i Zelanda, apénas puede zitarse una ziudad que aya querido rezibir la guarnizion que para su defensa se le a embiado. A esta resistenzia obstinada debe atribuirse la sorpresa de Alost; i la fazilidad con que los españoles an tomado otras muchas plazas: ella es la que a ocasionado la dispersion de las tropas en los diferentes puestos donde a sido nezesario acantonarlas. El efecto de esta dispersion a sido entregar los abitantes del campo i de las ziudades abiertas, á discrezion de los soldados de los estados, esponerles á las incursiones frecuentes del enemigo, é imposibilitarlos para que contribuyan á los gastos públicos. Por falta de fondos no se a podido pagar el pre á los soldados; i solo cuando se cumple esactamente lo que se les ofreze, es cuando se les puede emplear con esperanza de buen ecsito en empresas de alguna importanzia; i solo entonzes es cuando se les mantiene en una esacta disziplina. Los abusos que oi se lamentan ubieranse prebenido metiendo gruesas guarniziones en las plazas fuertes: así no ubiera llegado á ser absolutamente preziso el dispersarlos por pelotones: el interior de las probinzias no se allára espuesto á ser oprimido por los soldados amigos, ni debastado por los enemigos: el pueblo se beria en disposizion de suministrar los socorros que se le pidiesen: las tropas bien pagadas obserbarian una esacta disciplina que fuera fácil conserbar.»

«Debieron tambien los estados aber echo los mayores esfuerzos para poner un ejérzito que pudiese salir á campaña, azer rostro al enemigo, ó al menos embarazarle en sus operaziones; i Maestricht no ubiera caido en su poder: i si no se pone cuanto antes, pronto se berá la confederazion despojada de las plazas fuertes que aun conserba en el interior de las probinzias. Mucho ubiera balido el que en bez de dejar á cada ziudad ó probinzia la facultad de disponer como mejor les pareziese de sus tropas i continjente, se ubiera establezido un tribunal particular con el poder nezesario para disponer de los fondos públicos, i el supremo para dirijir la guerra.»

«Yo me guardaria de aconsejar que al tal tribunal se le autorizase para imponer contribuziones, ni azer leyes; empero desearia que se le encargase la recaudazion de las impuestas, i que belase sobre la ejecuzion de las leyes dadas por los estados jenerales de las probinzias de la union. No quisiera que se le sujetase á la zensura ni interbenzion de las ziudades ni probinzias, ni á darles cuenta en particular; ni que para la distribuzion de tropas en guarniziones, ni para moberlas nezesitase recurrir á la autoridad de los estados jenerales; sino que se le rebistiese de un poder ilimitado para que pudiese aprobechar las ocasiones faborables de obrar cuando se le presentasen, i dirijir con secreto i actibidad las operaziones militares.»

Ademas de estos i otros muchos puntos de menor importanzia, abenturó el prínzipe en su manifiesto, como despues lo izo de biba boz en la asamblea de los estados, sus ideas azerca de otro punto, sobre el que abia meditado mucho, i sondeado á muchos diputados. Teniendo por im-

posible, aun antes de aquella época, el conseguir una transazion estable con la España, esortó en su manifiesto á los diputados de las probinzias unidas á que esaminasen con la mayor madurez si la situazion en que la confederazion se allaba, esijia que renunziasen á la fidelidad debida á Felipe como su soberano, i transfiriesen los derechos, en birtud de los cuales podia esijirla, á algun otro prínzipe que pudiese i quisiese defenderlos.

A casi toda la Europa parezió esta proposizion el colmo de la audazia i de la temeridad. Felipe abia sido mirado desde su adbenimiento al trono como el soberano mas poderoso de Europa; i este poder acababa de aumentarse considerablemente con la adquisizion de Portugal: por lo qué parezia mui de temer que las probinzias lebantadas fuesen inmediatamente oprimidas; i que entonzes se arrepintieran de la inconsiderazion con que abian prozedido á declarar abiertamente á Felipe pribado de sus derechos sobre ellas.

Abia, no obstante, mui poderosas razones en fabor de aquella resoluzion, i aun para persuadir que era la mas azertada que podian tomar en las zircunstanzias en que se allaban, si bien ubiera sido difizil justificarla miéntras les ubiese quedado alguna esperanza de obtener la paz con razonables condiziones. Los males inseparables de una mudanza de gobierno son por lo comun tan grandes, i tan poderosas las razones para que se conserbe el que esiste, que solo una absoluta nezesidad puede disculpar á un pueblo que renunzie á la fidelidad que debe á su lejítimo soberano.

El ecsito de las últimas negoziaciones de Colonia abia demostrado que Felipe no queria de-

sistir del intento de gobernar despóticamente los Paises-Bajos, i biolar sus leyes, i sus leyes fundamentales mas sagradas; en fin, que abia tomado la inalterable resoluzion de estirpar la relijion reformada, miéntras que los que la profesaban componian la mayor parte de sus abitantes. Era, pues, imberisimil que pudiese lograrse un acomodo. En tales zircunstanzias, los efectos de la paz fueran para los flamencos la esclabitud i una desolazion jeneral. ¿Podia serles mas funesta la continuazion de la guerra? «Aun conzediendo, dezia el prínzipe á los estados, que algunas potenzias mediadoras consiguiesen persuadir á Felipe que nos conzediese condiziones que nuestras conzienzias nos permitieran azeptar ¿quién nos aseguraria del cumplimiento de lo que nos prometiera? Es una mácsima adoptada por Felipe i su consejo que las promesas ni los juramentos que á los erejes como nosotros se azen no obligan. Aun dado que el rei pensase diferentemente, i que su inclinazion le indujese á mantener sus promesas, disuadirianle el papa i los inquisidores, i lograrian azerle mudar de resoluzion.»

«An dicho muchos que el corazon del rei era compasibo, i que ubiéramos debido descansar en su bondad. Bien podemos nosotros, despues de lo que emos bisto i esperimentado, juzgar de semejante aserzion. Lo que de su órden se a echo en Italia, en las Indias, en el reino de Granada ¿es lo que nos a de induzir á juzgar faborablemente de su carácter? ¿Qué distrito ai en los Paises-Bajos, por pequeño que sea, que no aya sido inundado con la sangre de nuestros conziudadanos, muertos á millares con la mas orrible barbárie por órden de su soberano? Todos los reinos que confinan con Espa-

ña, todos los paises inmediatos á los de su dominio están oi llenos de basallos suyos, que an llebado allá su industria i sus aberes, i los an enriquezido: mas ¿cuántos ai entre ellos que en su triste destierro se ben reduzidos á la mas espantosa miseria? No ignoramos cuanto a debido ofenderle nuestra conducta pasada; i por lo que ya emos bisto, podemos inferir á qué estremo llega su resentimiento.»

«Si para que nos aquietemos se a umillado asta lisonjearnos con la esperanza de un gobierno mas moderado i equitatibo ¿no emos bisto por las cartas, últimamente interzeptadas, que en bez de los designios jenerosos que aparentaba tener, solo trataba de azer que algunas de nuestras probinzias sirbiesen de instrumento de benganza contra las otras?»

Estas consideraziones influyeron mucho en la mayor parte de los diputados; ellas les persuadieron que Felipe abia perdido la confianza i el afecto de los flamencos, i les inclinaron á renunziar enteramente á su obedienzia. No obstante algunos de entre ellos que eran católicos, tubieron la entereza nezesaria para esponer con la mayor enerjía razones por las cuales no se debia tomar aquella resoluzion: guiados sin duda por prinzipios de política, ó animados del deseo de salbar su relijion de la ruina total de que estaba amenazada. Estendiéronse mucho azerca del gran poder del rei, i del peligro á que los estados se esponian si á los insultos ya echos, añadian otro nuebo; i concluyeron con que no podian aprobar las biolentas medidas propuestas, sin faltar á sus juramentos: que Felipe era incontestablemente su lejítimo soberano: que su derecho á la soberania de las probinzias era indisputable: que ellos mismos le

abian solemnemente reconozido, con tanta mas justizia, cuanto ellas eran un patrimonio que le abia trasmitido una larga série de ilustres projenitores. (1)

Peró estas razones ningun peso tenian para el prínzipe, santa Aldegunda ni los otros jefes del partido protestante, que miraban como irreparable la brecha abierta en la union de Felipe con las probinzias confederadas, contra las cuales sabian mucho antes que estaba implacablemente resentido. «Ya es, dezian, demasiado tarde: al presente no debemos ocuparnos de los medios de conzertarnos con el rei, sino de los mas á proposito para librarnos de su enojo i de su benganza. Los escrúpulos que los indibiduos católicos pareze tienen azerca de la lejitimidad del derecho de sustraerse de la obedienzia del rei, carezen de toda espezie de razon, lo mismo que las dudas sobre la nezesidad de adoptar este medio, i las bentajas que puede produzir. La autoridad de que los reyes se allan rebestidos, no es por ellos sino que por el interés de sus basallos es por lo que se les a conferido: i si atentamente se esaminan los derechos de la mayor parte de los soberanos de Europa, se allará que no los tienen sino por la boluntad de sus pueblos, que cansados de los ultrajes de los que los gobernaban, les quitaron el poder que les abian dado, para entregarle á otros cuyos deszendientes oi gobiernan. Los pueblos podian lejitimamente azerlo, porque toda espezie de autoridad i de poder tiene por prinzipio la boluntad de los que á él se han sometido. Un soberano es incontestablemente supe-

(1) Bentiboglio, part. 2., lib. 1.

rior á todos los indibiduos de la soziedad de que es jefe; pero ni su interés particular, ni su boluntad, ni su felizidad pueden compararse con la seguridad i la felizidad de todos los indibiduos que le obedezen: i si el soberano abusa de su poder, puede el tribunal supremo de la nazion castigarle, como que es su juez natural, puesto que es lo que es no mas que porque la nazion a querido que lo sea. Si en alguna parte podian ofrezer alguna duda estas berdades, no en los Paises-Bajos, donde no aze mucho tiempo que se conozen el nombre i el poder que comunmente se atribuyen los soberanos. En los Paises Bajos siempre an sido rezíprocas las obligaziones del soberano i del pueblo, i es una «mácsima jeneralmente rezibida como berdadera, que cuando los contratos son de esta espezie, la infidelidad de uno de los contratantes desliga al otro de sus mas sagradas obligaziones.» (1)

Como los miembros católicos eran muchos menos que los protestantes, i estos estaban resueltos á deponer á Felipe; en acto seguido prozedió la asamblea al esámen de la reforma del gobierno. Era nezesario substituir un nuebo soberano ó establezer una república segun el plan que la confederazion tenia formado. Todos los diputados ubieran preferido este último, los protestantes por la conformidad que entre sí tienen los prinzipios republicanos, i los de su relijion, i los católicos porque tenian por menor el insulto echo á Felipe, que si se transfiriesen á otro prínzipe los derechos de la soberanía, i porque seria mas fázil en lo su-

(1) Meteren, l. 10. Grotius, p. 70.

zesibo debolberselos, i lograr reconziliarse con él. Empero el estado de debilidad en que las probinzias-unidas se allaban les obligó á sacrificar su gusto á su seguridad. Estaban combenzidos por la esposizion del prínzipe, de los desórdenes que reinaban, i de las fuerzas i recursos de la confederazion: que por mas que fuesen su balor i actibidad no podria azer mas que una guerra defensiba, larga i ruinosa, que consumiria lentamente sus fuerzas, i al fin se beria en nezesidad de azeptar las condiziones de paz que el rei quisiese imponer. Combinieron pues todos en que era útil i aun indispensable implorar los ausilios de un prínzipe poderoso; i que para empeñar á aquel á quien se dirijiesen á que tomase su causa con mas calor i sinzeridad que la abian tomado aquellos á quienes antes abian recurrido, era preziso conferirle la soberanía de las probinzias con todas las prerogatibas de que asta entonzes abian gozado los prínzipes de la casa de Borgoña.

Tomada esta resoluzion faltaba dezidir á quien se abia de ofrezer aquella gran dignidad. El de Oranje tenia ya sondado al emperador i á otros muchos prínzipes de Alemania, i ninguno de ellos se allaba dispuesto á tomar parte en los asuntos de los Paises-Bajos. La reina de Inglaterra i el duque de Anjou eran pues los únicos entre quienes los estados bazilaban, i los únicos tambien en quienes pudiesen poner la mira: mas, se determinaron á preferir al duque porque el prínzipe les dijo que debian elejir una persona que residiese en el pais, i fuese de la aprobazion de la reina; la cual le abia comunicado que ayudaria con socorros á las probinzias-unidas si daban la soberanía al duque, con quien tenia muchos motibos para esperar

que bibiria amigablemente. (1) De que se infiere que el prínzipe abia ofrezido á la reina que emplearia todo su influjo para que la eleczion recayese en ella; i que si la ubiera encontrado dispuesta á azeptarla, ni él ni los otros jefes del partido protestante ubieran dado la preferenzia al duque. Los enemigos del prínzipe le atribuyeron otros motibos: dijeron que solo abia consultado su interés personal: que allándose su prinzipado en medio de la Franzia; i él casado con Carlota de Borbon, prinzesa de la sangre, é ija del duque de Montpensier, debia nezesariamente ser adicto á aquella nazion: que ademas, siempre abia mantenido correspondenzia con los jefes del partido de los protestantes; i en fin que conoziendo al duque, débil, amigo de plazeres i poco del trabajo, esperaba gobernar bajo su nombre. No eran mui imberisimiles estas imputaziones; mas por lo que dejamos dicho se debe juzgar que no por su interés personal dió la preferenzia al duque. Ni ai motibo para creer que la reina ubiera azeptado la oferta, pues que no la azeptó cuando despues se le izo. Era mui ábil política para no prebeer las bentajas que podria sacar del resentimiento que la eleczion del duque naturalmente produziria entre la corte de España i la de Franzia. Sabia tambien Guillermo que seria mas fázil el azer que los católicos renunziasen á la obedienzia de Felipe si se elejia un soberano de su relijion, que de la reformada; i abia ademas otro objeto no menos importante á que atender, cual era la aczesion de los walones á la confederazion: i mal medio fuera de conseguirlo el confiar las riendas del gobierno a un

(1) Meteren, l. 10.

prínzipe protestante. Fuesen en fin los que quisiesen los motibos porque así obraba el de Oranje, fué lo zierto que los diputados adoptaron con gusto su opinion, i que en el acto prozedieran á la eleczion del nuebo soberano, sino tubiesen el asunto por de tanta grabedad que juzgaran nezesario consultar antes con sus constituyentes.

Miéntras estas deliberaziones no se suspendieron las ostilidades; sino que la debilidad de las partes belijerantes no les abia permitido azer grandes cosas. Por un estratajema del conde de Egmont se abia apoderado el duque de Parma, de Courtras, i de otras muchas ziudades de Flandes por el mismo medio empleado con igual ecsito. Al conde de Egmont i su ermano abia echo prisioneros la Noue en Ninobe, i poco tiempo despues el mismo la Noue quedó prisionero del marques de Rubais, comandante en jefe de los walones. Sensibles los estados á la pérdida de un ofizial que en tan eminente grado poseia los mas raros talentos, ofrezieron canjearle por los ermanos conde de Egmont i baron de Selles; mas el de Parma respondió que jamas consentiria que se diese un leon por dos corderos. Condújose á la Noue al castillo de Limbourg, en que permanezió mucho tiempo: allí escribió sus discursos militares i políticos, que publicados despues fueron la admirazion de sus contemporáneos. Entre tanto los parientes del de Egmont i de Selles solizitaron asta con importunidad de Felipe, que consintiese en su canje con la Noue; empero Felipe que jamas oia la boz del reconozimiento ni de la compasion cuando se interponia su interés, no lo permitió, queriendo mas que sus amigos se estubiesen consumiendo por muchos años en una

prision que zeder á sus enemigos la bentaja de poseer á la Noue.

Con la mayor impazienzia padezieron los ermanos este indigno tratamiento. El de Selles que se acordaba del zelo con que abia contribuido á separar los walones de las probinzias lebantadas fué bíctima del enojo que le causaban la ingratitud del rei, i la desgraziada situazion en que se allaba. Las mismas causas produjeron un efecto diferente aunque no menos sensible en el de Egmont : izieronle perder el juizio : recobrole sin embargo por los tiernos i asiduos cuidados de su ermana, á quien los estados abian permitido que le acompañase en el sitio de su detenzion. Asta 1584 no permitió Felipe que se canjease con la Noue, i eso con la condizion de que este no tomaria contra él las armas en los Paises Bajos; i que el rei de Nabarra, el duque de Lorena, i otros ademas, serian fiadores del cumplimiento de esta condizion. Difizil fuera dezidir si la conducta de Felipe prueba mas su bileza é ingratitud que el mérito estraordinario de la Noue, i el temor que sus grandes talentos inspiraban á sus enemigos. (1)

Ázia el mismo tiempo en que la Noue quedó prisionero, tubo la confederazion otra perdida en la deserzion del conde de Renneberg: este jóben nombrado por los estados gobernador de la Frisia se abia apoderado de las ziudades de Debenter, Groninga i otras muchas plazas de gran importanzia. Eran sus serbizios tanto mas apreziables, i su zelo de tanto mas balor, cuanto sus parientes eran mas adictos al rei i

(1) Bentiboglio, lib. 1., part. 2. Reidanus lib. 2. p. 39. & Meteren.

él mismo católico. Mas estas mismas zircunstanzias que tan estimable le azian á sus conziudadanos, influyeron en que abandonase una causa sostenida por él asta entonzes con tanta gloria. Bió el de Parma la bentaja que podria sacar de estas zircunstanzias; i para separar al conde del partido de la confederazion se balió de la ermana de éste i su marido el baron de Monzeaus á quien encargó le iziese las siguientes proposiziones: que se le confirmaria en el gobierno de la Frisia, i ademas se le uniria el de Ober-Issel: que se le pagarian beinte mil escudos inmediatamente que el ajuste se concluyese, i desde entonzes empezaria á gozar de una pension de beinte mil florines: que la ziudad prinzipal de su condado se erijiria en marquesado; en fin que tendria dos rejimientos para distribuirlos en sus gobiernos, ó colocarlos en donde mejor le pareziese. Ademas de estos medios de seduczion empleose aun otro no menos poderoso; como fué el de darle esperanza de que obtendria la mano de la condesa de Mejen, de quien estaba mui enamorado, i era dueña de uno de los mayores estados de los Paises-Bajos. Los prinzipios de relijion que apoyaban su amor no contribuyeron poco á que diese oidos á las reiteradas reflesiones que su ermana le azia. Ablábale inzesantemente del peligro á que el catolizismo estaba espuesto, i del designio de arruinarle que el de Oranje abia formado. El conde sin embargo dudó por algun tiempo: la idea de la infamia de que iba á cubrirse le estremezia é inspiraba un sentimiento de terror que le intimidaba; mas al fin se rindió i azeptó las condiziones que se le ofrezieron; empero tubolo oculto para poder ejecutar mas seguramente el proyecto de entregar á

los españoles las plazas en que mandaba.

A pesar de todo su disimulo, penetró el prínzipe sus intentos: muchas zircunstanzias concurrieron á aumentar las sospechas, i azerle tomar la resoluzion de prebenir, si era posible, los funestos efectos de aquella traizion. Pasó Guillermo á Frisia, i á pretesto de prebenir algunos lebantamientos prontos á suzeder en aquella probinzia mandó á algunos ofiziales que reuniesen sus tropas i las condujesen á Lewarden, Arlinjen, i Staberen; i así se izo con el mayor secreto i zeleridad, sacando aquellas tres plazas de las manos á quienes se abian confiado.

Asombróle la notizia al conde que se allaba en Groninga, i le izo presumir que sus pérfidos proyectos estaban descubiertos, i que ya no era en su mano el cumplir enteramente lo que al de Parma ofreziera. Mas, ó porque aun no abia tomado todos los medios que se proponia, ó porque le faltase balor para quitarse la máscara, quejóse altamente de la afrenta que dezia se le acababa de azer, i particularmente de la ingratitud con que se pagaban los serbizios que á la confederazion abia echo. Entre los ofiziales que fueron testigos de su bergüenza en aquella ocasion abia dos á quienes ninguna parte abia dado en sus designios, porque conozia que su fidelidad á los estados era superior á toda seduczion. Creyendo ambos que podrian persuadirle á que bolbiese á entrar en la senda del deber le esortaron á que inmediatamente fuese á berse con el de Oranje, i se justificase en zierto modo con esta determinazion de las sospechas que parezia se abian conzebido contra él. « Si sois inozente, le dijo el uno, como yo lo creo, es lo único que en buestro fabor podeis azer:

yo no os puedo tener por culpable cuando considero que siguiendo en el partido que la obligazion i el onor os prescriben, areis mas por buestros intereses personales, que biolando las sagradas obligaziones que abeis contraido, i cubriendo buestro nombre de un oprobio eterno.» Renneberg oia esto con atenzion, mudabasele el color á cada instante, i en fin prorumpió en llanto: quejábase á bezes del indigno modo con que acababa de tratársele; pero sin esplicarse mas, ni manifestar deseos de dar el paso que le aconsejaban sus amigos; los cuales conoziendo entonzes á lo que debian atenerse le dejaron; i despues de informar á los majistrados de lo ocurrido, salieron secretamente de Groninga.

Por su afabilidad, por sus modales insinuantes con los majistrados i el pueblo, i aun mas por las grandes seguridades que les dió de su adesion á la confederazion, logró el conde calmar sus sospechas asta que tubo el proyecto á punto de ejecutarse. Abiendo echo entrar en la ziudad un cuerpo de tropas las ocultó en su palazio, armó á sus criados, i ayudado por los católicos echó la guarnizion puesta por los estados, se apoderó de la ziudad, de la que á sí mismo se proclamó gobernador en nombre de Felipe, i distribuyó sus tropas en los puntos i guarda de las fortalezas.

No gozó mucho tiempo de lo que le dieron i no fué mas que parte de lo que le abian ofrezido en premio de su perfidia; pues no se le dió el dinero prometido; i la condesa de Mejen casó con otro. Su salud arruinada con las fatigas de la guerra; i el recuerdo de su traizion de tal modo llenaron su corazon de amargura i remordimientos, que consumidas sus pocas fuer-

zas con tantos pesares reunidos le condujeron al sepulcro en la primabera de su bida. Lloráronle aquellos mismos á quienes abia bendido, lastimados de su desgraziado fin, no mirando en el mas que las cualidades que le azian amable.

El perjuizio que resultó á la confederazion de la prision de la Noue i de la deserzion de Renneberg contribuyó mucho á que se llebase adelante la resoluzion de conferir la soberanía á un prínzipe estranjero. Las razones que el de Oranje abia espuesto, i aun mas el mucho crédito de que gozaba dezidieron á las ziudades i probinzias confederadas á que diesen la preferenzia al duque de Anjou. Elijiéronle, pues, los estados jenerales con las solemnidades prescriptas para que la eleczion fuese balida, i nombraron una embajada que fuese á comunicárselo. Azeptó el duque la oferta, con las condiziones que se le esijieron, i en consecuenzia se estendió i firmó el acta en 29 de setiembre en Plessis-les-tours, donde entonzes se allaba. Fueron los prinzipales artículos:

«Que los estados jenerales de las probinzias-unidas abiendo elejido á Franzisco de Balois, duque de Alenzon i de Anjou, por su soberano, le conferian todos los títulos, prerogatibas i derechos de que siempre abian gozado los que lo abian sido: que en caso de que el duque muriese sin ijos podrian los estados elejir otro; pero en ninguno ser la soberanía de las probinzias agregada á la corona de Franzia: que si acaeziese que el duque dejase muchos ijos, podrian los estados elejir el que mas á propósito les pareziese para suzesor del padre: i que si el prínzipe que escojiesen no se allase en edad de gobernar por sí, tomarian los estados las riendas del gobierno para entregárselas luego que llegase á

los beinte años : que el duque mantendria imbiolablemente todos los derechos i pribilejios de los pueblos que se le entregaban : que combocaria al menos una bez cada año la asamblea de los estados ; i que sino lo iziese, los estados podrian conforme al uso i costumbre antigua, azerlo por sí tantas bezes cuantas lo juzgasen nezesario : que el duque fijaria su residenzia ordinaria en los Paises-Bajos, i si por algunos asuntos particulares tubiese que salir de ellos, nombraria para que gobernase en su ausenzia á un caballero natural del pais, cuya eleczion aprobasen los estados : que todos los consejeros serian naturales de las probinzias, salbo dos ó tres que podrian ser franzeses i admitidos al consejo, si los estados jenerales daban su consentimiento : que el duque nada innobaria relatibo á la relijion, sino que protejeria igualmente á católicos i protestantes : que las probinzias de Olanda i Zelanda en cuanto al gobierno i á la relijion permanezerian en el estado en que se hallaban ; sin perjuizio de contribuir como las otras con los ausilios nezesarios para sostener la confederazion : que el duque emplearia todo su poder para obtener del rei su ermano que coadyubase á la continuazion de la guerra : que el duque aczederia á todos los tratados de alianza subsistentes entre los estados i las potenzias estranjeras : que no podria formar ninguna nueba sin consentimiento de los estados : que todas las tropas estranjeras que se allasen al serbizio de los estados se lizenziarian luego que ellos le requiriesen ; i en fin que si el duque faltaba á cualquiera de las susodichas condiziones, zesaria su derecho á la soberanía, i la obligazion de obedezerle las probinzias i reconozer su autoridad.»

Este tratado le miró Felipe como una infrac-

zion de la paz que tenia con Enrique, á quien izo se diesen las quejas. Enrique por política aparentó desaprobar la conducta de su ermano, i aun estar contra él irritado; empero léjos de que así fuese regozijabase interiormente de que su ermano saliese del reino; porque su lijereza i caprichos le causaban frecuentes inquietudes; i si se cree lo que algunos istoriadores dizen, llegó asta asegurar á los estados en secreto, que les embiaria tropas i dinero luego que las rebueltas de su reino se disipasen.

Empero por mui irritado que el rei de España estubiese con el de Franzia, aun lo estaba mucho mas con el prínzipe de Oranje á quien miraba como autor de aquella nobedad, i prinzipal instigador de lós estados jenerales para tan atrebida resoluzion. Nada abia omitido Felipe para librarse de un ombre que por tantos años abia dado tanto en que entender á sus mejores jenerales, é inutilizado todos los esfuerzos de sus mejores tropas. El medio de la negoziazion i toda espezie de artifizios abian sido empleados sin fruto. Tomó pues el partido de recurrir á la traizion, i con la esperanza de eszitar á algun malbado á que atentase contra la bida del prínzipe, izo publicar contra él un edicto de proscripzion en que le acusaba de aber eszitado i fomentado el espíritu de discordia, i sido el oríjen de todos los males que oprimian á los Paises-Bajos: proibia á sus basallos toda comunicazion con él i darle pan, agua, ni fuego: i prometia á cualquiera que le entregase muerto ó bibo, ó que le matase, beinte i zinco mil escudos de recompensa, nobleza á él i á sus cómplizes si eran plebeyos, i el perdon jeneral de toda espezie de crímenes anteriormente cometidos por mas grandes i enormes que fuesen.

Desde el funesto tiempo del triumbirato de Roma, el mandar matar ni asesinar era casi inaudito; empero mui conforme al natural sombrío, bengatibo i cobarde de Felipe. Pudiera el prínzipe usar de represalias, i balerse del mismo medio para bengarse; pero prefirió el azer que se conoziese la falsedad de las imputaziones que se le azian, i justificarse ante el uniberso entero de los crímenes de que se le acusaba. Izolo en una apolojía de su conducta, que dirijió á los estados jenerales, al mismo tiempo que embió copias de ella á todas las cortes de Europa. Esta apolojía es uno de los mas preziosos monumentos de la istoria de aquel tiempo, porque contiene muchos echos, cuyas particularidades referidas con la mayor escrupulosidad, dan un gran conozimiento de los caractéres de Guillermo i Felipe, i de los prinzipales actores de las eszenas que entónzes ubo en los Paises-Bajos. Si se nota demasiado calor en el estilo, poca mesura en las espresiones, i se dan por ziertos i berdaderos, echos de que los istoriadores contemporáneos ablan con reserba i zircunspeczion; téngase presente cuánta debia de ser la indignazion del prínzipe, i le serbirá de disculpa. En fin, ¿quién podria saber mejor que él lo que pasaba? ¿I podrá sospechársele de falsedad, ni acusar de esajerazion cuando por confesion de sus mismos enemigos ningun prínzipe a poseido en mas alto grado todo lo que caracteriza un ombre de berdad i sinzero? Nunca sus enemigos, siendo tantos, le an combenzido de aber faltado ni siquiera una bez á la berdad en la narrazion de los echos. Estos eran rezientes; i si no ubieran sido tales cuales el prínzipe los referia, nada mas fázil á las personas interesadas en justificarse, que el aberlo echo cono-

zer al público: todo les obligaba á azerlo: su interés personal, i sobre todo, su onor fuertemente atacado en la apolojía, pedia que la refutasen: no lo an echo, de lo cual, así como de las otras zircunstanzias, se deduze naturalmente la zerteza de los echos contenidos en ella, aunque muchos sean de aquellos que esijen las mayores pruebas para darles asenso.

Izieron los estados lo que debia esperar el prínzipe: emplearon muchos dias en el esámen de su apolojía, i decretaron que se estendiese un acta en que los estados atestiguaban la falsedad de todos los echos en que Felipe abia fundado la proscripzion; declaraban que el prínzipe, no solo abia sido regularmente elejido para desempeñar los diferentes cargos que tenia, sino que ninguno abia azeptado sino á sus instanzias. En seguida le pedian que continuase ejerziendo los poderes con que le abian autorizado: le daban grazias de muchos eminentes serbizios que á la confederazion abia echo, se obligaban á obedezer sus órdenes, i concluian ofreziéndole mantener á sus espensas una compañía de guardias á caballo que belase sobre la seguridad de su persona, de la que dependia la suya propia.

Pocos dias despues le dieron una nueba prueba de su zelo i de la sinzeridad con que abian echo propia su causa. La eleczion del duque de Anjou era una renunzia birtual de la obedienzia á Felipe; sin embargo, aun se azian los actos públicos como antes en su nombre i el de los estados: ni se abia mudado nada á la fórmula de juramento que se esijia á los que obtenian empleo público. En algunas ziudades de la confederazion, no obstante aber consentido en la eleczion del duque, manifestaba el pueblo la

mayor repugnanzia á tales mudanzas: consecuenzia del apego que los ombres tienen á las formas esteriores, aun despues de abolidas las instituziones en que se fundan. Mas, conoziendo los estados la contradizion que abia entre las antiguas fórmulas i la resoluzion acabada de tomar; temiendo ademas el peligro que abria en dejar al pueblo ninguna duda azerca de aquellos á quienes debia obedezer, resolbieron quitar toda espezie de ambigüedad por una solemne declarazion de aber perdido Felipe la soberanía de los Paises-Bajos.

Estendióse el acta en una asamblea al intento combocada en el Aya, compuesta por los diputados de Brabante, de la Güeldres, de Zutfen, de Flandes, de Olanda, de Zelanda, de Ober-Issel, i de Frisia. Despues de azer en ella la enumerazion de los prinzipales contrafueros que abian obligado á las probinzias á tomar aquella resoluzion, sostenian que era un derecho inerente á todos los pueblos libres el de sustraerse de la obedienzia de sus soberanos, cuando estos reusaban ostinadamente cumplir las obligaziones de un prínzipe justo i equitatibo, i con mayor razon si biolaba las leyes fundamentales, i se portaba como un tirano i un usurpador. En seguida, protestaban que por aberlo echo así Felipe con sus basallos de los Paises-Bajos, abia perdido para siempre toda espezie de autoridad sobre ellos: proibiase en consecuenzia á todos los juezes i autoridades el que prozediesen en su nombre, ni usasen de su sello; i se esijia de los majistrados de las ziudades i demas empleados publicos que se obligasen bajo juramento á oponerse con todo su poder á cuanto él i sus partidarios emprendiesen ó quisiesen ejecutar.

Tomadas que fueron estas resoluziones, inmediatamente se ejecutaron: rompiéronse los sellos reales, anuláronse los títulos i patentes; i los empleados zibiles i militares prestaron el nuebo juramento. Es berdad que costó algun trabajo el persuadir á muchos ofiziales munizipales que se conformasen con la boluntad de los estados: unos se resistian porque escrupulizaban de azer segundo juramento despues de echo el primero: otros porque dudaban que probidenzias tan fuertes i bigorosas como las que se tomaban combiniesen entonzes, atendiendo las muchas nabes i mercanzías pertenezientes á los Paises-Bajos que en los puertos de España se allaban. No obstante, aunque á costa de muchos cuidados i fatigas se logró remober las dificultades; i todos los abitantes de las probinzias, cuyos diputados firmaron el acta, izieron el juramento que de ellos se esijia. (1)

En aquel mismo tiempo dejó el archiduque los Paises-Bajos, despues de zerca de cuatro años de residenzia en ellos, en que nada izo por su reputazion, ni en benefizio del pueblo que le combido á que fuese á gobernarle. Trabajó cuanto pudo para persuadir á los estados á que le elijiesen soberano; i como permaneziese en Flandes aún mucho tiempo despues de prefe-

(1) A consecuenzia de las representaziones del prinzipe de Oranje, izieron los estados en aquel mismo tiempo muchos reglamentos utiles, relatibos á justizia, azienda i guerra. Tambien se establezió el consejo de estado. Nada omitió el prinzipe para demostrar la importanzia de su establezimiento, así para ebitar los incombenientes anesos a la lentitud con que siempre prozeden corporaziones numerosas, como para serbir de freno al nuebo soberano que acababan de elejir. Grotius, lib. 3. Meteren, &c.

rido el duque, es mui presumible que el prínzipe le combenziese de la absoluta nezesidad de que se retirase; i con efecto lo izo azeptando una pension anual de zincuenta mil florines (1) que los estados le ofrezieron, inmediatamente despues de electo el de Anjou.

En tanto que los estados arreglaban los asuntos zibiles i políticos no estaban los ejérzitos oziosos. Ubo en la Frisia muchos reñidos encuentros con bario suzeso entre las tropas españolas, mandadas por Schenk i Berdugo i las de los estados por el coronel Norris i el conde de Oenloe. Sin embargo, nada se izo de considerazion mas que la sorpresa de Breda, entregada de noche por algunos soldados de la guarnizion que los ajentes del prínzipe de Parma abian allado medio de seduzir. (2)

Al propio tiempo el mismo prínzipe tenia bloqueada á Cambrai; pues por no tener bastante jente para adelantar el sitio, se abia bisto en la nezesidad de combertirle en bloqueo. Inchi, que mandaba la plaza, recurrió al duque de Anjou, á que se agregaron las mas reiteradas i urjentes instanzias de los estados i del prínzipe de Oranje. Bien conozia el duque lo que interesaba su gloria en aprobechar la primera ocasion que se le ofrezia de ser útil á sus nuebos basallos, i manifestó públicamente la intenzion que tenia de azer que se lebantase el sitio. Inmediatamente acudieron de todas las partes del reino un considerable número de caballeros á ofrezerle sus serbizios. En pocos dias puso en

(1) En 1608 el ermano del archiduque le zedió el reino de Ungría, i el de Boemia en 1611: el año siguiente obtubo la corona imperial.

(2) Meteren, p. 313.

pie un ejérzito de doze mil infantes i cuatro mil caballos, i á su frente se dirijió á Cambrai. Eran estas fuerzas mui superiores á las del de Parma, que considerando ademas que las componian ombres balientes i animosos, no juzgó prudente arriesgar contra ellas un combate: dejó pues sus trincheras i se retiró. Así se libró Cambrai, cuyos abitantes despues de tantos meses de bloqueo abian padezido mucho por falta de bíberes. El duque de Anjou, que llebaba una gran probision dió la mayor parte á la ziudad; en la que se le rezibió con los mayores aplausos: fué su entrada magnífica: los abitantes en prueba de su reconozimiento, le llamaban el protector de su libertad. De allí pasó á poner sitio á Cateau-Cambresis, que casi inmediatamente se rindió. (1)

Este primer triunfo del duque difundió la mayor alegría en todas las probinzias confederadas, i les izo augurar faborablemente de su nuebo gobierno. Suplicaronle los estados con la mayor instanzia que se aprobechase de las zircunstanzias, i marchase sin perder tiempo ázia la Flandes, donde se le uniria un cuerpo de tropas que allí tenian. Respondióles el duque que no estaba en su mano el deferir á lo que le pedian: «mi ejérzito, les dijo, casi todo se compone de boluntarios, que no se an alistado en mi serbizio sino por poco tiempo, i solo por socorrer i librar á Cambrai: fueraine imposible permanezer mas tiempo: ademas me faltan los fondos nezesarios para pagarles el pre; pero tengo esperanzas de bolber bien pronto con un poderoso ejérzito; i entre tanto, emplearé todo mi influjo con el rei mi ermano, i con la reina de Inglaterra para

(1) Meteren, p. 315. Bentib., part. 2, l. 2.

atraerlos á que se interesen en fabor buestro.»

Tenia el rei poderosos motibos para conzeder al duque los socorros que para las probinzias le pedia; como que era el medio de alejar de la corte i del reino aquel jenio turbulento é inquieto que tanto abia contribuido á aumentar los alborotos. Otro motibo no menos poderoso era el de bengarse del rei de España, protector secreto de la liga de los católicos; que como despues diremos, azia poco que la abia formado el duque de Guisa, bajo el espezioso pretesto de probeer á la conserbazion de la relijion; mas en la realidad para restrinjir la autoridad del soberano. Sin embargo, no se allaba Enrique en disposizion de romper abiertamente con Felipe: sus rentas gastadas, i en el mal estado que era consiguiente á su carácter indolente i á sus afeminadas costumbres; á que se agregaban las inumerables calamidades que aflijian al reinó. El rei de Nabarra por una parte, i el duque de Guisa por otra, cada uno al frente de un partido considerable, le daban aun mas ocupazion que la de que eran capazes sus fuerzas i abilidad. En tales zircunstanzias todo lo que el duque pudo lograr de su ermano se redujo á promesas; i esperando mas felíz resultado de sus instanzias á la reina de Inglaterra se determinó á pasar allá.

Eran tanto mas bien fundadas estas esperanzas cuanto que azia algun tiempo que Isabel parezia inclinarse á dar la mano al duque que se la tenia pedida. A su llegada á Inglaterra fué rezibido de la reina del modo mas satisfactorio; i á pocos dias, asta mandó á sus ministros que estendiesen los artículos de las capitulaziones. Aun izo mas: despues de una combersazion larga i animada que con él tubo, se la bio meter en un dedo del duque una sortija que sacó del

suyo; de cuya aczion infirieron los espectadores, que acababa de prometerle la mano, i queria que así se creyese, i se dibulgase. No es berisimil, como muchos istoriadores creyeron, que fuese su intenzion dar la entretenida al duque en fabor de los designios políticos que tenia formados. Ni se conzibe cuales pudieran ser que la obligasen á llebar el disimulo asta aquel estremo. Es berdad que á pesar de las buenas cualidades que poseia no estaba esenta de las debilidades de su secso. Alagada por la inclinazion que en el duque beia, i por el cuidado con que asiduamente la azia la corte, es mui creible que Isabel le tubiese particular afecto, i que diese á sus proposiziones la atenzion que merezian. Empero su ambizion, i sobre todo, el amor á la independenzia que conserbó toda su bida triunfaron de la inclinazion de que se abia dejado llebar por un momento, i repentinamente mudó de resoluzion; i para justificarla dió al duque al anunziárselo las mayores seguridades de socorrerle i ayudarle con todo su poder á mantenerse en su nueba soberanía. Ya no se bolbió á ablar de casamiento, i despues de tres meses de permanenzia en Inglaterra dió el duque la bela para los Paises-Bajos, escoltado por una considerable escuadra en que la reina izo que se embarcasen muchas personas de la primera i última nobleza; sin duda para que entendiesen los nuebos basallos del duque, que el no aberse berificado su matrimonio en nada abia alterado el interés que tenia en la prosperidad de aquel prínzipe.

ISTORIA

DEL REINADO DE FELIPE II,

REI DE ESPAÑA.

LIBRO DÉZIMO OCTABO.

Despues de una felíz trabesía de tres dias, abordó el duque el 10 de febrero á Flesinga, de donde pasó á Middelbourg, i de allí á Ambéres el 19, escoltado por zincuenta nabios de guerra. Las dos riberas del Escalda, i las calles por donde tenia que pasar para llegar á palazio estaban cubiertas por mas de beinte mil ziudadanos sobre las armas. Aquella ziudad rica i la mas comerziante que abia en Europa no perdonó á gastos para manifestar á su nuebo soberano su adesion i respeto. Despues que prestó el duque el juramento ordinario de mantener los derechos i pribilejios de los abitantes, i rezibió el de fidelidad de los estados, tomó posesion de su soberanía en presenzia del pueblo: la alegría i regozijo estaban pintados en todos los semblantes.

Azia algun tiempo que se abia proibido en Amberes el ejerzizio de la relijion católica; i por complazer al nuebo soberano se conzedió á

los que la profesaban el que pudiesen tener una iglesia donde ejerzer libremente su culto; á tal empero que renunziasen á la sumision i fidelidad que asta entonzes guardaran al rei de España, i se la jurasen al duque de Anjou. Mui pocos azeptaron la oferta, i muchos quisieron mas renunziar aquel fabor que á la obedienzia que juzgaban deber á Felipe. Ningun cuidado dió esto al duque ni á los estados: sin embargo aconsejaba la prudenzia que precabiesen sin demora las consecuenzias que podia tener el descontento que los católicos manifestaban por la nueba forma de gobierno. En consecuenzia izieron publicar un edicto en que se condenaba en la multa de doszientos florines á los que reusasen jurar fidelidad al nuebo soberano; i poco despues otro señalando la pena de destierro. (1)

La alegría difundida por la llegada del duque fué turbada pocos dias despues de su instalazion por el orrible atentado que se cometió contra el prínzipe de Oranje. El proyecto le fraguó en España un tal Isonca, i se le comunicó á Gaspar Anastro, banquero español en Ambéres, como un medio de que restableziese sus negozios que estaban en mal estado. Para eszitar á Anastro á ejecutar el proyecto sanguinario le embió Isonca una promesa escrita de propio puño del rei, de pagarle ochenta mil ducados inmediatamente que cometiese el asesinato de que querian se encargase. Empero no considerándose Anastro con el balor nezesario para tan arriesgada empresa se dirijió á un doméstico suyo llamado Juan Jáuregui, bizcaino, de carácter melancólico, de pocas palabras, meditabundo, mui adicto á su rei, mas á su relijion, i

(1) Meteren, p. 325.

enemigo azerrimo de la reformada: era atrebido i emprendedor, i no le fué difizil á su amo el persuadirle: «Yo estoi pronto, le dijo Jáuregui, á azer lo que el rei tanto desea: desprezio así la recompensa que se me ofreze como el peligro á que me espondré por merezerla. Sé que boi á perezer; i lo único que de bos esijo es que rogueis á Dios por mí, i al rei que socorra á mi padre en su bejéz.»

Nadie mas á propósito que este jóben audaz para dar cabo á una empresa como la que tomaba á su cargo: ablaba el alemán con mucha fazilidad, i por este medio le era fázil no ser conozido como español. No contribuyó poco á afirmarle en su resoluzion un sazerdote llamado Timmerman: le confesó, le absolbió i le aseguró que el matar al prínzipe seria ante Dios una aczion meritoria que le aseguraria la bida eterna. Animado de esta esperanza base Jáuregui al castillo: mézclase con los criados, i se pone zerca de la puerta de la pieza en que el prínzipe abia comido. Sale este de ella, dirijese ázia donde estaba Jáuregui, quien le tiró á quema ropa un pistoletazo con un cachorrillo, cuya bala le entró por bajo de la oreja derecha, pasó por entre el paladar i los dientes, i salió por el lado izquierdo de la cabeza. Quedó el prínzipe sin sentido por un instante, i lo primero que izo buelto en sí fué recomendar á sus domésticos que conserbasen la bida á su asesino; mas era ya tarde: sus guardias le abian despedazado. La mucha sangre que perdia el prínzipe izo temer al prinzipio que la erida era mortal: no podia ablar, i los espectadores creian que solo le quedaban momentos de bida. Apénas se supo en la ziudad cuando todos, grandes i pequeños, oprimidos del mas profundo dolor se agolparon al

castillo á saber las particularidades de tan funesto suzeso: la consternazion pintada en todos los semblantes era jeneral: todo era llantos, todo jemidos; como si cada uno ubiera perdido á su padre, perdiendo al que todos miraban como padre comun del estado.

Sumerjidos en el mayor abatimiento esparzese la boz de que los franzeses eran los autores del asesinato, cometido por quitar al duque las trabas que á su autoridad se abian puesto. El pueblo naturalmente crédulo, con fazilidad dió asenso á la impostura: combiertese repentinamente su tristeza en furor: agolpase á palazio con intento de tomar ejemplar benganza de los que tenia por autores de su afliczion.

Felizmente, Maurizio, (1) ijo del prínzipe, abia encontrado en las faldriqueras del asesino papeles por los que abia conozido que era español. Supolo al instante el prínzipe, que ya abia recobrado el abla; mas el riesgo que corrian el duque i los franzeses, de que se le instruyó tambien, le causaba tanto cuidado que á pesar de la situazion crítica en que se allaba escribió de propio puño un billete en que dezia estaba mui zierto de que los franzeses ninguna parte tenian en el crímen de Jáuregui. Este billete, de que se esparzieron muchas copias en el público, i las dilijenzias i actibidad de santa Aldegunda, calmaron al pueblo, le desengañaron, é izieron que el tumulto zesara. Tambien se espuso al público el cadáber del asesino, i se le reconozió por el criado de Anastro. Este se abia marchado de la ziudad; pero se prendió á su se-

(1) No tenia entonzes mas de treze años, i ya abia dado en muchas ocasiones pruebas de su talento.

cretario, á quien dejó en casa para que le abisase de lo que ocurriese. Se prendió tambien al sazerdote Timmerman; ambos confesaron su complizidad con Anastro i Jáuregui, i se les condenó á muerte. El suplizio no fué largo ni cruel: dióseles garrote, se les descuartizó, i las cabezas i cuartos se pusieron en las puertas de la ziudad. (1) Ubieraseles echo padezer los mas orribles tormentos si el prínzipe no manifestara sus deseos de que se les librase de ellos: nunca perdió ocasion de inspirar á sus compatriotas los sentimientos de umanidad de que estaba penetrado.

La dificultad de restañar la sangre izo por algun tiempo que los médicos temiesen por la bida del prínzipe. Despues de emplear inútilmente todos los recursos del arte, les ocurrió unir las carnes aziendo tener continuamente cojidos con los dedos los labios de las llagas: los encargados de este cuidado se relebaban alternatibamente. Este medio senzillo empleado por muchos dias i noches tubo un feliz resultado: la sangre se restañó, i las eridas se zicatrizaron.

Anastro se pasó á Tournai donde el de Parma residia, i le aseguró la muerte del de Oranje; i en esta creenzia se apresuró Farnesio á escribir á los abitantes de Ambéres i de las otras ziudades, esortándoles á bolber á la obedienzia de su lejítimo soberano: «el que os indujo á sustraeros de ella, les dezia, ya no esiste.» Aun cuando así ubiera sido, tales cartas, atendien-

(1) Allí permanezieron asta que tomada Ambéres por el prínzipe de Parma los quitaron los eclesiásticos i los enterraron con todas las demostraziones de la mas superstiziosa benerazion.

do al estado en que los ánimos se allaban, no ubieran produzido el efecto á que se dirijian: mas cuando llegaron, el prínzipe estaba ya fuera de peligro, i solo sirbieron para eszitar la risa á bueltas de la indignazion. (1)

En tanto que estas cosas pasaron, las operaziones militares no se interrumpieron: las tropas de los estados se apoderaron de Alost, i las de Farnesio de Steenwick i de Liera. Poco tiempo despues se alló en estado de obrar con mas bigor que el que asta entonzes le abia permitido la debilidad de su ejérzito. Ya bimos la repugnanzia con que aczedió á la salida de las tropas italianas i españolas, i cuan inútilmente procuró persuadir á los walones que esijian aquella salida, la imposibilidad de terminar la guerra con solo las tropas nazionales. Despues puso todo su conato en disipar con la rectitud i zircunspeczion de su conducta la desconfianza que abian tenido siempre en la buena fe de los españoles; i llegó al fin á lograrlo por el crédito que con los waloñes tenia el marques de Roubais, que como dejamos dicho, fué el qué mas contribuyó á que las probinzias meridionales bolbiesen á la obedienzia del rei. Desde entonzes nada omitió el de Parma que pudiese contribuir á atraer al marques á su partido: abia bibido con él en la mayor intimidad, i siempre persuadiéndole lo importante que seria el que se permitiese la buelta de las tropas españolas. Mui pagado el marques de la familiaridad con que el prínzipe le trataba, i esperando tener mas cabida con el rei, zedió á las instanzias de Farne-

(1) Bentiboglio, p. 263. Meteren, p 326. De Thou, lib. 75.

sio, é izo que los estados no solo consintiesen la buelta de aquellas tropas sino que se las pidiesen al rei i con la mayor instanzia. (1)

Dejase conozer lo agradable que seria á Felipe el conzederselo. Inmediatamente dió las órdenes mas terminantes á cuatro rejimientos de beteranos que componian zerca de diez mil ombres para que pasasen á los Paises-Bajos, á donde llegaron á fines del berano de 1582 con muchos miles de soldados borgoñones i alemanes. Componiase entonzes el ejérzito del rei de sesenta mil infantes i cuatro mil caballos: la mitad guarnezian las ziudades i plazas fuertes: de la otra mitad, parte estaba en la Frisia á las órdenes de Berdugo, i el resto componia el ejérzito que mandaba el prínzipe en las probinzias meridionales. Con él se apoderó de Cateau-Cambresis, Ninobe, Gaesbec, i de otras muchas plazas: atacó al ejérzito de los confederados, le obligó á retirarse bajo el cañon de Gante, i puso sitio á Bruselas; pero la estazion se allaba mui adelante, i el gran frio i la escasez de subsistenzias le obligaron á renunziar á esta empresa i á dar á las tropas cuarteles de imbierno. (2)

Manifestaban los estados mucho ardor i actibidad en sostener su nueba forma de gobierno: de dos millones i cuatrozientos mil florines á que cuando mas abian llegado sus rentas anuales, las izieron subir á cuatro millones: ademas de las tropas nazionales tenian á su sueldo considerable número de soldados alemanes, ingleses, i franzeses. Sin embargo, como la mayor parte estaba destinada á la defensa de las pla-

(1) Bentiboglio, p. 258.
(2) Meteren, p. 334.

zas, no pudieron oponer al ejérzito del prínzipe otro que embarazase sus empresas, ni menos que le obligase á abandonar las ziudades de que se abia apoderado. Beian que de dia en dia se iban disminuyendo las plazas de la confederazion, miéntras que las que ganaban al enemigo eran pocas i de poca importanzia. Azercabase el tiempo de abrir la campaña, cuando las fuerzas contrarias se abian aumentado tan considerablemente que eran mayores que nunca. Esta situazion ponia en gran cuidado á los estados, i no en menos al duque de Anjou que por su parte azia cuanto podia por obtener de la Franzia los socorros que los estados abian creido les daria. Despues de no pocas detenziones, en el mes de nobiembre llegaron á los Paises-Bajos de siete á ocho mil soldados entre suizos i franzeses, mandados en jefe por el duque de Montpensier, suegro del prínzipe de Oranje, i en segundo por el mariscal de Biron. Si con este refuerzo mandado por un jeneral como el mariscal, esperaba el de Anjou detener los progresos del de Parma, bien conozia que no era bastante para arrojarle de sus nuebas conquistas, i menos para acabar la guerra. Renobó pues sus instanzias para que su ermano tomase con mas empeño sus intereses.

Barios eran los parezeres de los que componian el consejo de Enrique III. Algunos le espusieron que no podia esperarse ocasion mas faborable para unir los Paises-Bajos á su corona: mas como en sus miras ninguna cuenta se tenia con los intereses del duque, ninguna dilijenzia izieron por abibar la amistad fraternal del rei; i en bez de eszitarle á que embiase á su ermano socorros bastantes para que se sostubiese en su soberanía, aconsejabanle que los

limitase á lo absolutamente preziso para detener los progresos de los españoles. A este dictamen agregaban el de que se embiase una escuadra á la Mancha, i un ejérzito á las fronteras del ducado de Lusembourg, para impedir que el de Parma rezibiese socorros de España ni Italia: «en esta situazion, dezian al rei, sin esponer buestras tropas á los riesgos de la guerra, esperará V. M. que las partes apuren sus fuerzas, i entonzes podrá fázilmente arrojar á los españoles de los Paises-Bajos: i el duque de Anjou i los estados azeptarán sin repugnanzia las condiziones que quiera prescribirles.» Este plan, que los superiores talentos del prínzipe de Parma ubieran desconzertado, esijia por su complicazion mucho cuidado i gastos; i por consiguiente no era de esperar que le aprobase un rei tan indolente i afeminado como Enrique III., que ni sabia prebeer los suzesos ni esperarlos. Por otra parte, los negozios interiores á que tenia que atender eran estremamente difiziles.

Con menos repugnanzia oyó el dictámen de los que conoziendo su carácter juzgaron que su inzertidumbre prozedia prinzipalmente de la bergüenza que le daba el abandonar á su ermano, i que en realidad no buscaba mas que un pretesto onesto para reusarle los socorros que le pedia. De estos consejeros la mayor parte eran enemigos del duque, y ademas bendidos al rei de España, de quien se les acusaba de aber rezibido dinero: empero temian parezer abiertamente opuestos á los designios en que el eredero presuntibo, apoyado de la reina madre, estaba tan eficazmente interesado: afectaron pues aprobar que se aczediese á las instanzias de aquel prínzipe «con tal, dezian, que el rei

pueda azerlo sin perjudicar á los intereses de sus propios estados, i que los jenerales de las probinzias-unidas consientan antes en que el rei i sus erederos suzedan en la soberanía si su ermano falleziese sin ijos. El onor i los intereses del rei esijen que los estados aczedan á esto.» Bien prebieron que no lo arian: sin embargo izose la proposizion, i fué rezibida como se prebió que lo sería. La reina madre, i los otros amigos del duque le comunicaron el mal ecsito de todos los esfuerzos que abian echo por obtener del rei que tomase con empeño sus intereses. (1)

Este desagradable contratiempo imposibilitaba al duque de satisfazer las esperanzas de sus nuebos basallos, lo cual le causaba el mas bibo sentimiento; empero si ubiera sido tan sinzero i reconozido respecto de ellos como debiera, se considerara obligado á emplearse con mas ainco que antes en todo cuanto pudiese contribuir al bien comun: i para indemnizarlos de la imposibilidad en que se allaba de cumplir una parte de lo que les abia ofrezido, ubiera llenado las otras con la mas escrupulosa esactitud. Empero bien diferentes eran los pensamientos que en su pecho abrigaba; pues temiendo que al berse frustrados los flamencos de los socorros con que abian contado, i con que asta entonzes abia estado alimentando sus esperanzas, le negasen la obedienzia, i se la restituyesen á su antiguo soberano; formó para impedirlo, en caso de que así fuese, el proyecto de pribarles de la libertad; i en desprezio de sus propios juramentos, apoderarse por fuerza ó por maña de las plazas confiadas á la guarda

(1) De Thou, lib. 27. ch. 9. Meteren, lib. 2.

de sus tropas, ó que se confiasen en lo suzesibo.

Dijose que este designio se le sujirieron los partidarios de la Franzia como un medio seguro de empeñar á su ermano en que le conzediese los socorros que le pedia. Ferbaque i otros muchos caballeros franzeses que le acompañaron á los Paises-Bajos le estrecharon eficazmente á ejecutarle. Estos ombres pérfidos eran amigos berdaderos ó pretendidos del duque, i parezia que no tenian otro interés que su gloria; con la que le abian persuadido que era incompatible una autoridad tan limitada como la que ejerzia. Sus mas crueles enemigos no pudieran aconsejarle cosa que mas perjudizial le fuera. No obstante, aquel prínzipe débil, sin comunicar su intento con el duque de Montpensier ni con el mariscal de Biron, que no le ubieran aprobado, siguió el consejo; i con los pérfidos que se le dieron trató de proporzionar los medios de ejecutarle. (1)

Combino con ellos en que todas las tropas franzesas, en las ziudades en que estaban de guarnizion ó de cuartel, tomarian las armas, i á pretesto de cualquier quimera, echarian las tropas de los estados que en ellas se allasen. Por este medio se apoderó de Dunkerque, de Dismuda i de otras muchas ziudades. La que mas codiziaba era Ambéres; empero siendo pocos los soldados que en ella tenia para intentar ganarla á biba fuerza, trató con sus amigos del medio de lograrlo, uniendo á la fuerza la astuzia. Ofreziósele la fortuna cuando menos lo esperaba. A mediados de enero le comunicaron los estados su intenzion de que emplease las tropas contra algunas de las ziudades que en

(1) De Thou, lib. 27. ch. 10. Meteren, p. 336.

Frisia tenia el enemigo, i por lo pantanoso del terreno solo se podian atacar cuando eran los yelos como entonzes mui fuertes. Aparentando el duque conformarse con los deseos de los estados reunió sus tropas en las zercanías de Ambéres, i les dió órden de que estubiesen prontas á marchar á la primera señal. Al mismo tiempo i con diferentes pretestos izo que fuesen á la ziudad todos los caballeros franzeses que se allaban en los Paises-Bajos.

Así dispuestas las cosas debia el duque de apoderarse con sus guardias, de la puerta de Cronenbourg no distante de su palazio, é introduzir sus tropas en la ziudad durante la noche, con el menos ruido posible. Mas, la bíspera del dia señalado para la ejecuzion se esparzió en la ziudad un rumor sordo de que el duque intentaba apoderarse de ella. Abisáronselo al prínzipe de Oranje i á los majistrados, quienes le propusieron que se iluminasen i barreasen las calles durante la noche, i se echasen las cadenas así en ellas como ante las puertas de la ziudad, á fin, dezian, de calmar la eferbeszenzia del pueblo. Si el duque se opusiera confirmara las sospechas contra él conzebidas; i como tenia una gran parte de la doblez i carácter artifizioso de su madre, manifestó tanta indignazion contra los autores de aquel rumor; abló con tantas aparienzias de sinzeridad, i al mismo tiempo izo tantas protestas de adesion á la confederazion, i en particular á los abitantes de Ambéres, que no solo los majistrados sino asta el prínzipe mismo quedaron casi persuadidos de su inozenzia. No obstante, ilumináronse las calles; echáronse las cadenas, i los ziudadanos tomaron las armas.

Esta ocurrenzia obligo al duque á mudar de

plan; i á la mañana siguiente fué temprano á bisitar al prínzipe, i dezirle que abia dado órden para que tomasen las armas sus tropas, de las cuales queria pasar rebista antes de partir á la Frisia, i le combidó á que le acompañase. No se sabe si Guillermo conserbaba algunas sospechas, sino que se escusó á pretesto del mal tiempo i del estado de su erida; i aun, que le aconsejó que difiriese aquella rebista por algunos dias en que el pueblo se desimpresionara, i sus temores se disipasen. Finjió el duque aczeder á lo que el prínzipe le proponia; mas pocas oras despues le embió á dezir, que el buen tiempo que azia le abia echo mudar de dictámen, é iba á azer la rebista; i en seguida dió órden para que se quitasen las barreras de las calles que iban de palazio á la puerta de Ripdorp, por la que salió con un acompañamiento de dos á treszientos ombres bien armados.

Pasado que ubo la puerta i el puente lebadizo, todo su acompañamiento echó mano á la espada, se arrojó á los soldados que la guardaban, mató parte de ellos, i forzó á los demas á que se refujiasen al cuerpo de guardia. Las órdenes que el duque abia dado á sus tropas abian sido puntualmente cumplidas: todo el ejérzito marchaba ázia la ziudad: prezediale un cuerpo de diez i siete compañias de infantería, seiszientos lanzeros, i cuatro escuadrones de caballería; que allándose ya á dos pasos de la ziudad entra en ella con prezipitazion; i despues de poner fuego á algunas casas prósimas á la puerta para adbertir al ejérzito que azelerase la marcha, se derramó por las calles gritando: «biba el duque i la misa: la ziudad es nuestra!»

Los temores de los bezinos abianlos disipado en zierto modo las protestas del duque; empero

no tanto, que no estubiesen con cuidado : corren á las armas : reúnese en poco tiempo un cuerpo bastante para azer rostro al enemigo: aumentase por momentos : á nadie espanta el peligro : todos quieren probeer por sí á su propia defensa , i nadie quiere confiarla á otro. Acordábanse de los eszesos que los soldados españoles sublebados abian cometido algunos años antes cuando se apoderaron de la ziudad ; i estaban persuadidos de que en aquellas zircunstanzias no abia otro medio de ebitar iguales males que oponer la mas bigorosa resistenzia despreziando los mayores peligros. Animados por el temor de la ruina que tan de zerca amenazaba á sus fortunas , i aun mas á sus mujeres é ijos : eszitados por el deseo de bengarse de un enemigo pérfido é ingrato abanzan i atacan á los franzeses con tal furor que no pudieron estos resistirles. Muchos se abian metido en las casas á saquearlas , i en ellas fueron asaltados i muertos : otros bigorosamente impelidos ázia la puerta por donde abian entrado , esperaban allar en ella su salud , creyendo que se les reuniria el resto de las tropas ; pero como no abian cuidado de asegurarse del rastrillo , los soldados que se abian enzerrado en el cuerpo de guardia salieron i le bajaron. No podia ser mas deplorable la situazion de los franzeses ; i cuanto mayor era la desesperazion á que se allaban reduzidos ; tanto mas encarnizados en su ruina estaban los naturales. Sin esperanza de socorro, estrechados en un côrto rezinto , erales imposible defenderse : los abitantes azian sobre ellos un fuego contínuo : caian unos sobre otros , i no tardó en formarse un monton de muertos i eridos , que atrancó enteramente la puerta de la ziudad.

En seguida fueron los bezinos contra un cuerpo de soldados franzeses que se abia dirijido á la muralla : á unos pasaron á cuchillo, i á los otros les izieron saltar por la muralla misma á bista del duque i de los suizos que abian echo banos esfuerzos para romper la puerta. Al prinzipio creyó el duque que eran los naturales arrojados por sus soldados: estaba persuadido que la caida del rastrillo abia sido casual, i mui distante de pensar que paisanos sin ningun conozimiento del manejo de las armas ubiesen podido en tan poco tiempo armarse i desazer un cuerpo tan considerable de tropas disziplinadas como el que abia entrado en la ziudad ; empero la artillería de la muralla que los abitantes , aun furiosos por su infame prozeder , asestaron contra él , i le mató muchos suizos , le desengañó bien pronto.

El prínzipe de Oranjè que abitaba en la ziudadela al otro estremo de la ziudad , nada de lo que pasaba supo por algun tiempo , i cuando se le dijo lo atribuyó á quimera entre los soldados del duque i el paisanaje : mas, instruido de la berdad reunió lo que pudo de la guarnizion, i se dirijió ázia donde se representaba aquella orrible eszena. En el camino encontró á Ferbaque el cual al frente de las tropas franzesas que abian quedado en palazio , intentó oponerse á su paso. A la primera carga quedó Ferbaque prisionero ; i sus soldados, desanimados por aquel aczidente , i acaso aun mas por sus remordimientos, uyeron. Benzido este obstáculo , continuó el prínzipe su marcha á la puerta de Ridorp , donde llegó á tiempo de impedir que los abitantes desfogasen en los prisioneros una benganza que si justa , era inutil en aquel momento.

Nada mas orrible dize un istoriador (1) instruido por testigos oculares, que el espectáculo que se ofrezió al prínzipe en la puerta: un alto monton de cuerpos muertos azinados unos sobre otros: eridos que azian cuanto podian por echar de sí los cadáberes que les oprimian, i les estrujaban con su peso. A instanzias del prínzipe, no solo se conzedió la bida á los prisioneros, sino que se socorrió á los eridos, de los cuales muchos debieron su curazion al esmero en su asistenzia.

Los franzeses muertos en aquella jornada fueron mil i quinientos; i entre ellos mas de treszientos de cuenta: los prisioneros, inclusos los que izo el prínzipe, dos mil. Para desbaratar una empresa tan mal conzertada, i que ocasionó al duque tanta pérdida, no ubo mas que zien paisanos muertos i otros tantos eridos: notable desproporzion entre ambas pérdidas, que seria increible á pesar del admirable balor de los abitantes, sin la zircunstanzia que refiere un istoriador; (2) es á saber: que los franzeses, bien por neglijenzia, bien por presunzion, llebaban mui pocas muniziones, que gastadas mui luego, quedaron por mucho tiempo espuestos al fuego del enemigo, i sin mas armas que la espada.

Es mas fázil imajinar que describir la confusion en que debia de abismarse el duque cada bez que reflesionase sobre su estrabagante conducta. Pasó la noche en el fuerte de Berchem, poco distante de la ziudad, donde no encontró ni muebles ni subsistenzias. Desde allí escribió á los majistrados de Amberes, encareziendo mu-

(1) Meteren.
(2) Reidanus.

cho las pruebas que abia dado á los Paises-Bajos de su adesion: atribuia la desgrazia que acababa de padezer al indigno tratamiento que abia esperimentado; i añadia que penetrado de sentimiento, arrepentido i oprimido de tristeza, aún les conserbaba el mayor afecto: que les escribia para saber como pensaban respecto de él, i para pedirles sus papeles, sus muebles i sus domésticos, que estando inozentes, esperaba que no se les abria maltratado ni atropellado. (1)

No respondieron los majistrados á esta carta, sino la embiaron al prínzipe, para que sobre ella conferenziase con los estados. En tanto, el duque carezia de bíberes para sus tropas, i tomó el partido de salir de Berchem, i llebarlas á Dendermonde por el camino mas corto; empero como los de Ambéres ubiesen embiado barcos armados que le disputasen el paso del Escalda, tubo que bolberse atras, i dar un gran rodeo pasando por Duffel, Malinas, Rimenant i Bilborde. Ademas de lo mucho que personalmente padezió en esta marcha, tambien perdió muchos soldados por la repentina inundazion del Neth. Desde Duffel escribió á los gobernadores de Bruselas i otras muchas ziudades, atribuyendo á los abitantes de Ambéres todos los males suzedidos: ablaba del suzeso como de una conmozion popular, en que sus tropas se abian mezclado al pasar por aquella ziudad para ir al campo en que las reunia: mas que esto no abia suzedido sino en seguida de los malos tratamientos que él mismo esperimentára.

Esta mala fe del duque no produjo otro efecto que el de irritar mas á los de Ambéres,

(1) Meteren, pag. 339.

i que esparziesen una memoria apolojética de su conducta; en la que dezian que se abian portado siempre con el duque como combenia á buenos i fieles basallos: que ademas de su continjente le abian suministrado setenta mil florines para que pagase los atrasos de la tropa, i en lugar de esto se abian distribuido entre los soldados franzeses i suizos, á fin de animarlos á cometer aquel atroz atentado: que nada era mas injusto que atribuirsele á los de Ambéres, puesto que en el mismo dia las tropas franzesas abian echo la misma tentatiba en otras ziudades; i que abia sido un benefizio de la Probidenzia el que en las mas importantes se ubiese frustrado el proyecto de esclabizarlas: que ellos deseaban con la mayor ansia que el duque se arrepintiese sinzeramente de su injustizia, i que formase la firme resoluzion de gobernar en lo suzesibo á las probinzias que le abian reconozido por su soberano, segun las leyes fundamentales del pais, así como solemnemente lo prometiera á su adbenimiento á la soberanía.

La nueba del suzeso de Ambéres eszitó la indignazion jeneral de las probinzias-unidas. El prínzipe de Parma, con la esperanza de sacar bentaja, izo cuanto pudo por atraer al pueblo á la antigua obedienzia; empero no fué mas felíz en estas tentatibas que en las pasadas: sordos los confederados á toda proposizion, ni siquiera nombraron diputados que tratasen de la paz con él.

La carta que el duque de Anjou abia escrito á los majistrados de Ambéres era durante aquel tiempo el objeto de las deliberaziones de los estados. Si no miraran mas que el resentimiento que les abia inspirado su conducta, no ubieran dudado declararle depuesto de la sobe-

ranía; pero considerando cuan crítico era el estado de las probinzias, dudaban mucho sobre el partido que les combenia tomar. El duque era dueño de muchas plazas fortificadas, i el prínzipe de Parma les amenazaba con un ejérzito, al cual el de la confederazion no podia azer rostro. No sabiendo, pues, qué partido tomar, pidieron al de Oranje, que asta entonzes no abia manifestado su modo de pensar, que les ayudase con sus consejos. Si nadie se dolia mas que él del deplorable estado á que la temeridad del duque abia reduzido á la confederazion; tampoco nadie debia estar mas irritado, puesto que el duque le era absolutamente deudor de la soberanía; i que sin embargo no podia dudar que ubiese encargado á Ferbaque que le quitase la bida ó la libertad, ni que con el intento de azerlo se encaminaba este á la ziudadela cuando le encontró é izo prisionero. A pesar de tan estremada ingratitud, no solo disuadió á los de Ambéres de que iziesen ninguna biolenzia á los prisioneros, sino que aconsejò á los estados que adoptasen mas bien medios de reconziliazion, que de rigor; i les respondió por escrito, que era como lo azia siempre que se trataba de negozios importantes: «No sin repugnanzia, dezia, me e determinado á dar á los estados el dictámen que me piden. Esta repugnanzia es tanto mas fundada, cuanto mayor es el número de los que antes me an imputado todos los infortunios que an padezido las probinzias confederadas Aun cuando me ubiera allado rebestido del poder absoluto, no por eso fuera menos injusta la imputazion, puesto que los suzesos de solo Dios dependen; i que ningun ombre, por temerario que sea, se atreberá á responder del ecsito de la mas bien conzertada

empresa. Si no mirara mas que mi edad i la injustizia con que se me a tratado, no me espondria á la maledizenzia de mis detractores; empero el interés que me tomo en la prosperidad de los Paises-Bajos, me fuerza á romper un silenzio que la prudenzia me aconsejaria que guardase, i que guardaria ziertamente, si no consultara mas que mi interés personal i mi tranquilidad. A todo prefiero el interés jeneral; i si me arriesgo á dar mi dictámen es en la confianza de que sea cual fuere, los estados le darán un faborable sentido.»

«Estoi mui distante de justificar la aczion atroz que acaba de cometerse, antes pienso que por ella a perdido el duque los derechos que tenia á la soberanía: mas á pesar de esto, creo que por poco que se reflesione se combendrá en que desde el primer momento en que á este prínzipe se unieron las probinzias, an sacado muchas bentajas de esta union. Sus tropas fueron las que izieron lebantar el sitio de Cambrai: ellas las que izieron retirar las enemigas de Lochen, i las que libraron á toda la probinzia de Güeldres de los eszesos i pillaje que en ella cometian. A su eleczion se debe la paz establezida en Franzia entre protestantes i católicos, i que los primeros ayan obtenido la libertad de entrar al serbizio de las probinzias-unidas. Empero lo mas es, que la eleczion del duque a destruido enteramente la autoridad i poder español en los Paises-Bajos. ¿No es ella la que por dezirlo así a roto los sellos del rei de España, i borrado su nombre en las probinzias? Ella es, sin duda, la que a formado una basa de poder, sobre la que la libertad nazional no puede menos de ser sólidamente establezida, si todos los que en ello tienen tanto interés continúan con

el mismo zelo i bigor que siempre. Si se reflesiona sobre todas estas bentajas que a produzido aquella eleczion, se deduzirá el aprezio que debe merezer cuanto quiera dezirse azerca de las intenziones de los que contribuyeron á que se iziese. Mas, que estos se engañasen entonzes ó no, lo que al presente se nezesita es, ó azer la paz con la España bajo las condiziones que quiera imponer, ó que los estados pongan toda su confianza aora i en lo suzesibo en sus propias fuerzas, ó en fin, tratar de acomodarse con el duque.»

«En cuanto al primer estremo, las mismas razones que determinaron á los estados á sacudir aquel yugo, subsisten oi para no bolber á imponérsele. Absurdo fuera querer aora reconziliarse como basallos con un soberano, cuya autoridad se a negado, cuyos sellos se an roto ignominiosamente, i cuyo nombre a sido borrado con tanta autentizidad. Cuando la eleczion se izo, pudo ser zierto, i así lo dezian algunos mas afectos á los españoles que á su pátria, que fuese mas útil á los Paises-Bajos un soberano, cuyo imperio prinzipal se allase léjos mas bien que zerca. Fundabanse en que á este le seria mas fázil atentar contra la libertad nazional; empero en el dia no esiste este motibo: las probinzias no estan todas unidas: la España es dueña de algunas, i tiene un ejérzito capaz de darle las otras. Así, pues, los dominios del rei se allan mas zerca de las probinzias confederadas, que los de ningun otro prínzipe.»

«Estas mismas consideraziones inclinaron á los estados á dar al duque la soberanía. A decaido de ella sin duda: nadie puede contestarlo: el duque mismo pareze combiene en ello, por

lo arrepentido que dize estar de su inconsiderado prozeder.»

« Mas á pesar de esta confesion i arrepentimiento, con razon se puede dudar si en el dia combendrá tratar i azer nuebo combenio con un prínzipe que tan groseramente a biolado el primero. Puede tambien temerse que los malos consejeros que le estrabiaron le buelban á estrabiar. Ademas, no debe esperarse el ber tan pronto restablezida la confianza entre las tropas franzesas i los flamencos.

« No obstante, juzgo de mi obligazion llamar la atenzion de los estados ázia las consecuenzias que podia tener el que se negasen á reconziliarse con el duque. Por decontado entregaria á los españoles las plazas fuertes que están en su poder; i de amigos que él i su ermano son aora, se combertirian en los mas implacables enemigos de la confederazion, i la causarian todos los males que deben esperarse de la ambizion abibada por el deseo de benganza. El rei de Franzia proibiria á sus basallos todo comerzio con estos paises, i aria detener sus nabes en todos sus puertos, al mismo tiempo que daria paso por sus estados á las tropas que el rei de España quisiera embiar contra las probinzias. La reina de Inglaterra aunque desapruebe como es indudable la conducta del duque, no por eso aprobará el que los estados se ostinen en no querer reconziliarse con él. I si á los estados faltase la confianza que tienen en la Franzia i la Inglaterra ¿á qué potenzia acudir que pudiese i quisiese ausiliarlos? Nezesitarian poner toda su confianza en sus solas fuerzas: nezesitarian aumentarlas sin demora: mas, ¿cómo podrian azerlo? ¿cómo juntar ombres i dinero? Los es-

tragos de la guerra an despoblado las probinzias: apénas se alla en ellas la jente nezesaria para el comerzio i las manufacturas. Para mantener un ejérzito tan numeroso como el que abria que lebantar, nezesitarian esijir sumas de dinero mucho mas considerables que las que asta aora an impuesto. Juzguese de ellas por el estado de gastos ordinarios i estraordinarios de la guerra que pongo á bista de los estados: gastos que oi se limitan á la manutenzion de las guarniziones. Si para allegar el dinero nezesario para cubrirlos se encuentran tantas dificultades ¿cuántas no se encontrarán para allegar el nezesario á la manutenzion de un ejérzito que pueda estar en campaña? i sin este ejerzito imposible será resistir mucho tiempo á los esfuerzos del enemigo.»

«No condeno la opinion de las personas piadosas i bien intenzionadas, de poner toda su confianza en la proteczion del Omnipotente; empero creo que es tentar á la dibina Probidenzia el formar grandes empresas sin medios de ejecutarlas. Solo aquellos tienen la berdadera confianza que combiene tener en Dios, que despues de aber echo todo cuanto está de su parte para el logro de lo que emprenden, se dirijen al zielo, i con los mas ferborosos ruegos imploran su asistenzia i su proteczion. Deben pues los estados considerar sus fuerzas i sus recursos, i si despues de esaminados i comparados con lo que emprendan, los juzgan sufizientes para pasarse sin los que podian obtener del estranjero, mi dictámen será que reserben en sus manos el soberano poder.»

«Fué un tiempo en que los flamencos pudieron adquirir este feliz estado de libertad é independenzia, i fué cuando tenian fuerzas sufi-

zientes para obligar á don Juan de Austria á salir del pais; empero cuan diferente es nuestra situazion actual! Tiene la España á nuestras puertas un ejérzito poderoso, sostenido por los que entonzes eran nuestros amigos. Las fuerzas de la confederazion an disminuido considerablemente: ni ayudados por los franzeses emos podido detener los progresos del enemigo. No obstante, si los estados juzgan despues de un maduro esámen, que aziendo mayores esfuerzos que los que asta aora emos echo, podemos ejecutar solos lo que no emos podido aun con la ayuda de nuestros amigos, deben abandonar para siempre la idea de entrar en combenio con el duque, resolberse á azer rostro con sus solas fuerzas no solo á los españoles sino tambien á los franzeses, i no diferir un instante la ejecuzion de su designio. Empero mucho me temo que antes que los preparatibos se ayan empezado siquiera, las tropas reunido, i el dinero para mantenerlas recaudado: antes siquiera de que se aya nombrado jeneral que mande el ejérzito, no se aya el enemigo apoderado de muchas ziudades de la confederazion, i aun, que otras muchas biéndose sin esperanza de ser socorridas se conzierten con los españoles antes de ser atacadas. Mas, si despues de las razones que llebo espuestas juzgan los estados mas conforme á la situazion en que se allan el tratar con el duque, mi dictámen será que prozedan con la mayor atenzion i escrupulosidad en el tratado que con él agan, para que las ziudades fortificadas no esten en lo suzesibo (1) espuestas á los mismos peligros que acaba de correr Ambéres, i de que se be libre por una espezie de milagro: i para

(1) Meteren. De Thou.

prebenir semejantes desgrazias bastaria estipular que ningun soldado pudiera ser puesto de guarnizion en ninguna ziudad sino despues de aber echo juramento de fidelidad i obedienzia á los estados.»

Rindieronse estos á las razones del prínzipe, i en consecuenzia se prinzipió una negoziazion con el duque, i se concluyó el 8 de marzo por un tratado de paz i reconziliazion, cuyos prinzipales artículos fueron: que todos los prisioneros franzeses que se allasen en Ambéres serian puestos en libertad: que todos los papeles i demas efectos del duque le serian debueltos; i que se le suministrarian nobenta mil florines para pagar los atrasos debidos á sus tropas: que el duque debolberia á los estados todas las plazas de que se abia apoderado: que se retiraria á Dunkerque con solos cuatrozientos infantes, i trezientos caballos, i allí permanezeria asta el arreglo difinitibo de los puntos en cuestion: que renobaria el juramento que prestó al tiempo de su inaugurazion de que gobernaria en lo suzesibo las probinzias-unidas conforme á sus leyes fundamentales: que todas las tropas del duque prestarian juramento de fidelidad á los estados, se obligarian á serbirlos fielmente contra todos los enemigos de la confederazion; i en fin á nunca emprender nada en perjuizio de la autoridad que á ellos compete.

Abiase declarado el prínzipe por este partido porque estaba íntimamente combenzido de que no abia otro para preserbar la confederazion de una total ruina. Mas, una prueba nada equíboca del gran influjo que tenia en la asamblea de los estados, fué sin duda el aberles persuadido á que prefiriesen este medio á todos los demas. El pueblo en jeneral, i particularmente el

de la Flandes i el Brabante, eran enteramente opuestos á toda espezie de acomodo con los franzeses, á quienes tenian una imbenzible antipatía trasmitida por sus padres, i que el atentado de Ambéres abia abibado mas. Muchos de los diputados les tenian la misma abersion; de modo que solo la gran deferenzia á los dictámenes del duque á que estaban acostumbrados pudo en aquella ocasion benzerla; i ebitar que consultando solo su inclinazion prozediesen asta el último estremo contra el duque; i jamás bolbiesen á reconozer su autoridad.

No ignoraban los españoles que el prínzipe era el que abia retraido á los estados de tomar esta resoluzion; i de aquí dedujeron que miéntras bibiese, ningun suzeso por faborable que les fuera inclinaria á la confederazion á que bolbiese á la obedienzia. Este combenzimiento les izo recurrir al infame medio del asesinato. Felipe i sus ministros nada dejaron por azer para induzir á muchos á que se encargasen de tan arriesgada empresa: uno de ellos, como despues se supo por su propia confesion, fué eszitado en Madrid por Felipe mismo, ó por mejor dezir, por sus ministros: otro por su embajador en la corte de Franzia; i en fin á otro solizitaron en los Paises-Bajos el prínzipe de Parma i el marques de Roubais. A los dos primeros se descubrió antes que intentasen ejecutar su abominable proyecto, i fueron castigados como merezian: era el terzero un ofizial franzés, echo prisionero por Roubais, i que finjió prestarse á sus miras por obtener libertad; empero inmediatamente que la obtubo instruyó al prínzipe de los medios de que se abian balido para induzirle á que fuese su asesino. Este eszelente sujeto se quedó al serbizio de los estados, é izo ber por la con-

ducta que obserbó siempre, cuan orrible le era el crímen atroz á que abian intentado seduzirle. (1) El peligro á que tan continuamente estaba espuesto el prínzipe por el odio i resentimiento de los españoles, debia azerle mas apreziable á todos sus conziudadanos; i este fué el efecto que en el mas alto grado produjo en los que eran capazes de apreziar debidamente la sabiduría i moderazion con que prozedia en la direczion de los negozios; empero muchos de los que juzgaban de la elebazion del de Anjou á la soberanía por las desgraziadas zircunstanzias que acababan de resultar, no dejaban de suponer siniestras intenziones en los que mas contribuyeron á ella: incapazes de penetrar los berdaderos motibos que abian mobido á Guillermo á inclinar á los estados á que conserbasen al duque aquella misma soberanía, sospechaban que no abia tomado con tanto calor los intereses de aquel prínzipe sino con la mira de sacar para sí bentajas. No era solo el pueblo el descontento: muchos diputados preocupados igualmente, se dejaban llebar de su jenio altercador, turbaban las deliberaziones, i retardaban con su oposizion toda nueba probidenzia que querian tomar los estados. Sin embargo, esto no impidió que el mayor número decretase que se emplearan las tropas franzesas i suizas, de que el duque abia dado el mando al mariscal de Biron. Este jeneral ninguna parte tubo en la aczion de Ambéres; i aun se creia que si de ella ubiera tenido notizia se abria opuesto: nada pues se le podia imputar, ni á nadie confiar el mando que fuese mas digno. Azia mucho tiempo que una esperienzia consumada, i talentos raros en el arte de

(1) Meteren, p. 348.

la guerra le abian granjeado una gran reputazion: sus primeras tentatibas fueron felizes: obligó al fuerte de Wouda á capitular, i con fuerzas inferiores rechazó i con bentajas al prínzipe de Parma cuando intentó atacarle en sus líneas zerca de la ziudad de Rosendal, si bien no le era posible con tan corto ejérzito detener los progresos de los españoles en las otras empresas que formaron, ni estar en campaña á bista de ellos. Aprobechándose Farnesio de este estado de debilidad izo sus conquistas con la mayor rapidez, i se apoderó de Endoba, de Diest i de Westerlo, empleando á un tiempo la negoziazion i la intriga para asegurarse de Gante, Brujas i otras plazas.

En tanto que esto pasaba, cayó el de Anjou enfermo en Dunkerque de languidez, atribuida en jeneral á las fatigas que padezió en su retirada de Ambéres. No se sabe de positibo si porque no se creyó allí seguro, miéntras en las zercanías azia tan rapidas conquistas el de Parma, tomó el partido de bolberse á Franzia; ó si le llebó la esperanza de que allándose en la corte de su ermano obtendria mas fázilmente de él mayores socorros que los que asta entonzes le abia dado. Fuese por lo que quisiese, dejó á Dunkerque i pasó á Franzia.

Inmediatamente que Farnesio lo supo, de Erenthalas se puso con su ejérzito ante Dunkerque. Los estados que conozian cuan interesante les era aquella plaza, ordenaron al mariscal que fuese á socorrerla con todas sus fuerzas; empero era tal el resentimiento que ganteses i flamencos conserbaban contra los franzeses, que fueron inútiles cuantas instanzias se les izieron para que diesen paso al mariscal por su tierra. "Jamas aczederemos, dezian, al último com-

benio echo con el duque: ninguna confianza podemos tener en él, ni queremos deber á sus tropas la conserbazion de nuestra pátria.» Las consecuenzias fueron las que se debian esperar: la guarnizion de Dunkerque, compuesta de franzeses, entregó la ziudad al prínzipe de Parma, que en seguida sitió á Nieuport, i la tomó tan pronto que se sospechó de la fidelidad de la guarnizion. Era su proyecto dirijirse á Ostende i sitiarla; mas luego que supo el particular esmero con que el de Oranje abia probisto á su seguridad, bolbió sus armas contra Dismude i Menin; que sometió así bien que á otras muchas ziudades con una rapidez nunca bista en aquellos paises. Estos progresos ubieran debido abrir los ojos á los confederados sobre las funestas resultas de sus desabenenzias, dado que por ellas i su poca union fueron muchos presa de los españoles. Sin embargo no sirbieron sino para aumentar su zeguedad, i sus disensiones i su confusion. Si se eszeptuan los refuerzos que se embiaron á las guarniziones de algunas ziudades, en cuya conserbazion se interesaban algunos diputados, los estados ninguna resoluzion bigorosa tomaron conzerniente á la situazion crítica en que se allaban; empero se juntaban todos los dias: i todos los dias rezibian notizia de una nueba pérdida.

Un suzeso acaezido en aquel mismo tiempo en Ambéres da bien á conozer el espíritu que dominaba entonzes á los flamencos. Abia dispuesto el de Oranje que se añadiesen algunas nuebas fortificaziones á la ziudadela: los partidarios secretos de los españoles tomaron de aquí ocasion para insinuar que el designio del prínzipe era entregarla á los franzeses, i que lo que se azia so color de mayor seguridad no eran

en realidad mas que preparatibos para asegurarlos la posesion. Creyolo el pueblo, toma las armas i corre en tumulto al castillo con intento de echar de él la guarnizion. Salele al encuentro el prinzipe, i respeta el pueblo su presenzia: abituado á rebereunziarle se rindió fazilmente á la ebidenzia de la falsedad que tan lijeramente abia creido: en poco tiempo se calmo el furor de los mas, i se apaziguo el tumulto. Sin embargo no faltó quien se atrebiese á injuriarle llamándole desertor de la causa comun i traidor á la pátria. Este indigno tratamiento de parte de un pueblo cuya ruina abia impedido, irió bibamente al prínzipe, el cual pidió á los majistrados que tomasen conozimiento del eszeso que acababan de presenziar. Mas biéndoles tímidos en el ejerzizio de su jurisdiczion por el gran número de culpados que abria que castigar, se retiró de Amberes á Zelanda, despues de dar á los majistrados instrucziones escritas por las que debian gobernar la ziudad i probeer á su defensa, i de designar á santa Aldegunda para primer majistrado ó gobernador en el año siguiente. (1)

(1) Por el mismo tiempo rezibió el prínzipe una prueba no equiboca del afecto de las probinzias maritimas, i de la gran confianza que en él tenian. Todas las ziudades eszepto dos, decretaron nombrarle conde de Olanda i de Zelanda, i rebestirle de toda la autoridad i prerogatibas inerentes á àquella antigua dignidad. Los istoriadores contemporaneos nada dizen azerca de la parte que el prinzipe pudo tener en aquella resoluzion, mas no era opuesta al tratado echo con el duque de Anjou; dado que por él no abian tomado las probinzias de Olanda i Zelanda otros empeños que los de contribuir con la cuota que les correspondiese para los gastos publicos.

No era su ánimo en esta mudanza de residenzia abandonar las probinzias meridionales: todo lo conzerniente á ellas era como siempre objeto de su cuidado; sino que queria probeer á su seguridad, i alejar de allí la junta de los estados, aziendo que se combocasen en Middelbourg, á fin de que sus indibiduos estubiesen menos espuestos al influjo de los emisarios de España, i mas libres de las conmoziones populares. Empleó tambien todo su balimiento con brabantinos i flamencos para que consintieran que las tropas franzesas permaneziesen en los Paises-Bajos. Bruselas i algunas otras ziudades de las mas espuestas aczedieron; pero Gante i la mayor parte de las demas se obstinaron en no consentirlas en sus términos, ni querer su proteczion. Bieronse pues los estados en la nezesidad de ordenar la salida de aquellas tropas, en zircunstanzias en que los amantes de la pátria, i los que reflesionaban sobre la situazion actual de ella, juzgaban que en bez de despedirlas se debian tener con el duque de Anjou i el rei su ermano toda espezie de deferenzias para estimularles á que aumentasen el número. El mariscal de Biron las embarcó en Bierbliet, de donde las bolbió á Franzia.

Así quedaron los españoles libres de todo ostáculo en sus conquistas: bloquearon á Ipres; i la guarnizion de Alost, compuesta de ingleses i walones les entregó la ziudad porque les pagasen como lo izieron los atrasos que se les debian. Sometioseles el pais de Waes i Rupelmonde en el Escalda. Zutphen fué sorprendida; i

No obstante, esto dió motibo para que se dijese mucho contra el prinzipe de Oranje, acusándole de que nunca abia perdido de bista su interés personal.

su posesion les dejó abierta la entrada á todo el Beluwe, pais considerable entre el Issel i el Rin. Con esto se iba aumentando por dias el número de partidarios de los españoles en Brujas, Gante i otras muchas ziudades. Los naturales que abiertamente se declararon contra el duque de Anjou temian su buelta. Abia tambien muchos á quienes tenia intimidados la rapidez de las conquistas de los españoles: otros, que abiendo tenido á su cargo el manejo de caudales públicos rezelaban que el prínzipe i los estados les obligasen á dar cuenta de su imbersion. Estimulaba tambien á todos á que bolbiesen á la obedienzia del rei, así la estrema moderazion con que el de Parma trataba á los que se sometian, como el esmero i esactitud con que cumplia lo que conzertaba.

Entre los que por algunos de estos motibos deseaban que los Paises-Bajos bolbiesen al dominio español tubo el prínzipe de Oranje el disgusto de ber al conde de Eremberg, su cuñado. Este caballero débil é inconstante, gobernado por su mujer, abia formado el designio de entregar la Güeldres, de que era gobernador; empero descubierta la trama antes que pudiese ejecutarla, fué arrestado por órden de los estados: puesto á poco tiempo en libertad bajo su palabra, se paso al enemigo, con lo que probó ser berdadero el crímen de que se le acusaba.

Peor ecsito tubieron los manejos del prínzipe de Chimai en Flandes: era ijo del duque de Arschot, i aunque educado en el catolizismo, desde algun tiempo antes que la reboluzion empezase profesaba la reforma, i aparezia mui adicto al prínzipe de Oranje i á los estados; no porque sus sentimientos de relijion ni patriotismo fuesen berdaderos; empero abia empleado

mucho artifizio para impedir que se conoziesen. Siempre rodeado de ministros de la nueba relijion bibia con ellos con la mayor familiaridad: publicó ademas una apolojía de su conducta en que insertó un grande elojio del protestantismo, i muchas imbectibas contra el rei de España, calificándole con los nombres mas denigratibos que puede sujerir el odio mas implacable. Así se abia captado el afecto de muchos protestantes, i prinzipalmente de los de Brujas que le confiaron el gobierno de su ziudad, á pesar de cuanto para disuadirles izo el prínzipe de Oranje, como que abia descubierto que mantenia correspondenzia secreta con los católicos. Por último, el de Oranje abia dado secretas instrucziones á los majistrados de Brujas, para que se baliesen de Bodi, coronel de un rejimiento escozés, á fin de deponer á Chimai. Aparentó Bodi entrar en las miras de los majistrados; pero los bendió descubriendo á Chimai lo que contra él se trataba. Este, por bengarse obtubo por medio de una representazion llena de falsedades, órden para echarles de la ziudad, i puso en su lugar personas que le estaban sometidas, i continuó como antes aparentando el mayor zelo i adesion á la reforma, asta que logró azer que saliesen de la ziudad los prinzipales bezinos. Entonzes se apoderó de ella i la entregó á Farnesio, con la condizion de que le diese el mando de la probinzia. Farnesio se lo ofrezió, i lo confirmó el rei. Tenia Chimai tanto mas motibo para contar con el logro de su empresa cuanto mas abia contribuido á la rendizion de Ipres, que despues de nuebe meses de bloqueo azia poco que capitulara. Este caballero i un ministro protestante, prinzipal instrumento de su perfidia, no tardaron mucho en abjurar

públicamente el calbinismo, i bolber á la comunion romana. (1)

Igual empresa á esta intentaron Imbise i otros contra Gante i Dendermonde. Para fazilitar la ejecuzion fué á campar el de Parma entre Gante i Brujas; empero se descubrió la trama formada para sorprender á Dendermonde; é Imbise, biejo faczioso i turbulento, primer majistrado de Gante, i jefe de la conspirazion, fué arrestado, juzgado, condenado á muerte i ajustiziado.

El prínzipe de Oranje que miraba la buelta del de Anjou con un ejérzito como el único remedio de los males que de dia en dia iban creziendo, abia trabajado con tanto mas ainco en reconziliarle con los estados, cuanto mayores eran entonzes las esperanzas de que pudiese cumplir sus empeños, pues que el rei su ermano estimulado eficazmente por la reina madre abia echo pública su resoluzion de sostener con bigor los derechos del duque. Para felizitarle los estados por ello, i anunziarle al mismo tiempo que abian aczedido á ziertas condiziones por él propuestas, le embiaron un embajador. Rezibió el duque la notizia con la alegría propia de las lisonjeras esperanzas que por ella conzibiera; empero la muerte no le dió tiempo para realizarlas. Su salud no abia sido la mejor desde la retirada de Ambéres: debilitaronla mucho las fatigas que padezió: atacado repentinamente á prinzipios de junio por una enfermedad aguda, que ubiera debido atribuirse á un temperamento mal sano, i que lo fué segun costumbre del siglo, á beneno, murio en Chateau-

(1) Meteren, p. 357. De Thou, lib. 79, ch. 15.

Tierri el 10 del mismo mes, á la edad de trein-ta i tres años.

Tal fin tubo la bida ajitada de este prínzipe, cuyo carácter débil i sus bizios fueron igualmente perniziosos á él mismo, á la Franzia i á los Paises-Bajos. Sin prebision de lo benidero, incapaz de dezidirse por sí, fué siempre el juguete de los proyectos interesados de otros, así bien que de sus caprichos. No sabia apreziar los bizios ni las birtudes de los que le rodeaban; ni la locura ni la prudenzia de lo que le proponian: no era incapaz de amistad ni de adesion: era actibo i ambizioso; empero siempre falto de pazienzia, de constanzia i de firmeza para conduzir una empresa importante. Su conducta respecto de las probinzias-unidas a justificado lo que de él dezia su ermana Margarita: « que si el fraude i la infidelidad ubieran desaparezido de la tierra, en el corazon de su ermano se ubieran encontrado en todo su bigor.» (1)

Su muerte acaezida en las críticas zircunstanzias en que las probinzias se allaban fué para ellas una desgrazia efectiba; empero otra mayor que tubieron algunas semanas despues izo que aquella se olbidase: tal fué la muerte del prínzipe de Oranje, contra quien la proscripzion de Felipe produjo en fin su efecto. El proyecto de este atentado atroz, se formó i ejecutó despues en Delft por Baltasar Gerard, oriundo de Villefans en Borgoña. Este ombre para tener entrada fázil con el prínzipe se daba por ijo de un protestante franzés llamado Guion, que perseguido por su creenzia, abia tenido que espatriarse. Por este simulado orijen, un zelo aparente por la reforma i por el serbi-

(1) Bentiboglio, 275. Dábila, lib. 6. &c.

zio de los estados logró no solo ser conozido del príncipe sino que le faboreziese i colocase en la comitiba del embajador que los estados embiaron al duque. Esta muestra de confianza, en bez de azerle mudar le afirmó mas en su propósito; é inmediatamente despues que bolbió de Franzia se dezidió á ejecutarle. Ubieralo echo, como luego lo confesó, cuando se le introdujo en el cuarto del prínzipe, con el cargo de entregarle muchas cartas, sino ubiera tenido el descuido de no probeerse de armas. A pocos dias, buelto al palazio del prínzipe á pretesto de pedir un pasaporte, se puso zerca de la pieza en que el prínzipe comia con su mujer Luisa de Coliñi, i su ermana la condesa de Schwarzembourg. Embozado en su capa esperó que ambas señoras se lebantasen para pasar á otro cuarto. Biéndole la prinzesa pálido i bagarosa la bista, entró en mucho cuidado i preguntó qué queria? «Pide un pasaporte» respondió el prínzipe. Al momento se abalanza á él el asesino i le tiró un pistoletazo con tres balas. No tubo el prínzipe mas tiempo que para dezir: «¡Dios mio! tened misericordia de mí, i de este pobre pueblo: yo estoi grabemente erido.» Al instante cayó, i espiró á pocos momentos (1) en presenzia de su esposa. Esta desgraziada prinzesa era tanto mas digna de compasion cuanto beia perezer á su segundo marido como perezió el primero, el amable Teliñi, i el almirante Coliñi su padre, algunos años antes, en la carnizería del dia de san Bartolomé.

Entre tanto se escapó el asesino por una puerta falsa del palazio, i llegó asta la muralla; mas al momento en que iba á arrojarse en los

(1) A los zincuenta i dos años de edad.

fosos que estaban llenos de agua, i que esperaba atrabesar á nado, fué detenido por dos guardias del prínzipe.

En su primera declarazion confesó que azia seis años que formara el designio que acababa de ejecutar, i del que sus amigos le abian disuadido; empero que bolbió á formarle cuando allándose al serbizio de Dupré, secretario del conde Mansfeld, se publicó el bando de proscripzion de Felipe contra el prínzipe: que para tener entrada con éste abia proporzionado algunas firmas en blanco del conde, i que las presentó al prínzipe para ganar su confianza: que comunicado su designio con cuatro jesuitas en Trébers, i en Tournai, le aseguraron unanimemente, que si perezia en la ejecuzion seria mirado como un mártir en toda la iglesia católica.

A estas zircunstanzias añadió, cuando se le puso á cuestion de tormento, que la recompensa por el rei prometida era la que prinzipalmente le abia seduzido: que abia dado parte de su proyecto al prínzipe de Parma, que le embió á su secretario Cristobal Assonbille, el cual le aconsejó que reflesionase bien azerca de las grandes dificultades que podria encontrar en la ejecuzion; pero que al mismo tiempo le abia asegurado que si llegaba á lograrlo aria un serbizio sumamente agradable al rei i al prínzipe de Parma; i que podia estar seguro de que inmediatamente rezibiria la prometida suma; empero encargándole i reencargándole repetidamente que en caso de ser detenido negase siempre que el prínzipe le abia dado su aprobazion, aunque en realidad aprobase su zelo, i le ubiese permitido que iziese uso de su firma en blanco.

Cuando á este malbado se le notificó la sen-

tenzia de que se le quemase la mano derecha i se le iziese cuartos despues de atenazeado, se dejó arrebatar de la mas orrible desesperazion, manifestando el mayor pesar de aberse dejado seduzir por el deseo de riquezas, á cometer una aczion por la que iba á padezer tan terribles tormentos: mas recobrado mui luego se le oyó prorumpir en alta boz, que lejos de arrepentirse estaba persuadido de que aquella aczion le abia granjeado el fabor del zielo en el que mui pronto seria admitido á gozar de una felizidad eterna; persistiendo en estos sentimientos todo el tiempo que duró el suplizio, que padezió con una firmeza de ánimo, i aun zierta espezie de tranquilidad, que llenaron de asombro á todos los espectadores.

Los eclesiásticos católicos de las probinzias del mediodia, izieron los mas pomposos elojios de este desgraziado; i á creerlos ubierase zelebrado con regozijos públicos su aczion infame: pero se opuso el pueblo; i asta las tropas del prínzipe de Parma manifestaron que no lo permitirian, i que condenaban un echo que desaprobaba su conzienzia, á pesar de cuanto para justificarle podria dezirse i sostenerse por los prinzipios de una política insidiosa i perbersa.

Fazilmente se colije cual seria la tristeza i consternazion de las probinzias-unidas cuando tubieron la notizia de tan funesto acaezimiento. Todos derramaban lágrimas tan berdaderas i sinzeras como si ubieran perdido su padre, su apoyo ó su amigo: todos sentian la pérdida que azia la pátria, como ordinariamente se sienten las mayores desgrazias domésticas i particulares. Pribados de aquel, cuya sabiduría abia sido por tanto tiempo su prinzipal apoyo, todos se

juzgaban como abandonados, como que abian perdido su padre, i todos estaban ajitados i cuidadosos de su futura suerte. (1)

Nunca ubo persona mas adecuada que el prínzipe á la situazion embarazosa en que se alló: ninguna reunió mas cualidades de las nezesarias para llenar el difizil cargo de librar á un pueblo oprimido del yugo de su opresor. Sus mayores i mas encarnizados enemigos combienen en las grandes cualidades que le adornaban: que su bijilanzia, su aplicazion, su penetrazion, i su sagazidad llegaban á lo sumo: que tenia una asombrosa abilidad para gobernar á los ombres, dirijir sus inclinaziones, atraerlos, conziliarse su afecto i conserbar su amor. La istoria de su bida, i el testimonio de los istoriadores mejor instruidos nos autorizan á colocar en el número de sus birtudes i cualidades, el balor i la magnanimidad, la justizia i la equidad, la pazienzia i la moderazion, i particularmente una igualdad de ánimo admirable: cualidades que acaso nunca se han bisto reunidas en una sola persona en tan alto grado. (2) Fuese la que quisiese su fortuna, jamas se le bió ni mas ensoberbezido ni mas umillado: siempre el mismo así en la prosperidad como en la adbersidad: los suzesos mas desgraziados ni los mas felizes nada influian en la tranquilidad de su alma.

Un istoriador (3) respetable, pero católico, le acusa de abarizia i concupiszenzia, sin zitar

(1) Meteren, p. 363. Bentiboglio, lib. 12. De Thou, ann. 1584.
(2) De Thou.
(3) Bentiboglio.

ningun echo que pruebe la acusazion. Si se a de juzgar por lo que de él an dicho los istoriadores, no pareze que emplease nunca su poder por su interés particular, en perjuizio de ninguno de sus conziudadanos, ni de la causa pública. Reusó siempre tomar parte en la administrazion del erario: ni siquiera esigió el pago de las sumas que los estados le abian asignado para proporzionarle una renta: i su azienda se alló á su muerte tan gastada que fué nezesario que los estados asignasen pensiones á su biuda é ijos. (1)

Ale acusado tambien de falsedad é ipocresía. Sin duda le juzgaba por las imbectibas de sus enemigos; empero ni aun los mas encarnizados contra él la probaban con ninguna de sus acziones. Antes de romper con el rei de España, desaprobó siempre los medios que su gobierno empleaba; i despues, constantemente se opuso á que produjesen los efectos para que se empleaban. No tenia otra relijion, an dicho algunos escritores católicos, que la que su interés i su ambizion querian que tubiese. Empero sus costumbres eran irreprensibles, su conducta dezente, i cumplia con esactitud las obligaziones que su relijion le prescribia. La única prueba que dan es que mudó de creenzia: que dejó la romana en que abia sido educado en la corte del emperador, i preferido otra, cuyos prinzipios le abian seduzido en su mas tierna jubentud. Su relijion, es berdad, diferia notablemente de la que profesaban aquellos de quienes se abia separado; ni era del todo conforme á los prinzipios de muchos de los que tenian la misma

(1) Wicquefort, lib. 2.

creenzia que él. No pensaba que su relijion le permitia mirar algunas opiniones especulatibas, i algunas zeremonias, como razon sufiziente para perseguir i degollar á los que las seguian ó las desechaban. Bibiendo en un siglo en que reinaba una sombría superstizion que tenia infizionados á todos sus semejantes, el prínzipe á quien no pudo corromper, tenia una relijion conforme á los prezeptos i al ejemplo del dibino lejislador que la abia establezido: era pues moderada, queria que fusemos umanos i bienechores indistintamente con todas las sectas. Miéntras el prínzipe profesó la relijion romana, siempre se opuso á que se persiguiese á los protestantes; i cuando abrazó las opiniones de estos se combirtió en protector de los católicos, así para librarlos de las persecuziones de sus adbersarios, como para fazilitarlos el libre uso de su relijion en cuanto fuese compatible con la tranquilidad pública. Inferir de aquí que no tenia relijion es mas que dezir que la persecuzion es lejítima: tanto baldria sostener que un berdadero cristiano ni debe ni puede con seguridad de conzienzia bibir en paz con otros cuyas ideas relijiosas no sean conformes á las suyas.

Del carácter del prínzipe delineado por los mismos istoriadores católicos ¿pueden concluir que era ambizioso? Empero la ambizion por sí misma no mereze alabanza ni bituperio, ni es laudable ni bituperable sino relatibamente al fin que se propone i á los medios que emplea para lograrle. Si es así como se a de juzgar al prínzipe, no es de estrañar que los que tenian prinzipios tan opuestos como los istoriadores catolicos i protestantes, no ayan combenido azerca de sus birtudes, ni defectos.

Si como lo azian los primeros confundimos los derechos de los soberanos sin distinguir los del soberano absoluto de los del soberano de un pueblo libre : si creemos que todos los prínzipes tienen de Dios su poder, que no pueden ser destituidos, que estan autorizados por Dios mismo que de él les a rebestido para ejerzer un poder despótico sobre la libertad i la relijion de sus basallos : si admitimos que un rei puede en birtud de una bula del papa, biolar los mas solemnes juramentos, i faltar á todos sus empeños, sin que por eso queden los basallos libres de los suyos; admitiendo pues estos prinzipios, difizil será no combenir en que el prínzipe fué reo de perjurio i de rebelion. Entonzes el juizio mas faborable que de su conducta podrá azerse será el atribuírla á su ambizion criminal.

Empero si miramos como absurdo é impío el poder que los pontífizes pretenden tener para dispensar á los ombres de cumplir sus juramentos : si creemos los derechos de los basallos no menos sagrados que los de los reyes : si distinguimos el poder absoluto del limitado por las leyes fundamentales del estado : si azemos alguna diferenzia entre el soberano que no puede ser pribado del derecho que tiene sobre sus propios dominios, i el que no a obtenido la soberanía sino con ziertas condiziones que a jurado guardar i cumplir, al mismo tiempo que sus basallos se an comprometido á obedezerles miéntras él sea esacto en cumplir sus promesas; el juizio que aremos del carácter del prínzipe será enteramente opuesto al primero. No solo nos atreberemos á asegurar que a estado inozente de los crímenes de que sus enemigos le an acusado, sino que le daremos con sus ziudadanos el

glorioso renombre de padre de la pátria, defensor i conserbador de la libertad i de las leyes de ella: nos atreberemos á asegurar que sacrificó jenerosamente al bien público todos sus bienes, sus intereses, su reposo i su bida: que izo mas al prinzipio con sus consejos, i despues con las armas para librar á sus ziudadanos de la opresion, que ningun otro patriota en ningun pais del mundo, en zircunstanzias tan difiziles.

ISTORIA

DEL REINADO DE FELIPE II, REI DE ESPAÑA.

LIBRO DÉZIMO NONO.

No perdió el prínzipe de Parma la faborable ocasion que le ofrezia el abatimiento en que los confederados se allaban por la muerte del de Oranje para ofrezerles la paz; empero sin fruto: ya por la poca confianza que tubieron siempre en el rei, ya por su adesion á la reforma, ya por las otras causas, por las cuales emos dicho que constantemente abian desechado toda espezie de reconziliazion con un soberano, contra el que entonzes estaban mas enconados por la cruel injuria que les acababa de azer. Negaronse, pues, los confederados á oir las proposiziones que se les azian, i trataron de los medios de seguir la guerra con bigor, i de manifestar su benerazion á la memoria del de Oranje.

Su primojenito el conde de Buren aún se allaba detenido en España: Mauricio, su ijo segundo, (1) seguia los estudios en Leidem; i

(1) Era nieto por parte de madre del célebre Maurizio, elector de Sajonia.

aunque no de mas que diez i ocho años, era ya mucho lo que ofrezia, i sin embargo fueron despues mayores sus altos echos, que las esperanzas de los mas prebenidos en su fabor. Rebistieronle los estados de la mayor parte de las dignidades que abian conferido á su padre: nombraronle grande almirante de la confederazion, i gobernador jeneral de las probinzias de Olanda, Zelanda i Utrecht. Para suplir su poca esperienzia, i que pudiese prontamente instruirse en el arte de la guerra, le dieron por lugarteniente al conde de Oenloe, el mas ábil de los ofiziales que los estados tenian en su serbizio, i á quien confirieron el mando asta que el jóben prínzipe adquiriese mas edad i madurez, i se allase en estado de mandar por sí mismo.

Esta conducta de los estados daba bien á conozer que el aszendiente que sobre ellos tubo el prínzipe en bida le continuaba teniendo aun despues de muerto; i combenzió al de Parma que le seria imposible poner fin á la guerra por otro medio que el de la fuerza. Renunziando, pues, á todo proyecto de paz, bolbió toda su atenzion á las operaziones militares que abia prinzipiado en el Brabante i la Flandes. El ecsito fué el que debia esperarse de su bijilanzia, de su actibidad, i de la prudenzia con que las conduzia. Ademas de las ziudades de que dijimos se abia apoderado, sometió despues á Bilborde i Dendermonde; empero aun no abia podido reduzir á Gante, Bruselas, Malinas, ni Ambéres. Si para someterlas empleara los medios ordinarios, i las atacara una despues de otra, nezesitara muchísimo tiempo. Esto le izo que adoptase otro medio que le sujirio la situazion de aquellas ziudades i la espezie de sus recursos: tal fue el de apoderarse de las márjenes

de los rios i canales en que estaban situadas, i al mismo tiempo embiar diferentes partidas de caballeria que talasen la tierra que las rodeaba. De este modo, no solo interrumpia enteramente el comerzio de aquellas ziudades, sin el que no las era posible subsistir; sino que ademas, á todas, eszepto Ambéres, les pribaba de toda espezie de comunicazion con las otras plazas.

A pesar de la cruel posizion en que se allaban los abitantes de todas ellas, reusaron por algunos meses el oir ninguna de las proposiziones que les izo el prínzipe; empero considerando que para echar á los españoles de los puestos que ocupaban, se nezesitaba un ejérzito mui superior al de estos, i que no teniéndole, se berian mui pronto reduzidos á la última estremidad, decayeron de ánimo, i oyeron mas faborablemente las contínuas esortaziones de los que azian las partes de los españoles. Las ziudades mas internas fueron las primeras que se resolbieron en bolber á la obedienzia, con las condiziones que el prínzipe de Parma muchas bezes les propusiera; Gante prinzipio, Malinas i Bruséłas la siguieron.

Las mas importantes condiziones fueron: que no reconozerian en lo suzesibo otro soberano que el de España: que solo la relijion católica seria permitida en los Paises-Bajos: que los protestantes podrian permanezer en ellos por dos años enteros, para disponer como mejor les combiniese de sus bienes i efectos: que las ziudades darian al rei zierta cantidad por bia de indemnizazion: que lo pasado enteramente se olbidaria: que los derechos i pribilejios de los abitantes serian restablezidos i mantenidos en adelante irrebocablemente, como lo abian estado siempre.

Cumplió el prínzipe por su parte lo prometido, portándose no solo como lo esijia la fidelidad debida á sus promesas, sino con una dulzura i moderazion que combenia prodijiosamente al logro de sus proyectos. En lugar de treszientos mil florines que Gante se ofrezió á pagarle, no esijió mas que doszientos mil. Aunque se abian eszeptuado de la amnistía seis personas de las mas culpables, no les impuso mas castigo que una multa. Ademas, siempre se le alló dispuesto á oir las quejas de los protestantes, i administrarles justizia.

De todas las ziudades considerables del Brabante, solo Ambéres no estaba sometida: azia mucho que Farnesio tenia resuelto sitiarla; i aun antes de tomar á Gante i Bruselas, abia pensado en los medios de prinzipiar aquel sitio; empero para asegurar el ecsito, nezesitaba emplear, como lo izo, todo su talento i todas sus fuerzas, toda su bijilanzia i toda su actibidad, dado que todo lo merezia un asunto de tanta importanzia.

Era Ambéres en aquel tiempo no solo la ziudad mas rica i brillante, sino aun la mas fuerte de los Paises-Bajos. Como se alla situada en las márjenes del Escalda, i los confederados aun conserbaban la superioridad por mar, juzgabasela sufizientemente defendida por una parte con una fuerte muralla paralela al rio, i por la otra con fuertes murallas, rodeadas de fosos tan profundos, anchos i llenos de agua, que segun las ideas del tiempo, se la tenia por casi inespugnable. Por tal la tenia tambien Farnesio, i no quiso arriesgarse á tomarla por asalto, sino bloquearla: medio lento, pero con cuyo buen ecsito creyó que podia contar.

Por parte de tierra era fázil el bloqueo: los

estados no tenian ejérzito que pudiese estar en campaña, i todas las ziudades bezinas eran de los españoles. Empero los sitiados dominaban el Escalda, i Farnesio comprendió que para reduzirlos, nezesitaba pribarles de los ausilios que el rio les proporzionaba; i á esto se dirijieron todas las operaziones en el largo curso del sitio.

Abianlo prebisto los de Ambéres, i nada omitieron para continuar en posesion del rio. A este fin construyeron á cada lado de él un fuerte como tres millas por bajo de la ziudad: al de la derecha llamaron el fuerte de Liefkensoek, i al de la izquierda el de Lillo. Por la reduczion de ellos quiso el prínzipe dar prinzipio á sus operaziones, i encargó al marques de Roubais el sitio del primero, miéntras Mondragon sitiase el segundo: aquel alló pocas dificultades que benzer; mas este infinitas. Defendian á Lillo el coronel Balfour, ofizial escozés, de mucho mérito, i Teliñi, digno ijo del baliente la Noue. Despues de batido por muchos dias, intentó Mondragon el asalto; mas fué rechazado, i perdió en él i en una salida que pocos dias ántes izo la guarnizion, zerca de dos mil ombres.

Sabido por el prínzipe, i probisto que ubo al gobierno de las ziudades poco antes conquistadas, pasó al campo de Mondragon; i despues de esaminado el estado del fuerte i su posizion, juzgó que allándose situado á alguna distanzia de la orilla del rio, podia serle poco útil para dominar la nabegazion: que por consecuénzia no balia la pena, el tiempo, los cuidados empleados, ni la sangre bertida; i mandó que se mudase el sitio en bloqueo, i que se contentasen con prebenir las escursiones de la guarnizion.

Dadas estas órdenes, junto sus ofiziales jenerales, i les comunicó el proyecto que abia for-

mado para azerse dueño de la nabegazion del Escalda; i era echarle un puente por zima de Lillo para cortar la comunicazion de las probinzias marítimas con Ambéres: empresa arriesgada, i que le esponia á la crítica si el ecsito no correspondia; empero que azia conozer la balentía de su jenio; i que ha contribuido mas que ninguna de sus azañas militares á colocarle en el rango distinguido que ocupa en la istoria.

Mirabanla como quimérica sus ofiziales. «¿Cómo, dezian, proporzionar los materiales nezesarios para construir este puente? i aun cuando se supiese donde allarlos ¿cómo traerlos? por tierra es imposible: ¿i dejará de serlo por agua miéntras el enemigo tenga una fuerza nabal tan superior á la nuestra? Ademas de qué no se allarán bigas tan largas que puedan serbir de estacas en una profundidad como la del rio.» Igualmente imposible les parezia echar un puente de barcas, dado que no solo carezian de las nezesarias; empero que ni podian adquirirlas miéntras los confederados fuesen dueños de la nabegazion. «I aun suponiendo, añadian, la posibilidad de construir un puente sobre estacas, ú de echar uno de barcas ¿podria resistir mucho tiempo á los yelos, á la biolenzia de las corrientes, á las tempestades, en fin, á los esfuerzos que arán los enemigos para destruirle?»

Poca impresion izieron al de Parma estas objeziones: conozia que en su jenio abia recursos de que sus ofiziales no podian formarse idea: pensaba tambien que este medio era el único por el que podria conseguirse la reduczion de Ambéres; i que miéntras no fuese dueño de aquella ziudad no podria adquirir fuerzas nabales, ni intentar con fruto la conquista de las probinzias marítimas. Tambien conozia que aziendo su co-

merzio por Ambéres las ziudades de su mando, padezerian mucho miéntras aquella estubiese al de la confederazion.

Combenzido de estas reflesiones dió todo su cuidado á los preparatibos nezesarios para ejecutar el proyecto. Izo sondar el rio en dibersas partes, i se alló menos profundo i ancho entre Ordam, lugar del Brabante, i Calloo, que lo es de la Flandes, que por zima i por bajo. Mandó lebantar dos fuertes uno en frente de otro en las dos orillas, bien guarnezidos de artillería, así como otros muchos reductos que izo construir á trechos para que protejiesen á los trabajadores del puente i le defendiesen despues de construido.

Miéntras se lebantaban estos fuertes i reductos, izo juntar en los paises zircumbezinos los materiales nezesarios para la construczion del puente. Por una felizidad mui particular se alló que Gante i Dendermunda podian suministrar una gran porzion de ellos. Bien quisiera transportarlos por agua para aorrar mucho trabajo, tiempo i dinero; i lo intentó en diferentes ocasiones; pero se desengañó de que era imposible que sus barcos escapasen á la bijilanzia de los de Ambéres, que conduzidos por santa Aldegunda estaban siempre en azecho, sorprendian zerca de su ziudad á los barcos españoles, los tomaban ó echaban á pique.

Para impedir que continuase esta interzeptazion de sus barcos, mandó el de Parma que se iziese una ancha cortadura al dique del Escalda, é inundó toda la lengua de tierra que se allaba entre Borcht i Calloo; al mismo tiempo que por otra cortadura echa zerca de Calloo dió paso á las aguas. Por medio de esta inundazion logró no solo que con seguridad se transpor-

tasen por agua los materiales, sino el que no nezesitando ya pasar los barcos por delante de Ambéres gastasen menos tiempo en la trabesía.

Empero no gozó mucho de esta bentaja porque santa Aldegunda izo lebantar un reducto en frente de la cortadura de Borcht, i apostó muchos barcos armados que cruzando inzesantemente azian el paso tan difizil como antes. Entonzes recurrió Farnesio á otro medio, i fué el de azer un canal de quinze millas italianas de largo á fin de que la inundazion comunicase con un riachuelo que en Gante entra en el Escalda. Para azelerar con su presenzia esta obra establezió su cuartel en Beberen, poco distante; i siempre á bista de los trabajadores los esortaba i animaba tomando algunas bezes la pala ó el azadon, i trabajando con ellos. Izose la obra con una prontitud increible, i sus bentajas fueron las que se esperaban. Como el enemigo no podia penetrar ni asta el canal ni asta el rio, fué fázil llebar de Gante sin ostáculo todas las máquinas i materiales nezesarios para la construczion del puente.

Los dos estremos de este descansaban en estacas metidas en el rio, i fuertemente unidas entre sí con anchas bigas puestas en cruz, i de uno al otro lado; lo cual formaba dos estacadas, que abanzaban ázia el medio del rio tanto cuanto lo permitia la profundidad del agua. La que miraba á la Flandes tenia doszientos pies, i la del lado opuesto nobezientos. De ancho no tenian mas que doze, eszepto en las dos estremidades del lado del zentro del rio, en que abiendo aumentado la anchura asta cuarenta pies se lebantaron dos fuertes i se guarnezieron de artillería. El todo se cubrió con fuertes tablas, i un

parapeto de zinco pies de alto que cubriese á los soldados. En seguida se metió una ilera de estacas en lo ondo del rio, paralela á los dos lados de las estacadas, i á pocos pies de distanzia de ellas; ademas otra ilera de anchas bigas guarnezidas con puntas de fierro se colocó orizontalmente un poco por zima de la superfizie del agua; i se estendia á tan considerable distanzia por los dos lados del puente, que peligraran mucho los barcos que intentaran azercarse.

Esta parte de la obra azia la nabegazion mui peligrosa; pero como se abia dejado un espazio entre las dos estacadas de mas de mil doszientos zincuenta pies de ancho, los enemigos se aprobechaban de las tinieblas de la noche, del biento i la marea, i continuaban pasando i repasando como antes; i la ziudad estaba abundantemente abastezida de todo. Desde el prinzipio de la empresa conzibió el prínzipe el designio de colocar en aquel interbalo un número sufiziente de barcos; i con mucha dificultad reunió treinta i dos: los desarboló i colocó á distanzia de beinte pies unos de otros, i despues de unidos con fuertes cadenas les aseguró por los dos estremos con áncoras; de modo que los marineros podian alargar ó acortar los cables segun que la marea bajaba ó subia. Para pasar de un barco á otro se pusieron fuertes bigas, sobre ellas tablas, i sobre estas un parapeto semejante á los que se abian echo sobre las estacadas. Cada barco tenia su correspondiente artillería, treinta soldados i cuatro marineros.

Delante de estos barcos se abian puesto barcas unidas del mismo modo que los barcos; las cuales formaban una espezie de puente flotante de mil doszientos pies de largo. En estas bar-

cas se colocaron bigas guarnezidas de puntas de fierro, mui largas, que formaban una espezie de ilera de picas que salian de las barcas ázia la parte opuesta al enemigo. Cada uno de estos dos puentes bolantes se componia de treinta i dos barcas sujetas con anclas; i se colocaron á dos-zientas baras, el uno por zima i el otro por bajo del puente.

Esta obra marabillosa ocupó seis meses la armada, i el ejerzito de Farnesio: sin armada nunca se ubiera echo, i una de las mayores pruebas del basto jenio, actibo i emprendedor que tan eminentemente distinguieron al prínzipe fué el aberse echo con una en zircunstanzias tan desfaborables. A pesar de un sin número de dificultades, cuidados i disgustos de toda espezie llegó á equipar en Gante i Dunkerque asta cuarenta i dos nabes, de las que dió el mando al marques de Roubais, que sostenido por el fuego de los fuertes i reductos protejia con ellas á los trabajadores, i les defendia de todas las empresas que podian formar contra ellos los sitiados para interrumpir el trabajo.

Es sin embargo mui probable que al prínzipe se le ubiera frustrado la empresa si los estados ubieran imitado su actibidad, i echo esfuerzos proporzionados á la importanzia del objeto de que se les queria pribar. Entonzes fué cuando se conozió cuan grande abia sido la pérdida que la confederazion abia echo perdiendo al prínzipe de Oranje: solo su presenzia ubiera contenido á ziertas personas turbulentas, i su sabiduría i grande esperienzia inutilizado sus amaños. Despues de su muerte se dejaron arrastrar del espíritu de faczion que les dominaba, i sin miramiento á las consecuenzias que podia tener su conducta solo atendieron á sus intereses per-

sonales. De este número era Treslong, nombrado por los estados comandante de la armada destinada á socorrer á Ambéres. Fuese traizion, fuese resentimiento particular, no se conformó con las instrucziones que se le dieran, i bajo barios pretestos difirió el ejecutar las órdenes que de los estados tenia, i acabó por protestarles que no daria la bela miéntras no se depusiese á ziertos majistrados con quienes abia tenido algunas diferenzias. Con este motibo combocó el prínzipe Maurizio los estados de la probinzia, quitó el mando á Treslong, le izo arrestar, i fué reemplazado por el conde de Oenloe; empero era ya pasado el tiempo en que ubiera podido obrar con utilidad, dado que los españoles tenian casi concluida la grande obra que debia azerles dueños de la nabegazion del Escalda.

Difizil fuera esplicar el asombro de los sitiados al ber el ecsito de la empresa que al prinzipio tubieron por quimérica, se burlaron de ella, i no les era posible figurarse que llegase jamas á darles cuidado; empero cuantas mayores abian sido su seguridad i confianza cuando se empezó el puente, tanta mayor fué su consternazion i terror cuando le bieron acabado. Por todas partes ostáculos insuperables se oponian á su comerzio: abian esperimentado ya muchos de los males que causa un sitio: i su imajinazion les representaba bajo el aspecto mas terrible las calamidades que aun tenian que esperimentar. Empezóse á ablar de la nezesidad de prebenirlas, i muchas personas de todos estados i condiziones se declararon por la sumision. Santa Aldegunda por su parte procuraba disuadirlos; i empleaba toda su elocuenzia i toda su industria en abibar el odio al yugo español, i darles la esperanza de ber lebantado el sitio.

« No es estraño, dezia á los majistrados reunidos, que muchos de nuestros ziudadanos tiemblen, i se estremezcan á bista de las calamidades i miseria que son consiguientes á los largos sitios; empero al mismo tiempo que echamos una mirada inquieta ázia estas calamidades benideras, reflesionemos sobre las que debemos temer si capitulamos. Emos sido testigos de los memorables sitios de Arlem i de Leidem. Los abitantes de la primera no esperaron á berse reduzidos al último estremo, i se entregaron á discrezion; empero cuanto no se arrepintieron! ¿No les ubiera balido mas morir gloriosamente en la brecha con las armas en la mano, que con ignominia á manos del berdugo como murieron la mayor parte de los mas balientes de entre ellos? Los de Leidem mas firmes i resueltos persistieron en la resoluzion de morir en defensa de sus muros, antes que someterse al yugo de los crueles españoles. Tubieron estos que lebantar el sitio, i los de Leidem debieron á su constanzia i balor el fin de sus males. ¿I podemos dudar á cual de las dos tomaremos por modelo? ¿No es mejor morir que someterse á un enemigo de quien emos sufrido los mas atrozes ultrajes? »

« Si esta ziudad buelbe á su poder ¿podremos dudar que restablezcan la ziudadela i con ella la tiranía en cuyo apoyo se construyera? El querer tratar con los españoles ¿no es querer la ruina de nuestra relijion, i el restablezimiento del cruel tribunal de la inquisizion? Ambéres, esta ziudad ilustre i zélebre no será entonzes mas que una colonia española: su comerzio será arruinado, i sus abitantes reduzidos á la miseria, errantes i sin asilo se berán en manos de la desesperazion. Mas, ¿á qué ablar de rendirnos? ¿á qué deliberar si capitularemos?

Asta ahora nada ai desesperado: ese puente, esas obras, objeto de nuestro terror ¿podrán resistir á los esfuerzos que agamos para destruirlas? No nos bendamos nosotros mismos. Seamos firmes i dezididos por la muerte ó la libertad.»

Las esortaziones de santa Aldegunda i el respeto que los sitiados le tenian les determinaron á abrazar sus ideas; i aun á renobar el solemne juramento que antes izieran de nunca jamas bolber á la obedienzia del rei de España. Fijóse un cartel proibiendo á todos, bajo las penas mas seberas, que entrasen en ninguna especie de combenio con los españoles; i todos contribuyeron con la mayor actibidad al buen ecsito de los medios proyectados para destruir el puente.

Azia algun tiempo que bajo la direczion del italiano Giambelli, ábil artillero, se preparaban muchos brulotes de particular construczion, probablemente por él imbentada: cada uno de ellos tenia una como mina en medio, echa con la mayor solidez, llena de pólbora, piedras, balas, i otras matezias pesadas, estrechamente unidas i atadas unas á otras para que aumentasen la fuerza de la esplosion.

Tambien trabajaban los sitiados en la construczion de un bastimento chato, de un poder i grandor estraordinario; con el cual se proponian atacar los fuertes i reductos que los sitiadores abian lebantado en ambos lados del rio. Era mas bien una ziudadela flotante que una nabe; i el pueblo tenia conzebidas tan grandes esperanzas, que le abian puesto «EL FIN DE LA GUERRA.»

En tanto que los de la ziudad se ocupaban en estos preparatibos, los confederados apostados en Lillo á las órdenes de Oenloe, atacaban bigorosamente el fuerte de Liefkenshoek, i se

apoderaron de él lo mismo que del de san Antonio. Inmediatamente que Farnesio tubo notizia de su bajada se puso en marcha al frente de un destacamento para oponerse á la empresa; sin embargo llegó tarde: los fuertes se abian ya rendido. Arrebatado de cólera por la poca resistenzia que abian echo los que en ellos mandaban, les izo cortar la cabeza en el dique del Escalda á bista del enemigo. La pérdida del fuerte de Liefkenshoek le era tanto mas sensible cuanto su posesion azia dueños á los confederados de la nabegazion del Escalda por bajo de su puente, i les fazilitaba los medios de destruirle.

Entendia el prínzipe que el designio de ellos era atacar el puente por aquel lado, i su empresa contra el fuerte de Liefkenshoek lo azia berisimil; empero poco tardó en desengañarse de que no abia sido aquel el objeto sino el de ayudar á los sitiados, i completar la ruina de aquella obra, que en opinion de ellos debia causarla la esplosion de sus brulotes.

Aprobechándose de un biento faborable i de la marea los izieron bajar por el rio el 4 de abril. Los españoles que solo tenian un escaso conozimiento del uso á que se les destinaba i de su construczion, estaban sumamente cuidadosos. En su forma estraordinaria bien conozieron que eran brulotes; empero sentian de ellos diferentemente segun las diferentes ideas que de sus efectos se formaban. Todos acudian á berlos: era un nuebo espectáculo, i tal que las orillas del rio, los fuertes i reductos estaban cubiertos de espectadores.

De los muchos bastimentos que construyó Giambelli solo dos eran como arriba describimos: el uno contenia seis mil, el otro siete mil

i quinientas libras de pólbora: uno de estos baró antes de llegar al puente: el otro fué impelido ázia la estacada del lado de la Flandes, i al sitio en que se unia á los barcos. Muchos ofiziales, i soldados españoles tubieron balor para saltar en él á apagar la mecha que Giambelli abia puesto de manera que durase una ora, antes de comunicar el fuego á la mina. El prínzipe mismo fué á la estacada; empero sus ofiziales le persuadieron á que se retirase. Mas, apénas abia entrado en un fuerte bezino cuando se izo la esplosion con un ruido orrendo semejante al del mas espantoso trueno. Una repentina oscuridad cubrió todos los alrededores, i todos esperimentaron la misma conmozion que produze un biolento temblor de tierra: asta las aguas la tubieron: elebaronse por zima de los diques i fueron terriblemente impelidas contra el fuerte de Calloo. No solo perezieron todos los españoles que saltaron al brulote, sino cuantos estaban en el puente, i una gran parte de los que coronaban las dos márjenes del rio.

En ninguna lengua ai términos que basten á esplicar el orror que debió inspirar el orrendo espectáculo que ofrezió la disipazion de la umarea: el puente, el rio, i las orillas cubiertas de muertos i eridos: no se beian mas que cuerpos mutilados, cadáberes desfigurados de mil modos orrorosos por el fuego, el umo, i los otros instrumentos de destruczion, de que el bastimento estaba lleno. El número de los muertos pasó de ochozientos; el de los eridos i estropeados fué mui grande. Contabanse entre los primeros, ofiziales de distinzion, de los cuales el mas considerable, i que el prínzipe sintió mas, fué el marques de Roubais, jeneral de la caballería: personaje de grandes calidades, baliente i actibo, tan

capaz para la guerra como para el gobierno. Fué por mucho tiempo enemigo de los españoles, pero los zelos que conzibió del prínzipe de Oranje le arrastraron al partido de ellos, en que mostró tanto zelo por someter á sus ziudadanos como antes por asegurar su independenzia. Empero no era la pérdida de tan balientes guerreros la única que sentia el prínzipe: el puente abia sido considerablemente maltratado: seis de los barcos que llenaban el ueco que abia entre las dos estacadas estaban quemados, algunos otros fuera de su sitio; i aun otros, que presentaban la quilla á lo alto i estaban enteramente despedazados.

Si los confederados ubieran sabido aprobecharse de este suzeso, todas aquellas obras ubieran podido ser destruidas i la prediczion del prínzipe de Oranje realizada. Abia dicho que la ruina de Farnesio seria zierta si con un ejérzito tan débil como el suyo emprendia el sitio de Ambéres. Por la conducta que los confederados tubieron no en solo esta ocasion sino durante todo el sitio podia echarse bien de ber que el prínzipe de Oranje ya no bibia: el anziano i esperimentado Mondragon lo notó muchas bezes. ¿Por qué fatalidad, i porque inadbertenzia, pregunta un istoriador, los majistrados de Ambéres, i el almirante de la armada izieron que bajasen el Escalda sus brulotes, que tantas fatigas i dinero, tanto tiempo i esfuerzos de injenio costaran, sin aberse conzertado antes con los confederados de Lillo que de ningun modo estaban preparados á ausiliar los poderosos esfuerzos de los de Ambéres para abrir la nabegazion del Escalda? Empero lo mas estraordinario es que Giambelli, que tan gran interés personal tenia en el ecsito de la empresa, en dos dias no su-

piese cual abia sido. Los de Ambéres ofrezieron una gran recompensa al que tubiese balor para bajar por el rio, i adquiriese notizias ziertas del efecto que los brulotes abian causado: muchos lo intentaron; empero ninguno fué tan intrépido que se arriesgase á llegar asta donde era nezesario para adquirir las notizias que se deseaban. Ello fué que nada se supo asta la terzera noche que llegó á la ziudad un mensajero embiado por el conde de Oenloe.

Entre tanto dedicó el prínzipe todo su cuidado á la reparazion de su puente, en que se trabajó con tanta actibidad que todos los reparos se allaron echos aun antes de que la notizia de su destrucZion llegase á Ambéres. Diferentes mudanzas que izo el prínzipe dieron á la obra mucha mas importanzia que la que tenia. Alejó las barcas flotantes, i dispuso los barcos que componian el puente en términos que si el enemigo azia segunda tentatiba, allasen los brulotes paso franco, no fuesen detenidos, i que llebados por la corriente de las aguas ningun daño causasen.

Lo que aun sostenia la esperanza de los sitiados era la confianza que tenian en aquella gran nabe que llamaban «EL FIN DE LA GUERRA.» Era de su imbenzion aquella enorme máquina; empero santa Aldegunda i Giambelli la tenian por demasiado mazorral i pesada, i no esperaban de ella las bentajas que sus autores. A pesar de esto se la puso artillería en la parte mas baja, i fusilería en la mas alta: sirbieronse de ella para atacar un reducto de los sitiadores; i sobre aber sido inútil quedo tan maltratada que no pudo sacarse de ella ninguna utilidad.

A instanzia de Giambelli bolbieron los majistrados á recurrir á los brulotes; empero los

españoles abian adquirido ya un perfecto conozimiento de su construczion, i se balieron de barios medios que los inutilizaron: i aun tomaron algunos, de que quitaron las mechas, izieron barar otros, i algunos tambien no allando ostáculo pasaron por entre los barcos del puente sin causar ningun daño.

Discurrió Giambelli otro espediente en cuyo buen suzeso tenia la mayor confianza: este fué unir fuertemente barcos unos á otros; de modo que formasen un cuerpo de quinze bastimentos armados de estacas ferradas, guadañas, i cuchillos corbos, que cortasen las cadenas i cordajes del puente: izoles bajar por el rio acompañados de brulotes en un momento en que el biento i la marea eran á cual mas faborables para que produjesen el efecto que se esperaba. Esta nueba máquina causó mucho daño; empero no tal que no pudiese ser prontamente reparado. El prínzipe abia echo abrir á propósito el paso, i sus soldados abiendo tenido balor para saltar en los brulotes i apagar las mechas, se apoderaron de ellos. Aun otras máquinas propuso Giambelli, que no se adoptaron, así por el mucho tiempo i dinero que se nezesitaban para construirlas, como por la dificultad de allar marineros ni soldados que quisiesen esponerse al peligro que debia aber en serbirse de ellas.

No les quedaba á los sitiados mas que un solo medio, que debio llamar su atenzion desde el prinzipio del sitio, i ubieran economizado mucho tiempo, fatigas, cuidados i dinero. Para formarse una idea esacta i clara de lo que bamos á dezir combiene recordar que el terreno que se alla al norte del Escalda entre Amberes i Lillo es mucho mas bajo que el resto del pais, i que sin el dique se inundaria á cada marea

dado que á pesar de él lo estan muchos parajes: otros son de prado en que pazen los muchos ganados destinados al abasto de Ambéres. En medio de este basto terreno se alla el lugar de Coubestein en un otero que proporziona se junte al gran dique del Escalda otro mas pequeño llamado el contradique de Coubestein, construido para que sirbiese de camino ó calzada. En abriendo el gran dique podian los abitantes de Lillo inundar todo el terreno que mediaba entre su fuerte i el contradique, miéntras que los de Ambéres podian con la misma fazilidad azer que entrase el agua en la parte situada entre el contradique i la ziudad: abriendo en seguida el contradique, las inundaziones de cada lado se comunicarian, i la comunicazion quedara libre entre Ambéres i Lillo.

Aora conzebirá fazilmente el lector que miéntras el puente subsistiese dependeria la salud de Ambéres del contradique de Coubestein, i que si los confederados lograban apoderarse de él podrian reirse del prinzipe de Parma i dejarle en pazífica posesion de su puente. Si desde el prinzipio del sitio ubieran mirado los sitiados como posible el que se les bloquease por el lado del rio, ubieran con buenas fortificaziones i el ausilio de la inundazion asegurado el contradique contra todos los esfuerzos que los españoles ubieran podido azer para ganarsele; empero miraron con tanto desprezio la construczion del puente, que no conozieron su error ni la falta que abian cometido en no aberse apoderado del contradique, ni procuradolo, sino cuando ya no era tiempo. No así el prínzipe; que despues de aberle tomado izo asegurarle contra todas las tentatibas que tarde ó temprano prebeia que abian de azer los confederados para quitarsele.

La defensa encargó á dos ofiziales de tanta confianza como Mansfeldt, i Mondragon; i en la instruczion que les dió prebino que ensanchasen el contradique, i le lebantasen mucho mas de lo que estaba. Aun no se contentó con esto sino que izo tambien que le reforzasen con muchos maderos que le atrabesaran: que se construyesen muchos fuertes; i tubo ademas la precauzion de lebantar muchos reductos sobre el dique del Escalda, por cuyo medio los españoles cojiesen en flanco á los que se atrebiesen á azercarse al contradique.

Todo esto no impidió á los confederados el que tomasen la resoluzion de echarles de él, luego que perdieron la esperanza de destruir el puente. El 1.º de mayo izo el conde de Oenloe la primera tentatiba, despues de inundar todo el terreno de los dos lados del dique. Abia conzertado su plan de ataque con santa Aldegunda, i combenido en que inmediatamente que iziese enzender en la torre prinzipal de Ambéres tres fanales, daria la bela con todas las nabes armadas que se allaban en el puerto. El encargado de azer la señal se engañó, é izo enzender los fanales mucho antes que debiera; de modo que Oenloe se alló solo espuesto á toda la resistenzia del enemigo. Su ataque fué bibo i bigoroso: arruinó un fuerte i parte del dique. Contento con esto tubo por prudente retirarse i reserbar sus fuerzas para otro ataque en que le ayudasen los sitiados. Esta empresa desgraziada instruyó al prínzipe de los intentos del enemigo; i que eran dirijir sus esfuerzos contra el puesto del contradique. Para inutilizarlos no se contentó su actibidad i bijilanzia con que prontamente se reparasen los daños rezibidos, sino que todos los dias bisitaba por sí mismo

reductos i fuertes, reforzando sus guarniziones con soldados escojidos de las diferentes naziones que componian su ejérzito.

Por su parte los confederados de Lillo, i los abitantes de Ambéres se ocupaban sin intermision en preparar lo nezesario para tentar segundo ataque. Santa Aldegunda èra el único que desaprobaba este proyecto, persistiendo en la opinion de que era mas fázil destruir el puente que apoderarse del contradique, fortificado con tanto cuidado i conserbado con tanta bijilanzia; mas todo cuanto izo por atraer á su dictámen á los demas fué inútil: el mal ecsito de sus máquinas infernales abia persuadido á los de Ambéres de que el puente era indestructible. Empero sin mudar de opinion se empleó santa Aldegunda en proporzionar los medios de que se lograse la empresa que se preferia, i á ello se dedicó con la misma actibidad i el mismo zelo que si la ubiera aprobado.

Ázia fin de mayo todo estubo pronto en Ambéres i Lillo, i en estado de obrar, i el 26 al amanezer dió Oenloe la bela segun abia combenido con santa Aldegunda. Tenia á sus órdenes mas de zien nabes montadas por muchos soldados balientes, mandados por Justino de Nassau, Iselstein, Fremin, Morgan i Balfour, ofiziales los mas esperimentados que las probinzias-unidas tenian á su serbizio. Era el proyecto dirijir toda la fuerza del ataque contra la parte mas ancha del contradique, entre el fuerte de las palizadas i el de san Jorje, donde sus tropas tendrian bastante capazidad para atrincherarse. A fin de que fazilitasen su desembarque izo que le prezediesen cuatro bastimentos sumamente parezidos á los brulotes: estaban guarnezidos de mechas, i de muchos regueros de

pólbora, á los que ponian fuego soldados que no se beian. Tubo efecto el estratajema; pues engañados los españoles por el umo que beian salir de los tenidos por brulotes, temieron el efecto de su esplosion i se retiraron prezipitadamente de la parte del dique á que los bastimentos se azercaban: i al mismo tiempo salieron de ellos los confederados en número de ochozientos. Conoziendo entonzes los españoles el engaño, bolbieron al puesto que abandonaron, i empezó un rezio combate: los confederados estaban sostenidos por la artillería de sus nabes, i los españoles por la de sus fuertes i el contradique.

En lo mas bibo de la aczion llegó santa Aldegunda de Ambéres con otra armada de tantos buques como la de Oenloe, cuyo refuerzo aseguró á los confederados el terreno de que antes se apoderaran; i miéntras unos peleaban por conserbarle, otros azian cortaduras al contradique, i otros plantaban estacas, i las guarnezian de sacos á tierra i lana para formar una espezie de trinchera. El terreno en que se peleaba era tan estrecho que ningun tiro se perdia: por ambas partes rezibian los combatientes á cada instante nuebos refuerzos; los confederados de sus nabes, los españoles de sus fuertes, i unos i otros despreziaban igualmente el peligro. Santa Aldegunda i Oenloe se allaban en lo mas brabo de la batalla peleando como simples soldados, i su ejemplo animaba á los suyos, i les azia furiosos. «Bed aquí, les dezia santa Aldegunda, el último ostáculo que teneis que superar: continuad como abeis empezado, i Ambéres, el baluarte de la confederazion, quedará libre: nuestra libertad, la seguridad de nuestras personas i de nuestros bienes, la conserbazion de todo

lo que nos es mas caro depende del ecsito de esta empresa: no tenemos que escojer: es prezi-so benzer ó morir.»

No con menos beemenzia animaban los ofiziales españoles á los suyos; ni Mondragon i Mansfeldt obraban con menos intrepidez ni balor, sin embargo de sus años, i de lo debilitados que les tenian las fatigas de tan larga guerra; empero á pesar de sus esfuerzos, los confederados conserbaron su terreno. Dos bezes rechazaron á los españoles é italianos que se empeñaron en desalojarlos; i en fin, lograron formar una espezie de trinchera, que les defendia del fuego de la artillería enemiga. Entonzes rompieron por barias partes el contradique; i santa Aldegunda i Oenloe contaban tan seguramente con la bictoria, que despues de señalar á cada ofizial su puesto, dieron la bela para Ambéres, en una nabe que pasó por una de estas aberturas. Dijose que fueron con el objeto de conzertar con los majistrados de la ziudad muchos medios que combendria emplear en lo suzesibo. Los istoriadores contemporáneos nada dizen azerca del motibo que pudieron tener para dejar en aquella crisis sus tropas: silenzio que a dado motibo á sospechas injuriosas. Ase creído que podia atribuirseles á banidad un tan insensato prozeder; empero su conducta en todas ocasiones les justifica plenamente de esta falsa imputazion. Fuese lo que quisiese, en Ambéres se les rezibió con arrebatos de reconozimiento i alegría: el pueblo se agolpó al puerto, esperando ber llegar las probisiones de boca que creia estar ya á punto de rezibir.

Poco les duró la alegría. El prínzipe, que abia belado toda la noche anterior al ataque del contradique, se restituyó por la mañana á su

cuartel de Beberen, sin saber lo que pasaba; mas apénas se abia recojido para descansar algun tanto, cuando le despertó el ruido de la artillería. Toma inmediatamente un cuerpo escojido de tropas, i se dirije ázia el sitio de la aczion: llega, i be con la mayor indignazion dueño al enemigo del contradique: adelántase al frente de las tropas que le abian seguido, i dize á las que se abian retirado: "camaradas ¿qué se a echo de buestra natural intrepidez? ¿no os abergonzais de zeder así á un enemigo, á quien tantas bezes abeis benzido, ni de perder en menos de una ora el fruto de todos buestros trabajos? Sígame el que quiera: yo boi á morir ó benzer» i tirando de la espada, se arroja á los enemigos. El inminente peligro á que los soldados le ben espuesto, les inflama, i una espezie de furor les anima. Buelben al combate, cargan muchas bezes á los confederados con la mayor impetuosidad; i á pesar de la bigorosa resistenzia que estos oponen, les rechazan á lo largo del contradique asta donde sus compañeros se abian atrincherado. Allí se renobó el combate con la mayor desesperazion por ambas partes; mas abiendo rezibido los confederados un refuerzo de tropas frescas de sus nabes, recobraron la bentaja, i forzaron á los españoles á que otra bez se retirasen. No por eso se desanima el prínzipe: esorta: estrecha á su jente á que buelba al combate: se restableze en efecto, i la bictoria quedó en fin por los españoles.

Ya no restaba á los confederados mas que aquella parte del contradique en que se abian atrincherado. Bien beian el prínzipe i los suyos la dificultad de atacar aquel puesto defendido por unos ombres, que desde el prinzipio de la aczion abian peleado con la mayor intrepidez;

mas esta considerazion no les detubo; sino que despreziando el inzesante fuego de la artillería de la armada i de la trinchera, abanzan denodadamente sin que el número de los que caen, entibie el ardor de los que siguen; i miéntras la última fila azia un fuego contínuo de mosquete, las primeras peleaban destruyendo las trincheras i las fortificaziones que las defendian.

Al mismo tiempo i por otro lado atacaban tambien las trincheras dos batallones embiados por el conde de Mansfeldt, uno de españoles i otro de italianos, que á competenzia dieron pruebas de balor, i del desprezio con que miraban el peligro: sus comandantes Capisucchi i Torralba fueron los primeros que entraron en las trincheras; i casi al mismo tiempo entraron por el otro lado las tropas que mandaba el prínzipe. A pesar de esto, continuaron las de los confederados peleando con la mayor desesperazion; asta que notando que la marea empezaba á bajar, i que las nabes nezesitarian alejarse á mas distanzia, miéntras el número de enemigos continuamente crezia, i caian sobre ellos tropas de refresco, que por los dos estremos del contradique se embiaban, empezaron á caer de ánimo, i procuraron salbarse en sus barcas i nabes.

Los españoles, no contentos con aberlos echado de sus puestos, los perseguian en el rio tanto, cuanto la profundidad se lo permitia, no dando cuartel á ninguno de los que podian alcanzar. El contradique i el agua de ambos lados estaban cubiertos de cadáberes. Perdieron los confederados en esta jornada dos mil quinientos ombres, i los españoles zerca de mil: apoderaronse estos de mas de treinta nabes, en las que encontraron muchos cañones é injenie-

ros. Inmediatamente, despues de la bictoria, dispuso el prínzipe se zerrasen las cortaduras echas en el contradique, i se reparasen las fortificaziones que mas abian padezido.

Dificil fuera espresar la consternazion de los sitiados al berse casi sin esperanza de remedio. Los grandes esfuerzos que llebaban echos tenian agotados sus recursos propios, i ajeno ninguno esperaban. Berdad es que aún no abian esperimentado los orrores del ambre; empero distaban poco del momento fatal en que padezerlos. Opinaban tambien que cuanto mas tardasen en entrar en negoziazion con el enemigo, mas difizil les seria el obtener condiziones bentajosas. Así discurrian muchos de todo estado i condizion, olbidados en aquel momento de terror, del solemne juramento que poco antes izieran de nunca jamas entrar en ninguna espezie de combenio con los españoles. Esforzabanse santa Aldegunda i los majistrados en calmar sus temores; asegurandoles que las probinzias marítimas preparaban con la mayor actibidad fuerzas considerables para embiarlas en su socorro; i diziéndoles que la reina de Inglaterra abia resuelto obrar en fabor de ellos con el mayor bigor. Estos discursos produjeron el efecto que se deseaba; asta que en fin, enteramente desanimados los abitantes se reunieron tumultuados, i esijieron irresistiblemente que fuesen diputados á tratar con el prínzipe de Parma. A pesar de su repugnanzia los majistrados i santa Aldegunda mismo tubieron que consentirlo, i en consecuenzia que ir este i otros muchos de los prinzipales bezinos al campo de los españoles.

Rezibiólos el prínzipe con el mayor agrado, i aun les conzedió mucho mas de lo que debieran esperar. Barios motibos induzian á este prín-

zipe prudente i sabio á conduzirse en el caso con tanta moderazion: allabase autorizado para ello por las instrucziones de Madrid: consideraba ademas que conzediendo á Ambéres condiziones justas i equitatibas allaria menos dificultades en someter las otras ziudades: beia tambien mui disminuido su ejérzito desde el prinzipio del sitio: temia que por aczidentes imprebistos podria destruirse el puente: consideraba los muchos cuidados que le abia costado el conserbarle contra los esfuerzos de los sitiados; i que no seria estraño si les reduzia á la desesperazion el que los iziesen aun mayores: que por otra parte una eszesiba seberidad podria determinarles á que á ejemplo de los de Arlem i Leidem, resistiesen á cuanto iziera para someterlos, asta que la reina de Inglaterra se declarase en su fabor.

Tales considérazіones mobieron al prínzipe á prozeder con tanta moderazion, i aun á desear que la capitulazion se concluyese cuanto antes. Los diputados por su parte procuraban diferirlo con la esperanza de que aun podria la ziudad rezibir algun socorro; de modo que la capitulazion no se firmó asta que ya no abia en los almazenes subsistenzias para mas de tres dias. Los majistrados i los dependientes de polizía eran los únicos que sabian el estado de los almazenes: los bezinos le ignoraban así como el prínzipe: por consiguiente ningun influjo tubo la escasez en la capitulazion, que fué tan faborable á los sitiados como si se ubiesen rendido muchos meses antes. Bajo muchos respectos fué aun mas faborable que la que obtubieron Gante i Brujas. El término que se conzedió á los protestantes de estas ziudades para que dispusiesen de sus cosas no fué mas que de dos años; i á los de Ambéres cuatro. Aunque era esta mu-

cho mas rica que aquellas; i los gastos de sitiarla incomparablemente mayores que los que tubo la rendizion de las otras; sin embargo, no esijió el prínzipe de los ambersianos mas que cuatrozientos mil florines para pagar sus tropas. A todos los prisioneros dió libertad: el perdon fué sin reserba, i la amnistía sin otra eszepzion que la de santa Aldegunda, de quien el prínzipe no esijió mas que su palabra de onor de no tomar armas contra el rei de España en un año. Este tratamiento particular podia tener la aparienzia de un castigo; pero en realidad mas bien era un omenaje que el prínzipe tributaba á los talentos distinguidos de aquel baliente ofizial; era confesar el temor que inspiraban. (1)

A pesar de este omenaje público, tributado por los españoles á santa Aldegunda, se le acusó de aber entregado la ziudad sin nezesidad. Asta los estados de Olanda i Zelanda fueron tan mal informados que le proibieron residir en sus probinzias. Empero santa Aldegunda animado por su inozenzia i preszindiendo de esta proibizion pasó á Zelanda inmediatamente que la capitulazion se firmó, i pidió que los estados presentasen sus acusadores i le formasen causa en forma: i como ningun acusador pareziese, publicó una apolojía de su conducta la mas propia para imponer silenzio á los ocultos enemigos que tan cruelmente le abian ofendido. En ella demostraba del modo mas combinzente que toda su conducta léjos de merezer la mas lijera repren-

(1) Esta descripzion del sitio de Ambéres es sacada de Meteren, el mejor instruido de los istoriadores azerca de lo relatibo á Ambéres. Lo que dize de su sitio difiere enteramente de lo que trae Reidanus.

sion le azia digno de las mayores alabanzas. (1)

De este prozeder de las probinzias-unidas con un ombre tan popular i estimado como santa Aldegunda nazió el error de los que aseguraron que ellas no abian sentido tanto como querian que se creyera, el que aquella ziudad ubiese caido en poder de los españoles; i que la embidia que tenian al floreziente estado de su comerzio fué la berdadera causa de que tan poco iziesen por socorrerla. Lo zierto fué que si nada izieron al prinzipio, lo impidieron las zircunstanzias en que se allaban; empero no ubieran echo mas en su propia defensa que lo que al fin del sitio izieron por socorrerla. Ademas de que siendo entonzes el poder español lo único que las probinzias marítimas temian; no podian menos de considerar á Ambéres como una espezie de baluarte que les cubria i defendia asta zierto punto de aquella potenzia. ¿Ni cómo podian prebeer entonzes que aquella rendizion produziria despues á su comerzio tantas bentajas?

Poco tardaron sin embargo en adquirir una bien considerable en el gran número de naturales de la Flandes i el Brabante que dejando su pais se retiraron á Amsterdam i á Middelbourg. Fué tan grande esta emigrazion que se nezesitó estender los muros de ambas ziudades: i era mui consiguiente que tanto cuanto así contribuia á acrezentar el comerzio de las probinzias-unidas otro tanto se debilitase el de las meridionales, sin que el de estas aya podido despues recobrar su antiguo esplendor: tan profunda era la llaga! Bien lo abia prebisto el prínzipe, i

(1) Bentib., part. 2, l. 3. Meteren, lib. 12. De Thou, lib. 83. Reidanus, lib. 4.

para prebenir efectos tan funestos á la prosperidad de sus nuebas adquisiziones, conzedió á los protestantes un término tan considerable en que pudiesen disponer de sus bienes i efectos. Esperaba tambien que la templanza de su gobierno contribuiria á que no abandonasen su pátria; empero ademas de que su abersion á los españoles era ya imbenzible, i que abian bibido por muchos años en las dulzuras de la paz; era su adesion á la reforma demasiado sinzera, para que pudiesen bibir en buena intelijenzia con los católicos; i sobre todo les eran insoportables las restricziones puestas al ejerzizio de su culto miéntras permaneziesen en Ambéres. En tiempo del duque de Alba izo la intoleranzia de Felipe que se espatriasen muchos flamencos, que llebaron á otros paises su industria, i su comerzio. La misma causa produjo el mismo efecto en fabor de las probinzias marítimas, á las que enriquezió empobreziendo las que bolbieron á su dominio. Poco tiempo despues fué cuando empezó á estenderse el comerzio de los olandeses, i que estos se allaron mas que antes en estado de subbenir á los gastos de la guerra; i no solo defendieron su cuerpo político á pesar de ser rezien nazido, sino que atacaron con bigor i buen ecsito á su enemigo en los paises mas remotos.

ISTORIA

DEL REINADO DE FELIPE II,

REI DE ESPAÑA.

LIBRO BIJÉSIMO.

PRIMERA PARTE.

Aunque las probinzias-unidas se allasen en un estado de prosperidad bien diferente del que antes tenian, por el gran número de abitantes que se las pasaron de las ziudades conquistadas; empero su situazion era mucho mas crítica que lo abia sido desde el prinzipio de la guerra. Para ellas era el prínzipe de Parma bajo muchos respectos incomparablemente mas formidable que lo fué el duque de Alba, no tanto por lo superior que le era en la guerra i en la política; sino particularmente por su moderazion, i mas que por todo por la equidad con que trataba á los que sometia. El Brabante i la Flandes á eszepzion de la Esclusa i de Ostende estaban en su poder, i la reduczion de Ambéres le azia dueño de una numerosa armada, que coadyubase despues á las operaziones del ejérzito.

Conozian los estados mas bien que nunca cuan imposible les era defenderse sin el ausilio

de una potenzia estranjera. En el tratado que izieron con el duque de Anjou abian puesto el mayor cuidado en prebenir la union de las probinzias confederadas con la corona de Franzia; mas, poco despues de la muerte del prínzipe de Oranje se combenzieron de que por mas bigorosos esfuerzos que izieran les seria imposible conserbar la preziosa independenzia de que gozaban: que nezesitaban ó someterse al yugo de Felipe ó entregarse á otro soberano, bastante poderoso para defenderlos de él. En consecuenzia, á fines del año 1584, despues de deliberar maduramente sobre objeto tan importante, dudaron algun tiempo si elijirian al rei de Franzia, ó á la reina de Inglaterra; i al fin se dezidieron por el primero. La persuasion en que estaban de que este podria mas fázilmente socorrerlos fué lo que les determinó á preferirle: i no poco la consideracion de que si Enrique faltaba le suzederia el rei de Nabarra, en cuyas manos tenian seguras su relijion i su libertad.

Tan ziertos estaban de que seria azeptada la oferta como que el prinzipal motibo que en otro tiempo tubo aquel soberano para no abrazar la defensa de los confederados fué la oposizion de estos á que suzediese en la soberanía á su ermano si este moria sin ijos. Aora pues, podian razionalmente presumir que alagaria la ambizion de Enrique III la adquisizion de dominios tan considerables, i mas sabiendo cuan resentido estaba de Felipe, porque socolor de amistad azia mucho tiempo que bajo mano fomentaba los alborotos de su reino.

Estos motibos obraron tan enerjicamente en Enrique como lo abian prebisto los estados: rezibió con el mayor agrado á sus embajadores, i les aseguró de su reconozimiento á la confianza

que los estados en él tenian; encargándoles que les asegurasen de su amistad, i que de ella les daria cuantas pruebas le fuesen posibles; mas que como la proposizion que le azian, añadió, era de tanta importanzia, les pedia se la iziesen por escrito para comunicarla á su consejo.

Si Enrique no consultara mas que su inclinazion, i si las zircunstanzias en que se allaba le permitieran atender solo á su interés particular i el de su corona, inmediatamente azeptara la oferta que los estados le azian. La paz, es berdad se allaba restablezida en el interior del reino: las facziones que le dibidian parezian estinguidas: la liga misma al menos en la aparienzia, ninguna actibidad tenia; empero esistian las causas que la produjeron; i para impedir que las facziones obrasen con la biolenzia que antes, se nezesitaba una mano mas diestra i firme que la de Enrique III. Enrique, duque de Guisa, ijo del zélebre Franzisco, era mui superior á su padre en las cualidades naturales, i no inferior en la guerra, ni en el manejo de los negozios. Deborabale como á él la ambizion, i no podia tolerar que el rei, á quien se abia echo aborrezible por su audazia i orgullo, le tubiese en inaczion. Furioso de berse escluido del gobierno, i de que todo el poder que él i sus partidarios abian ejerzido ubiese pasado á faboritos, abia resuelto forzar al rei á que se le debolbiese ó prezipitarle del trono. Ocupado enteramente de este designio trabajó con suma abilidad é infatigable constanzia en el logro. Esparzidos sus emisarios por todo el reino azian que zirculasen cartas anonimas: en los púlpitos se encarezia el peligro en que la relijion i la iglesia estaban: deziase continuamente en ellos que el amor que el rei parezia tener á

una i otra era solo aparente, su debozion finjida, que no tenia relijion. Algunas bezes se le acusaba tambien de berdaderamente adicto á la de los protestantes; en fabor de los cuales manifestó en el último tratado una parzialidad imperdonable : que esto por sí solo debia eszitar la indignazion de todos los ijos berdaderos de la iglesia : que desde la muerte del duque de Anjou se debia bibir con el mayor cuidado, pues que no teniendo el rei esperanza de ijos, abria de suzederle el de Nabarra, ereje relapso, i enemigo dezidido del catolizismo: que para prebenir esta desgrazia se nezesitaba obrar con el mayor bigor, único medio que el pueblo podia emplear con buen ecsito. (1)

Por estos diferentes medios abia llegado el de Guisa á formar una liga fanática de mas de la mitad del reino, con cuyo ausilio se lisonjeaba de restrinjir primero la autoridad del rei, i despues despojarle enteramente.

Para azer mas respetable la liga puso el duque por jefe de ella al cardenal de Borbon, tio del rei de Nabarra, católico zeloso, mui anziano i de no muchos alcanzes. Era el designio trasladar la corona de Enrique á la cabeza de este prelado, bien fuese despues de su muerte, ó de su deposizion; reserbarse para sí la autoridad, i reinar bajo el nombre de aquella fantasma de rei, para despues ocupar él mismo el trono.

No era el rei de España mero espectador de estos proyectos : interesabase mucho en los negozios interiores de Franzia, i azia muchos años que ponia en ellos la mayor atenzion. Ademas de que su política le abia echo tomar parte en las desabenenzias de protestantes i catolicos

(1) Memorias de la liga, tom. 3.

ocurridas en los diferentes estados de Europa; tenia el mayor interés en impedir que el rei de Nabarra, de quien injustamente retenia una parte de sus dominios, subiese al trono de Franzia; i sabia tambien que para imposibilitar á Enrique III de socorrer á los rebeldes de los Paises-Bajos, era nezesario darle en que entender en su reino, multiplicando las dificultades que en él se le ofrezian.

Estas consideraziones abian estimulado á Felipe á ausiliar la liga desde el momento que se formó. Mas, en la época de que ablamos le mobia otro motibo aun mucho mas poderoso. Era su intento debilitar de tal modo las fuerzas de aquel poderoso reino, fomentando sus desabenenzias, que despues le fuese fázil apoderarse de él, ó sino lo conseguia, dejarle en estado de que no pudiese oponerse á sus designios, como que era el único en Europa que podria azerlo.

Algun tiempo antes que las probinzias unidas ubiesen ofrezido á Enrique la soberanía, abia entrado Felipe en negoziazion con el duque de Guisa i demas cabezas. Morreo i Bautista Tassi abian tenido el encargo de formar sin dilazion una alianza con ellos; i en consecuenzia la izieron i concluyeron con los duques de Guisa i de Mayenne, i con el señor de Mennebille por el cardenal de Borbon; i la firmaron en Joinbille á 2 de febrero de 1585 con las condiziones siguientes:

«Que en caso de que el rei reinante muriese sin ijo baron, le suzederia el cardenal como primer prínzipe de la sangre, i que todo prínzipe ereje ó fautor de erejía seria para siempre escluido del trono.»

«Que si el cardenal de Borbon suzediese á Enrique, ratificaria inmediatamente á su acze-

sion al trono el tratado de Cateau-Cambresis.»

«Que proibiria en el reino el ejerzizio de toda relijion que no fuese la romana.»

«Que bolberia á Felipe todas las plazas que los erejes le abian quitado, i le ayudaria á someter á los rebeldes de los Païses-Bajos.»

«Que Felipe por su parte suministraria á la liga zincuenta mil escudos mensuales, i un considerable socorro de tropas, asta que la erejía fuese enteramente estirpada de Franzia.»

«Que tomaria bajo su proteczion al cardenal de Borbon, á todos los señores de la casa de Guisa, i jeneralmente á todos los que aczediesen á la santa liga.»

«En fin, que ninguna de las partes contratantes trataria con el rei de Franzia sin el consentimiento de las otras.»

Ademas de estas condiziones que fueron escritas i firmadas, se obligó Felipe á suministrar al duque de Guisa anualmente zien mil escudos para que los emplease en lo que le pareziese mas bentajoso á la liga. Tambien se estipuló que estos combenios así particulares como jenerales no se dibulgarian asta que se tubiese por combeniente.

No ignoraba Enrique las conferenzias tenidas en Joinbille; i de lo que antes abia pasado le fué fazil conjeturar cual podia aber sido el objeto. Poco despues llegaron los embajadores de las probinzias-unidas, i les rezibió como ya dijimos. Mendoza que residia zerca de Enrique en calidad de embajador de Felipe, no podia ignorar lo que abia pasado en Joinbille, i sin embargo, se quejó altamente de la buena acojida que el rei acababa de dar á los de las probinzias, i se atrebió á dezirle que seme-

jante conducta era contraria á la buena union que reinaba entre S. M. i su amo. Respondiole Enrique, con una firmeza que ubiera sido de desear tanto por él como por sus basallos, que ubiera tenido siempre: «yo no considero, le dijo, á los abitantes de los Paises Bajos, como basallos rebeldes á su soberano, sino como ombres oprimidos por la tiranía, i que no an podido soportar por mas tiempo la opresion. La umanidad i la equidad me inclinan á que me interese en las desgrazias de una nazion bezina, sometida en otro tiempo á la Franzia: mas, aun nada e resuelto, ni aun dezidido si tomare parte en su causa. No quiero romper la paz con buestro amo, aunque no ignoro que él mismo la a biolado ya. Le comunicaré mis intenziones cuando lo juzgue oportuno. Mas, entre tanto quiero que se sepa que las amenazas no me intimidan: que soi dueño de azer lo que mas me agrade, i de ningun modo responsable á ningun prínzipe, de los tratados de paz o guerra que tenga por combeniente azer.»

Entre los miembros del consejo de Enrique abia muchos que le esortaban á que se aprobechase de una ocasion tan faborable como la que se le presentaba de estender su poder: «la situazion presente de los negozios del reino, dezian, debe mas bien determinar que retraer á S. M. de empeñarse en una guerra esterior. Seria un medio seguro de sacudir los umores peligrosos que an causado tanto desorden en el cuerpo politico de su reino. Una guerra esterior daria nueba direczion á este espiritu turbulento que ajita a sus basallos: seria el medio mas eficaz de trastornar todos los proyectos del duque de Guisa, pues que le pribaria de los socorros

que espera del rei de España, el cual se beria entonzes bastante ocupado en la defensa de sus propios dominios.»

Así discurrieron los que faborezian las pretensiones de los embajadores. «Este razonamiento es plausible, pero sin fuerza ni solidez, dezian otros consejeros, sostenidos por la reina madre: porque ¿cómo lebantar en Franzia las tropas nezesarias para azer la guerra con bigor contra un enemigo tan poderoso como el rei de España? El rei no puede contar con los católicos que estan ligados con aquel monarca, i que mas bien se unirian á él contra su lejítimo soberano. Por otra parte el formar un ejérzito de católicos que an permanezido fieles, i embiarle á los Paises-Bajos seria dejar el reino sin defensa, i á discrezion del duque de Guisa. En fin, si el rei se dirije á los protestantes será poner en mucho cuidado á todos los católicos del reino, i darles ocasion para que entren en el partido de la liga.»

No pudo Enrique resistirse á la fuerza de estas razones: biendose por dezirlo así encadenado por sus propios basallos, se negó aunque con mucha repugnanzia, á admitir la lisonjera oferta que le azian los estados de las probinzias-unidas. «La desgraziada situazion en que se allan los negozios interiores de mi reino, dijo el rei á los embajadores, no me permite azeptar por aora las ofertas que os an encargado buestros amos que me agais: yo no puedo protejerlos ni defenderlos; pero me interesaré cuanto me sea posible con la reina de Inglaterra para que lo aga.» (1)

En otro tiempo aprobó Isabel la eleczion que

(1) Reidanus, lib. 4. Dábil., lib. 7. Meteren, lib. 12, pag. 376.

los estados izieron del duque de Anjou, i aun contribuyó á que se le elijiese; empero temió siempre la union de las probinzias á la Franzia, como un suzeso que ubiera elebado la potenzia marítima de esta nazion sobre la suya. Por consiguiente abia bisto con embidia la oferta que los estados izieran de su soberanía á Enrique. Despues que este la reusó, otro cuidado no menos grabe la ocupaba. Temia pues que los confederados reduzidos á la desesperazion se bolbiesen á su antiguo soberano, cuya benganza temia cayese sobre ella inmediatamente que tal suzediera.

Mas ocupada de este temor, que lo estubo de los efectos que ubiera podido produzir la azeptazion del rei de Franzia; luego que supo la respuesta de éste embió un embajador á los estados, á fin de sostenerlos en su resoluzion, i que les asegurase que les protejeria. Esta seguridad los reanimó en efecto, i resolbieron azerla la misma oferta que al de Franzia: i en consecuenzía nombraron embajadores que partieron para Inglaterra en julio de 1585.

Balieronse de las mas poderosas razones para preedisponerla á que oyese faborablemente las proposiziones que iban encargados de azerla: i despues de manifestarla en los términos mas enérjicos el reconozimiento de los estados, le espusieron la urjente nezesidad en que la confederazion se allaba de ser eficazmente socorrida: que si prontamente no lo era tendria por prezision que zeder á los esfuerzos del rei de España, cuyos recursos eran inagotables: que aunque el poder de las probinzias-unidas no pareziese considerable, si se comparaba con el que se abia empleado para esclabizarlas no era indigno de la atenzion ni aun del aprezio de S. M.: que ade-

mas de las importantes ziudades que poseian en el Brabante, la Flandes, i la Güeldres, aun conserbaban las probinzias de Olanda, de Zelanda, de Utrecht i de Frisia, en las cuales abia muchas ziudades florezientes i bien fortificadas, bastos puertos i rios nabegables de que los basallos de S. M. sacarian grandes bentajas para su comerzio. «La armada de la confederazion, dezian, es numerosa: la Inglaterra dará la lei á todas las potenzias marítimas de la Europa si esta marina se une á la suya. Estamos mui léjos de pensar que V. M. se determine á admitir nuestras ofertas con la única mira de solo su probecho: las muchas bezes que emos esperimentado los efectos de su jenerosidad nos aseguran de la confianza que debemos poner en ella. Dirijimonos á V. M. como á la soberana de un reino poderoso que en todas ocasiones nos a manifestado su compasion á nuestras calamidades. Nuestro mayor deseo en el dia es que V. M. azepte la soberanía de las probinzias-unidas, con las mismas condiziones que los soberanos naturales la an gozado; i que se digne de mirar en lo suzesibo al pueblo de los Paises-Bajos como basallos fieles, que no procurarán menos que los otros de V. M. el darle pruebas en todas ocasiones de adesion á su persona, i de zelo por la gloria de su trono.»

Rezibió Isabel gustosa las proposiziones de las probinzias, i aseguró á los embajadores, que no se bolberian sin llebar á sus amos una respuesta satisfactoria; mas, que el asunto era de grandísima importanzia para darles una positiba, antes de reflesionar sobre él maduramente, ni de oir el dictámen de su consejo.

Lo que con este motibo suzedió meses antes en la corte de Franzia se repitió entonzes en la

de Inglaterra, i los ministros de Isabel no estubieron mas acordes que los de Enrique. Algunos de entre ellos estaban porque la justizia i la prudenzia esijian que Isabel desechase aquella oferta. «Contra la rebelion de los basallos, dezian, deben azer causa comun todos los soberanos: faborezerla es destruir los fundamentos de su propia autoridad. En los socorros que la reina a conzedido asta aora á los flamencos a mirado á estos como jimiendo bajo el yugo de la opresion, i no como á un pueblo libre é independiente: ni a pensado estimularlos á que dejasen de ser fieles á su rei, sino inclinar á este á que les tratase con mas moderazion i equidad. Puede la reina prozeder aora como antes lo a echo; empero reconozer la independenzia de los estados, i rezibir de sus manos una soberanía que perteneze á otro, no solo seria una biolazion manifiesta de la justizia que mutuamente se deben los prínzipes, sino que aun podrian resultar las consecuenzias mas peligrosas al reposo mismo de S. M. El rei de España usaria de represalias, i para bengar el insulto buscaria con ansia la ocasion. La Irlanda i la Inglaterra misma estan llenas de católicos, que aziendo las partes de aquel le proporzionarian medios de ejecutar sus designios. Despues de fomentar la dibision entre los basallos de S. M. se le beria azer una inbasion en el reino. A las armas de Felipe se unirian los rayos del baticano, i de este modo suszitaria tantos enemigos á S. M. que aria temer que se conmobiese su trono.»

Los ministros que eran de opuesto dictámen pretendian que la reina no debia perder la ocasion faborable que se la presentaba de aumentar sus dominios, i que podia aczeder á la solizitud de los estados sin temor de ser acusada de injus-

ta; dado que azia muchos años que las probinzias unidas impelidas por la nezesidad, se abian reintegrado en la soberanía, i aun la abian conferido al duque de Anjou, á quien la reina misma abia implizitamente reconozido por soberano lejítimo de los Paises Bajos. « Por otra parte, dezian, ¿no a perdido el rei de España todos sus derechos á aquella misma soberanía por aber biolado todas las condiziones con que se le confiriera? No dudamos que se tendrá por mui ofendido si la reina azepta lo que las probinzias le ofrezen; empero ¿será entonzes mas enemigo que aora? ¿No a echo todo cuanto a podido por sublebar los descontentos de Irlanda? ¿No trabaja actualmente con el mismo fin en Inglaterra? ¿No se a declarado abiertamente por la reina de Escozia? Mas: ¿cuándo no se a mostrado enemigo dezidido de los ingleses? ¿Qué le a impedido asta aora declararles la guerra sino la rebelion de las probinzias, que le a ocupado todas las fuerzas de que no a nezesitado para las otras empresas que su ambizion le a sujerido? ¿Podemos dudar que desde el momento en que no las emplee en los Paises Bajos, deje de bolberlas contra nosotros? Si dicta la prudenzia que se tomen precauziones contra los peligros futuros así bien que contra los presentes, debe S M. sostener con todo su poder las probinzias-unidas, puesto que de su conserbazion dependen la paz i la tranquilidad de sus propios dominios. Si en bez de esto desecha la oferta que los estados la azen, si reusa socorrerlos, ó no los socorre sino como asta aora, no tardarán en ser oprimidos; i entonzes podrá el rei con mas fazilidad que al presente ejecutar los designios que a formado contra la Inglaterra. Si por el contrario azepta S. M. la bentajosa

oferta que se la aze: si obra bigorosamente en defensa de los que la suplican que les reciba en el número de sus basallos, combatirá con su enemigo léjos de sus dominios; i ayudada de un aliado poderoso i determinado, podrá reuniendo su armada á la de los estados, mantener la tranquilidad de su reino.»

Conozia Isabel toda la fuerza de este razonamiento: tenia por inebitable el romper con España; i por mejor, empezar entonzes las ostilidades que dar tiempo á que su enemigo proporzionase los medios de ejecutar sus designios contra ella; empero al tomar esta resoluzion tomó tambien la de reusar la soberanía, ó porque temiese aumentar el peso con que ya se abia cargado, ó eszitar los zelos de sus bezinos. Así, despues de manifestar su deseo de que la soberanía permaneziese en los estados aseguró á sus embajadores que les ausiliaria con todo su poder, se informó de las fuerzas de la confederazion i concluyó un tratado, cuyos prinzipales artículos fueron: «que embiaria zinco mil infantes i mil caballos á las órdenes de un jeneral protestante que S. M. nombraria; i los mantendria á sus espensas miéntras durase la guerra, i concluida reintegrarian el costo; para cuya seguridad, i asta que se berificase, darian á S. M. las ziudades de Flesinga, de la Brilla, i el fuerte de Rammekens: que el comandante de sus tropas, los gobernadores de las ziudades i de las probinzias, i jeneralmente todos los soldados i ofiziales prestarian juramento de fidelidad á S. M. i á los estados: que en caso de que se tubiese por combeniente emplear una armada por la causa comun, aprestarian los estados el mismo número de nabes que S. M., i que el mando de todas le tendria un almirante inglés: que el co-

mandante en jefe inglés, i dos ministros que tambien lo serian i tendrian su residenzia en los Paises-Bajos, serian admitidos en la asamblea de los estados: que no se biolarian ningunos derechos ni pribilejios de las probinzias-unidas; ni se aria nobedad en la relijion ni el gobierno; i en fin, que ninguna de las partes contratantes podria azer tratados de paz ni alianza con el rei de España sino de consentimiento de ambas.» (1)

Inmediatamente que se ratificó este tratado dió Isabel las órdenes mas prezisas para su puntual cumplimiento. El conde de Leizester, á quien distinguió siempre mas que merezia por sus talentos, i serbizios que la ubiese echo, fué nombrado jeneral de las tropas, i las condujo á Olanda al prinzipio del año 1586. Pasaban de quinientos los caballeros que le acompañaron como simples boluntarios. Carezia Leizester del balor, i capazidad que esijia cargo tan importante, i particularmente de moderazion é integridad; empero ocultaban sus defectos otras cualidades sino sólidas, brillantes, con las que despues de engañar la penetrazion de la reina, se granjeó la estimacion de los pueblos de los Paises-Bajos, asta azerle conzebir esperanzas, aunque quiméricas, las mas lisonjeras á su ambizion. Fué rezibido en Olanda como el restaurador del estado bazilante: prodigaronsele todas las demostraziones de onor que pudo imajinar el ilimitado afecto que ya el pueblo le tenia. No contentos con aberle rezibido, mas como soberano i conquistador á quien ubieran debido su libertad, que como basallo de un aliado que le embiaba en su ausilio, le confirieron

(1) Bentiboglio, part. 2, lib. 5. Camden, an. 1585.

los estados el título de gobernador i capitan jeneral de las probinzias-unidas.

Esta inconsiderada conzesion de que no tardaron mucho en arrepentirse, produjo un efecto contrario al que esperaban. Abian creido agradar á Isabel, é interesarla mas, i ella se dió por ofendida del artifizio, i embió á sir Tomás Eneaje, su bize-canziller, para que les manifestase cuanto la abia desagradado una demostrazion, que sin duda no tenia otro objeto que el de que se creyese que la declarazion que ella abia echo esparzir en el público no era berdadera ni sinzera; i que les ratificase que aunque pareziese aberse limitado á socorrerlos, no obstante, su intenzion era ponerles enteramente bajo su proteczion. Esijió pues de los estados que rebocasen la autoridad demasiado estensa conferida á Leizester; á quien mandó que se contentase únicamente con las que ella le abia conzedido. El enojo de Isabel era aparente; i así podia creerse al berla dudar i manifestar repugnanzia á mortificar la banidad i ambizion de su faborito; oir con zierta espezie de complazenzia las representaziones que los estados la azian para obtener que permitiese la estabilidad de lo que abian echo; i en fin, dar su consentimiento. Leizester fué pues instalado en su dignidad, é imbestido de los poderes mas estensos. El primer uso que de ellos izo fué ponerse en estado de contener los progresos de las armas españolas.

El prínzipe de Parma por su parte, proporzionaba con la mayor actibidad los medios de continuarlos; i se lisonjeaba de que despues de reduzidas tantas ziudades importantes le seria fázil subyugar todas las probinzias de la confederazion. Tal era su esperanza, cuando supo el partido que la reina abia tomado; i le causó el

mas bibo sentimiento, como quien se beia arrancar de las manos la bictoria, al momento mismo en que mas segura la juzgaba. No obstante, como sus fuerzas aun eran mui superiores á las del enemigo se dispuso á aprobechar esta bentaja, obrando con la mayor enerjía luego que la estazion lo permitiese.

Aunque como ya dijimos abian perdido los confederados á Maestricht; empero se abian apoderado de dos plazas importantes por su situazion en el Mosa; Grabe en el Brabante, i Benlo en la Güeldres. Deseaba el prínzipe recobrarlas ambas, antes de llebar sus armas á las probinzias del norte; i así fué que al prinzipio de la primabera encargó al conde de Mansfeldt el bloqueo de Grabe. Mandaba en la plaza el baron de Emert, jóben, orijinario de la Güeldres, i la guarnizion se componia de ingleses. Mansfeldt desempeñó con poco trabajo su comision, echando un puente en el Mosa, i lebantando fuertes i reductos en los diques, i del lado de la campaña; cortando así toda espezie de comunicazion entre los sitiados i el pais que caia detras de ellos. Conoziendo de cuanta importanzia era el impedir que los españoles se apoderasen de Grabe, que les ubiera abierto la entrada de la Güeldres i de la probinzia de Utrecht, se constituyó el conde de Leizester en la ziudad del mismo nombre, é inmediatamente dispuso que el conde de Oenloe i el coronel Norris fuesen en socorro de los sitiados con dos mil ombres, mitad ingleses i mitad nazionales. Estos llegaron primero i se apoderaron de uno de los fuertes que los españoles abian lebantado en una de las orillas del Mosa. Mas, apénas empezaban á fortificarse en el dique cuando se bieron atacados por un cuerpo de tres mil españo-

les, que embiados por el conde de Mansfeldt pasaron el puente, i cayeron sobre ellos. Demasiado débiles para mantenerse en sus puestos, se bieron obligados los olandeses á abandonar las trincheras que abian empezado, i á retirarse á lo largo del dique; empero abiéndoseles reunido Norris con los ingleses, se mantubieron firmes i el combate fué obstinado i sangriento. Los ingleses que tanto tiempo azia disfrutaban las dulzuras de la paz, i abian, por dezirlo así, perdido la costumbre de pelear, dieron no obstante en aquella ocasion pruebas de que no abian perdido el jenio de la guerra, que tantas bezes les abia distinguido en las que abian echo en el continente. Atacaron pues á los beteranos españoles con tanto ímpetu que ademas de matarles muchos zentenares, siete capitanes, i un gran número de subalternos, les izieron retrozeder i llebaron asta el puente. Embia el conde de Mansfeldt tropas de refresco, que unidas á las que iban en retirada renueban el combate, i por ambas partes se embisten con el mismo furor i encarnizamiento; asta que las separó una biolenta tempestad que sobrebino. Caia el agua con tanta abundanzia, i soplaba tan rezio el biento que á pesar de todo empeño tubieron que retirarse. Este aczidente conserbó á los españoles el puente, si bien fazilitó al conde de Oenloe los medios de socorrer á los sitiados; dado que las aguas del rio subieron repentinamente tanto que le fué fázil, rompiendo el dique prósimo á Rebestein, situado del lado mismo que Grabe, inundar el terreno que media entre aquellas dos plazas, i azer pasar á los sitiados muniziones, bíberes i un refuerzo de tropas.

Mucho llamó la atenzion del prínzipe este acaezimiento, é inmediatamente marchó con el

grueso de su ejérzito ázia Grabe. A pocos dias de su llegada izo lebantar dos baterías, con que arruinó parte de la muralla. Sin embargo ubiera podido la guarnizion defenderse aun mucho tiempo; i mas abiendo asegurado el gobernador Enrique, baron de Emert, al conde de Leizester, que no se rendiria sino en el último estremo; empero repentinamente cayó de ánimo i abló de capitulazion: solo dos ofiziales fueron de su dictámen; los demas le representaron en bano que se cubriria de oprobio i bergüenza. El gobernador persistió en su resoluzion, i el 7 de Junio en que ni aun la brecha estaba practicable, ni el enemigo abia tomado ninguna disposizion para el asalto, ofrezió rendir la plaza. El prínzipe azeptó la oferta, con todas las condiziones que se le propusieron; i la guarnizion salió con armas i bagajes: onor que no merezia tan bil conducta como la del baron; que en fin no tubo mucho tiempo para arrepentirse del infame partido que su cobardia le abia echo tomar, pues fué condenado á perder la cabeza con los dos ofiziales de su opinion. Aunque se tenia por justa i equitatiba esta sentenzia, todabia la suerte del desgraziado Enrique compadezió á todos sus conziudadanos. Deziase que á un niño no debió confiarse un depósito de tanta importanzia; i que no abia ningun motibo para sospechar en él traizion, ni aberse dejado corromper. Él pedia que se le conserbase la bida i se le permitiese entrar en algunas empresas peligrosas para poder borrar el desonor de que se abia cubierto. Mas, el conde de Leizester, juzgando nezesario un ejemplo de sebéridad (1) para restablezer la disziplina, que

(1) Meteren, p. 403. Bentib., p. 2, l. 2. Strada.

azia muchos años se allaba considerablemente relajada, fué inflesible, i el desbenturado Emert ajustiziado.

Rendida Grabe, pasó el prínzipe con todo su ejérzito, que constaba de beinte mil infantes i tres mil caballos, á sitiar á Benlo: única plaza que restaba á los confederados en la orilla derecha del Mosa. Su guarnizion era débil, i el zélebre Martin Schenck, que allí residia ordinariamente, abia salido de órden del conde de Leizester con un destacamento á cubrir á Güeldres. El prínzipe que no lo ignoraba creyó que toda dilijenzia era poca para aprobecharse de tan faborable zircunstanzia. Era Schenck de la probinzia de Güeldres: ofizial de fortuna, cuyo denuedo, balor estraordinario, actibidad, i particularmente el carácter atrebido i emprendedor, an zelebrado los istoriadores contemporáneos. Al prinzipio fué del partido de los españoles, i les izo muchos i mui importantes serbizios: ofendido despues de que el jeneral español ubiese preferido á un ofizial de su nazion, se pasó al serbizio de los estados. Inmediatamente que supo que el prínzipe abia sitiado á Benlo, partio al frente de un cuerpo de caballeria con ánimo de meterse en la plaza; mas abiéndola encontrado de tal modo zercada que todas las entradas estaban esactamente zerradas, atacó á los sitiadores á media noche, forzo sus líneas, penetro asta la tienda del jeneral, i llego zerca de una puerta de la ziudad; mas se allo detenido por una espezie de barrera puesta por los españoles para impedir las salidas que la guarnizion podia intentar. Mientras se esforzaba en destruirla, se esparzio la alarma por el campo, se tomaron las armas,

i el bizarro Schenck se bió prezisado á desistir; empero abriéndose paso por medio de las filas mas zerradas de los enemigos, i retirándose sin mas pérdida que de cuarenta á zincuenta ombres. Aun izo otras muchas tentatibas por socorrer la plaza; pero las inutilizó todas la bijilanzia i la prudente prebision del prínzipe. El fuego de su artillería era inzesante, i el de las baterías no dejó de serlo asta que la brecha estubo practicable. Entonzes se bió á los soldados de las diferentes naziones que componian su ejerzito, disputarse el onor de ser los primeros al asalto; empero los sitiados que temian las consecuenzias, pidieron capitular, i obtubieron con poca diferenzia las mismas condiziones que los de Grabe. Fué nezesaria toda la autoridad del prínzipe para impedir que los soldados, á quienes la capitulazion pribaba del pillaje, cometiesen las mayores biolenzias contra los abitantes. El modo distinguido con que el prínzipe trató á la mujer i á la ermana de Schenck, dió bien á conozer asta que punto estimaba i aun respetaba á aquel baleroso ofizial: dispuso pues que sus propios trenes i equipajes, las condujesen á la ziudad, fuese la que quisiese, que escojieran para retirarse (1).

Inmediatamente despues de la rendizion de Benlo, paso el prínzipe á sitiar á Nuis, ziudad que pertenezia al elector de Colonia, i se allaba entonzes en poder de las prebinzias-unidas.

Tres años antes del en que bamos, Gebhert de Truchses, arzobispo i elector de Colonia, dejada la relijion catolica, se caso; empero sin querer renunziar ni el arzobispado, ni el electorado. Escomulgaronle sus canonigos, apoyados

(1) Bentiboglio, lib. 4, pág. 11.

por el papa i el emperador; le izieron la guerra, i ausiliados por el prínzipe de Parma, le obligaron á retirarse á Olanda; despues de lo cual elijieron en su lugar á Ernesto, ijo del duque de Babiera. El conde de Meurs, uno de los partidarios de Gebhert, tomó por sorpresa para sí la ziudad de Nuis, i obtubo de los estados de las probinzias-unidas una guarnizion con que poder no solo defender la ziudad contra las empresas de Ernesto, sino talar el pais i azer mucho mal á los católicos. En la imposibilidad en que Ernesto se allaba de oponerse á las contínuas incursiones que los olandeses azian, fué disfrazado á berse con el prínzipe para empeñarle en que le socorriese, i con efecto logró que suspendiendo sus operaziones contra los confederados, pasase con todas sus fuerzas contra Nuis.

Sabia mui bien Farnesio que el rei no miraria como contrario á sus ideas nada que pudiese interesar la relijion romana; i ademas rezelaba que si mui luego no se reprimia la audazia de aquella guarnizion se iziese mas temible, i que algunos prínzipes protestantes fuesen á socorrerla. An asegurado algunos istoriadores que el único estímulo que tubo para sitiar á Nuis fué la esperanza de la gloria que adquiriria si en pocas semanas conseguia, como se lisonjeaba, apoderarse de una ziudad que Cárlos el atrebido, duque de Borgoña, no pudo rendir en el espazio de un año con un ejérzito de sesenta mil ombres.

No fueron banas sus esperanzas: Cloet, gobernador de la ziudad, fué grabemente erido, é imposibilitado de belar por sí en la defensa de la plaza: la guarnizion se desanimó, i apénas llebaba tres semanas de sitio cuando pidio capitular. El prínzipe se apresuró á aprobechar tan

faborable ocasion de terminar prontamente su empresa, i al mismo tiempo conserbar una ziudad que no abia conquistado sino para el elector. Conzedió una suspension de armas miéntras se estendian los artículos de la capitulazion. Mas, estándolo aziendo i la guarnizion en el descuido que ofreze la seguridad; las tropas españolas é italianas, irritadas aún de que se les ubiese pribado del saco de Benlo, fuera de sí de rabia, i sin respeto á las órdenes del jeneral, escalan la muralla, se derraman por la ziudad, i matan sin distinzion de edad, condizion ni secso á cuantos encuentran. La orrible carnizería que izieron no aplacó su furor; sino que olbidaron el saqueo por entregarse enteramente á la destruczion: ponen fuego á las casas, que eran casi todas de madera, i ayudado del rezio aire que azia, en pocas oras redujo la ziudad á zenizas. Solo dos iglesias en que se abian refujiado algunas mujeres i niños se salbaron á instanzias i ruegos del marques de Guasto, que al fin obtubo de aquellos furiosos la bida de los infelizes que en ellas abian buscado un asilo.

La muerte del padre del prínzipe de Parma acaezida por entonzes, le izo duque i soberano de aquel estado. Inmediatamente despues de la toma de Nuis se dirijió á Rhimberg, otra de las ziudades del electorado de Colonia; que por su importante situazion deseaban los estados conserbar.

Miéntras duraron estas operaziones del ya duque de Parma, no abia estado ozioso el conde de Leizester: reunió sus tropas sin dejar en las plazas mas que las nezesarias para su defensa, con deseos de azer algo que sostubiese la opinion faborable en que los estados le tenian: empero siendo sus fuerzas mui inferiores á las del ene-

migo como que no pasaban de siete mil infantes i mil caballos, juzgo no allarse en estado de una aczion jeneral; i que el único partido que le quedaba era el de atacar algunas plazas importantes aziendo una dibersion que obligase al duque á lebantar el sitio de Rhimberg. Diríjese pues á Zutphen, ataca i se apodera de Doesbourg, i en seguida zerca á Zutphen i la sitia con todo su ejérzito.

Carezia la ziudad de probisiones de boca i guerra, i le ubiera sido fácil al conde tomarla si como se le dijo, ocupara desde luego un paso que conduzia á la ziudad. Bautista Tassi, gobernador de ella, abia instruido al duque de Parma del estado de la plaza, i de los designios del conde de Leizester. Con estas notizias, aunque el duque abia adelantado mucho las obras del sitio, tubo que lebantarle, i pasar con todas sus fuerzas en socorro de Zutphen. Mas, temiendo que la falta de subsistenzias i munizio-nes la obligase á rendirse antes de su llegada, embió delante al marques de Guasto con toda su caballería i un comboi considerable, seguido inmediatamente por un gran destacamento de infantería española. Aprobechando el marques la neglijenzia del conde en guardar los pasos, introdujo de noche sin dificultad una parte del comboi. Al dia siguiente queriendo introduzir el resto, fué atacada su caballería por un destacamento de la inglesa: el combate fué sangriento: desde la primera carga tubo que retirarse la de Guasto; mas reunida despues buelbe á la pelea, i por ambas partes se acometen con el mismo balor, teniendo la bictoria indezisa por algun tiempo. Ayudado Guasto por muchos ofiziales de gran reputazion animaba á la suya con su ejemplo i sus discursos, aziendo cuanto podia

esperarse de un jeneral esperimentado: no obstante, los ingleses mandados por el coronel Norris i Sir Felipe Sidnei permanezieron dueños del campo de batalla, i rechazaron al enemigo asta azerle replegar sobre la infantería española. Empero los ingleses teniendo aquel destacamento por el ejérzito entero, se retiraron sin aber perdido en toda la aczion mas que treinta ombres, cuando el enemigo perdió al rededor de ziento i zincuenta. Sin embargo bien cara costó á los ingleses la bictoria por la pérdida del bizarro Sidnei. Los istoriadores de su tiempo ablaron de él como del mas acabado modelo de un ombre completo. La reina le estimaba mucho, i si mas bibiera abria obtenido de ella las mayores dignidades. Llegó el duque de Parma con el grueso del ejerzito poco despues del combate; i el conde de Leizester que conozia su inferioridad, lebantó el sitio, se retiró; i entró el duque en Zutphen, donde no permanezió mas tiempo que el nezesario para bisitar las fotificaziones: i dejados bíberes i muniziones, i con buen presidio las plazas que acababa de tomar, se restituyó á Brusélas.

Inmediatamente que el ejérzito español tomó cuarteles de imbierno reunió el suyo Leizester, en las zercanías de Zutphen. La estazion estaba mui adelante para poner nuebo sitio, ni tampoco lo intentaba el conde, sino el apoderarse de tres fuertes que los españoles tenian, i fazilitaban las incursiones en el pais de Beluwe. Lograse la empresa, i que los españoles por consiguiente se biesen pribados de la prinzipal bentaja de poseer á Zutphen. Dejó Leizester en guarda de aquellos fuertes una parte de sus tropas, i se bolbio al Aya para donde estaba combocada la asamblea de los estados jenerales.

No tenian éstos, motibos para estar contentos con el gobierno zibil del conde, ni con sus operaziones militares. Miéntras estubo ocupado en estas, se portó respecto de ellos, no como con un pueblo libre, en cuyo socorro le embiara un aliado, sino como ubiera podido azerlo respecto de una nazion subyugada. Abia manifestado tanto desprezio á las leyes fundamentales, á que sabia que los estados estaban inmutablemente adictos, como al tratado que su soberana abia ajustado con ellos. En bez de arreglar sus operaziones al dictámen de los estados i del consejo, como dictaban la prudenzia i la gratitud, solo trataba de seguir como abia prinzipiado bejando á cuantos se abian distinguido en serbizio de la pátria; al paso que protejia i colmaba de fabores á una caterba de ombres artifiziosos, unidos entre sí por su interés personal, de mui sospechosa fidelidad; empero que obedezian ziegamente á todos los caprichos del conde.

Aconsejado por tales sujetos quiso poner tantas trabas al comerzio que si los estados no se ubieran opuesto, tubieran funestas resultas como que en zierto modo ubieran forzado á muchos comerziantes flamencos, rezien establezidos en Olanda i Zelanda, á que abandonasen su nueba pátria i se retirasen al estranjero. Tambien izo por su consejo alteraziones en la moneda, que les enriquezieron á él i ellos, al paso que empobrezieron á las probinzias.

Izo ademas grandes innobaziones en el modo de recaudar las rentas públicas, sin estar para ello autorizado por los estados, ni aberles pedido su consentimiento. La constituzion prescribia que todas las rentas públicas se entregaran por los que las recaudasen al tesorero jeneral electo por los estados; i Leizester mandó que se le lle-

basen á un tesorero por él nombradó, el cual por la imbersion que debia de dar á los mismos caudales públicos reusó reconozer la autoridad de los estados. Se abian esijido contribuziones bastantes no solo para pagar las tropas destinadas á las guarniziones i todas las del pais, sino tambien para mantener de seis á siete mil soldados alemanes; i sin embargo los de las guarniziones estaban tan mal pagados que no costaba poco á los ofiziales el contenerlos, i ebitar que se amotinasen. Abianse alistado dos mil alemanes para serbir á las órdenes del conde de Meurs, quien les ofrezió que á su llegada á los Paises-Bajos se les pagaria zierta suma en que estaban combenidos; empero por la negligenzia de Leizester, ó por la briboneria de los que tenian su confianza, no se les dió; i ellos se bolbieron á su tierra al tiempo que mas se les nezesitaba para el buen ecsito de la campaña.

Por uno de los artículos del tratado ajustado con la reina se estipuló que cuando bacase cualquier plaza ó empleo en el gobierno de una ziudad, de un fuerte ú de una probinzia; el comandante en jefe elegiria para el empleo ó plaza una de las tres personas que los estados le propusiesen; i Leizester en desprezio de este combenio probeyó muchos gobiernos de grande importanzia, no solo en quienes los estados no le abian propuesto, sino contra los cuales le abian fuertemente representadó. Un tal Rolando York, oriundo de Lóndres, abia sido poco tiempo antes combenzido de mantener intelijenzias secretas que debian azerle sospechoso: Leizester lo sabia, i sin embargo le nombró comandante de uno de los fuertes de que se apoderó en las inmediaziones de Zutphen. William Stanlei, católico inglés, que abia estado muchos años al serbizio

de España, tambien fué nombrado gobernador de Debenter, en donde contra lo dispuesto en el tratado, puso una guarnizion de dos mil ombres de infantería i doszientos de caballería, casi todos irlandeses i católicos.

A estos ejemplares de imperio i despotismo podrian añadirse muchos otros de imprudenzia. Las tropas nazionales estaban con él digustadas por los pocos miramientos que con ellas tenia, i porque nombraba ingleses que las mandasen. No menos injusto con el pueblo, le obligaba á que le probeyese de carros, i de gastadores para el ejérzito. Por una biolazion manifiesta del pribilejio que mas apreziaban aquellos abitantes forzaba á los demandados en justizia á que saliesen de su probinzia, i fuesen á defender su derecho á la en que residian los demandantes, i tenian mas crédito i probabilidad de salir con su demanda. (1)

Tal complicazion de prozedimientos despóticos en el gobierno de un pueblo zeloso de su libertad asta el estremo, fuese el que quisiese el motibo, debia parezer opuesto á todas las reglas de la prudenzia menos esperimentada: i azia berisimil la idea de que Leizester se abia formado la de suprimir enteramente la asamblea de los estados i apoderarse de toda la autoridad. Aun cuando se ubiese ofuscado asta el estremo de imajinarse que una soberana como Isabel tubiese la condeszendenzia de faborezer sus ambiziosos designios, lo que no podia azer sin biolar la santidad de los tratados, los medios que abia escojido eran los mas inconduzentes. Su presunzion abia auyentado á todos los que tenian mas crédito en las probinzias; i su proze-

(1) Meteren, lib. 13. Grotius, lib. 5.

der poco mesurado abia difundido los rezelos por todas partes aun antes de que ubiese proporzionado los medios combenientes para asegurar el ecsito de su temeraria empresa.

Los estados que conozian cuan nezesaria les era la proteczion de la reina, no quisieron romper abiertamente con su faborito, i le rezibieron en el Aya á su buelta del ejérzito con las demostraziones del mayor respeto. En las representaziones que le izieron se esplicaron con firmeza, i le pidieron con enerjía el remedio de todo aquello de que tenian que quejarse; empero uno i otro en los términos mas comedidos. Difizil le era ó mas bien imposible justificarse; procurolo no obstante, i aseguró á los diputados, mas, ziertamente con poca sinzeridad, que en lo suzesibo cuidaria de no darles ningun motibo de queja; i añadió que se allaba en la nezesidad de bolber inmediatamente á Inglaterra, á causa de algunos alborotos que se abian lebantado, i reclamaban su presenzia. No dejó de sorprender esta prezipitazion á los estados; que esperaban se dedicaria inmediatamente á enmendar los yerros, i reformar los abusos de que acababan de quejarse. No obstante quedaron menos descontentos de la prezipitazion de su biaje luego que aczedió á la propuesta que le izieron de que dejase asta su buelta en el consejo de estado el ejerzizio de la autoridad de que se allaba rebestido, i de ello se formalizó acta auténtica en 24 de nobiembre; empero por la conducta que inmediatamente despues tubo, fué fázil conozer que no lo izo sino por librarse de las reiteradas instanzias que prebeia le izieran si se resistiera. En el mismo dia izo segunda acta por la cual, anulando la primera

se reserbaba toda espezie de autoridad sobre los gobernadores de las probinzias, de las ziudades, i de las fortalezas; i asta despojaba al consejo de estado de la autoridad ordinaria que ejerzia. Esta aczion tan baja como ruin, acabó de pribarle del afecto i de la confianza de los estados; i confirmó las sospechas de que aspiraba á la soberanía; dejando á todos llenos de temor i cuidado.

ISTORIA
DEL REINADO DE FELIPE II,
REI DE ESPAÑA.

LIBRO BIJÉSIMO.

SEGUNDA PARTE.

Dejamos dicho que los estados se quejaron amargamente al conde de Leizester de que ubiese confiado dos plazas tan importantes á Rolando York i William Stanlei ; los cuales á poco de aber partido aquel para Inglaterra mostraron que no sin fundamento se sospechó de su fidelidad ; dado que entraron en correspondenzia con Bautista Tassi, gobernador de Zutphen, i proporzionaron los medios de entregarle la plazas como se las entregaron en prinzipios de febrero, sin que en el consejo de estado ubiese poder para impedirlo, aunque tubo á tiempo notizia de aquellas intelijenzias. Poco gozó Rolando del fruto de su traizion: murió en la miseria olbidado i abandonado de aquellos mismos á quienes abia echo el sacrifizio de su onor. Mas felíz Stanlei, se le conserbó el gobierno de Debenter, i en el ejérzito español el mismo grado que tenia en el inglés ; no sólo en premio de su traizion, sino tambien porque abia persuadido á la mayor parte de las tropas

de su mando que se pasasen á los españoles, i porque constantemente abia profesado la relijion católica: zircunstanzia que á los ojos de Felipe bastaba por sí sola para espiar los mas atrozes delitos. Era Stanlei de una mui respetable familia de Inglaterra, i el aber tenido parte en la conspirazion tramada por Barbington en fabor de la reina de Escozia izo creer con alguna berisimilitud que el temor de ser descubierto le indujo á la perfidia que cubrió su nombre de eterno oprobio.

La notizia de estos suzesos difundió la tristeza i la consternazion en todas las probinzias confederadas, izo recordar en ellas la empresa del duque de Anjou contra Ambéres; i el temor de que otros gobernadores siguiesen el ejemplo de York i Stanlei las puso en el mayor cuidado.

No causaba poco á los estados el ber el efecto que produzia en el pueblo este funesto acaezimiento; empero su balor siempre el mismo, i preszindiendo del resentimiento que debian tener contra Leizester, resolbieron probeer cuanto en sí fuese á la conserbazion de la república: i en una asamblea jeneral que en 6 de febrero zelebraron en el Aya establezieron, que en auseuzia del conde de Leizester tubiese el prínzipe Maurizio el poder de gobernador i comandante jeneral, i que los ofiziales al serbizio de la república iziesen nuebo juramento de obedezerle i ser fieles á los estados. Este acto demostraba que toda la autoridad soberana solo en los estados residia. Publicose inmediatamente con dos declaraziones: una, que nó era su intenzion quitar al conde de Leizester la autoridad que le abian conferido, sino la de restablezer á los gobernadores particulares en sus de-

rechos i poderes lejítimos : otra, que desaprobaban lo que se dezia en jeneral de las tropas inglesas por la traizion de algunas de ellas. «En todas las naziones, dezian, ai ombres birtuosos, i biziosos i corrompidos; i nada es mas injusto que imputar á todo un pueblo sin distinzion los sentimientos perbersos de algunos particulares.»

Mas al mismo tiempo que los estados prozedian con esta mezcla de firmeza i moderazion, desfogaron todo su resentimiento en las cartas que dirijieron á la reina i al conde. Despues de ablar de la confianza ilimitada que en este abian puesto se estendian sobre los diferentes agrabios de que tenian que quejarse.

Mucho irritaron al conde estas cartas, i procuró persuadir á la reina que eran escritas por una cabala de mal intenzionados i enemigos suyos; i que la jeneralidad estaba mui satisfecha de su gobierno. Zierto es que en los Paises Bajos abia una faczion numerosa dirijida por el clero al que Leizester se abia atraido por un zelo afectado de la relijion reformada, i por la atenzion particular que abia dado al culto público de ella; i esta faczion así bien que los partidarios que tambien en Lóndres tenia el conde contribuyeron á debilitar la impresion que en Isabel ubieran podido azer las representaziones de los estados, reprobando el uso que estos azian de su poder, i procurando inspirar en la reina prebenziones que no tenian el menor fundamento contra el prínzipe Maurizio, i los otros jefes de la confederazion : «el influjo de estos, dezia, es el que aze se estime en menos que antes la alianza de Inglaterra, i el que a despojado á la reina i al conde del afecto de los estados.» En la inzertidumbre en que la ponian de una parte las quejas de estos, i de otra lo que sus enemi.

gos le imputaban tomó Isabel el partido de embiar á Olanda al lord Buckhurst, á quien estimaba mucho por su prudenzia i gran moderazion, para que se informase en los sitios mismos en que abian ocurrido los suzesos que de tan opuesto modo se la abian pintado; i en consecuenzia prozediese á estinguir con la posible brebedad el espíritu de encono i dibision que la imprudenzia del conde abia suszitado entre los confederados. Mui luego conozió el lord la falsedad de cuanto los partidarios de Leizester abian procurado esparzir en detrimento del prínzipe Maurizio i de los estados; i que ningun motibo abia para dudar de la berdad de los echos que contenian las representaziones dirijidas á la reina: empero no quiso entrar en ninguna discusion azerca de los puntos que tenian los ánimos dibididos: aprobó en jeneral lo que los estados abian echo desde la partida de Leizester, les esortó al olbido de todo lo pasado, i les espuso las desagradables consecuenzias que podian resultar de la falta de armonía en las críticas zircunstanzias en que se allaban.

Estas esortaziones produjeron parte del efecto á que se dirijian; dado que ninguna repugnanzia manifestaron los estados en que el conde conserbase el gobierno. Al comunicárselo á la reina la aseguraba el lord que las disposiziones de los estados eran tales cuales podia desear para que subsistiese la buena union que reinaba entre S. M. i ellos; empero no la ocultó que reprobaba la conducta del conde, atribuyéndole las desabenenzias suszitadas. Si cualquier otro cortesano de Isabel ubiera merezido semejante reprobazion sin duda le castigára. Leizester se abia abrogado mas poder que el que se le confiriera: por su mala conducta abia con-

tribuido mucho á aumentar el poder del enemigo capital de su soberana: por su mala conducta i su arroganzia la abia casi desabenido con un aliado de quien abia tomado la defensa, i á quien la importaba mucho el permanezer unida. No obstante, tal era la debilidad de la reina para con su faborito, i tal el crédito de este con ella, que logró cayesen sobre el lord los efectos de la indignazion que á él amenazaban, pues logró que perdiese la grazia de su soberana, que se le pusiese preso, i en fin que se le tratase como si ubiera cometido las faltas que en Leizester reprobaba. (1)

Beia el duque con plazer las disensiones suszitadas en las probinzias marítimas; empero la triste situazion en que á las de su mando tenian el ambre i la peste, no le permitia sacar bentaja. Azia algun tiempo que la poblazion de las ziudades i campiñas meridionales disminuia prodijiosamente. Muchos se abian espatriado así por causa de relijion como por sustraerse de las talas de las tropas; i de los que se abian quedado eran pocos los que tenian trigo para sembrar, ni ganados para el cultibo de las tierras. En el año anterior casi nada abian cojido; i azia muchos que las probinzias inmediatas no abian tenido tan escasa cosecha: i aunque la Olanda i la Zelanda ubieran podido probeerlas con abundanzia; empero los estados tenian proibida toda espezie de comunicazion con la Flandes i el Brabante, i ademas apostado nabes á lo largo de las costas i á la embocadura de los rios para impedir que estas probinzias rezibiesen socorros del estranjero; con lo cual espera-

(1) Meteren, lib. 4. Bentiboglio, p. 2, lib. 4. Reidanus, lib. 6. Camden, an. 1587.

ban debilitar el ejérzito español; i forzar á las ziudades fronterizas á que bolbiesen á la confederazion que abian abandonado. Mas, ni uno ni otro logró su cruel política: ninguna ziudad dejó el partido de los españoles, i el ejérzito estubo probisto con las abundantes subsistenzias que sacó el duque así de Franzia como de Inglaterra i Alemania, aunque eszesibamente caras; i tubo particular cuidado de proporzionarlas á las ziudades mas inmediatas á las probinzias unidas.

Las calamidades que ordinariamente acompañan al ambre afiijieron particularmente á las del zentro: muchos de sus abitantes perezieron de nezesidad, i de las enfermedades contajiosas que la falta de alimentos, ó los mal sanos produzen casi siempre. En Ambéres, Bruselas i otras ziudades se beian muchas personas, no del comun, reduzidas sin embargo á mendigar públicamente por las calles, despues de aber bendido para comer sus muebles i efectos. Muchos pueblos del Brabante i la Flandes quedaron yermos; i segun istoriadores contemporáneos llegó la despoblazion de algunas partes de aquellas probinzias al estremo de que los lobos i otras fieras se multiplicasen tanto que imbadiendo los partidos bezinos deborasen á muchas personas; i que al rededor de dos millas de Gante en un partido que antes era el mas poblado i mejor cultibado de los Paises-Bajos, mas de zien desgraziados sirbieron de pasto á aquellos animales borazes.

Tal era entonzes el deplorable estado de las probinzias meridionales, que sin embargo tenian sobre las del norte la bentaja de ser mas ricas, i gobernadas por el duque de Parma, cuyo superior talento era jeneralmente reconozido. La

posizion de las probinzias marítimas era bien diferente: allabanse ajitadas por facziones, i gobernadas por quien no tenia moderazion, prudenzia, ni ninguna espezie de capazidad, aunque libres de las calamidades que aflijian las otras probinzias, i antes bien abundaban de todas las cosas nezesarias á la bida. En todas las ziudades se aumentaba tanto el bezindario que léjos de aber casas desalquiladas, continuamente se edificaban otras i se formaban nuebas calles: los abitantes acrezentaban sus riquezas á pesar de las enormes contribuziones, que diariamente azia mayores una guerra tan dispendiosa. Estas bentajas debian los olandeses á su comerzio, que si bien azia mucho tiempo que prosperaba; empero el gran número de manufactureros i mercaderes establezidos en Olanda desde que el Brabante i la Flandes se separaron de la confederazion, abia contribuido mucho á que floreziese aun mas que antes. Las calamidades que despues aflijieron á estas dos probinzias, tambien produjeron á las otras dos de Olanda i Zelanda la bentaja de serbir de asilo á flamencos i brabantinos contra el ambre i la peste de que en sus probinzias ubieran sido bíctimas. Entonzes fueron las probinzias-unidas el emporio de la mayor parte de las riquezas i de la industria que muchos siglos azia se abian fijado en los Paises-Bajos, i les abian distinguido tanto del resto de la Europa. (1)

Este estado de prosperidad las ponia en el de recuperar algunas de las ziudades que abian perdido, i es mui de estrañar que en ocho meses nada iziesen; pero la dibision intestina por una parte, i por otra, la incapazidad i ne·

(1) Meteren, l. 4, p. 433. De Thou, l. 88.

glijenzia de los que tenian las riendas del gobierno, produzian allí los mismos efectos que la peste i el ambre en las otras probinzias. En ninguna podian azerse obedezer el prínzipe Maurizio, ni aun los estados, salbo en la Olanda i Zelanda: en las demas los partidarios de Leizester contestaban i se oponian á la autoridad de aquellos; de modo que el duque de Parma, á pesar de las orribles calamidades que aflijian á las probinzias de su mando, se alló antes que los confederados en estado de continuar las operaziones de la guerra.

Ostende i la Esclusa eran las únicas ziudades importantes en Flandes que le faltaban reduzir. Resolbió sitiar la última, i para disfrutar su intento dispuso que al mando de Autepeine i del marques de Guasto marchase una dibision ázia el territorio de Belube para que creyese el enemigo, como lo creyó, que iba á dirijir allí sus fuerzas. Los estados embiaron inmediatamente al prínzipe Maurizio i al conde de Oenloe; empero el duque rodeó repentinamente su direczion ázia la Esclusa. Allase situada á poca distanzia de la costa, i se comunica con el mar por un canal capaz de las mas gruesas nabes. Este canal, que separa la Esclusa de la isla de Cadsan, aze inazesible la ziudad por norte i oczidente. El terreno de oriente se alla tan cortado por pequeños canales que reziben sus aguas del grande, que inposibilitan azercarse á la plaza, á no ser por una lengua de tierra que está al sur i conduze á Dammo i á Brujas. Está la Esclusa á zinco millas al sur de Ostende, i al norte de Flesinga; i puede rezibir socorros de la primera por tierra, i de la segunda por mar. Por lo mismo, el primer cuidado de Farnesio fué cortar á los sitiados toda comunicazion con am-

bas, i para lograrlo atacó al fuerte de Blanckemberg situado en medio del camino de la Esclusa i Ostende: la guarnizion que no esperaba un ataque tan bigoroso izo una débil resistenzia. De allí pasó el duque con parte de sus tropas á la isla de Cadsan, donde izo lebantar un fuerte en el márjen del gran canal, á menos distanzia del mar, que de la Esclusa. Por el mismo medio que con tan buen ecsito abia empleado en el sitio de Ambéres, zerró el canal con un puente de barcas fuertemente unidas entre sí, le guarnezió con mucha artillería, i gran número de soldados. Dueño de todos los canales por donde los sitiados podian rezibir socorros izo el duque sus aproches por el lado de Brujas, único aczesible; pero la umedad del terreno oponia un gran obstáculo á que se abriese la trinchera, costando un trabajo ímprobo el adelantar la obra. Para impedirlo lebantaron los sitiados un fuerte reducto del lado allá del foso. Era la guarnizion de unos mil seiszientos ombres, parte ingleses, parte olandeses, mandados por el coronel Groembelt, uno de los mas balientes ofiziales que las probinzias tenian á su serbizio. Desde el prinzipio del sitio izieron los soldados muchas salidas en que dieron pruebas de su intrepidez; pero siendo menor el daño que causaban que el que rezibian, les proibio el coronel toda salida en lo suzesibo, i aun el que pasasen del reducto. Defendieronle por algun tiempo con mucha bizarria: rechazaron muchas bezes al enemigo que intentó ganarle; empero forzados á zeder al número tubieron en fin que abandonarle i retirarse á la ziudad.

Los sitiadores adelantaban sus trincheras con el mayor bigor; mas á proporzion que se azercaban á la plaza iban encontrando mas gredoso el

terreno. Por otra parte los sitiados con su fuego continuado les mataban muchos peones i soldados: el marques de Renti, la Motte, i otros muchos de los prinzipales ofiziales fueron grabemente eridos.

El prínzipe Maurizio i el conde de Oenloe abian entrado en el Brabante; i despues de saquear muchas pequeñas ziudades, i un gran número de lugares se dirijieron á Bois-le-Duc, con la esperanza de obligar por este medio al prínzipe de Parma á que lebantase el sitio de la Esclusa. Mas, antes que ganasen el fuerte de Enjelem situado en el camino que ba á Bois-le-Duc, supieron que el conde de Leizester, á quien se esperaba con impazienzia, abia llegado á Flesinga con un refuerzo de tropas. Partió inmediatamente el prínzipe á unirsele con parte de las suyas, dejando las demas á Oenloe para que continuase la empresa proyectada contra Enjelem i Bois-le-Duc.

Berificada que fué la reunion de tropas del prínzipe con las del conde, se alló que el ejérzito confederado era con poca diferenzia igual al del duque de Parma. El 29 de junio dió la bela Leizester en Flesinga, i pocas oras despues entró en el canal de la Esclusa: reconozió el puente, los reductos i fuertes de los españoles, i tubo por imposible el forzar aquel paso: baziló algun tiempo entre intentarlo, ó retirarse, i al fin se retiró ázia Ostende con ánimo de desembarcar allí sus tropas, i conduzirlas por tierra al socorro de los sitiados; empero no mostró en esto mas balor que en aquello. Para abrirse paso asta la Esclusa nezesitaba apoderarse del fuerte de Blanckemberg, le puso sitio, prinzipio á batirle con toda su artilleria; empero con la notizia de que el duque benia á él con in-

tento de darle batalla lebantó el sitio, i se retiró prezipitadamente i de noche á Ostende, i de allí á Zelanda.

Bolbióse el duque á seguir con mas actibidad el sitio; i llegó en fin con la trinchera, á espensas de muchos trabajos, tan zerca del cuerpo de la plaza que pudo lebantar una batería con que en poco tiempo destruyó una parte considerable de la muralla; i diera el asalto sino ubiera perzibido que los sitiados abian lebantado un contramuro cubierto con una media luna mui fuerte. Esta prebision de los sitiados izo al duque que desistiese del intento de asaltar la brecha, i que prefiriese otro medio, si mas lento menos peligroso, cual fué el de zegar los fosos, i abrirse paso á la ziudad por medio de la mina, en lo que tardó tres semanas, durante las cuales, contrarestaron los sitiados cuanto pudieron todas sus operaziones.

No obstante sabian que no tenian que esperar socorro, i que el conde de Leizester tampoco esperaba el intentar con buen ecsito el llebársele; ni tenian pólbora para mas de diez ó doze oras. Abiéndose juntado seis dias antes Groembelt i los otros ofiziales, para deliberar azerca del partido que debian elejir, fueron de dictámen que no teniendo ninguna esperanza de ser socorridos, ningun desonor abria en rendir la plaza con ziertas condiziones; empero al mismo tiempo resolbieron que si estas condiziones eran desechadas pondrian fuego á la ziudad i se abririan paso con las armas en la mano por medio de las trincheras de los enemigos. Pusose por escrito esta resoluzion, i jurado por todos cumplirla se embió al conde de Leizester con los artículos de la capitulazion que abian dezidido proponer al duque de Parma. Por este me-

dio trataban los sitiados de justificar su determinazion; pero el encargado de llebarla al conde cayó en manos del enemigo al momento mismo en que atrabesaba el canal á nado. Leidos por el duque los papeles que conduzia juzgó prudente el tener consideracion con aquellos ombres cuyo balor le inspiraba zierta espezie de respeto; i sin acordarse del mal que de aquel balor abia rezibido, resolbió conzederles las condiziones con que abian dezidido rendirse; i cuando gastada toda la pólbora le embiaron diputados ofreziéndole capitular si á la guarnizion se le conzedia salir con los onores de la guerra, ninguna dificultad opuso. De mil seiszientos á mil setezientos de que se componia al prinzipio del sitio, se allaba reduzida á setezientos cuando salió de la plaza. Tambien fué grande la pérdida del enemigo, i aunque los istoriadores contemporáneos no dizen el número de muertos ni eridos, combienen todos en que la toma de la Esclusa le costó mas que la de Nuis, Grabe i Benlo, juntas. (1)

Si algo pudo consolarle de tanta pérdida fué la toma de la ziudad de Güeldres, que durante el sitio de la Esclusa le entregó un coronel escozés, llamado Paton, á quien el conde de Leizester abia dado el gobierno de ella; i despues, descontento con su conducta le amenazó de destituirle i nombrar en su lugar á un tal Stuard. Para prebenir esta afrenta entró Paton en correspondenzia con Autpeine que se allaba

(1) Estrada fija el número de los muertos i eridos, así de los sitiados como de los sitiadores; pero la descripzion que aze del sitio de la Esclusa es tan romanzesca, que no se le puede dar ningun crédito. Meteren, l. 14, p. 439.

entonzes con un cuerpo de tropas en las zercanías de Güeldres, i en seguida le entregó la plaza.

La toma de Asel, de que por sorpresa se apoderó el prínzipe Maurizio, la del fuerte de Enjelem, que el conde de Oenloe obligó á rendirse, i la derrota que este dió á los españoles en un obstinado reencuentro que tubo con Autpeine en que este perdió la bida, fueron las únicas bentajas que indemnizaron á las probinzias de las pérdidas que tubieron desde que se ligaron á la Inglaterra.

Despues de la inútil tentatiba del conde de Leizester para azer lebantar el sitio de la Esclusa, condujo sus tropas al Brabante, donde no le salió mejor la empresa de apoderarse de la ziudad i distrito de Oogstrate, que fué su última espedizion militar en los Paises-Bajos. Inmediatamente despues de este rebes pasó á Dordrecht, á donde los estados abian embiado algunos de sus miembros á rezibirle.

Nunca estubieron mas descontentos con su conducta: azia mucho tiempo que tenian motibos para sospechar que abia formado el designio de despojarles de toda su autoridad; i mui poco, que abisos ziertos les abian confirmado en sus sospechas. Una carta escrita por el conde á uno de sus secretarios que dejara en Olanda fué interzeptada: anunziabale en ella su prósima buelta á los Paises-Bajos: quejabase amargamente de lo limitado del poder que como gobernador se le abia conferido: dabale instrucziones que le encargaba comunicase á los que estaban en su secreto: i sin esplicarse abiertamente daba bien á entender que si á su buelta no obtenia una autoridad mas estensa, la reso-

luzion de la reina i la suya eran abandonar enteramente las probinzias á su mala suerte.

Cuidadosos con este descubrimiento tomaron los estados las mayores precauziones para inutilizar las maquinaziones del conde. Sin embargo por no desagradar á la reina no rompieron abiertamente con él; i sin ablarle de la carta se contentaron con esortarle á desechar los consejos que podrian darle sujetos mal intenzionados, que con el objeto de medrar sembraban por todas partes disensiones i enconos. Estas esortaziones izieron que conoziese el conde que no ignoraban los estados sus designios. Mas llebando él su disimulazion adelante, se les quejó de que faltando á su palabra restrinjian mucho la autoridad que le abian echo azeptar. Atribuyó las desgrazias acaezidas, parte á los estados mismos, i parte al prínzipe Maurizio i al conde de Oenloe: «Dezia que los estados abian descuidado probeerle de los socorros nezesarios; i que el prínzipe i el conde con diferentes pretestos abian reusado concurrir con él al buen ecsito de las empresas militares que abia formado.» Tambien sus partidarios trabajaban por su parte i azian distribuir por las probinzias diferentes escritos con estas falsas imputaziones i otras no mejor fundadas. Los estados i el prínzipe publicaron una apolojía de su conducta; i por lo que nos resta de este debate, es imposible caracterizar lo que Leizester suponia, sino como la bil tentatiba de un débil, simulado, artero que denigrando á otros, espera ocultar su propia infamia i las imprudenzias de que su conzienzia le acusaba. Tal fué el juizio que en aquel tiempo izieron los imparziales i la mayor parte de los abitantes de los Paises-Bajos. Sin embargo tenia el conde en

ellos un gran partido, que tomaba su defensa i le ayudaba en sus designios. El clero le era entonzes mas adicto que nunca, i no perdonaba á trabajo ni cuidado para induzir al pueblo á que le faboreziese; asta combocó un sínodo, de cuyos indibiduos se diputaron cuatro para que presentasen una esposizion á los estados, en que les esortaba á que atendiesen á los berdaderos intereses de la pátria i á los progresos de la relijion, aconsejándoles se abstubiesen de todo lo que pudiera alterar la concordia que reinaba entre ellos, la reina, i el conde.

Rezibieron los estados la esposizion como merezia el pretendido zelo de los que la embiaban; i en su respuesta dijeron: «No emos descuidado los importantes objetos que el clero recomienda á nuestra atenzion; ni cabe mas esactitud que la con que emos cumplido siempre los diferentes empeños que emos contraido con la reina de Inglaterra i el conde de Leizester. Tambien nosotros por nuestra parte esortamos á los ministros de la relijion, á que cuiden de no admitir entre ellos á quienes á pretesto de zelo relijioso calumnian i ultrajan groseramente á los majistrados zibiles; como izieron los que afectando un ardiente zelo por la relijion causaron su ruina en las probinzias meridionales; i seria de temer que la suzediese lo mismo en las probinzias unidas, si prontamente no se daba fin á las intelijenzias i maquinaziones de los mal intenzionados. La suerte de sus ermanos del Brabante i la Flandes puede serbir de leczion á los miembros del sínodo; los cuales nunca deben apartar de la bista que la única interbenzion que pueden tener en los asuntos públicos es la de orar por aquellos á quienes están confiados.»

Estos consejos, ni los otros medios de que los estados se balieron para ilustrar á sus conziudadanos azerca del peligro á que por su eszesiba confianza se esponian, produjeron efecto por algun tiempo. Leizester seguia en sus maquinaziones, é iba de ziudad en ziudad, sin omitir medios ni artifizios para aumentar su parzialidad. En la Frisia, en la Nord-Oland, i asta en Dordrecht i Leidem se bieron muchas personas azer sus partes, asta manifestar el mas bibo deseo de berle autorizado para oponerse á las resoluziones que ubieran podido tomar los estados, á pesar de las pruebas que tenian de su carácter despótico, imprudente é inconsiderado. En Leidem se llegó al estremo de formarse una conspirazion para entregarle aquella importante ziudad; empero descubiertos los autores, se les formó causa, se les condenó á muerte i fueron ajustiziados. La bijilanzia i actibidad de los estados, del prínzipe Maurizio i de Guillermo de Nassau, gobernador de la Frisia, impidieron tambien que en las demas ziudades se berificasen los designios de Leizester; el cual desengañado en fin de que su empresa era superior á sus fuerzas, i por otra parte fatigado de su situazion, tomó en diziembre el partido de bolberse á Inglaterra. Poco despues de su llegada, ya porque la reina se ubiese combenzido de sus injustizias i de su incapazidad, ya porque no quisiera que se bolbiese á separar de su lado, le esijió que dimitiese el gobierno de las probinzias-unidas como lo izo en 27 del mismo mes.

Empero se nezesitó mucho tiempo, trabajo, i cuidado para apagar el fuego que dejó enzendido. Las guarniziones de algunas ziudades inzitadas por sus emisarios, i acaso induzidas por

él mismo, reusaron reconozer la autoridad de los estados, i fué nezesario emplear asta la fuerza contra la de Medemblick. Por último tubieron que recurrir á Isabel para que las otras guarniziones les reconoziesen; i grazias á los buenos ofizios de aquella prudente reina, se restablezió la paz interior en todas las probinzias (1).

(1) Meteren, p. 455.

ISTORIA

DEL REINADO DE FELIPE II,

REI DE ESPAÑA.

LIBRO BIJÉSIMO PRIMO.

PRIMERA PARTE.

Deseaba Isabel que se acabasen las disensiones que reinaban en las probinzias-unidas, como que temia no tardar mucho en nezesitar los ausilios de ellas para defender su reino. En toda la Europa resonaban los formidables preparatibos que azia el rei de España con la mira de alguna empresa importante. Azia muchos meses que daba su cuidado á la construczion de nabes de estraordinaria magnitud, i á almazenar lo nezesario para equiparlas. El duque de Parma por su parte azia en Alemania, Italia i los Paises-Bajos lebas tan considerables, que se esperaba abriese la campaña la primabera siguiente al frente de un ejérzito mucho mas numeroso que cuantos asta entonzes abia tenido.

Desde el prinzipio de su reinado abia empleado Felipe la mayor parte de sus fuerzas de mar i tierra contra los turcos i las potenzias berberiscas, en someter los moros, i conquistar el Portugal; i nunca abia podido reunirlas contra los

rebeldes de los Paises-Bajos. Los socorros que les abia dado la reina de Inglaterra le tenian en gran manera desabrido, así como las empresas de los ingleses en América, que con su armada mandada por Drake saquearon i talaron muchas de sus colonias en 1585; en cuyo tiempo por tener ocupadas sus fuerzas en otras partes abia tenido que disimular, empero sin perder nunca la esperanza de bengarse. Creia que su onor i su interés esijian que se dedicara mui seriamente á proporzionar todos los medios que pudiesen contribuir á que la benganza fuera sonada; i como él se lisonjeaba dé que muchas menos fuerzas de las que pensaba emplear, bastarian para someter á los rebeldes, tenian sus preparatibos por prinzipal objeto un desembarco en Inglaterra, cuya conquista meditaba. Dudó algun tiempo, si empezaria por sujetar á los sublebados de los Paises-Bajos, ó por la conquista de Inglaterra, i esta indezision le azia reunir frecuentemente su consejo. Idiaquez, uno de sus prinzipales ministros, le aconsejó que renunziase al designio de imbadir la Inglaterra.

"La situazion de aquel reino, le dijo aquel ábil i prudente político, rodeado por todas partes del borrascoso ozéano en que la Inglaterra tiene pocos puertos: las fuerzas que le defienden: el jenio del pueblo; asta el espíritu de su gobierno, todo me induze á tener por casi imposible la conquista. La marina sola de los ingleses iguala á la de todas las demas naziones juntas, i ademas la reforzarán las nabes de las probinzias lebantadas. La armada española por mas considerable que sea, abrá de ser siempre mui inferior á la que tenga que combatir. Aun cuando se suponga que las tropas del rei sobre-

pujen los obstáculos que al desembarque se opongan, ¿quién se lisonjeará razionalmente de que podrán someter una nazion tan numerosa, ni aun conserbar por mucho tiempo la parte del reino que conquisten? Si para las conquistas mas ordinarias se nezesita en los abitantes zierta disposizion faborable al conquistador; si echa la conquista se nezesita para conserbarla tener en pie un poderoso ejérzito, debe el rei renunziar al designio de dominar la Inglaterra. ¿Puede esperar ni el mas mínimo fabor de aquel pueblo, que desde el prinzipio de su reinado le a dado bien á entender cuan odiosa le es toda espezie de yugo estranjero? El rei no ignora lo difizil que será la manutenzion de un grande ejérzito en aquel pais. Debe tener tambien presente que ademas de este ejérzito se berá nezesariamente obligado á mantener otros así para la conserbazion de sus estados ereditarios como de los ya conquistados. Y si suzediera que la Inglaterra fuese tan funesta para España como lo a sido la Flandes ¿cuán temibles no debian ser las consecuenzias de esta empresa? Mas, si el buen ecsito de ella puede tener consecuenzias que den cuidado ¿cuánto mas temibles deben ser las que tenga el malo? Entonzes no teniendo Isabel nada que temer en su pais podria sostener con todo su poder las probinzias rebeldes de los Paises-Bajos: uniria sus fuerzas marítimas á las de ellas i causarian muchos daños á las posesiones de S. M. así en Europa como en América. Soi pues de dictámen de que se abandone ó al menos se suspenda la empresa proyectada contra Inglaterra, i que todas las fuerzas de mar i tierra de España se empleen en la reduczion de los Paises-Bajos que no podrán resistir-

se á ellas por mucho tiempo; i sometidos que sean, podrá el rei emprender con buen ecsito el bengarse de la reina de Inglatarra.»

Conforme á este, fué el dictámen del duque de Parma á quien tambien consultó el rei; i aun añadió, que no se debia esperar un resultado felíz de la espedizion contra Inglaterra miéntras no se sometiesen algunos de los puertos mas considerables de la Olanda i la Zelanda que sirbiesen de retirada á la armada española.

No era el rei atrebido ni temerario: sin embargo desechó este dictámen, i persistió en la resoluzion de atacar á los ingleses en su tierra. El felíz suzeso de sus armas en Portugal i la fazilidad con que conquistó aquel reino le abian zegado. Pareziale imposible que Isabel resistiese al poderoso armamento que se proponia emplear contra ella; i creia que subyugado aquel reino los sublebados de los Paises-Bajos se berian pronto en la nezesidad de someterse, allándose pribados del único socorro estranjero que asta entonzes les abia puesto en estado de resistirle. No imajinaba que aquella conquista pudiera costarle ni tanto tiempo ni tanto trabajo como la reduczion de las probinzias rebeldes. «La Inglaterra, se dezia á sí mismo, es un pais por todas partes abierto: los ingleses demasiado confiados en su situazion local an descuidado el asegurar la defensa de su isla, fortificando sus ziudades, i lebantando en las costas, fuertes que retardasen la marcha del enemigo. Una batalla en mar i otra en tierra, dezidirán de sú suerte.» I en esta persuasion le confirmaba la incomparable superioridad de su armada sobre la que Isabel podia oponerle, i la opinion de que un ejérzito como el de la reina compuesto de ombres poco acostumbrados á pelear, i mal

disziplinados no podrian azer frente á sus beteranos conduzidos por los mas ábiles jenerales i mas balientes ofiziales del mundo entero.

Si consideraba el estado actual de la Europa, beia que las otras potenzias que podrian mirar con ojos zelosos su empresa no querrian ni podrian oponerse á ella. Los soberanos del norte estaban todos ocupados en el gobierno interior de sus estados: el emperador era su amigo i aliado: el rei de Franzia, el mas interesado en oponerse á su designio, bazilaba en su trono, conmobido por las turbulenzias de sus basallos rebeldes.

Empero en nada contribuyó mas á confirmarle en su proyecto que la aprobazion de Sisto V. Este pontífize estimaba mucho á Isabel, admiraba sus cualidades, empero la consideraba como el enemigo mas formidable que en ningun tiempo ubiese tenido su iglesia entre las testas coronadas; no porque se la pudiese tachar de aber tratado á sus basallos católicos con la crueldad que Felipe á los suyos protestantes en los Paises Bajos; empero abia contribuido con todo su poder á aniquilar el catolizismo en todos los paises de Europa, gobernados por prínzipes sobre los cuales tenia algun aszendiente. Por otra parte azia mas de treinta años que abia sido el único apoyo de los protestantes así en Alemania como en Franzia i los Paises-Bajos. Por su dilijenzia abia sido el culto católico abolido así en Escozia como en sus propios estados; i no contenta con aber pribado á la desgraziada María Stuardo de la libertad, izola morir en un cadalso en birtud de un pretendido juizio jurídico, que en berdad abia ella misma dictado, i por el cual fué condenada como culpable de alta traizion. Este

prozeder desaprobado por protestantes i católicos, abia irritado mucho al pontífize; empero acaso era menos el interés de la relijion que el suyo propio el que le mobia. Abia sido la Inglaterra el mas ermoso floron de la triple corona, i se lisonjeaba de que el buen ecsito de la empresa de Felipe restituiria á la santa sede la obedienzia de los ingleses; por lo que no solo le esortó á perseberar en su designio, sino que le dió las mayores seguridades de ayudarle con todo su poder. Déjase conozer cuanto lisonjearia la banidad de Felipe el tener tal aliado, cuando el deseo de pasar por el defensor de la iglesia romana era, despues del de aumentar sus dominios, i multiplicar los zetros, el mas biolento que abrigaba su pecho.

Dedicado enteramente á probeer lo nezesario para azelerar la ejecuzion de su proyecto, nada omitia para asegurar el buen resultado: i para sorprender á Isabel, i que el destino del armamento permaneziese ignorado, se balió de cuantos medios pudo: dezia «que parte destinaba contra los olandeses, i parte á la defensa de las colonias de América.»

Era Isabel demasiado sagaz para dejarse engañar de los artifizios de un prínzipe cuya doblez conozia tan bien. Con intento de oponerse á aquellos grandes preparatibos, embió al prinzipio de la primabera una escuadra á cruzar en las costas de España, al mando de Franzisco Drake, el cual dispersó las nabes que el rei embió á combatirle; tomó ó quemó casi ziento cargadas de muniziones i bíberes destinados á la armada; puso fuego en el puerto mismo de Cádiz á dos grandes galeones ricamente cargados; i dando despues la bela ázia las Azores, se apoderó de una carraca que benia de las Indias

orientales, i se bolbió á Inglaterra cargado de riquezas. Esta felíz espedizion produjo el efecto que Isabel se propuso: imposibilitó que Felipe ejecutase su empresa, i le obligó á diferirla asta el año siguiente.

A pesar de estas ostilidades disimulaba Felipe su resentimiento, i afectó tener muchos deseos de terminar por una negoziazion las diferenzias que tenia con la Inglaterra; i aun encargó al duque de Parma que lo propusiese á la reina. Ninguna aparienzia abia de que esta se dejase engañar por aquel nuebo artifizio; empero disimulando á su bez parezió caer en el lazo, finjió creer que el destino de la armada era el que Felipe dezia, se mostró mui dispuesta á entrar en negoziazion, i aun azeptó la mediazion del rei de Dinamarca; i para dar á su prozeder mayor aparienzia de sinzeridad encargó á su embiado zerca de los estados de las probinzias-unidas que les representase cuan nezesario les era poner fin á la guerra, i les estrechase eficazmente á embiar tambien sus diputados á Bourbourg donde debia abrirse el congreso.

Esta proposizion dió mucho cuidado á los estados: creyeron que para desbiar la tempestad que á la reina amenazaba queria sacrificar la confederazion á su seguridad; i llegaron asta sospechar que intentaba entregar al rei las plazas que los estados la abian dado en terzeria. Para calmar Isabel estos temores les izo asegurar que su intenzion no era abandonarlos, ni consentir ninguna proposizion que España la iziese contraria á los intereses de ellos.

Sin embargo, no la fué posible persuadirles á que embiasen diputados á Bourbourg; « nosotros conozemos, le dezian, toda la fuerza de

las razones del embiado de V. M. para determinarnos á que pensemos seriamente en la paz: sentimos que el espíritu de discordia se aya introduzido en algunas ziudades de la confederazion. Las fuerzas de mar i tierra que el rei prepara llaman mucho nuestro cuidado; empero nuestra situazion aunque crítica i mala bajo ziertos respectos no es sin embargo desesperada: estamos en posesion de mas de sesenta ziudades ó fortalezas, i todas en estado de azer una bigorosa resistenzia. En los dos años que nos a gobernado el conde de Leizester, añadian, an produzido las contribuziones ocho millones de florines; i bajo un sabio gobierno podriamos continuar no solo subbiniendo á los mismos gastos sino aun á otros mayores. Empero aun cuando nuestro estado fuese realmente tan deplorable como muchos se empeñan en que se crea, aun no seria para nosotros un motibo razonable para tratar con el rei de España, enteramente dezidido á nunca conzedernos las únicas condiziones que nuestras conzienzias i seguridad nos permitirian azeptar. La esperienzia nos a enseñado las perniziosas consecuenzias que resultarian de que embiasemos diputados al congreso. El resultado seria azer que dudasen barias personas de la estabilidad del actual gobierno; de cuya duda podria seguirse que unos mudasen de relijion i otros abandonasen el pais. Aria tambien que los católicos así bien que los protestantes se animasen á resistirse al pago de las contribuziones que les correspondiesen: los primeros deseando azelerar por este medio la paz; los segundos retirarse al estranjero. Entonzes se allarian el ejérzito i la armada mal pagados, i reusarian obedezer; i los comandantes de las ziudades i nabes tratarian

de su propia seguridad, tendrian intelijenzias con el enemigo; la traizion, las sediziones i la confusion lo trastornarian todo, i no serian poderosos los estados ni la reina para impedir que el pueblo azeptase las condiziones de paz que el rei quisiese imponer.»

Conozió Isabel los justos motibos porque los estados no embiaban sus diputados al congreso; mas en cuanto á ella no barió la resoluzion de embiar los suyos. Abrieronse las conferenzias i se izieron muchas proposiziones, aunque ninguna sinzera, por los ministros del rei, i sin esperanza de acomodo por los de la reina, aunque aquellos aseguraron que nunca abia tenido su amo intenzion de imbadir la Inglaterra. Cuando se reflesiona azerca de la durazion del congreso, que no se disolbió asta que la armada de Felipe entró en la Mancha, pareze probable que Isabel dió algun crédito á las protestas que éste la azia.

Sin embargo, tales artifizios no impidieron que la reina dedicase sus conatos á poner su reino en estado de defensa. Abiause lebantado ochenta mil ombres de que se compusieron diferentes cuerpos: uno de beinte mil se distribuyó á lo largo de las costas meridionales: otro de beinte i dos mil infantes i mil caballos acampó en Tilburi en el condado de Esses, al mando del conde de Leizester con destino á cubrir la capital: el ejerzito prinzipal compuesto de unos treinta i siete mil ombres, á las órdenes del Lord Unsdown tenia por objeto la guarda de la persona de la reina, i debia acudir á do quiera que el enemigo pareziese inclinarse á desembarcar. En estas zircunstanzias creyó Isabel que no debia atenerse á sí ni á los indibiduos de su consejo, i nombró al Lord Grai

de Wilton, sir Franzisco Knolles, sir John Norris, sir Richard Bingham, i sir Rojer Williams, ofiziales todos de un gran mérito, para que propusiesen lo que entendieran debia azerse. Por su dictámen se fortificaron los puertos mas espuestos: reuniose la milizia nazional para ejerzitarla en el manejo del arma i las ebo-luziones militares; i en fin se resolbió que sino se podia impedir el desembarco se debastase todo el pais de al rededor, i que se ebitase llegar á una aczion jeneral antes que se reuniesen los diferentes cuerpos del ejérzito.

Al mismo tiempo que Isabel tomaba estas disposiziones por tierra, azia que se equipase con una dilijenzia increible su armada, que al prinzipio no constaba mas que de treinta nabíos, de los cuales algunos no eran ni con mucho del grandor de los del enemigo; empero compensabase esta desbentaja con la abilidad i balor de los marineros: el número de las nabes se aumentó mui pronto. El sabio gobierno de Isabel abiale granjeado la estimazion de sus basallos: todos á porfia se esmeraban en darle pruebas de su zelo por la actibidad con que trabajaban en defensa de la pátria i de la soberana. Todo odio, todo rencor contra su persona i gobierno abian desaparezido: el orror que católicos i protestantes tenian á la tiranía española era superior á cualquier otro sentimiento. Para azer á los españoles aun mas odiosos, i aumentar si era posible la abersion que solo su nombre inspiraba, se esparzieron en el público relaziones de orribles barbaridades que abian cometido tanto en América como en los Paises-Bajos. En las descripziones que de las crueldades de la inquisizion se izieron zircular en el pueblo, se emplearon los términos mas fuertes i enérjicos: pinta-

base aquel tribunal de sangre con los mas negros colores: agregabase á la pintura la lista, la descripzion, i aun la representazion de los instrumentos de tortura de que se dezia usaba para atormentar á las miserables bíctimas de su odio; i se añadia que de ellos abia un gran acopio en la armada española. En fin, artifizios i razones, de todo se izo uso para poner el pueblo en disposizion de derramar asta la última gota de sangre por la relijion, la reina i el estado. El efecto fué el que se esperaba, no solo en los protestantes sino en los católicos, quienes aunque el papa ubiese publicado una bula de escomunion contra Isabel, querian abentajarse á los protestantes en fidelidad á su soberana, i zelo por la defensa del estado. El mismo sentimiento i el mismo ardor animaba indistintamente á todos los basallos. Bieronse católicos solizitar que se les permitiese serbir de simples boluntarios, miéntras otros uniéndose á los protestantes trabajaban en el armamento de las nabes. Cada ziudad marítima apresto una, i algunas, muchas que construyeron, equiparon i armaron. La ziudad de Londres se distinguió en fabor de la causa comun: en lugar de quinze que se la pidieron dió boluntariamente el doble. La nobleza, i los que sin ser nobles bibian noblemente arrendaron cuarenta ó zincuenta, i las equiparon i armaron á sus espensas. Berdad es que todas estas nabes eran pequeñas i débiles comparadas con las de la armada española; i que aun abia otras mui poderosas razones para temer el ecsito de la guerra.

A Isabel era á quien prinzipalmente aquejaba este cuidado: treinta años abia bibido ocupada en ebitar la situazion en que entonzes se allaba; empero como sabia ocultar lo que en su

interior padezia, no dejó traslūzir temor ni tristeza. Su continente era firme i tranquilo, manifestando en todas sus disposiziones un balor que eszitaba la admirazion i el aplauso de todos sus basallos.

No eran los estados de las probinzias-unidas espectadores indiferentes de la tempestad que se azercaba; ni se tenian por menos interesados que los ingleses en tomar precauziones para librarse de ella; i así obraban como si Felipe ubiera de caer sobre ellas con todo el poder de sus armas. Tranquilizabales, no obstante, la corpulenzia de las nabes que este abia de emplear, i eran inútiles para el ataque de las costas, de la Olanda, i de la Zelanda. En este conzepto, dirijieron toda su atenzion á proporzionar á los ingleses los socorros que abrian de nezesitar, i pusieron en estado su armada compuesta de mas de ochenta nabes. A petizion de Isabel embiaron treinta á cruzar en el canal entre Calais i Douvres; mas luego que supieron que la intenzion del duque de Parma era trasportar su ejérzito á Inglaterra mandaron á Justino de Nassau, almirante de la Zelanda, que con otras treinta se uniese al lord Seimour, uno de los almirantes ingleses, i fuese á bloquear los puertos de la Flandes, en los que el duque se proponia embarcar su ejérzito.

El grueso de la armada inglesa se abia reunido en Plimouth, á las órdenes del lord Oward de Effingham, nombrado grande almirante por su balor i capazidad bien acreditados: sir Franzisco Drake, Awkin, i Frobisher serbian de bize-almirantes: eran sin duda los mejores marinos de Europa.

A prinzipios de marzo de 1588 se allaron enteramente concluidos los grandes preparati-

bos de Felipe, que desde que empezaron admiraban i tenian en duda á la Europa entera. La armada, á que no dudaron llamar LA IMBENZIBLE por la seguridad que en el ecsito tenian, se componia de ziento zincuenta nabíos, la mayor parte incomparablemente superiores en fuerza i tamaño á cuantos asta entonzes se abian construido. Montabanlos beinte i ocho mil soldados i ocho mil marineros, sin contar dos mil boluntarios de las primeras familias de España. Guarnezianla dos mil seiszientos zincuenta cañones: tenia bíberes para seis meses, i tanta probision de muniziones, que solo un rei de España, dueño de la mayor parte de las riquezas de la India i de la América ubiera podido sufragar los gastos nezesarios para acopiarlas.

Tambien estaban acabados los preparatibos del duque de Parma. Ademas de un ejérzito de treinta mil infantes i cuatro mil caballos que tenia reunidos en las inmediaziones de Nieuport i Dunkerque, abia logrado á fuerza de actibidad, trabajos i fatigas proporzionar un gran número de barcos chatos propios para el trasporte de la infantería i de la caballería; i para que los montasen, trajo los marineros nezesarios de los puertos del mar Báltico. La mayor parte de estos barcos se abian construido en Ambéres; i rezelando que de llebarlos por mar á Nieuport podrian los confederados cojerlos en la trabesía, izoles conduzir á lo largo del Escalda asta Gante, i de Gante asta Brujas por el canal que comunica con ambas ziudades. Para pasarlos de Brujas á Nieuport se abian empleado muchos miles de trabajadores. Allabase enteramente concluido este canal cuando se tubo notizia de la partida de la armada. Esperaba el duque su llegada con tanta mayor impazienzia

cuanto creia que á su bista, las nabes inglesas i olandesas que cruzaban en las costas se retirarian á sus puertos.

La armada española estubo pronta desde prinzipios de mayo, i ubiera dado la bela de la rada de Lisboa donde se abia reunido, si al momento de azerlo no ubiera asaltado á su almirante el marques de santa Cruz una calentura aguda que en pocos dias le llebó al sepulcro. Continuando la misma fatalidad, tubo la propia suerte, i al mismo tiempo, el bize-almirante duque de Paliano. Esta doble pérdida sintió mucho el rei. Era tenido el marques de santa Cruz por el mas ábil marino de su tiempo, así por su mucha esperienzia como por su gran prudenzia i balor. Por la eleczion de su suzesor se puede juzgar de la perplejidad en que se alló el rei cuando trató de nombrarle. El duque de Medinasidonia que le reemplazó, era uno de los prozeres de la nazion; empero sin conozimiento del modo de pelear en el mar, ni del arte de la nabegazion; i sin duda para que supliese su poco talento le dió el rei por bize-almirante á Recaldo, que tenia la reputazion de mui ábil marino. En estas disposiziones se perdió mucho tiempo; de modo que la armada no pudo dar la bela asta el 29 de mayo: debia tocar en la Coruña para tomar un refuerzo de tropas i muniziones. Pero desde el dia siguiente de su partida la asaltó un furioso temporal que la dispersó, maltratando algunas nabes. Sin embargo, todas menos cuatro aportaron felízmente, i fueron reparadas con tanta mas zeleridad cuanto mas menudeaban los correos que el rei embiaba para que se apresurase la partida: no obstante se pasaron muchas semanas antes que la armada se allase en estado de seguir su rumbo.

Cuando llegó á Inglaterra la notizia de este suzeso se creyó que el proyecto de imbasion no podria berificarse en aquel año ; é Isabel se lo persuadió fázilmente como que se la aseguraba que abia padezido tanto la armada en la borrasca que la era absolutamente imposible obrar. En esta persuasion izo que el secretario Waltingham diese órden al almirante para que desarmase cuatro de los mayores nabíos i los embiase á los puertos. El almirante menos crédulo, pidió que se le permitiese conserbarlos, aunque fuese á sus espensas, asta que se tubiesen notizias mas ziertas de la armada española; i para adquirirlas, él mismo se izo á la bela ; i aprobechando un biento norte se dirijió ázia la Coruña , con el designio de acabar de destruirla si la allaba en el estado que se la suponia. Mas, llegado que ubo á las costas de España, é instruido de la berdadera posizion de los españoles , abiéndose mudado el biento al sur , temió que se iziesen á la bela , i desembarcasen en Inglaterra antes que él mismo pudiese bolber. Con este anelo se restituyó prontamente á Plimouth donde dió fondo.

A poco de aber llegado supo que la armada española abia entrado en la Mancha ; inmediatamente lebó el ancla, salió del puerto, i al dia siguiente, 30 de julio, la bió que á bela tendida se iba ázia él dispuesta en forma de media luna , que de un estremo á otro cojia siete millas. Creyose por algun tiempo que la intenzion del duque era apoderarse del abra de Plimouth; i los mas ábiles de aquel tiempo sentian que si así lo iziera saliera con la empresa , i que no debió irse como lo izo del lado allá del canal. Daba alguna berosimilitud á esta opinion el que si se ubiera desembarcado en aquella parte, to-

das las fuerzas inglesas se abrian dirijido al sudoeste, i entonzes sido fázil al duque de Parma trasportar sus tropas i ejecutar su proyecto. Sin embargo, debia tenerse presente que la armada olandesa bastaba por sí sola para tener bloqueados los puertos de la Flandes, i que la inglesa ubiera podido destruir la española si ubiera entrado en el abra de Plimouth. Por otra parte si el duque de Medinasidonia ubiera desembarcado sus tropas antes que se le reuniesen las del de Parma, ubierale sido imposible tomar ningun puerto, mantenerse en él ni abanzar, teniendo al frente el ejérzito inglés mui superior al suyo. Mas, fuese lo que quisiese, si el duque pensó berdaderamente al prinzipio atacar á Plimouth, mudó mui pronto de opinion, i siguió esactamente el plan de operaziones que el rei le abia prescrito, segun el cual debia abanzar asta dar bista á las costas de Flandes; atacar las nabes inglesas i olandesas que bloqueaban los puertos de Dunkerque i de Nieuport: unirse en seguida al duque de Parma, é ir á desembarcar en Inglaterra las tropas que tenia á bordo. Conforme á estas instrucziones continuó el duque su rota, desentendiéndose de la armada inglesa, formada en batalla á lo largo de la costa, i dispuesta á combatirle.

Teniendo el lord la armada española por superior á la suya, tanto en número i tamaño de las nabes como en la copia de soldados que las montaban, juzgó prudente el ebitar una aczion jeneral, inquietarla inzesantemente, atacarla por partes, i aprobechar las ocasiones que le ofreziesen los bientos, los uracanes, las corrientes, i todas las casualidades faborables que se le presentaran para tomar las nabes que se separasen. No espero mucho: atacó en persona

al bize-almirante Recaldo, desplegando toda su destreza así en la maniobra de su nabe como en la direczion de su artillería: no descargó andanada sin efecto; en términos que la armada enemiga temió la suerte de su bize-almirante, i se reunió asta quedar las nabes bien estrechadas entre sí. Mas esto no impidió que los ingleses atacasen el mismo dia una de sus galeazas, que socorrida á tiempo por otras nabes, se libró; empero en el prezipitado mobimiento que para ello izieron dió biolentamente uno de los prinzipales galeones que llebaba á bordo parte del tesoro, con otra embarcazion, i se rompió uno de sus mástiles; despues de lo cual se quedó atras, i fué cojido por Drake, quien en el propio dia tomó un nabío de línea en que casualmente se abia prendido fuego.

En otros muchos combates llebaron siempre los ingleses lo mejor, ya por la lijereza de sus nabes, ya por la mayor abilidad de sus marineros. No eran los españoles entonzes tan diestros en la maniobra como se nezesitaba para sacar partido de unas nabes de buque tan estraordinario, que eran casi inmóbiles, miéntras las inglesas bolíijeaban continuamente al rededor de ellas. La prontitud con que se azercaban, descargaban sus andanadas i se retiraban, admiraba al enemigo. Ademas: la artillería inglesa como que sus nabes eran mas bajas no perdia tiro, en bez de que la de los españoles como que estaba mas alta perdia los suyos en el aire.

„Sin embargo, la armada española continuaba su derrota á Calais; dió fondo delante de aquella plaza, i el duque de Medinasidonia abisó al de Parma de su llegada, pidiéndole apresurase el embarco de sus tropas. Allabase

este en Brujas, é inmediatamente se transfirió á Nieuport, i dió prinzipio al embarque; empero adbirtió al almirante que segun las instruczíones que la corte le comunicara, no abia construido mas que nabes de trasporte, i no de guerra: que por consiguiente no podia salir al mar, miéntras la armada no forzara á retirarse á los buques olandeses que le zerraban el paso; i que el arriesgarse á salir del puerto antes, seria esponer su ejérzito á una ruina zierta, que llebaria infaliblemente tras sí la pérdida total de los Paises-Bajos.

Inmediatamente dió órden el de Medina-sidonia para que la armada siguiese su rumbo; mas apénas se alló á la altura de Dunkerque cuando sobrebino una calma que la impidió continuar, obligándola á estarse entre la de Olanda i la del lord Oward. Todas tres permanezieron en tal posizion hasta que ázia la media noche empezó á soplar un biento fresco. Aprobechóle el lord para poner en práctica una estratajema que le abia ocurrido la bíspera, i le salió bien. Llenó ocho nabes de pólbora, azufre, i otros combustibles; pegó fuego i les abandonó á discrezion del biento que les llebó á las diferentes dibisiones de la armada enemiga. Su zercanía difundió en ellas el terror: tubieronlas los españoles por brulotes semejantes á los famosos barcos de que se abian balido los de Ambéres: la obscuridad de la noche aumentaba el orror de aquel espectáculo: las tripulaziones así de las nabes zercanas como de las mas léjos, no pensaban mas que en los medios de sustraerse al peligro de que se creian amenazadas. Unos leban el ancla, otros cortan cables, se abandonan á los bientos i á las olas, uyen con la mayor prezipitazion i desorden, sin esaminar si el

peligro á que se esponian era mayor que el que querian ebitar; chocaronse unas con otras, i con tanta biolenzia que muchas quedaron insensibles.

Cuando al amanezer bió el lord el resultado de su ardid, el desórden de la armada enemiga, que muchos de sus nabíos estaban separados unos de otros i dispersos, resolbió atacarla. Algunos dias antes se le abian reunido las nabes equipadas por la nobleza inglesa, i las que mandaba el lord Seimour, que se abia separado de Justino de Nassau. Poderosamente ayudado por Drake i por todos los demas ofiziales, atacó el almirante inglés por muchos i diferentes puntos á la armada española, i en todos con el mismo denuedo, i la misma impetuosidad. Empezó la aczion á las cuatro de la mañana i duró asta las seis de la tarde. Defendieronse los españoles con su balor é intrepidez ordinarios; empero sin causar daño considerable á los nabíos ingleses, que siendo mucho mas pequeños estaban poco espuestos al fuego de la artillería enemiga, miéntras que la inglesa azia en los contrarios el mayor estrago: tomaron ó echaron á pique diez de los mas grandes.

La prinzipal de sus galeazas mandada por Moncada, i en la cual iban Manriquez, inspector jeneral, cuatrozientos soldados i treszientos forzados, baró zerca de Calais: perseguianla muchas pinazas inglesas sostenidas por la chalupa armada del nabío almirante, que llebaba soldados escojidos. Moncada i casi todos los españoles fueron muertos ó aogados por querer llegar á tierra: los forzados puestos en libertad, i los ingleses se apoderaron de zincuenta mil ducados que allaron en la galeaza. Solo Manriquez escapó, i fué el primero que llebó á Espa-

ña la notizia del descalabro que la armada abia padezido. Uno de sus nabíos de línea atacado bibamente por el capitan de Cross se fué á pique durante la aczion, salbandose mui pocos de los que le montaban; por los cuales se supo que abiendo propuesto uno de sus ofiziales que se rindiese pocos momentos antes de irse á fondo, rezibió por respuesta una puñalada de otro ofizial, á quien al instante cosió á puñaladas el ermano del que él acababa de matar.

Los istoriadores contemporáneos azen tambien menzion de otros dos galeones, el san Felipe i san Mateo, montados por muchos caballeros i dos ofiziales jenerales don Franziscó de Toledo, de la casa de Orgáz, i don Diego Pimentel, ermano del marques de Tomares. Despues de aber combatido al lado del almirante todo el tiempo que duró la aczion; biéndose obligados á arrojarse en las costas de Flandes, fueron cojidos por la armada olandesa. Toledo se aogó: Pimentel i toda la tripulazion á quienes perdonó la muerte durante el combate, quedaron prisioneros.

Tantos acaezimientos funestos desanimaron al duque de Medinasidonia; empero lo que mas le desesperanzaba del buen ecsito de la empresa era la superioridad que la destreza de los marineros ingleses daba á las nabes enemigas sobre las suyas, comparando las pérdidas que abia tenido desde que entró en la Mancha con la de los ingleses que no abian esperimentado mas que la de uno de sus mas pequeños buques, i al rededor de zien ombres. Conozia que la prosperidad del enemigo le animaria i aria tanto mas formidable cuanto mas bien fundada era su esperanza de alcanzar una bictoria completa: opi-

naba que si insistia en combatir con tanta desbentaja perderia el resto de la armada, ya considerablemente disminuida. Era su posizion tanto mas crítica cuanto no podia sin esponerse á los mayores peligros, ni permanezer donde estaba, ni abanzar ázia las costas de Flandes.

Entonzes debió conozerse la gran falta que Felipe abia cometido en no asegurarse algun puerto de la Zelanda antes de empezar su empresa contra la Inglaterra. Abiase imaginado aquel prínzipe altibo i presuntuoso que al azercarse su formidable armada uiria la enemiga á refujiarse en sus puertos. Los enormes gastos que abia echo para que fuese imbenzible fueron prezisamente los que causaron su ruina. La grandeza de sus nabes les azia poco á propósito para lo á que se les destinaba, ni menos se tubo cuenta al construirlas con la anchura ni con la profundidad de los mares en que se las abia de emplear. Pues dado que los ingleses no ubiesen podido atacarlas en medio del canal, empero sí oponerse, i con buen ecsito, al desembarque, supuesto que la armada olandesa, como que podia mantenerse en poco fondo, adonde era imposible que las grandes nabes españolas se azercasen, ubiera impedido que estas, i el ejerzito del duque de Parma obraran de conzierto.

No se escaparon estas consideraziones al de Medinasidonia; antes bien le izieron renunziar á la empresa contra Inglaterra; i ya solo dudaba el rumbo que tomaria para bolber á España con menos dificultad. Allárala mui grande en bolber atras; porque los ingleses le ubieran ostilizado continuamente en la Mancha, i con tanta mas bentaja cuanto el biento que soplaba era un fuerte sur, contrario á que los nabios espa-

ñoles abanzasen. Resolbióse pues el duque en retirarse por el mar del norte rodeando las islas británicas.

Conozido su designio, embió el almirante inglés al lord Seimour con parte de su armada á las costas de Flandes para que sujetase al duque de Parma; i él con la mayor parte de nabes que abia conserbado se dió á perseguir al de Medinasidonia, yendo por tres dias mui zerca de su retaguardia, mas sin atacarla por el temor de que le faltase pólbora; de que el almirantazgo por una culpable neglijenzia no le abia probisto con la abundanzia que debiera. Sin esta desgraziada zircunstanzia ubiera podido forzar á los españoles al combate, en frente de Flamboroug. Asegura Grozio, que era tal el estado de la armada española, i que á su almirante consternaban tanto la dilazion i las dificultades para bolber á España, que si se le atacara, fázilmente se rindiera; empero la nezesidad en que se alló el lord Oward de dar la buelta á Inglaterra para probeerse de muniziones, escusó al duque un paso tan indecoroso.

Tenia en berdad mui justo motibo el lord para quejarse amargamente de aquella neglijenzia que le imposibilitaba el completar la gloria que su prudente i azertada conducta le abia ya granjeado. No obstante, su fortuna estubo en no poder diferir por mas tiempo su buelta, pues miéntras la daba se lebantó una furiosa tempestad, que si bien causó poco daño á su armada izo arto difizil su entrada en los puertos. No así la española, que despues del temporal quedó en tal estado, que á los ingleses mismos causó tanta compasion como temor i espanto les inspiró á su llegada. Antes que la asaltase la tempestad se abian reunido i apiñado sus nabes, temiendo

que los ingleses las atacasen. Esta precauzion se combirtió contra ellas durante la tormenta, i fué la prinzipal causa de su desastre: impelidas biolentamente por las olas unas contra otras, fueron muchas las que se abrieron i undieron: las demas se dispersaron. Para mejor poder resistir el ímpetu de las olas i los bientos arrojaron al mar caballos i mulos, i casi todo el bagaje; pero esto solo aprobechó á las mas grandes nabes: la mayor parte de las otras, perezieron de ellas contra las rocas de la Noruega, i de ellas tragadas por las olas en medio del ozéano. Algunas fueron arrojadas á las costas de Escozia i de las islas oczidentales. Mas de treinta fueron embestidas por otra borrasca que benia del oeste, i echadas á las costas de Irlanda, donde casi todas naufragaron. Los de las tripulaziones que pudieron llegar á tierra fueron atrozmente muertos por los irlandeses, que para autorizar su barbarie dezian: «que ubiera sido peligrosa la clemenzia con tantos enemigos, en un pais en que abia tantos católicos descontentos.» Los que escaparon del furor de las olas los bolbió á España, aunque en el estado mas lastimoso, el bize-almirante Recaldo. El duque de Medinasidonia pudo conserbarse en alta mar, se libró del naufrajio, i abordó á san Andres de Bizcaya á fines de setiembre.

Aun esperimentaron nuebas desgrazias los españoles al llegar á su pátria: casualmente se prendió fuego en dos galeones que escaparon del temporal, i quedaron reduzidos á zenizas en el puerto mismo en que se abian refujiado. De la nobleza que boluntariamente se alistó para aquella funesta espedizion, perezieron muchos en el mar, i muchos de los que belbieron enfermaron i murieron. Abituados á bibir en los plazeres, en

la inaczion i en la abundanzia se rindieron á las fatigas i á los males que abian tenido que sufrir.

No combienen los istoriadores en la pérdida total que tubo España: azenla unos subir á treinta i dos nabíos i diez mil ombres; otros sin dezidirse sobre el número de ombres, que dizen no aber podido ser menor que el de quinze mil, aseguran que perdió mas de ochenta nabes, entre tomadas, destruidas i perdidas (1). No bien se supo la desgrazia en España, cuando la consternazion se difundió por toda ella: apénas abia familia distinguida que no tubiese que bestir luto; de modo que temiendo el rei el efecto que podia produzir en el pueblo la bista de aquel duelo casi jeneral, publicó un edicto, como lo abian echo los romanos en igual zircunstanzia, acortando la durazion (2).

Miéntras los españoles lloraban su desastre, los ingleses i olandeses se daban á la mas biba alegría: i para perpetuar la memoria del felíz suzeso que la causaba se acuñaron medallas en Olanda; i así como en Inglaterra, se señalaron muchos dias para dar á Dios solemnes acziones de grazias. Biose á Isabel ir á la iglesia de san Pablo en una espezie de carro triunfal, rodeada de sus ministros, i de los señores de su corte, i en medio de los pabellones i estandartes cojidos al enemigo. En todas las calles de la carrera estaban tendidas tropas de paisanos armados. Ni fueron solos los ingleses i olandeses los que se regozijaron de la ruina de la armada españo-

(1) El presidente de Thou que bibia entonzes no determina cual de estas dos relaziones es mas digna de crédito: oi es imposible dezidirlo.

(2) Meteren, l. 14. Grotius, ist. l. 1. Campana, década 7, l. 1. Ferreras i de Thou.

la; la Europa entera temia que Felipe lograse su empresa; dado que aunque no fuera de suponer que ubiese formado el quimérico proyecto de la monarquía unibersal; empero sí que no se abria limitado á la conquista de la Inglaterra i la Olanda, pues se sabia que mucho tiempo antes conzibió el designio, que aun despues tentó de ejecutar, de apoderarse del reino de Franzia. Podiase tambien pensar que socolor de serbir la relijion que profesaba, i el de estirpar de la Europa el protestantismo, ubiera satisfecho su ambizion, conquistando los diferentes estados que abian dejado por el nuebo culto, el católico romano.

Cuanto mas eszesiba era su ambizion tanto mas mortificada quedó entonzes; empero como poseia en el mas alto grado el arte de ocultar lo que en su interior pasaba, rezibió la nueba de su desgrazia con todas las aparienzias de la mayor resignazion en la boluntad de Dios; i asta le dió públicamente grazias de que el mal no fuese mayor. Espidió las órdenes mas estrechas para que se cuidase con el mayor esmero á los enfermos i eridos que abian sobrebibido á la desgrazia: no proibió al duque de Medinasidonia que bolbiese á la corte, como lo dijeron muchos istoriadores; antes por el contrario le escribió en los términos mas amistosos, manifestándole su gratitud por el zelo con que le abia serbido, i notando que nadie podia responder de una empresa cuyo ecsito dependia del capricho de los bientos i las olas (1).

No fué menos justo con el duque de Parma; que á pesar de todas las pruebas de actibidad, de balor, i aun de balor eroico que abia dado

(1) Ferreras, part. 15. Strada, l. 5.

en todas ocasiones, fué por muchos acusado de aber tenido parte de la culpa del mal ecsito de la empresa. Achacabanle unos neglijenzia en los preparatibos que se le abian encargado: otros demasiada prudenzia i aun timidez; empero Felipe ningun caso izo de imputaziones tan injustas, como mal fundadas, ni disminuyó en lo mas mínimo la gran confianza que en el duque tubo siempre: antes bien le renobó las seguridades de su estimazion i amistad, al mismo tiempo que le manifestaba lo mui satisfecho que se allaba de su gobierno, desde que le confió el de los Paises-Bajos. Es berdad tambien que la mayor falta que se abia cometido abia estado en no adoptar la opinion del duque, dado que nadie era mas interesado en el logro de la espedizion; pues si la armada ubiera abierto paso á sus tropas, siendo él el único encargado de las operaziones de ella, abria podido desembolber en todo su brillo, los grandes talentos militares que ya le abian granjeado tanta gloria i echo digno de la gran reputazion de que gozaba.

Tenia el duque tanto mas motibo para contar con la bictoria, si el desembarco se iziera, cuanto eran menos el balor i talentos del conde de Leizester, para desempeñar el grabe cargo de jeneral en jefe que de sus tropas le abia Isabel conferido. La fortuna, ó mas bien la Probidenzia, la faborezió en aquella ocasion de un modo particular, i la preserbó de las funestas consecuenzias que ubiera tenido tan inescusable predileczion. Acaso será la única imprudenzia que se la pueda tachar en aquel crítico lanze; empero la capazidad, la firmeza i el balor que manifestó en toda su conducta an debido sepultar en el olbido esta falta.

ISTORIA

DEL REINADO DE FELIPE II,

REI DE ESPAÑA.

LIBRO BIJÉSIMO PRIMO.

SEGUNDA PARTE.

La situazion en que Isabel se allaba, era mui distinta de la en que abia estado desde su adbenimiento al trono. Azia algun tiempo que con la muerte de la reina de Escozia se abia librado de los cuidados que esta le daba, i con su gran prudenzia abia ademas conseguido no solo aplacar al ijo de aquella desbenturada reina, sino atraerle á sus intereses. Abia bisto reunirse sus basallos católicos i protestantes para defenderla; i abia triunfado del rei de España que era el mas implacable de sus enemigos. No teniendo ya los mismos motibos que antes para temer su gran poder, que tan en bano acababa de emplear contra ella, tampoco los tenia para temer que iziese nueba tentatiba, insistiendo en despojarla de sus estados. El impedir que Felipe iziese en ellos una imbasion abia sido el prinzipal estímulo para que la reina tomase tan por su cuenta los asuntos de los Paises-Bajos, con-

tando con que no la intentaria miéntras se allase tan ocupado en otros puntos. Mas, aunque fuera ya de aquel cuidado, ó casi libre de él, no por eso mudó la resoluzion de cumplir los empeños que con las probinzias-unidas abia contraido. Despues de la dimision de Leizester dió la reina el mando de sus tropas en Flandes al lord Willoughbi, dejando al prínzipe Maurizio el mando en jefe que los estados acababan de conferirle, no solamente por respeto á la memoria de los grandes serbizios que su padre les iziera, sino tambien por el mérito personal del ijo, que si bien no tenia mas de beinte i un años, empero merezia bajo todos respetos aquella gran confianza.

Desde su mas tierna jubentud abia dado pruebas de prudenzia i capazidad mui superiores á sus años; i toda su conducta abia confirmado á sus ziudadanos en las grandes esperanzas que de él tenian conzebidas. Si era menos moderado, i menos dueño de sí que su padre; si tenia menos abilidad para manejar los ánimos, arte difizil que Guillermo poseia en el mas alto grado; empero Maurizio le era mui superior en el de la guerra; i entonzes mas nezesitaba la confederazion de un gran jeneral que de un gran político. Desde que partió el conde de Leizester, asta el fin desgraziado de la espedizion española, ninguna ocasion se le presentó en que ejerzer sus talentos militares: las mas i mejores de sus tropas se abian embarcado en la armada de Justino de Nassau: abianse reforzado las guarniziones de las plazas marítimas, para que pudiesen azer una bigorosa resistenzia en caso de que la armada española intentase algun desembarco; de modo que las tropas que le quedaron no componian un cuerpo capaz de aprobechar la

inaczion del duque de Parma, ni de acometer ninguna empresa.

La primera ocasion que se le ofrezió fué cuando no teniendo ya el duque esperanza de conquistar la Inglaterra resolbió atacar á Berg-op-zoom, que como su nombre lo anunzia está situada en el rio de Zoom á poca distanzia de donde este desemboca en el Escalda, que separa el territorio de Berg-op-zoom de la isla de Tolen. Para asegurar el ecsito juzgó el duque nezesario apoderarse antes de aquella isla. Encargólo al conde Cárlos de Mansfeldt dándole ochozientos infantes, i órden para mas seguridad del logro de que disfrazase su marcha, aparentando dirijirla ázia Eusden. Este ardid no produjo el efecto que el duque esperaba. Abia metido el prínzipe Máurizio en Tolen i en Berg-op-zoom las tropas nezesarias para su defensa.

Cuando las aguas bajan se puede badear el rio frente de Tolen: intentólo el conde de Mansfeldt, empero el de Solms que gobernaba en la isla se abia preparado tan bien para rezibirle que le obligó á retirarse i abandonar la empresa con pérdida de casi cuatrozientos ombres. El duque por su parte abia abanzado con todo su ejérzito, i sitiado á Berg-op-zoom del lado de tierra sin obstáculo; porque teniendo los abitantes libre la comunicazion con la Olanda i la Zelanda beian con la mayor indiferenzia aquellas operaziones, como que sabian que para cortar aquella comunicazion era nezesario que tomasen dos fuertes situados entre la ziudad i el Escalda, i ambos estaban bien fortificados. Era ya octubre, i mui difizil rendirlos antes del imbierno, en el cual fuera imposible embestirlos.

Mas esto no impidió que el duque empeza-

se sus operaziones por el ataque del uno; i aun antes de tenerlas mui adelantadas conzibió la esperanza de tomarle de un modo mas pronto i fázil que á biba fuerza. Dos soldados de la guarnizion que unos azen ingleses, i otros escozeses, le ofrezieron entregarsele con tal que les diese una recompensa proporzionada á aquel serbizio. Ofreziosela el duque; mas, como sospechase de su buena fé, les esijió que confirmasen con un solemne juramento lo que le abian prometido; i que ademas consintiesen que les llebasen atados en medio de la tropa que se emplease en la ejecuzion del proyecto. La poca dificultad que tubieron en condeszender con lo que se les esijia aquietó al duque; el cual no teniendo ya ninguna desconfianza, ordenó á Leiba, uno de sus mas balientes ofiziales, que al momento que se pusiera el sol se dirijiese al fuerte con tres mil infantes. Así puntualmente se izo. Era ya noche cuando Leiba llegó con su tropa á la puerta del fuerte, que se abrió luego que los dos izieron la señal en que estaban combenidos. Apénas abrian entrado zincuenta, cuando dejaron caer el rastrillo, i los demas quedaron fuera. Conoziendo los que entraron la traizion de sus guias, inmolaranlas á su benganza, si mas ocupados del cuidado de su propia conserbazion no las dejaran escapar. La guarnizion rodeó á los españoles i degolló á los que no izo prisioneros.

Como solo sabian lo que pasaba los soldados que se allaban mas zerca del rastrillo cuando se echó, los que benian detras les impelian, de modo que les era imposible bolber atras. En este conflicto les sujirió la desesperazion el pensamiento de escalar el fuerte; empero allaron las murallas guarnezidas de soldados que les

abrasaban con sus fuegos. El desórden i la confusion aumentada por la obscuridad de la noche, acabaron su ruina : en seguida cayeron en una emboscada dispuesta por la guarnizion en que murieron muchos, i no pocos quedaron sufocados en el fango i aogados en el foso.

Despues de este descalabro empezó el duque á desconfiar de su empresa. Azia poco que abia llobido mucho : los soldados enfermaban : el terreno por el cual tenian que pasar los comboyes era tan barroso, i los caminos tan intransitables, que era casi imposible llegar asta el campo con ellos. En esta situazion resolbió el duque á mediados de nobiembre lebantar el sitio, despues de fortificar algunos pasos para impedir las escursiones que la guarnizion pudiera azer para inquietarle en la retirada. (1)

Inmediatamente despues, dió el duque cuarteles de imbierno á las tropas italianas i españolas, i embió las alemanas á las órdenes de Pedro Ernesto de Mansfeldt para que sitiase á Wachtendonck, pequeña ziudad de la alta Güeldres, mui fortificada i situada en medio de un terreno pantanoso. Las inzesantes quejas que se le daban de las talas que azia la guarnizion le mobieron á resolber que se tomara por mas que costase. Componiase de aquellos balientes soldados que el famoso Schenck abia formado : su balor é intrepidez ubieran echo banos todos los esfuerzos de Mansfeldt sino se ubiese empleado para reduzirlos un medio estraordinario. No azia mucho tiempo que un abitante de Benlo abia imbentado las bombas, de las cuales izieron uso los españoles por primera bez en aquel sitio. El asombro de sus efectos i el temor de

(1) Grotius, l. 1. Bentiboglio et Meteren, an. 1588.

que arruinaran enteramente la ziudad izo á los bezinos que por salbarla obtubiesen de la guarnizion que capitulase; mas no sin aber echo antes muchas salidas i muerto en ellas un gran número de sitiadores, de los cuales tambien perezieron muchos de las enfermedades causadas por el aire mal sano, i por la umedad del terreno.

Abiase disminuido considerablemente el ejérzito español en los sitios de Wachtendonck i de Berg-op-zoom; lo cual debia ser mui sensible á un jeneral tan actibo i emprendedor como el duque; empero aun sentia mas las dificultades que continuamente tenia que benzer para contener los soldados que mucho murmuraban porque no se les pagaba el pre. Llegaron las quejas á tal punto que no podia el duque menos de temer por su autoridad. Abia pedido repetidas bezes á España que le ausiliase con dinero, esponiendo con enerjía que si á las tropas no se pagaba con mas regularidad podrian resultar funestas consecuenzias: empero azia mucho tiempo que en Madrid se atendia menos á sus representaziones; i muchas letras que abia jirado contra la tesorería se le abian debuelto sin pagar. Consistia esto, parte en el mal estado en que el erario se allaba, agotado por los enormes gastos causados en el armamento contra Inglaterra, i parte en los zelos de los ministros españoles. Apénas podia el duque ocultar el disgusto que esto le causaba, aumentado por la decadenzia de su salud, i los síntomas de idropesía de que en efecto murió pocos años despues. (1)

Un suzeso preparado por los amaños de Lei-

(1) Meteren, p. 503.

zester le dió algunos instantes de contento i satisfaczion. Eszitadas las guarniziones de muchas ziudades por los partidarios del conde, ó descontentas porque no se las pagaba, abian manifestado el mayor desprezio á la autoridad de los estados i del prínzipe Maurizio; empero no se nezesitó mucho tiempo ni esfuerzos para azerles bolber á entrar en su obligazion; eszepto la de Jertrudemberg compuesta de zerca de mil quinientos infantes i treszientos caballos, de ellos ingleses i de ellos olandeses, la cual abia cometido mas eszesos que ninguna otra, robando cuantos barcos podian cojer los soldados sin distinzion de amigos ni enemigos; i aziendose justizia se consideraban tan delincuentes que abian perdido asta la esperanza de ser perdonados; que era lo que mas les afirmaba en la sedizion i les azia mas obstinados refractarios á las ordenes de los estados; asta el estremo de sostener abiertamente que á nadie eran responsables de su conducta mas que á la reina de Inglaterra. No obstante, el temor de que entregasen la ziudad á los españoles mobió á los estados á emplear los medios mas suabes para que desistiesen de este intento si le abian formado, i en consecuenzia les ofrezieron un perdon jeneral, i les embiaron el lord Willoughbi para que mediase con ellos, i asta les pagaron parte de lo que se les debia; empero todo fué en bano. Lanzabecchia, gobernador de Breda, que sabia las disposiziones en que se allaban, empleaba con buen ecsito sus ajentes secretos en afirmarles en la sedizion. Azianles ber que del duque de Parma podian prometerse una recompensa proporzionada al serbizio que le arian; en bez de que de la reina ni de los estados debian esperar mas que un castigo ignominioso, ó cuando menos un despre-

zio i desconfianza perpetua. Sin embargo, estubieron algun tiempo dudosos; empero cuando el duque les ofrezió pagar todo lo que se les debia, i ademas por bia de gratificazion la paga de zinco años enteros, no pudieron resistir, combinieron en entregar la plaza, i para poderlo azer mas á su salbo desarmaron á los abitantes. Sabido que fué por el prínzipe Maurizio se embarcó llebando un cuerpo de tropas i la intenzion de reduzir por fuerza á los rebeldes. Obligado á sitiarlos, no bien ubo empezado las operaziones cuando supo que el duque benia á él con fuerzas incomparablemente mayores que las suyas. En este caso, consultando mas á su prudenzia que á su balor, se retiró; i el duque entró en la ziudad i cumplió cuanto á la guarnizion abia ofrezido; i á Lanzabecchia en recompensa de tan señalado serbizio dió el gobierno. En doze años que azia que los españoles abian sido enteramente arrojados de la Olanda, Jertrudemberg era la primera ziudad que bolbia á su dominio; i esto azia al duque mas agradable la conquista. Los estados publicaron un edicto de proscripzion contra todos los que le abian fazilitado los medios; i casi todos llegaron á caer en sus manos, i padezieron la pena que su traizion merezia.

Dió el duque el mando de su ejérzito al conde de Mansfeldt para que sometiese las ziudades de Eusdem i de Romersbal, i el fuerte de Loubestein. Supieronlo el prínzipe Maurizio i el conde de Oenloe, i prozedieron con tanta actibidad i bigor que frustraron todas tres empresas.

Abia el duque buelto á Bruselas donde permanezió asta mayo que paso á Spa; i como era este el tiempo de entrar en campaña se creyó

que no iziera aquel biaje si se allára su ejérzito en estado de acometer alguna empresa digna de la gran reputazion que gozaba. (1)

Tampoco el prínzipe por su parte pudo azer mas en la ausenzia del duque que impedir al conde de Mansfeldt que iziese ninguna conquista. Los ejérzitos de ambos eran de casi igual fuerza, i ambos jenerales ebitaban con tanto cuidado el llegar á una aczion jeneral, que ni parzial la ubo que merezca referirse.

Por aquel tiempo, el bizarro, é infatigable Schenck azia á la confederazion serbizios importantes en las probinzias del interior. Abia propuesto á los estados la construczion de un fuerte en donde el Rin se dibide en dos brazos i forma la isla de Betuwe: (2) aprobaron los estados el proyecto, i le proporzionaron los medios de ejecutarle. Acabado que fué se fijó en él Schenck con las tropas de su mando; i de allí se introduzia en todos los paises zircumbezinos, aprobechando cuantas ocasiones se le presentaban de ostilizar al enemigo. Una noche sorprendió la ziudad de Bommel, situada en el Rin; i abiendo en seguida sabido que estaba en marcha un cuerpo de tropas españolas para reforzar la guarnizion de Groninga, de que Berdugo era gobernador; i que al mismo tiempo iba escoltando el dinero destinado á las pagas de la propia guarnizion, escojió tan bien un sitio en que emboscarse, i desde él se arrojó con tanto balor é intrepidez sobre la escolta que la derrotó i se llebó la conducta, sin perder siquiera un ombre. Empero lo que mas ansiaba era echar á los españoles de Nimega, de que él mismo les

(1) Grotius.
(2) Llamada antiguamente Batabius.

izo dueños años antes, estando á su serbizio. Állase esta ziudad situada á la ribera izquierda del Baal, i en pocas oras se puede ir por agua desde el fuerte de Schenck: formado pues el atrebido proyecto de tomarla por sorpresa, aze embarcar sus tropas con intento de llegar allá de noche; empero fuese casualidad, ó equibocacion, no pudo desembarcar asta la mañana, i mui zerca de la casa en que estaban reunidas muchas jentes con motibo de una boda. Al instante se difundió la alarma en la ziudad; cuyos abitantes sabian el odio que azia algun tiempo les tenia Schenck, i temian que si tomaba la ziudad la meteria á saco. Corren á las armas, i acometen por todas partes á la tropa con tal furor que la llebaron asta sus barcos á pesar de la mas balerosa resistenzia. Repetidas bezes izo Schenck los mayores esfuerzos por reazerla, pero todos en bano: se la perseguia mui de zerca, i la confusion i el desórden eran demasiados para que pudiese oir la boz de su comandante. Muchos quedaron en el sitio; i Schenck mismo fué erido, el batel en que se metió bolcado, i aogados todos los que con él entraron. Tal fué el desgraziado fin de aquel ombre intrépido, á la edad de cuarenta años. Desde que abandonó el partido de los españoles, no dejó de causarles las mayores inquietudes, ni de azerles todo el mal que pudo. (1)

Nada de interesante ocurrió en aquella campaña mas que el sitio de Rhimberg, emprendido á instanzia del elector de Colonia, que mucho deseaba bolberla á su obedienzia. Encomendole el duque al marques de Barambon. Los estados embiaron en socorro de la ziudad al coro-

(1) Bentib., p. 334.

nel Bere, ofizial de gran reputazion. Sus tropas binieron á las manos con las de Barambon: la aczion fué sangrienta, pero la bictoria quedó por Bere: entró en la plaza, i la puso en tal estado de defensa que pudiesen los abitantes conserbar por algun tiempo su libertad i su independenzia.

A fines de nobiembre bolbió el duque de Spa, i á poco de su llegada se realizaron los temores de las funestas consecuenzias que podia tener la indiferenzia con que se miraba el pago de las tropas. Un rejimiento español, de guarnizion en Courtrai se amotinó: de las quejas pasaron mui luego los soldados á las amenazas i asta reusar abiertamente obedezer á su jeneral. Pudo el duque juntar aunque con el mayor trabajo lo nezesario para pagarles; empero sintió mucho esta sedizion como que no tenia ejemplo desde que mandaba en los Paises-Bajos, i temia que arrastrase á la imitazion á las otras guarniziones.

Era fin de año, i en febrero del siguiente tubieron los españoles otra desgrazia que izo conoziese el duque cuan distinto era el prínzipe de los otros jenerales que asta entonzes le abia opuesto la confederazion: tal fué la pérdida de la importante plaza de Breda de que se apoderó Maurizio por un singular estratajema que le indicó Adrian Ban-den-Berg, patron de un barco, que probeia de turbas á la ziudad i á la guarnizion. Era gobernador Lanzabecchia, i ponia su conato en que se bisitasen con la mayor esactitud todos los barcos que allí abordasen; pero como al mismo tiempo era gobernador de Jertrudemberg, solia ausentarse dejando á su ijo el mando, i Ban-den-Berg abia obserbado que entonzes eran menos escrupulosas las bisitas; obserbazion que le sujirio la idea de apo-

derarse por sorpresa de la ziudadela. Comunicola al prínzipe; i aprobada por éste dispuso lo nezesario para la ejecuzion. Arreglose el barco de Ban-den-Berg en terminos que pudiese llebar ocultos setenta soldados escojidos, i su comandante Cárlos Araujiere, natural de Cambrai, ofizial de conozido baìor i capazidad. Cargose el barco de turbas como siempre; pero sobre un tablado, bajo el cual iban los soldados. La trabesía no era mas que de algunas millas: sin embargo mil ocurrenzias izieron que el batel no llegase á Breda sino muchos dias despues de su salida: fuele contrario el biento, los yelos retardaron su marcha, dió un golpe el batel en un banco i quedó tan maltratado, que los soldados estubieron algun tiempo con el agua á las rodillas i casi todas las probisiones se picaron. A un soldado atacó una tos biolenta, i temiendo que si continuaba les descubriese, tiró de la espada i presentándosela á sus camaradas les pedia como fabor que le matasen; pero todos quisieron mas esponerse á ser descubiertos i perezer, que manchar sus manos con la sangre de ombre tan baliente. Zesó felizmente la tos, i la entrada del agua se tapó sin que sepamos como.

El ecsito dependia de la ausenzia de Lanzabecchia, cuya bijilanzia era lo mas temible; i por lo mismo era preziso imbentar un ardid para retenerle en Jertrudemberg. Allole el prinzipe aparentando el designio de atacar aquella ziudad, i se dirijió ázia ella con sus tropas; con lo cual logró que no estubiese en Breda cuando el barco de Ban-den-Berg llegó i fué admitido en los fosos de la ziudadela Aun ebitado el primer peligro, podia ser descubierto el estratajema, i lo fuera si Ban-den Berg no se hu-

biese balido de otro. Escaseaba la turba en la ziudadela, é inmediatamente que llegó el barco se compró toda la carga: al momento se pusieron á sacarla los soldados de la guarnizion, i acudieron tantos que en poco tiempo descubrieran los tablones i el engaño, si Ban-den-Berg finjiendo allarse rendido del trabajo é incapaz de continuar ayudando á los soldados á descargar, no los entretubiese con sus cuentos, sazonados con las muchas botellas de bino que les combidó á beber, i que á este fin llebaba prebenidas. La noche les cojió bebiendo: los soldados españoles dormian ó estaban borrachos: Ban-den-Berg dió abiso al prínzipe Maurizio i al conde de Oenloe, que segun lo combenido, se abian adelantado á poca distanzia de la ziudad con el mayor silenzio, al frente de un cuerpo de tropas.

A media noche Araujiere salió con la suya del barco, la dibidió en dos trozos, i atacó á un mismo tiempo á los soldados españoles que guardaban la puerta de tierra, i á los que defendian la que conduzia de la ziudadela á la ziudad; i abiendo sido mui débil la resistenzia que le opusieron se apoderó de una i otra. Binose á el el ijo de Lanzabecchia al frente de cuarenta ó zincuenta ombres de la guarnizion; pero no pudiendo contrarestar el balor ni la intrepidez del enemigo, quedaron muertos los que no uyeron, i el comandante erido i prisionero.

No tardó el alarma en difundirse por la ziudad, cuya guarnizion era de zinco compañias de infantería italiana, i una de caballería: ofreziéronse los bezinos á unirse á ella para defender las fortificaziones i dar tiempo á que el duque fuese en su ausilio; empero los soldados no teniendo comandante en jefe que dirijiese sus operaziones abandonaron repentinamente la ziu-

dad. Entró el prínzipe en la ziudadela, i los bezinos le embiaron un trompeta ofreziéndole rendirse si les prometia que no se saquearian las casas. Aczedió el prínzipe, i solo les esijió nobenta mil florines para distribuirlos entre sus tropas.

Esta conquista que no costó al benzedor mas de un ombre, le era tanto mas apreziable cuanto que azia muchos años que aquella ziudad constituia parte del patrimonio de su familia; i por esta misma razon tubieron los abitantes menos repugnanzia en someterse. Dió el prínzipe el gobierno al baliente Araujiere, recompensó jenerosamente á Ban-den-Berg i sus marineros, i ubo tambien su recompensa para los soldados conforme al mérito de cada uno. Fué al duque mui sensible esta pérdida; é irritado contra los italianos sus paisanos, que tan cobardemente abandonaron la defensa, izo arrestar á los ofiziales, i que se les formase consejo de guerra, el cual á todos condenó á muerte; sin que el duque iziese merzed de la bida mas que á uno solo en consideracion á su corta edad. (1).

Abia sido una imprudenzia en Lanzabecchia el confiar en su ausenzia la guarda de una plaza tan importante como Breda á su ijo siendo tan jóben; mas, bien castigada quedó con la cautibidad del ijo, i con la perdida del gobierno de la ziudad; i aun juzgando el castigo menor que la culpa, él mismo añadió el de pribarse del gobierno de Jertrudemberg, renunziandole en manos del duque. Tales fueron los amargos frutos que le produjo la actibidad i dilijenzia con que antes logró corromper la guarnizion de Jertrudemberg. Fue recompensado, es berdad; empe-

(1) Grotius. Bentiboglio.

ro apénas tubo tiempo de gozar de la recompensa. Segun los prinzipios políticos i militares merezia su conducta el premio que se le dió; empero los amantes de la birtud se complazen al ber que la Probidenzia siempre justa así suele castigar al que inzita á la traizion como al que la comete.

El duque, sin embargo, tomó la resoluzion de recobrar á Breda sin dar tiempo á que el prínzipe la pusiese en estado de defensa, i embió al conde de Mansfeldt con parte de su ejérzito para que la sitiase; empero el prínzipe tan luego como la tomó la abastezió de probisiones para seis meses, i la guarnezió con mil doszientos infantes i cuatrozientos caballos. Sabido por Mansfedt mudó el intento de sitiarla en el de cortarla toda comunicazion con la probinzia de Olanda, i para ello apoderarse de una fortaleza situada en la embocadura del rio de Marck. Mas allóla tan bien fortificada, que despues de perder de seis á setezientos ombres tubo que desistir; si bien se dedicó á lebantar otra fortaleza, tambien á la embocadura del rio, i prinzipió los preparatibos del sitio de Breda. Para azerle abandonar este proyecto se dirijió el prínzipe con unos zinco mil ombres azia Nimega, con intenzion de sitiarla si el conde persistia en el de Breda.

El duque de Parma que conozia cuanto le importaba conserbar á Nimega, tan luego como supo el mobimiento que sobre ella izo el prínzipe, dió órden á Mansfeldt para que sin tardanza pasase á socorrerla. Izolo así, i conoziendo el prínzipe que no podia prinzipiar el sitio con probabilidad de buen ecsito acampó sus tropas en el Betuwe, al norte de Baal, frente de Nimega; i para impedir que el conde pasase el

rio izo fortificar las márjenes. En seguida i á bista del enemigo lebantó un fuerte reducto, que se llamó despues Knotzemberg, esactamente enfrente de Nimega; por cuyo medio pribó á la ziudad de las bentajas que asta entonzes sacara de su situazion; i ademas incomodaba mucho á los abitantes por el contínuo fuego que azia la artillería de que abia coronado el reducto. Luego que le ubo enteramente concluido, construyó un canal por medio del Betuwe, que comunicase con el Baal; asegurando así la nabegazion de los confederados, i librándoles de la nezesidad en que estaban de pasar con sus barcos zerca de Nimega. Otra gran bentaja produjo este canal á los distritos zircumbezinos, cual fué la de quedar en lo suzesibo menos espuestos á los estragos de las inundaziones; i de aquí el que combenzidos los estados de Güeldres i de Ober-Issel de lo útil que les era, manifestasen su reconozimiento al prínzipe nombrándole gobernador de ambas probinzias.

ISTORIA

DEL REINADO DE FELIPE II,

REI DE ESPAÑA.

LIBRO BIJÉSIMO SECUNDO.

PRIMERA PARTE.

Los grandes talentos del prínzipe Maurizio, i las pruebas que ya abia dado de la enerjía de su carácter, debieron combenzer á Felipe de que bastaban los Paises-Bajos para ocupar las tropas que podia mantener el estado ruinoso de sus rentas. En la mengua que en la reputazion de sus armas i de su política abia causado el mal ecsito de su empresa contra Inglaterra, i sus largos i banos esfuerzos contra las probinzias-unidas, debió aprender cuan absurdos eran los planes i conquistas por su ambizion intentadas sin aber obligado antes á sus propios basallos á bolber á la obedienzia. No es berisimil que pensase con seriedad en azer nueba tentatiba contra Inglaterra; empero no abiendo renunziado á sus proyectos ambiziosos contra la Franzia abia conserbado su union con los jefes de la liga; i á pesar de las dificultades que allaba para pagar sus tropas en los Paises-Bajos, embiaba de cuando en cuando sumas considerables á los coligados.

Estos tenian entonzes mas nezesidad que nunca de sus socorros. Inmediatamente despues del tratado de Joimbille echo por Felipe con el duque de Guisa en 1585, se bolbió á enzender el fuego de la guerra de un cabo al otro del reino entre protestantes i católicos. Sabia Enrique III los designios secretos del duque i sus partidarios: no ignoraba que no era menos contra él que contra los calbinistas, contra quien abian proyectado bolber sus armas; i como tenian fuerzas mui superiores á las suyas, i á él le fuese imposible el obrar abiertamente contra ellos, tomó el partido de ocultar su resentimiento i aczedió á la liga, con la esperanza de que declarándose protector i jefe de ella dirijiria todas las operaziones. Izieronse por su órden grandes preparatibos para seguir con bigor la guerra contra los calbinistas. Lebantaronse tres ejérzitos: tomó el rei el mando de uno: dióse otro al duque de Joyeuse contra el rei de Nabarra, i el terzero al de Guisa para que saliese al encuentro de un cuerpo de tropas alemanas que iba en socorro de los enemigos. El duque de Joyeuse perdió la batalla de Coutras i la bida en ella: el de Guisa aunque con fuerzas mui inferiores derrotó á los alemanes; i esta bictoria debida á sus azertadas disposiziones, i particularmente á su intrepidez, aumentó considerablemente el crédito que ya tenia en la estimazion del pueblo, i le aseguró la confianza de casi todos los católicos del reino. Embanezido con sus buenos suzesos, i conoziendo todo el poder de su influjo resolbió no diferir por mas tiempo el proyecto que mucho antes formara de desposeer al rei, meterle en un cláustro, i poner en su lugar al biejo i achacoso cardenal de Borbon, bajo cuyo nombre se proponia reinar,

asta que bacando el trono por falta de éste pudiese él ocuparle. Beia Enrique el abismo en que se le queria prezipitar, i para ebitar la caida recurrió al orrible medio que en su jubentud consintió se emplease contra los calbinistas en la matanza del dia de san Bartolome. Izo pues asesinar al duque de Guisa en Blois; i en su propio palazio, i por dezirlo así á su bista, á su ermano el cardenal de Lorena.

Este echo cruel, que solo la nezesidad puede disculpar, no produjo el efecto que el rei esperaba: no intimidó á sus enemigos, sino que les llenó de indignazion, i eszitó en ellos los mas beementes deseos de benganza. En París, donde el fuego de la liga abia cundido mas, rompió el pueblo las estátuas del rei: los eclesiásticos i predicadores declamaron contra él del modo mas ignominioso cubriendo de esecraziones su nombre; i la Sorbona tubo la audazia de espedir un decreto declarándole decaido de su trono. Se tomaron las armas contra él en todas las probinzias del reino; i para comandante en jefe de la liga se nombró al duque de Mayenne, no solo por ser ermano del de Guisa, sino tambien por su prudenzia i mucha capazidad.

En este estado no le quedaba á Enrique mas arbitrio que el recurrir al rei de Nabarra, á quien tantas bezes abia engañado, i aun tratado indignamente; empero este prínzipe jeneroso olbidando sus propias injurias se apresuró á marchar con su ejérzito en su socorro. Fortificado con él aun era Enrique temible á sus enemigos, i ubiera forzado mui pronto á París á que le abriera las puertas, si un fraile dominico, seduzido por sus prelados con la esperanza de ganar el zielo empapando sus manos en la sangre de su soberano, no le ubiese dado la muerte. Esta

tubo Enrique III, último de la estirpe de los Balois, la cual abia reinado treszientos años en Franzia.

Era incontestablemente el rei de Nabarra eredero de la corona: el mismo rei difunto, antes de morir, le declaró su suzesor: el ejérzito le proclamó rei, i él tomó el nombre de Enrique IV, nombre que será por siempre respetado no solo de los franzeses, sino de todos los amigos de la umanidad i de la birtud, de cualquier nazion que sean. Criado en la escuela de la adbersidad era paziente, frugal i laborioso; brabo i prudente, jeneroso i umano: tenia la noble franqueza de la senzillez, i todo el candor de la probidad mas esacta: asta sus enemigos le admiraban; i sino ganaba sus corazones, les obligaba á que respetasen sus birtudes. Jamas a ocupado trono, prínzipe con cualidades mas brillantes, mas esenziales, ni mas amables. Sin embargo, era tal la fuerza del frenesí relijioso de parte de sus basallos, tal el temor de que á imitazion de la reina en Inglaterra aboliese Enrique en Franzia el culto católico; i tal el aborrezimiento al calbinismo que Enrique profesaba, que en odio de él muchos dejaban su campo, i por retener á otros, fué nezesario darles esperanzas de que pronto entraria el rei en el gremio de la iglesia romana.

Abia en París un partido considerable que se ubiera declarado por Enrique si este ubiera abjurado el calbinismo; así como entre sus abitantes abia muchos que obraban menos por relijion que por ambizion. Otros tambien á pretesto de defender la fé, querian perpetuar la lizenzia que azia mucho tiempo reinaba, para cometer impunemente los delitos mas atrozes. Tambien la España tenia en aquella gran ziudad

muchos parziales que instigados por Mendoza, embajador de Felipe, i Cayetano, legado del papa, abian formado el proyecto de coronar á Felipe ó á Isabel su ija, como nieta de Enrique II.

El duque de Mayenne que abia adoptado por entero el plan de su ermano, se lisonjeaba de que de estos mismos partidos sacaria bentajas que le fazilitasen elebarse al trono. Ocultaba no obstante sus miras, i para tener tiempo de preparar lo nezesario al logro de ellas persuadio á la mayor parte que reconoziesen por rei al cardenal de Borbon. El rei de España que tiraba al mismo blanco que Mayenne, imitó su conducta, i por los mismos motibos dió su consentimiento para que se pusiese al cardenal en el trono.

En tanto, el ejérzito de Enrique se iba disminuyendo por dias, en términos que tubo que abandonar el sitio de París, i retirarse á Normandía para allarse mas en disposizion de rezibir los socorros que la reina de Inglaterra le abia ofrezido. Siguióle el duque de Mayenne i le atacó en sus atrincheramientos zerca de Arques; mas aunque su ejérzito era mucho mayor que el del rei fué rechazado con gran pérdida; i en seguida enteramente desecho en la batalla de Ibri. Así en estas como en otras muchas ocasiones, el balor de Enrique suplia por el número. Mayenne bolbió á París los restos de su ejérzito; pero sin estar en la ziudad mas tiempo que el nezesario para conzertar con su gobernador el duque de Nemours, los medios que combenia adoptar para defenderla en caso que fuese sitiada por el ejérzito bictorioso. Mayenne se fué en seguida á rezibir en Picardia el refuerzo de tropas que el duque de Parma le conduzia. El rei se abia adelantado ázia París, i échose due-

ño de la nabegazion del Sena i del Marne, i de todos los pasos que conduzian á la ziudad; i abiéndola despues bloqueado por todas partes no tardaron los abitantes en esperimentar los orrores del ambre.

Su situazion era lamentable; pero persistian en la resoluzion que desde el prinzipio tomaran de sufrir toda espezie de males antes que reconozer por soberano un prínzipe ereje; i en ella les arraigaban las esortaziones de los jefes de la liga apoyados con todo el crédito del embajador de España i del legado de Roma, con los discursos sediziosos de los sazerdotes, i sobre todo con los audazes decretos de la Sorbona.

Aquellos desgraziados abitantes no podian esperar socorros sino del rei de España, que entonzes les era menos faborable á ellos en partícular, i á la liga en jeneral. Lo que pasaba en Franzia ocupaba enteramente su atenzion: el cardenal de Borbon acababa de morir, i Felipe ubiera empleado de buena gana todas sus fuerzas contra Enrique si este suzeso ubiera podido fazilitar la ejecuzion del designio que abia formado de adquirir para sí ó para su ija la posesion de la monarquía franzesa, dado que mas que la relijion era la ambizion la que le mobia. Empero como abia penetrado las miras del duque de Mayenne, i conozido que no debia contar sino con la mayor oposizion de su parte i de la de todo su partido, prebió tambien que si Enrique sucumbia bajo los esfuerzos del duque, como que entonzes no nezesitarian ya los católicos de sus ausilios, olbidarian cuanto por sostenerlos abia echo, se unirian contra él en fabor del duque, i ningun probecho sacaria de los inmensos gastos que llebaba suplidos. Por estas consideraziones, i los consejos del duque de Par-

ma, se resolbió en dar largas á la guerra, i no ausiliar á la liga mas que en cuanto bastase para que Enrique no tomara demasiado aszendiente sobre ella; i esperaba que perpetuando así la guerra debilitaria igualmente ambos partidos, i que tarde ó temprano les obligaria á suscribir á las condiziones que les quisiera imponer.

En conformidad de este plan, el duque de Parma despues de aber tenido una conferenzia en Condé con el de Mayenne, no le embió mas que dos mil quinientos infantes, i ochozientos caballos; empero como este refuerzo no bastase para azer lebantar el sitio de París temió Felipe que los sitiados se desanimaran, i que si un prínzipe tan capaz como Enrique llegaba á dominar la capital no tardaria en someter el resto del reino. Para impedirlo, prefirió Felipe al partido que su prudenzia i su interés le abian echo adoptar al prinzipio, el de azer lebantar el sitio de París; i en consecuenzia dió al duque de Parma las órdenes mas positibas para que entrase en Franzia con todo su ejérzito, i la mayor zeleridad. Aunque no abia empresas por difiziles i peligrosas que fuesen, superiores ni á los talentos ni al balor del duque; sin embargo ubiera deseado que Felipe renunziara á esta. Para determinarle á ello le espuso las funestas i peligrosas consecuenzias que podrian tener su salida i la de las tropas, de los Paises-Bajos: procuró tambien llamarle la atenzion ázia lo inzierto de las bentajas que se prometia sacar del gran interés que tomaba en los negozios de Franzia. Empero Felipe á quien zegaba la ambizion, no podia renunziar á la seductora esperanza de unir la Franzia á sus dominios. Sordo pues, á todas las sabias i prudentes representaziones del duque, persistió en su resoluzion, i

todo lo que aquel pudo obtener fué que lebantado el sitio bolbiese con el ejérzito á los Paises-Bajos.

Antes de partir á esta espedizion nombró el duque al conde Pedro Ernesto de Mansfeldt gobernador de ellos en su ausenzia, i á su ijo el conde Cárlos, comandante de las pocas tropas que dejaba. En seguida se dedicó á preparar lo nezesario para benzer las grandes dificultades que esperaba allar en una empresa contra un prínzipe tan capaz como el rei de Franzia, á quien nezesitaria atacar en medio de sus estados, i que pelearia al frente de un ejérzito compuesto de una bizarra nobleza, balerosa, i casi imbenzible. No que estas consideraziones por mas poderosas que fuesen intimidasen al duque, antes por el contrario contribuian á inflamar su ardor, i azer brillar mas que asta entonzes los superiores talentos que poseia. Conozia mui bien los del ilustre ribal con quien iba á entrar en liza, i temia que contra un adbersario que gozaba de tanta reputazion, quedase obscurezida la que él abia adquirido en sus anteriores espediziones.

Tenia entonzes Enrique IV al rededor de cuarenta años, i el duque algunos mas: uno i otro se abian distinguido igualmente desde su mas tierna jubentud por su amor á las armas, é igualmente abian pasado su bida en aprender el ofizio de la guerra, i en azerla. Ambos poseian en alto grado el talento de azerse amar de sus soldados, sin perjuizio de la disziplina, ni menoscabo de su autoridad. Eran iguales en balor, é igualmente fecundos en imbentar medios i arbitrios: á un injenio mui basto unian mucho diszernimiento. Enrique era mas beemente, mas bibo, i sobre todo mas pronto en dezidirse: el

duque mas prudente i zircunspecto: dueño siempre de sus pasiones nunca se apartaba de las reglas de la prudenzia. Enrique se dejaba arrebatar con frecuenzia de su ardor i de su impetuosidad natural; i entonzes se olbidaba de sí, peleaba como un soldado, i se esponia sin nezesidad cuando no debia prozeder sino como jeneral; así era mas propio que el duque para un golpe de mano, un combate, una batalla dezisiba; mas el duque sabia mejor que él usar de ardides i estratajemas, i alcanzar el fin sin derramar sangre. No obstante esta diferenzia de caractéres i de talentos, eran ziertamente los mas grandes capitanes de su siglo, i podian compararse con los mas ilustres jenerales antiguos i modernos.

Partió el duque de Bruselas al prinzipio de agosto: era su ejérzito de catorze mil infantes i tres mil caballos. A su entrada en Franzia reunió sus prinzipales ofiziales, i les trazó el plan de conducta que debian obserbar en la espedizion á que les conduzia: espusoles cuan importante seria que pusiesen la mayor atenzion en mantener entre los soldados la mas esacta disziplina. «Los franzeses, les dijo, son naturalmente zelosos de los españoles: sospecharian que beniamos mas bien á subyugarlos que á socorrerlos sino ebitasemos todo lo que podria dar lugar á semejantes sospechas, que serian mui perjudiziales á las intenziones del rei. Así pues, ningun cuidado será eszesibo para impedir que los soldados cometan la menor biolenzia contra los abitantes. Por otra parte, el enemigo contra quien tendremos que pelear es actibo, animoso, i emprendedor; así, combendrá mucho obserbar el mayor órden en la marcha, no permitir ningun bullizio en los cuarteles, ni á los soldados

que abandonen sus banderas de dia ni de noche bajo ningun pretesto sea el que quiera. Es nezesario tambien reconozer el pais con la mayor escrupulosidad, tomar cuarteles antes que el sol se ponga, i obserbar que los soldados esten sobre las armas asta que el campo se aya puesto en estado de defensa, i fortificarlo siempre del mismo modo que si estubiesemos á bista del enemigo.»

Tenia el duque en su ejérzito muchos ofiziales de gran reputazion; empero no por eso era menos actibo ni bijilante en azer que se cumpliesen las órdenes que daba, teniendo por imprudente el poner en ellos una ziega confianza. Por los mapas que abia adquirido i las instrucziones que los naturales le daban tenia un esacto conozimiento del terreno por donde abia de pasar: á él era á quien daban cuenta de lo que notaban las dibersas partidas de descubierta que salian, i él quien señalaba los campamentos; en fin, tal era la bijilanzia con que cuidaba de todo lo que le parezia de alguna importanzia, que apénas podia contar con algunas oras de descanso entre el llegar i partir.

Para que la tropa fuese contenta, mas fuerte i bigorosa cuando nezesitase pelear, marchaba á cortas jornadas; de modo que no llegó á Meaux, diez leguas de París, asta el 23 de agosto. Allí se le juntó el duque de Mayenne con diez mil infantes i mil i quinientos caballos. A los sitiados abisó de su llegada, asegurándoles que dentro de pocos dias marcharia en su socorro.

Azia muchos dias que abian caido en el mayor abatimiento, i entonzes se allaban reduzidos al estado mas lastimoso, siendo muchos los que abian muerto de ambre, ú de las enferme-

dades que ocasionan los alimentos mal sanos. A pesar del orror que su fanatismo les inspirara contra su rei, abia sido nezesaria mucha bijilanzia del gobierno para impedirles que le abriesen las puertas; i aun sabida la llegada del duque desconfiaban poderse mantener asta el dia en que debia ir á socorrerlos. Instruido por los jefes de la liga del estado i disposiziones en que los sitiados se allaban, no difirió el duque la marcha mas que el tiempo nezesario para asegurar el logro de la empresa.

Algunas semanas azia que esperaba Enrique apoderarse de París, que llebaba cuatro meses de sitio, antes que el duque llegase: infierase cual seria su disgusto, cuando supo que estaba en Meaux. Su situazion era crítica: inzierto sobre el partido que debia tomar, repugnabale mucho el abandonar la presa en el momento mismo en que la iba á cojer. De buena gana dibidiera su ejérzito, dejando parte que continuase el bloqueo, i saliendo con el resto al encuentro de los españoles; empero azia algun tiempo que las enfermedades le abian disminuido, i temia que la parte que llebase contra el duque fuese demasiado débil para pelear con bentaja. Despues de aber dudado mucho, se resolbió al fin en lebantar el sitio, é ir con todas sus fuerzas á embestir al enemigo antes que se azercase mas á París.

Componiase el ejérzito del rei de beinte mil infantes i zinco mil caballos: adelantose asta Chelles, cuatro leguas de París, i acampó en una basta llanura, terminada por dos colinas de suabe pendiente, i separadas una de otra por el camino que ba á Meaux. El ejérzito español estaba acampado al otro lado de la colina, i fuertemente atrincherado; i en esta situazion perma-

nezieron muchos dias. Ya no nezesitaba el duque prezipitar su marcha á París; pues sus abitantes, lebantado el sitio, se abian proporzionado bíberes en las repetidas incursiones que izieron en las campiñas bezinas. El rei no se atrebia á atacar al enemigo en sus trincheras, así por la fuerza de ellas, como porque el ejérzito que las defendia era superior al suyo; empero como las enfermedades continuasen aziendo en él los mayores estragos, deseaba con ansia benir á batalla. Dizese que desafió al duque de Mayenne á que saliese del *cubil* en que se abia enzerrado, mas como tímida *raposa*, que como *leon*, proponiéndole un combate singular en que mas prontamente se dezidiesen sus pretensiones i se pusiese fin á las calamidades que aflijian al reino.

Embió el duque de Mayenne el eraldo que le abia llebado el desafio, al de Parma; que respondió sonriéndose: «bien beo que mi conducta no agrada al rei de Nabarra; mas yo acostumbro pelear cuando me pareze, i no cuando el enemigo lo desea; i añadió, que léjos de reusar la batalla él mismo la ofrezeria tan luego como juzgase que lo esijia la causa que abia ido á defender.» Farnesio retubo el ejérzito dentro de sus lineas aun otros dos dias enteros, que empleó en reconozer el terreno i esaminar como podria dar cabo á su empresa sin batalla. Formado que ubo su plan, i sin dar de el parte á Mayenne, ni á ninguno de sus ofiziales, anunzió la resoluzion que abia tomado de ofrezer la batalla. Al marques de Renti dio el mando de la banguardia compuesta de dos escuadrones de lanzeros i de toda su caballería lijera, que debia dirijirse á lo alto de la colina que separaba los dos ejerzitos, estender sus tropas, darles el frente mayor que pudiese, i despues ir bajando mui des-

pazio de la colina sin trabar combate antes de rezibir órden espresa para ello. El mando del grueso del ejérzito dió al duque de Mayenne, i el de la retaguardia al señor de la Mota. El duque no se reserbó puesto particular, para acudir adonde la nezesidad lo esijiese.

Cuando el rei supo que el ejérzito contrario azia mobimiento, i tubo algunas ideas de sus disposiziones, no dudó que el duque intentase arriesgar la batalla: la alegría brillaba en sus ojos. Ordena su ejérzito con admirable prontitud i abilidad, i espera que el enemigo acabe de bajar á la llanura para combatirle con mas igualdad.

Desplegado que ubo Renti toda la banguardia i dado á su frente bastante estension para ocultar lo que detras de ella pasaba, rezibió órden del duque para que iziese alto, i esperase al enemigo si intentaba subir la colina i buscarle. En seguida picó el duque al caballo, i á galope se fué al de Mayenne que abanzaba con el grueso del ejérzito, i tomandole por la mano con aire alegre le dijo: «Pronto se berá París libre; mas para ello nezesitamos dirijirnos á otro lado:» i le añadió, que era nezesario marchase, así bien que la Mota con la retaguardia, ázia Lagni, pequeña ziudad situada al otro lado del Marne; que ocupasen el terreno que caia puntualmente enfrente de la ziudad, i empleasen todas sus tropas en azer fuertes líneas de zircumbalazion al rededor del campo.

Izose todo así con la mayor prontitud: un foso profundo redeaba el campo, i para defenderle se lebantaron reductos, plazas de armas i otras fortificaziones, que le iziesen impenetrable, al mismo tiempo que se lebantó contra la ziudad una batería considerable.

En tanto, el marques de Renti sin moberse,

ázia muchas oras que dibertia al enemigo, el cual esperaba berle de un instante á otro bajar al llano. Mas en bez de esto izo desfilar su tropa ázia Lagni, despues de asegurar su retirada con un cuerpo escojido, mandado por un ofizial llamado Basta, colocado en un terreno cubierto de árboles, que se allaba en la colina.

Esta maniobra del marques sorprendió mucho al rei, que no sabia lo que pasaba del lado allá de ella. Cuando la bió abandonada de la caballería española, embió á que persiguiese á esta un destacamento, con encargo de atacar la retaguardia de Renti, i que al mismo tiempo se instruyese del intento del duque de Parma. Mas este destacamento, que no contaba con el de Basta, cayó en medio de él: el combate fué bibo, i duró mucho tiempo sin dezidirse: la bentaja era ya de uno ya de otro asta que en fin cada uno se bolbió á su campo. El rei pasó toda la noche sin sabér nada azerca de las operaziones del enemigo. No suponia que un jeneral tan prudente como el duque ubiese echo pasar el Marne á su ejérzito para llebarle ázia París, dejandose atras una ziudad tan fuerte como Lagni: aun mas difizil le parezia que corriendo el rio entre su ejérzito i la ziudad, i á bista de otro ejérzito bastante poderoso para atacar al suyo, ubiese formado el proyecto de sitiarla. Ello fué que asta el dia siguiente no supo el rei que el intento del duque era apoderarse de Lagni, i que todas sus maniobras no habian tenido mas objeto que disfrazar su designio para ejecutarle mas fázilmente. Sintiolo Enrique tanto mas cuanto menos posible le era impedirlo. Por todas partes beia dificultades insuperables: los españoles tenian ya su campo en tal estado de defensa que no abia esperanza de atacarle con fruto. El no

mudar de posizion era peligroso, i en zierto modo entregar al enemigo la ziudad de Lagni, cuya posesion le abria el paso asta París. Por otra parte si decampaba para socorrer á los sitiados, le dejaba libre aquel mismo paso que con su ejérzito le tenia zerrado. En este compromiso se dezidió el rei á conserbar su posizion, i embiar de cuando en cuando refuerzos á la guarnizion de Lagni.

Los españoles por su parte estrechaban el sitio cuanto podian: al llegar frente de la plaza lebantaron como dijimos una gran batería que á la mañana siguiente descubrieron. El fuego fué tan bibo i bien sostenido que en poco tiempo arruinó parte de las murallas. Poco intimidó á la guarnizion que tenia su confianza en el rio que mediaba entre la ziudad i los sitiadores; mas el duque dispuso que algunas millas por bajo de ella se echase un puente de bateles, por el qual izo que pasasen al otro lado muchos millares de sus mejores soldados, que inmediatamente que la brecha fué practicable montaron al asalto. Rezibiolos la guarnizion com mucho denuedo i los rechazó; pero una falta considerable que cometió la Fin, gobernador de la plaza, dezidió pronto de la suerte de Lagni. Por querer renobar con tropas frescas las que acababan de sostener el asalto, i no azerlo por filas, como se acostumbra, sino de una bez, se causo tal confusion entre los soldados, que adbertida por los enemigos buelben á la carga, i peleando con mas furor que antes izieron prisionero á la Fin i pasaron á cuchillo á casi toda la guarnizion. Podia Enrique ber desde su campo esta eszena, tanto mas dolorosa para él, cuanto menos podia socorrer ni á los soldados que beia degollar ni á la ziudad de que el enemigo se apoderaba.

Tomada Lagni no le quedaba al duque mas obstáculo que benzer para azercarse á París i abastezerla de bíberes, que los puentes de san Mauro i de Charenton; pero los soldados encargados de su defensa la izieron mui débil i abandonaron aquellos puntos importantes; con lo que pudieron llegar asta las puertas de la capital toda espezie de comboyes. Es mas fazil imajinar que describir la alegría de los parisienses. Beiaseles correr á bandadas al encuentro de las carretas cargadas de los bíberes que tanto nezesitaban: oiaseles azer continuamente el elojio del duque á quien llamaban su salbador i su libertador.

Nadie admiraba mas que Enrique la destreza con que el duque abia conduzido i ejecutado su empresa: mas el sentimiento que de ello tenia le aumentaba la considerazion de que si ubiera seguido el consejo que le dió la Noue de abanzar asta Claye en lugar de acampar zerca de Chelles, ubiera podido salbar á Lagny, i detener el ejérzito español; i allándose los parisienses sin esperanza de ser socorridos, se ubieran bisto forzados á abrirle las puertas.

El pesar de tan grabe yerro era tanto mayor, cuanto menor la esperanza de repararle por algun golpe brillante. El duque abia logrado su objeto: París estaba socorrido: esto era lo que se abia propuesto en su espedizion. No abia pues aparienzia de que quisiese esponer sus tropas al tranze de una batalla. Por otra parte el ejérzito del rei se abia disminuido mucho por las enfermedades i fatigas de una campaña tan larga i penosa. Talado el pais del contorno se empezaba á sentir en su campo la escasez de subsistenzias: sus rentas se allaban gastadas; i la mayor parte de la nobleza que serbia

á espensas propias, perdidas las esperanzas de forzar á los parisienses á rendirse, ni al duque de Parma á pelear, estaba mui impaziente por bolberse á sus castillos. Estas consideraziones determinaron al rei á que se retirase á san Denis, lizenziase parte de sus tropas, i á la nobleza para que probeyese á la seguridad de las probinzias que tanto le interesaba defender. No retubo consigo mas que un campo bolante, compuesto de tropas escojidas, con el cual se proponia oponerse á los progresos de las armas del enemigo durante el imbierno; mas, con tan pequeño ejérzito mal podia impedir que el duque emprendiese lo que quisiese. Con efecto solizitado por el de Mayenne i los otros jefes de la liga puso sitio á Corbeil, i la tomó por asalto, despues de aber esperimentado muchos dias la mas bigorosa resistenzia de los sitiados, i de aber perdido un gran número de sus mas balientes soldados.

Deseando conserbar una adquisizion que tan cara le abia costado propuso el duque á los jefes de la liga que dejaria en ella guarnizion de sus walones ó italianos. Acaso no llebó otro objeto en la propuesta que el de conozer cuales eran sus berdaderas disposiziones respecto del rei de España; i acaso tambien queria que si la proposizion no se azeptaba, conoziera Felipe cuantas dificultades encontraria cuando quisiera cojer el fruto del grande interés que tomaba en los negozios interiores de la Franzia; i que no sin mui poderosas razones abia procurado disuadirle de la espedizion que acababa de azer.

Empero fuese el que quisiese el objeto del duque, ello fué que rezibio una denegazion formal del de Mayenne i demas jefes: denegazion que le izo ber claramente los zelos i sospechas

que tenian: le confirmó en la opinion de que estaban las cosas mui léjos de que Felipe pudiese contar con el logro de su intento; i en la de que para ello no abia medio mejor que prolongar la guerra asta que se consumiesen las fuerzas i la pazienzia de los dos partidos. Este era el plan que como dejamos dicho, propuso el duque i adoptó el rei. En consecuenzia, i biendo que ningun partido se allaba en peligro de ser oprimido por el otro resolbió el duque bolber su ejérzito á los Paises-Bajos. Ademas concurrian muchas cosas á azerle adoptar esta determinazion: tales eran, el rigor de la estazion, las enfermedades que reinaban en su ejérzito, la falta de dinero, i la carestía de bíberes, tan escasos en su campo que muchas bezes se bió en la nezesidad de permitir á sus soldados que los adquiriesen por el pillaje. Esta condeszendenzia, á que la nezesidad le forzaba, erale tanto mas repugnante cuanto mas bien sabia lo que perjudicaba á la disziplina militar, i á los intereses i miras de Felipe, pues que tales actos no podian menos de enajenarle el amor de los pueblos.

Los jefes de la liga que abian creido que el ejérzito español no saldria de Franzia asta aber desecho enteramente las tropas del rei, no ubo cosa que no iziesen para que el duque mudase de resoluzion; mas todo fué inútil: dijoles que el estado de los negozios de los Paises-Bajos azian indispensable su buelta; i les ofrezió embiarles dinero, i dejarles tropas con que pudiesen continuar la guerra. Empero treinta mil ducados que prometia, i zinco á seis mil ombres que les dejaba eran socorros que no correspondian á las grandes esperanzas que abian conzebido de su alianza con España. Entonzes bieron claramente que á pesar del calor con que

abia parezido i aun parezia que Felipe abrazaba sus intereses, no prozedia este sino por algun motibo secreto relatibo á su ambizion : que nada distaba mas de su ánimo que el acabar la guerra; i que no contribuiria con ausilios suficientes para acabarla sino cuando estubiese seguro de recojer para sí todos los frutos de la bictoria. En estas zircunstanzias resolbieron no obstante disimular, i para ocultar mejor su disimulo azeptaron el mezquino socorro de ombres i dinero que se les ofrezia. El duque de Parma se ocupaba en los preparatibos para su partida; i como no dudaba que el rei aria cuanto pudiese para embarazar su marcha, tomó las mismas precauziones para salir de Franzia que tomara para dejar los Paises-Bajos. Izo del ejérzito cuatro dibisiones, marchando siempre con el mismo órden que si caminara al combate. La caballería lijera, continuamente reconozia la tierra, i todas las tardes se rodeaba el campo con buenos atrincheramientos.

Estas precauziones eran tanto mas prudentes cuanto mas determinado estaba el rei á no dejarle salir tranquilamente de sus estados. Para ello se dirijió Enrique ázia Compiegne á los confines de la Picardia. Inmediatamente que supo el camino que el ejérzito llebaba, inflamado del deseo de bengar las injurias rezibidas dejó á Compiegne i marchó con intento de irle inzesantemente inquietando. Aquí fué donde descubrió el rei todo su balor i prebision : boltijeando por dezirlo así continuamente al rededor del enemigo, ora le atacaba de frente cuando menos lo esperaba, ora le tomaba en flanco, i alguna bez caia sobre la retaguardia sin darle punto de reposo de dia ni de noche, i teniendole siempre en contínua alarma.

Imposible pareze que otro ubiera podido azer tanto con fuerzas tan desiguales ; pues si al ejérzito español ubiera conduzido un jeneral menos prudente i próbido que el duque de Parma, muchas bezes le ubiera desordenado i acaso alguna destruido enteramente en una marcha tan penosa, en caminos tan difiziles como los que nezesitaba pasar, i en una estazion tan destemplada. Empero la bijilanzia del duque igualaba á la actibidad del rei. En cualquier punto en que le atacaba éste, allí le encontraba dispuesto á rezibirle. Siempre llegaba el socorro casi tan pronto como empezaba el ataque. En bano los franzeses probocaban á la pelea á los españoles : su jeneral les tenia proibido todo combate que no fuera por defenderse ; de modo que aunque los franzeses formasen un ataque no por eso retardaban la marcha. En fin, llegó el duque con su ejérzito en el mejor órden á la probinzia de Enao, sin embargo de aber tenido una pérdida considerable.

ISTORIA

DEL REINADO DE FELIPE II,

REI DE ESPAÑA.

LIBRO BIJÉSIMO SECUNDO.

SEGUNDA PARTE.

Alló el duque de Parma á su llegada, que su ausenzia abia tenido los funestos resultados que abia prebisto. La espedizion que acababa de azer abia agotado el erario, i parte de las tropas que dejara en los Paises-Bajos se abian amotinado porque no se las abia podido pagar. Las de los confederados abian talado las fértiles probinzias de la Flandes i el Brabante. El prínzipe Maurizio se abia apoderado de muchas ziudades en la frontera que aunque pequeñas le abrian el camino á conquistas mas importantes.

Estos desgraziados prinzipios eran al duque tanto mas desagradables cuanto menos medios beia de reparar sus pérdidas i bengarse del enemigo. Las instrucziones que abia rezibido de España, ninguna duda le dejaban de que á Felipe ocupaban mas que nunca sus miras ambiziosas sobre Franzia. En consecuenzia se bió

prezisado á dar cuarteles de imbierno á la mayor parte de sus tropas en el Artois i el Enao, á fin de bolberlas al socorro de la liga, á la primera órden que rezibiese; empero esta disposizion dejaba casi indefensas muchas ziudades importantes, en las fronteras de las probinzias marítimas, que no teniendo guarnizion capaz de defenderlas podian fázilmente ser tomadas por los confederados. Conozidas por estos las bentajas que les ofrezia el estado de los españoles resolbieron aprobecharlas. Asta entonzes abian estado á la defensiba, i no se abian ocupado mas que en defender sus fronteras, muchas bezes sin lograrlo, i siempre con mucho trabajo. Las ridículas empresas que la ambizion de Felipe le abia echo intentar, reanimaron á los confederados, que se dedicaron con la mayor actibidad á ponerse en estado de azer con bigor la guerra ofensiba.

A prinzipios de 1591 el coronel Norris al frente de la guarnizion de Ostende i de algunas tropas inglesas se apoderó del fuerte de Blackemberg, (1) que como situado entre Ostende i la Esclusa le abrió una parte de la Flandes donde podia azer frecuentes incursiones. Poco despues otro cuerpo de los confederados sorprendió los fuertes de Turnout i de Westerloo en el Brabante. Empero estas conquistas eran de poca considerazion comparadas con las del prínzipe Maurizio, que puesto en campaña al instante que lo permitió la estazion, dió prinzipio á sus operaziones por la toma de Zutphen.

En seguida pasó á sitiar á Debenter, plaza de mucha mas importanzia que Zutphen. Abia

(1) Dábila, l. 2. Bentiboglio, l. 5, part. 2. De Thou, l. 94., sect. 6 & 7.

sido entregada á los españoles por sir William Stanlei. El coronel de Bere animado de la noble ambizion de borrar la fea nota que sus compatriotas contrajeron por aquella traizion abia solizitado con la mayor instanzia que el prínzipe Maurizio emprendiese el sitio de Debenter. En él descubrió de Bere aquel balor i grandes talentos que despues le izieron tan zélebre, i de que los istoriadores contemporáneos ablaron con tanto elojio. Él era el que bajo las órdenes del prínzipe mandaba i conduzia todas las operaziones del sitio con una prudenzia i una abilidad consumadas; de modo que todos combienen en que despues de Maurizio fué el que mas contribuyó á la rendizion de la plaza. Defendiala, i con el mayor bigor el conde de Berg, primo ermano del prínzipe; pero abiendo sido grabemente erido, i destruida la parte de la muralla del lado por donde de Bere conduzia el ataque, capituló la ziudad pocos dias despues de abierta la brecha, i los abitantes bolbieron á la obedienzia de los estados. (1)

El duque de Parma por su parte sitió el fuerte de Knotzemberg construido el año antes por el prínzipe, i que como ya bimos azia á los confederados dueños de la nabegazion del rio, tan en perjuizio de Nimega que el duque temia mucho por la suerte de plaza tan importante. Para ocultar su intento dirijió su marcha ázia el fuerte de Schenck; empero no engañó al prínzipe, que reforzó la guarnizion de Knotzemberg con tropas escojidas.

Mas aunque por la bigorosa resistenzia de los sitiados perdia Farnesio mucha jente, espe-

(1) Bentiboglio, p 350. Grot., p. 145. Meteren, p. 530.

raba forzarlos á rendirse. Temiólo tambien Maurizio, i abandonando el proyecto de apoderarse de Groninga, pasó el Waal i fué á acampar á bista de los sitiadores. No porque pensase atacar sus líneas, empresa mui superior á sus fuerzas, sino por sostener con su presenzia el balor de los sitiados, inquietar á los sitiadores, fatigarles con sus ataques, é interzeptar sus comboyes. Las tropas de ambos partidos tubieron diferentes encuentros con suerte baria. Esto duró asta que el prínzipe pudo azer uso del siguiente estratajema: abiendo puesto en emboscada un cuerpo de sus mas balientes soldados abanzó del campo de los sitiados con el conde de Solmes i el coronel de Bere al frente de algunas compañías de caballería. El duque menos prudente que acostumbraba, embió contra ellas diez compañías de caballería española é italiana: el combate fué reñido; i despues de sostenerle algun tiempo retrozedió la caballería del prínzipe, siguiendo sus órdenes, i echó á uir: la del duque la persiguió con el mayor ardor, i pasó un desfiladero estrecho i un puente. Entonzes el prínzipe reuniendo los fujitibos les bolbió al combate: al mismo tiempo salieron los emboscados, i cayeron sobre los enemigos por la espalda con la mayor impetuosidad, miéntras el prínzipe los atacaba por el frente con el mayor balor; i como el camino para la retirada estubiese zerrado, casi todos murieron ó quedaron prisioneros.

Esta desgrazia fué tanto mas sentida del duque cuanto la mayor parte de los ofiziales que abian perezido en ella eran paisanos suyos, i gran número de mui distinguido nazimiento, i en cuya suerte mucho se interesaba.

Quedó el duque casi inposibilitado de conti-

nuar el sitio por falta de caballería para asegurar los comboyes, ademas de que los progresos que abia echo eran poco considerables. No obstante, se resolbiera á continuarle, sino rezibiera del rei de España órdenes positibas para que no formase ninguna empresa, i se estubiese á la defensiba en los Paises-Bajos para tener las tropas en el mejor estado posible de azer segunda espedizion en Franzia. Abiase lisonjeado Maurizio de atacar con bentaja la retaguardia del duque en su retirada; mas izola este con tantas precauziones que no le fué posible al prínzipe causarle el menor daño ni aun al paso del Waal. Admiraba Maurizio las grandes maniobras del duque, i las estudiaba con la mayor aplicazion: i en la conducta de aquel grande ombre, que no se abergonzaba de tomar por modelo, aprendia las eszelentes lecziones que puso despues tantas bezes en práctica i con tan buen ecsito.

Abiendo pasado el Waal i probisto á la seguridad de sus tropas ordenó el duque nuebas lebas de ombres en Alemania, Polonia i los Paises-Bajos, i en seguida partió á las aguas de Spa. Inmediatamente despues embarcó el prínzipe cuatro mil infantes i seiszientos caballos, i fué á desembarcar en la parte de la Flandes, llamada el pais de Waes, i bloquear la ziudad de Ulst. Sabido por Mondragon, gobernador de Ambéres, reunió las tropas acuarteladas en las ziudades mas inmediatas, i marchó al frente de ellas con intento de obligar al prínzipe á que lebantase el sitio. Abiale prebenido Maurizio abriendo los diques, i zerrando así todos los pasos para llegar asta él. La guarnizion era flaca, la ziudad mal probista de biberes i muniziones: zircunstanzias que sabidas por el prínzipe le

abian determinado á sitiarla; i así fué que la guarnizion no opuso mas que una débil resistenzia i capituló. Inmediatamente despues de reduzida Ulst bolbió el prínzipe á Knotzemberg, i como sabia que en aquel distrito no abia ejérzito español echó un puente en el Waal, i puso sitio á Nimega. Componiase la guarnizion de alemanes i walones, que izieron muchas salidas i dificultaron los aproches. Si los abitantes la ayudaran fuera preziso mucho tiempo i trabajo para rendir la plaza, por otra parte mui fortificada i de grande estension; pero azia algun tiempo que el prínzipe tenia intelijenzias con los prinzipales bezinos, i el pueblo estaba mui descontento con el gobierno español; de modo que cuando bió la ziudad que Maurizio se allaba en disposizion de sostenerla, se lebantó, i pidió á la guarnizion, en aquel tono en que se esije, que pusiese fin á sus calamidades capitulando. Sintiéndose la guarnizion sin fuerzas para resistir á los abitantes i al enemigo, tomó el partido de consentir en lo que no podia negar. Fué Maurizio rezibido en Nimega no como un benzedor que les abia sometido por la fuerza de las armas sino como su libertador que iba á romper las pesadas cadenas que les oprimian. Conzedieronse á Nimega los mismos pribilejios de que gozaban las demas ziudades de la confederazion: quitóse el gobierno á los católicos, i se debolbió á los protestantes; pero sin castigar á aquellos por el mucho tiempo que abian mantenido el gobierno español.

La adquisizion de Nimega era demasiado importante para que el prínzipe Maurizio no rezibiese de los estados, á su llegada al Aya donde se trasladó despues de conquistada aquella plaza, los testimonios del mas bibo reconozi-

miento, i las seguridades de la mas sinzera adesion. La prudenzia con que abia conzertado sus empresas, i la zeleridad i bigor con que las abia ejecutado, le granjearon en toda la Europa el mayor renombre, al mismo tiempo que sus ziudadanos conzibieron las mayores esperanzas para lo suzesibo.

El estado de estos era entonzes mui diferente del que abia sido en tiempos pasados, i aun desde que la confederazion se abia formado: abiales aflijido una série de toda espezie de calamidades: grandes disensiones intestinas les abian tenido en una ajitazion contínua, i dado lugar á que reinase la confusion i el desórden. La bezindad de un enemigo actibo i emprendedor, i los designios pérfidos de aquellos en cuyas manos abian puesto las riendas del gobierno, les abian causado las mas bibas inquietudes. Todos estos males abian desaparezido; ya no reinaba la discordia; el enemigo estaba contenido i distante; las fronteras de las probinzias estendidas i defendidas con plazas bien fortificadas ó con rios nabegables, por cuyo medio podian sacar bentaja de la superioridad de sus fuerzas marítimas; léjos toda sospecha en la fidelidad de los que les gobernaban: asta la pérdida del prínzipe de Oranje estaba reparada por el mérito estraordinario de su ijo.

Empero lo que mas contribuia á que conzibiesen la esperanza de un dichoso porbenir era la zertidumbre que tenian de que Felipe se allaba entonzes mas ocupado que nunca en los negozios de la Franzia. Siguiendo el plan que abia adoptado para adquirir la soberanía de aquel reino, no abia dado á los coligados despues de la partida del duque de Parma, sino los socorros absolutamente nezesarios para im-

pedir que el partido contrario les oprimiese. Mas, á proporzion que se iba disminuyendo en el pueblo el crédito de la liga, en la misma proporzion se iba aumentando el de Enrique: su balor, su gran capazidad, i sobre todo su clemenzia i la bondad de su corazon abian conquistado un gran número de sus basallos rebeldes. Los protestantes de Alemania i la reina de Inglaterra se interesaban por él entonzes mas que nunca. Azia muchos meses que era dueño de la campaña, i el ejérzito de la liga no osaba ponerse delante del suyo, que constaba de unos treinta mil ombres entre infantería i caballería. Teniale empleado poco azia en el sitio de Ruan: el señor de Billars mandaba en la plaza; i para defenderla, ademas del mayor i mas intrépido balor, se balia de todos los recursos del arte. A pesar de esto no podia razionalmente lisonjearse de conserbarla mucho tiempo contra un ejérzito tan considerable mandado por un maestro en el arte de la guerra como Enrique IV. El duque de Mayenne i los otros jefes prebiendo que la pérdida de aquella plaza seria un golpe funesto para su partido nada omitieron para socorrerla; empero no teniendo un ejérzito arto poderoso para atacar al del rei, ocurrieron al de España, estrechándole eficazmente á fin de que emplease sus fuerzas en azer lebantar el sitio: representaronle que si no les embiaba un pronto socorro, la pérdida de aquella ziudad arrastraria tras sí la de todas las otras que estaban en poder de la liga. Estas solizitudes bien apoyadas por los ajentes de Felipe en Franzia, mobieron al rei á que mandase al duque iziera todos los preparatibos nezesarios para allarse en estado de pasar segunda bez á aquel reino con todas sus fuerzas.

Con efecto para mediados de diziembre ya estaban los preparatibos acabados, i el 20 puesto el duque en marcha al frente de su ejérzito; tomando las mismas precauziones que la bez primera. Fué el de Mayenne á reunírsele en la Picardia con un refuerzo, i se alló que el ejérzito subia á beinte i zinco mil infantes i seis mil caballos.

Como caminaba á cortas jornadas no llegó á la Normandía asta fin de enero. Estaba ya Ruan en el último estremo. Instruido Enrique de que el duque se azercaba no quiso esperarle en sus líneas, ni abandonar su empresa, i resolbió dejar en ellas la infantería para que continuase el sitio, i adelantarse con la caballería ázia el ejérzito español. No era su intento combatirle, sino inzesantemente incomodarle, i por este medio retardar su marcha lo bastante para que los sitiados capitularan antes que llegase.

Nadie mas á propósito que Enrique para la empresa atrebida i peligrosa que iba á acometer. Su balor no tenia límites: era actibo, i bijilante; empero acontezia que dejándose arrebatar de su natural intrepidez, i sin dar nada á la prudenzia ni reparar en el peligro se prezipitaba en él como pudiera un simple soldado: no obraba como combenia á un jeneral, i á un rei, sino á un simple ofizial. Así se condujo cuando marchando con toda su caballería al encuentro del ejérzito enemigo tomó la delantera con treszientos, ó cuatrozientos caballos. Mas, cuando no lo esperaba encontró los batidores de aquel zerca de la ziudad de Aumale; i si bien los rechazó fázilmente, dictaba la prudenzia que se retirase. Empero el ejérzito se descubria, i antes de tomar este partido quiso esaminar el órden que obserbaba en su marcha. Embia el duque

contra él la caballería lijera : esperala el rei, i pelea como un desesperado por mucho tiempo, sin abandonar el combate asta que fué erido, i muchos de sus soldados i ofiziales muertos á su lado. Si el duque no ubiera temido una zelada ubiera podido cortarle. Mayenne le estrechó á ello con las mayores instanzias, pero inútilmente ; i cuando despues se le imputaba que abia perdido la mejor ocasion de azer á Enrique prisionero, respondia : « yo estaba en que peleando con el rei de Nabarra peleaba con un gran jeneral, i no con un simple capitan de caballería. Nada tengo de que reprenderme. »

Luego que se le izo la cura, i pudo bolber á montar, bolbió á seguir su designio de inquietar al enemigo en su marcha ; empero con mas cordura. Sus ataques no eran menos frecuentes ni menos bigorosos: igualmente actibo, igualmente infatigable tenia al duque en una contínua alarma. Ubo muchas escaramuzas con baria fortuna ; empero la gran bijilanzia del duque, i la esacta disziplina de sus tropas impidieron que esperimentasen ninguna pérdida considerable. Su marcha, es berdad, padezia mucho retraso, i tenia mucho motibo para temer que los sitiados se allaran obligados á capitular antes que él llegase.

Toda la abilidad é intrépido balor de Billars fué nezesario para que el sitio durase tanto. Tan léjos estaba de pensar en rendir la plaza, que aspiraba á la gloria de forzar al rei á que lebantase el sitio sin el ausilio de los españoles. Con esta intenzion abia resuelto aprobecharse de la ausenzia de Enrique para azer una salida al frente de toda la guarnizion. Nunca se dio ataque conduzido con mas prudenzia ni ejecutado con mas intrepidez : murieron muchos

de los sitiadores, i el comandante en jefe, mariscal de Biron, fué erido: las trincheras se zegaron, arruinaronse las baterías, muchos cañones se clabaron i echaron en los fosos, i una gran porzion de probisiones i muniziones de los sitiadores fueron destruidas ó conduzidas á la ziudad. No obstante tubo Billars que zeder i refujiarse en sus muros. Entró en ellos; empero con la esperanza de que despues del descalabro que acababan los sitiadores de padezer, i los daños que les acababa de causar, podria resistirles aun muchos meses si se le reforzase la guarnizion.

Instruyó Billars inmediatamente al duque de la mudanza que acababa de azerse en su posizion, i al mismo tiempo le aconsejaba que bolbiese sus armas ázia cualquier otra parte de la Franzia donde pudiesen emplearse con mas utilidad de la causa comun. Acusósele de aber dado este consejo por banidad, i con la esperanza de llebarse él solo la gloria de aber saibado á Ruan. El duque se allaba á dos jornadas de la ziudad: juntó consejo de guerra para tratar de lo que combendria azer en cuanto al parte que acababa de rezibir.

No opinaba Farnesio que combenia seguir el consejo de Billars; sino que era nezesario ir sin tardanza á los sitiadores i sin darles tiempo para recobrarse: que todabia se les allaria en el desórden i la confusion: que si por el contrario se contentaban con embiar á Billars el refuerzo que pedia, proseguiria el rei de Nabarra las operaziones del sitio, i con mas bigor que antes, al momento que el ejerzito se apartase. El duque de Mayenne i la nobleza franzesa, menos atrebidos en esta ocasion que el jeneral español, fueron de opinion contraria: espusieron que no

obstante el desastre que acababa de padezer el enemigo seria mui peligroso atacarle en sus líneas : que su caballería era mui numerosa i bendria en su socorro, i que seria nezesario á un mismo tiempo atacar el campo i defenderse de ella : que ademas, la nobleza que serbia en el ejérzito de Enrique solo por la gloria i á espensas propias, perdiendo la esperanza de adquirirla en una batalla, podria cansarse de la dilazion del sitio, particularmente en una estazion tan rigurosa, i retirarse á su casa : que entonzes seria cuando el duque podria atacar al rei con mas probabilidad de buen ecsito : que miéntras llegaba aquel momento faborable podria emplearse el ejérzito en alguna otra empresa, ó meterle en cuarteles de imbierno, de los que saldria fresco i bigoroso para lo que se le nezesitase. Empero el duque de Mayenne ¿daba de buena fé este dictámen, ó no le daba sino porque temia que el de Parma tomase demasiada superioridad sobre el rei? Las razones en que se fundaba ningun poder tenian para Farnesio; antes bien creia que no se debia dejar escapar la ocasion faborable que se presentaba, ni abandonar un suzeso zierto por otro benidero, i dudoso. Empero como lo que se le proponia era tan conforme á la opinion en que estaba de que era interés del rei de España el que se alargase la guerra, condeszendió con ello, embió á los sitiados un refuerzo de ochozientos ombres escojidos, i bolbió su ejérzito á la Picardia donde sitió á la pequeña ziudad de Rue.

Luego que partió el ejérzito, bolbió Enrique á su campo; i con la artillería i muniziones que rezibió de Olanda, se alló en estado de continuar el sitio con mas bigor.

En poco tiempo se bieron los sitiados en si-

tuacion mas crítica i penosa que antes. El mismo Billars á pesar de toda su presunzion se alló en nezesidad de dezir al duque de Parma que sino iba en su socorro antes que entrase abril se beria forzado á capitular. Tambien el duque de Mayenne abia mudado de opinion, i léjos de insistir en la que abia tenido pedia eficazmente al de Parma que siguiendo su primer proyecto fuese prontamente con todas sus fuerzas en socorro de los sitiados. Aczedió éste con tanta mas fazilidad cuanto sabia que la caballería de Enrique se abia disminuido mas de la mitad como lo abia predicho el de Mayenne. En consecuenzia dejó á Rue, i tomó con su ejérzito la buelta de Ruan, marchando con tanta dilijenzia que en seis dias andubo tanto como en beinte cuando entró en Franzia.

Su zercanía sorprendió al rei tanto como le fué desagradable, dado que iban á frustrarsele sus esperanzas. Conozia que si se obstinaba en permanezer en su puesto se esponia á ser atacado á un mismo tiempo por la guarnizion que se componia de soldados mui balientes, i por el ejérzito español. Una rebista esacta del suyo le izo conozer cuan inferior era al del enemigo, i desistió de la idea que formó al prinzipio de salir al encuentro al duque; tomando el partido que le parezió preferible en aquellas zircunstanzias de lebantar el sitio, que durára zinco meses, como lo izo el 22 de abril, retirandose al Pont de l'Arche, resuelto á esperar allí la buelta de su nobleza. En tanto se adelantó el duque asta Ruan donde entró en triunfo. A instanzia del de Mayenne i de los otros jefes pasó con su ejérzito á sitiar á Caudebec, que segun se le dezia, era nezesario reduzir para asegurar enteramente la restaurazion de Ruan.

Quiso el duque de Parma reconozer por sí la plaza como lo tenia de costumbre ; i ocupado en esaminar las fortificaziones i señalar los sitios en que abian de colocarse las baterías, fué erido de una bala que le entró en el brazo un poco por bajo del codo, i por entre las carnes deszendió asta la muñeca i allí se detubo. Sin mostrar la mas mínima alterazion, sin que en su semblante se descubriese conmozion alguna, sin mudar de talento ni de boz continuó dando sus órdenes con la misma tranquilidad i la misma presenzia de ánimo. Ni su ijo, ni cuantos le rodeaban pudieron conseguir que se retirase asta despues que ubo dado sus disposiziones. Para descubrir por donde la bala abia ido, fueron nezesarias tres inzisiones : la erida i los dolores de la operazion le suszitaron una calentura biolenta que le tubo en cama muchos dias. En poco estubo que este aczidente no fuese funesto á su ejérzito i á la liga. El sitio continuó como él lo abia prescrito i los sitiados tubieron que capitular. Mas, al prinzipio no cuidó el duque de asegurar su retirada : única falta de esta espezie de que se le pueda acusar. Caudebec está situada en el pais de Caux del que es capital : este pais es una espezie de península formada por las aguas del Sena al oeste, el mar i el rio de Eu, ó el Bresse al norte i al este. Siendo Enrique dueño de las ziudades de Eu, Arques, i Dieppe lo era de la entrada del pais por el lado del este; de modo que el ejérzito español tenia zerrada la salida, ora quisiese azerla atrabesando el rio, ora tomando al mediodia i bolbiendo por el mismo camino que abia llebado. Los muchos dias que abia permanezido á los alrededores de Caudebec, despues de tomada, teniéndolos por ne-

zesarios para el restablezimiento de la salud del general, le abian puesto en este apuro.

Nada omitió Enrique para sacar de él cuantas bentajas pudiese. Inmediatamente que lebantó el sitio de Ruan embió órden á la nobleza para que fuese á reunirsele, i ella obedezió con aquel ardor tan propio de la nobleza franzesa; de modo que en pocos dias se alló con un ejérzito de diez i siete mil infantes, i de siete á ocho mil caballos. El 30 de abril dejó á Pont de l'Arche, i el mismo dia fué á campar á bista del enemigo, apostado en Ibetot, á tres ó cuatro millas de Caudebec.

Atrincheróse Enrique en su campo, de modo que no pudiese el enemigo forzarle á pelear, i despues se apoderó de todos los desfiladeros por los cuales ubiera podido aquel escaparse. En muchos encuentros mui bibos en que los soldados de ambos ejérzitos dieron pruebas de su balor é intrepidez, se derramó mucha sangre: los de Enrique fueron muchas bezes rechazados; empero ninguna echados de sus puestos: en fin, ellos se colocaron tan bien que los españoles se allaron enzerrados en términos que les era imposible escaparse. Quinze dias azia que se allaban así: abian consumido casi todas sus subsistenzias; i Enrique se entregaba ya á la lisonjera esperanza de que dentro de pocos se beria todo el ejérzito en la nezesidad de rendirse.

Era preziso un injenio, i un talento tan imbentibo como el del duque para sacar al ejérzito del peligro en que se allaba. Entrar en el pais de Caux, teniendo tan zerca de sí un enemigo tan actibo i capaz como Enrique IV fué una falta que no podian disculpar ni las urjentes instanzias de los jefes de la liga, ni la ignoran-

zia del terreno, ni aun la esperanza de tomar á Caudebec antes que el enemigo llegase; empero èl modo con que salió del mal paso en que su imprudenzia le abia metido, debe azer olbidarla: en aquella ocasion ostentó toda la fuerza i bigor de su ánimo, toda su capazidad, su bijilanzia i su actibidad.

Inmediatamente que sanó de su erida, i que tomó un esacto conozimiento de la posizion i fuerzas del enemigo, juzgó que intentaria en bano atacarle en sus líneas; i que el único partido que le quedaba era atrabesar el rio. El duque de Mayenne i los otros ofiziales mas esperimentados á quienes lo propuso, lo tubieron por ìmpracticable: sabian lo difizil que era pasar á bista del enemigo un rio por poco considerable que fuese; i no alcanzaban como podia lisonjearse de azer atrabesar el Sena, tan ancho por Caudebec, á un ejérzito considerable con tantos bagajes i artillería, á bista de un enemigo tan poderoso i bijilante como el rei, i de muchos bastimentos olandeses, que allándose armados podian tambien oponerse al paso.

Tambien el duque prebeia las grandes dificultades que nezesitaria benzer para salir con su empresa; pero forzado de la nezesidad, i á falta de otros medios persistió en la resoluzion de tentar el paso.

Alejados los bastimentos olandeses por el fuego de las baterías que izo establezer á lo largo del rio, ordenó á Billars que tubiese prontos todos los bateles i barcas que se allasen en Ruan, i que iziese construir grandes balsas, capazes de transportar artillería. Al amanezer del 16 de mayo, queriendo el duque aprobechar una espesa niebla, embió su caballería ázia el campo del rei, con intenzion de que creyese que le iba á

atacar, i al mismo tiempo izo marchar la infantería ázia Caudebec, i la caballería la siguió despues de zerca. Enrique sin sospechar la intenzion del duque salió de sus líneas i se adelantó al frente de todo su ejérzito: no conzebia lo que podia estimular al enemigo á dejar su campo, para ir á ocupar un terreno mas estrecho; i lo único que le ocurria era zerrarle el paso que creia ser el único por donde podia escaparsele, i en consecuenzia fortificar su campo en términos que no le pudiese forzar á azeptar el combate.

En tanto que á Enrique ocupaba este cuidado, empleaba el duque un gran número de gastadores en lebantar dos fuertes uno enfrente de otro al marjen del rio, i les guarnezió de artillería i fusilería. Para mejor ocultar su designio al enemigo é impedir que sospechase su proyecto finjió querer estender sus cuarteles; lo que daba lugar á frecuentes escaramuzas.

Dispuestas las cosas nezesarias para la ejecuzion de su plan, las balsas i bateles que Billars abia preparado en Ruan, cuyos comerziantes abian suministrado las mas, bajaron el rio con la marea el 20 de mayo, i la misma noche se embarcaron la mayor parte de las tropas, del bagaje i de la artillería. A la madrugada del dia siguiente abiendo notado el rei que el campo enemigo no estaba como le abia bisto la bíspera, embió al baron de Biron á que le reconoziese. El baron bolbió mui luego á dezirle que los españoles pasaban el rio. Inmediatamente marchó el rei al frente de toda su caballería, i bió que se le abia escapado la presa, i que no quedaban mas que dos ó tres mil españoles tan bien atrincherados en uno de los fuertes, que seria nezesario sacrificar mucha jente para rendirlos. Izo coronar de artillería una montañuela que dominaba

el rio, i que bolbiesen prontamente de Quillebeuf donde se abian retirado los bastimentos armados de los olandeses. Mas antes que la artillería se allase en estado de disparar, i que los bastimentos llegasen, ya la retaguardia mandada por el prínzipe Renuzio, ijo del duque, abia llegado al otro lado del rio i puesto fuego á sus bateles i balsas.

Ni el rei, ni ninguno de sus ofiziales abian sospechado que se pudiese azer semejante retirada, i la persuasion en que estaban de que era imposible izo que se berificase. La disposizion del terreno que se allaba zerca de allí, tambien la faborezió mucho: su elebazion abia impedido que desde el campo franzés se biesen las operaziones del duque. Cuanto mas se abia lisonjeado Enrique de destruir el ejérzito enemigo, ó al menos azer que se rindiese, tanto mas doloroso le era el ber repentinamente frustradas sus esperanzas; pues es indudable que realizadas se ubiera allado pazífico poseedor de su reino. La posizion en que él mismo se allaba azia que le fuese aquel suzeso aun mas funesto: su infantería cansada de lo larga que fué la última campaña, pues duró asta mui adelantado el imbierno, ni podia ser empleada en perseguir al enemigo, ni en bolber á empezar el sitio de Ruan: el duque de Mayenne se abia metido en ella con un cuerpo considerable de tropas; i el de Parma tomó la buelta de los Paises-Bajos, adonde llegó poço tiempo despues (1).

Miéntras Felipe II atizaba en Franzia el fuego de la guerra reinaban en España la paz i la tranquilidad: tiempos estériles para la is-

(1) Dábila, l. 12. Bentiboglio, part. 2, l. 6. De Thou, l. 103.

toria. En muchos antes de este en que bamos, nada abia suzedido en aquel reino digno de referirse; mas en el presente acaezió un suzeso que tubo consecuenzias mui sérias, i fué acompañado de zircunstanzias que pueden dar á conozer el carácter i la bida pribada de Felipe II.

Este prínzipe no abia podido resistir á los encantos de Ana de Mendoza, prinzesa de Eboli: amabala con pasion, i creyendose correspondido izo su confidente á Antonio Perez. Éste con las frecuentes ocasiones que tenia de ber i ablar á la prinzesa, se dejó rendir del deseo de azerse amar. Logrolo, ó al menos se creyó que era el amante predilecto. En tiempo que mas se ablaba de esto fué cuando don Juan de Austria embió á Madrid, como dejamos dicho, á su amigo i confidente Escobedo para que pidiese al rei la buelta de las tropas españolas é italianas. Era Perez contrario al prínzipe, é impidió que obtubiese lo que deseaba. Escobedo en benganza instruyó al rei de lo que en público se dezia de la perfidia de su confidente. Creyolo Felipe, i su amistad con Perez se combirtió en odio implacable. No lo era menos el que tenia á Escobedo en cuanto sospechaba que sostenia á don Juan en sus ambiziosos proyectos, cuyo logro tambien le tenia rezeloso. Segun los prinzipios de aquella orrorosa política que caracterizaba á Felipe queria que pues ambos eran objeto de su odio, sirbiesen ambos uno contra otro de instrumento de su benganza. En consecuenzia, dió órden secreta á Antonio Perez para que iziese asesinar á Escobedo, i se le asesinó bien pronto; empero para que no se creyese que él abia tenido ninguna parte, permitió á la biuda é ijos de Escobedo, que persiguiesen en juizio á Perez como autor del asesinato, i á Perez escribió muchas car-

tas recomendándole la ocultazion de aquella órden; disuadiéndole de que la produjese en juizio, i asegurándole que cortaria los progresos de la causa, i los cortó en efecto; i aunque le estaba proibido á Perez el entrar en la corte seguia trabajando como antes en los diferentes negozios de la secretaría de su cargo, ya por medio de ofiziales de ella, ya por el de otras personas. Así continuó por seis años enteros; empero como la benganza de Felipe no estaba satisfecha, mandó que se le formase causa por las malbersaziones cometidas en el ejerzizio de su ministerio: izole prender, cargar de grillos, i condenar al pago de treinta mil ducados. En esta situazion se le ofrezió á aquel desbenturado la libertad, con tal que entregase todas las cartas que del rei abia rezibido relatibas al asesinato de Escobedo. Entregó algunas, i quedó libre. En seguida se continuó la causa del asesinato asta entonzes suspendida por el rei: se bolbió á prender á Perez, i se le puso á cuestion de tormento. Este rigor ninguna duda le dejó de que estaba resuelta su ruina; mas con los ausilios de su mujer i amigos se fugó de la prision i se retiró á Aragon su pátria, donde se prometia gozar de los pribilegios i derechos que la constituzion de aquel reino conzedia á los naturales. Luego que Felipe supo su ebasion embió á que le persiguiesen muchos ministros que le alcanzaron en Calatayud, le sacaron por fuerza del monasterio en que se abia refujiado i le condujeron á Zaragoza. Inmediatamente apeló Perez al tribunal del *Justizia*, que segun las leyes fundamentales del pais podia conozer de todas las sentenzias dadas en todos los negozios zibiles i eclesiásticos.

Admitió el *Justizia* la apelazion, mandó trasladar á Perez á la carzel llamada de la *manifes-*

tazion, i que se iziese saber á sus aprensores que no saldria de ella asta que su causa fuese sentenziada. A nadie era permitido entrar en aquella cárzel sin espreso permiso del Justizia; sin embargo, el marques de Almenara, procurador del rei por Aragon, forzó á mano armada las puertas, sacó al desbenturado Perez, i le metió en la cárzel de la inquisizion. Este acto de biolenzia irritó al pueblo acostumbrado á tributar el mayor respeto á aquella majistratura; i dejandose llebar del furor que le animaba corre en tropel á la prision en que Perez estaba, la fuerza, i le pone en libertad: de allí pasa á la abitazion del marques de Almenara, le llena de bituperios, le acusa de aber biolado los derechos de la libertad de su pátria, i le maltrató en términos que algunos dias despues murió de las eridas.

Restituyose á Perez á la cárzel de la manifestazion, donde estubo muchos meses. Entre tanto dispuso el birei que treze de los prinzipales juristas de Zaragoza esaminasen si el conozimiento de aquella causa correspondia al tribunal del Justizia ó al de la inquisizion. Fué su dictámen contrario á lo que esta pretendia, pues sentaron que seria una biolazion manifiesta de las libertades de Aragon el que á Perez juzgase otro tribunal que aquel á que abia apelado. Empero fuese que aquellos juristas se dejasen seduzir, ó intimidar, se retractaron despues á pretesto de que abiendo mantenido el preso correspondenzia secreta con el rei de Franzia, que era ereje, solo á la inquisizion tocaba el conozer de todo lo que podia interesar á la relijion.

Mas el Justizia sin tener miramiento á esta última dezision mantubo sus derechos, i reusó entregar el preso. Recurrió el birei á la fuerza,

se puso al frente de un considerable número de familiares del santo ofizio, rompió las puertas de la cárzel, izo cargar de grillos al preso, i llebar en triunfo á la de la inquisizion. Buelbese á lebantar el pueblo, i á poner en libertad á Perez; que inmediatamente salió de la ziudad, se refujió en Franzia, i dió al rei notizias interesantes de los designios i medios de la corte de España.

No quiso perder Felipe la ocasion que le ofrezia aquella espezie de sedizion para azer que los aragoneses conoziesen lo poco en que tenia los derechos i pribilejios de que tan zelosos eran. En consecuenzia de esta resoluzion formó un ejérzito de tropas que estaban acuarteladas en diferentes puntos en Castilla, i dió el mando á Alfonso Bargas con órden de que con la mayor zeleridad marchase ázia Zaragoza, sin dar tiempo á los aragoneses para que se pusiesen en defensa. Al mismo tiempo azia que se dibulgase que aquel ejérzito se destinaba á socorrer los católicos de Franzia. Empero sabedores los aragoneses por abisos que tubieron de su berdadero destino se prepararon para resistir. El Justizia Lanuza juntó los prinzipales de Zaragoza, i les leyó la lei fundamental que prescribe: «que los aragoneses tienen el derecho de oponerse por la fuerza á la entrada de toda tropa estranjera en su pais, aun cuando el mismo rei se allase á su frente.» En consecuenzia se dezidió por unanimidad el tomar las armas para impedir á los castellanos mandados por Bargas que entrasen en Aragon.

De este acuerdo se embió copia á todas las ziudades: los abitantes de Zaragoza acudian á bandadas á alistarse bajo los estandartes de la libertad que acababan de desplegarse. Empero no

tenian jefe que les condujese ; los abitantes de las otras ziudades no llegaron á tiempo de sostenerlos, ni los zaragozanos tubieron el nezesario para probeer á su defensa; esto , i la llegada de Bargas antes de lo que se creia, les aterró, é izo que depusiesen las armas i le abriesen las puertas. Arrestó Bargas á los prinzipales de la ziudad que no abian podido uir ; entre los cuales fueron el marques de Billaermosa , el conde de Aranda , i el Justizia : á los dos primeros embió á Madrid ; mas al terzero sentenzió á muerte sin ninguna forma de juizio , i se le ajustizió públicamente : se le confiscaron los bienes, i se arrasó su casa asta los zimientos. En seguida se publicó que aquel mismo castigo se impondria á cualquiera que como él (Lanuza) osase contestar al rei su autoridad.

Esta proclama llenó al pueblo de tristeza i de indignazion : forzado por el temor á ocultar sus lágrimas, derramaba las mas amargas en secreto sobre los preciosos derechos que se le usurpaban i no se allaba en estado de defender. Fortificose la casa de la inquisizion á fin de que pudiese serbir de ziudadela : acuartelose en la ziudad un considerable cuerpo de tropas castellanas , i allí permanezió asta que no quedo ninguna duda de la ziega sumision de los naturales. No quitó Felipe á los aragoneses sus derechos ni pribilejios ; empero aziéndoles conozer lo poco que los respetaba , lo tubo por bastante para impedir que los reclamasen en lo suzesibo , ni se sirbiesen de ellos como de un antemural contra la autoridad réjia.

En tanto que esto pasaba en España , el duque de Parma , como dijimos , dejo la Franzia, i bolbió á los Paises Bajos. El mal estado de su salud le abia prezisado a ir de nuebo á tomar

las aguas de Spa. Durante su última espedizion se abian amotinado parte de las tropas, i á su buelta de Spa tubo el disgusto de ber que el prínzipe Maurizio se abia apoderado de dos plazas tan importantes como Steenwick i Coberden, á pesar de allarse la primera bien fortificada i guarnezida con seiszientos soldados balientes i determinados.

Este sentimiento azeleró mucho los progresos de su enfermedad, que resistió á todos los remedios que aplicaron los médicos para darle algun alibio. Conoziendo el duque que sus fuerzas se iban de dia en dia disminuyendo, se juzgó imposibilitado de continuar cumpliendo las obligaziones de su destino, i pidió lizenzia para retirarse.

Persuadido Felipe de que solo el duque era capaz de dar felíz remate á sus proyectos de conquista, no solo le negó la lizenzia, sino que le ordenó bolbiese á Franzia lo mas pronto posible en socorro de los coligados. El duque, que no queria dejar sin beneplazito del rei un puesto en que tanta gloria abia adquirido, resolbió obedezer las órdenes que acababa de rezibir, i luchar asta el fin con los males que le aquejaban. En consecuenzia izo lebas para completar su ejérzito; i se constituyó en Arras el 29 de octubre. Allí empleó su actibidad ordinaria en azer los preparatibos nezesarios para su espedizion. Por algun tiempo la fortaleza de su ánimo suplió la debilidad de su cuerpo, i el bigor con que se le beia obrar daba esperanzas á los que andaban á su lado de que su fin no estaba tan zerca como temian. Empero el 3 de diziembre despues de aber firmado muchos despachos espiró á la edad de cuarenta i siete años, el dézimo cuarto de su gobierno en los Paises Bajos.

Así murió Alejandro Farnesio, duque de Parma. Se granjeó la admirazion de su siglo, así bien que la de los posteriores por su prudenzia, i por su gran sagazidad: tenia mucho talento para los negozios políticos, i mayor para los de la guerra, que fué el que le granjeó la gran reputazion de que goza. Su sabia política i su sagazidad no le dan menos derecho á nuestra admirazion que los estraordinarios talentos militares á que debe su reputazion, i an inmortalizado su nombre. Menos por la fuerza de las armas que por su prudenzia, su moderazion i su abilidad en manejar los espíritus, restituyó á la obedienzia del rei de España una parte de los Paises-Bajos: i si Felipe ubiera seguido sus consejos en todas ocasiones como le siguió en algunas, es mui probable que ubiera recobrado la posesion de toda aquella bella porzion de Europa: la Inglaterra ubiera acaso sido conquistada, i la Franzia oprimida despues, bajo el peso enorme que entonzes ubiera tenido la potenzia española. Aunque aya sido una gran felizidad para la Europa entera el que Felipe ziego por su ambizion, i engañado por los aduladores que le rodeaban reusase seguir los consejos del duque, empero no por eso es menos de admirar la superior penetrazion que los dictaba.

Su jubentud no anunzió las grandes cualidades que de la naturaleza abia rezibido, antes se juzgo mui desfaborablemente de su talento é intelijenzia: en la guerra contra el turco en que el duque sirbió bajo las órdenes de don Juan de Austria fué en la que empezó á enzenderse el fuego de su injenio, i aun á luzir con la brillantez que conserbó asta la muerte. Era agradable, tenia ojos bibos i penetrantes i mo-

dales afables, rezibia agasajando; era bueno, jeneroso i umano.

«Sus bizios, dize Grozio, eran los de su siglo i de la corte en que se abia criado;» empero ni Grozio ni otro ningun istoriador nos dizen qué bizios eran estos. No pareze que aya poseido aquella noble senzillez, aquella agradable injenuidad, aquel candor respetable que distinguia al bueno, al grande Enrique su ribal en la guerra; empero todos los istoriadores así católicos como protestantes combienen en que el duque de Parma fué tan fiel como sometido á su prínzipe, al mismo tiempo que cumplió siempre con la mas escrupulosa esactitud todas las obligaziones que contrajo con los pueblos de los Paises-Bajos que sometió por la fuerza de las armas.

ISTORIA

DEL REINADO DE FELIPE II,

REI DE ESPAÑA.

LIBRO BIJÉSIMO TERZERO.

Muerto el duque de Parma confirió el rei el gobierno de los Paises-Bajos al conde Pedro Ernesto de Mansfeldt; i le dió órden para que á la mayor brebedad embiase un ejérzito en socorro de la liga al mando del conde Cárlos su ijo, quien inmediatamente partió con seis mil infantes i mil caballos, que fué todo lo que se pudo reunir, i para esto fué nezesario sacarlos de las tropas empleadas en defensa del pais. Unido pues al ejérzito de la liga se contaban en él quinze mil infantes i tres mil caballos, de que el duque de Mayenne conserbó el mando en jefe.

Dió prinzipio este jeneral á sus operaziones por el sitio de Noyon, i le apretó tanto que la rindió antes que Enrique llegase á socorrerla. En seguida sometió con la misma fazilidad otras muchas plazas menos considerables en la baja Picardia. Mas poco despues bolbió el conde Cárlos sus tropas á los Paises-Bajos; por lo cual se interrumpieron las operaziones de la guerra para dar lugar á las negoziaziones que

se empezaron en Franzia, i de las que esperaba Felipe sacar mas bentaja que de la continuazion de la guerra, i aun de los progresos que pudieran azer sus armas.

Abia estado muchos años prodigando sus tesoros i la sangre de sus basallos por fomentar en Franzia la guerra intestina, con la esperanza de que ella le ofrezeria ocasion de apoderarse de la soberanía de aquel ermoso reino; mas, cansada ya su pazienzia, estaba resuelto á probar si podria en fin arribar al cumplimiento de unas esperanzas que por tanto tiempo le abian seduzido. Con esta mira abia solizitado muchas bezes su embajador del duque de Mayenne, que combocase los estados jenerales del reino para que declarasen á qué prínzipe querian conferir la corona; empero Mayenne que no abia perdido la esperanza de obtenerla para sí, que se lisonjeaba de allar alguna ocasion faborable á sus designios, i que no podia soportar la idea de ber á su nazion sometida al dominio español; por muchas semanas i con diferentes pretestos eludió la combocazion de los estados que España solizitaba. Mas como esta insistiese, i de un modo dezisibo, tubo en fin que aczeder, i como lugar-teniente jeneral del reino combocó los estados para París el 26 de enero de 1593. Nombró Felipe para que concurriesen en su nombre al duque de Feria, i al zélebre jurisconsulto Mendoza; prometiéndose que por el influjo de estos, i el del cardenal Plazenza, legado del papa, que debia tambien asistir, lograria inclinar á los estados á que aboliesen la lei sálica, i colocasen á su ija Isabel en el trono.

Empero no tardó mucho en conozer que sus ministros en Franzia le abian engañado, o mas bien que ellos se abian engañado á sí mismos.

Ni el dinero que secretamente abia distribuido para aumentar el número de sus partidarios, ni los ejérzitos que á tanta costa empleara en sostener la liga, abian produzido en ella el efecto que esperaba: solo algunos de los mas fanáticos, i pocos de la última plebe abian creido sus protestas de zelo por la relijion; i aun estos mismos salieron del engaño, i bieron que no el interés de ellos ni el de la relijion eran los que le abian estimulado, sino el suyo propio. La proposizion que izieron sus embajadores probaba arto bien que no les abia ausiliado sino con la mira de sacar bentaja de la nezesidad que tenian de sus socorros, para reduzirlos al número de sus basallos, i á la Franzia al número de sus probinzias; pues aunque no se les ubiese propuesto que le reconoziesen á él, ninguna diferenzia allaban entre esto i proponer que se colocase en el trono á la infanta su ija. Confirmabales Mayenne bajo mano en sus temores; empero conoziendo, así bien que ellos, que no podrian sostenerse contra los esfuerzos de Enrique sin la ayuda de Felipe, disimularon i ocultaron cuidadosamente la abersion con que miraban la propuesta de éste; i sin condeszender ni negar aparentaron la mayor inquietud sobre la eleczion que aria el rei de esposo para su ija, en caso de que se le otorgase la corona; é insistieron en que no cayese en ningun prínzipe estranjero.

Instruido Felipe por sus embajadores de esta solizitud de los estados consintió en desistir del intento de casar á su ija con el archiduque Ernesto, i la prometió al duque de Guisa. El de Mayenne que no esperaba tanta condeszendenzia quedó mui sorprendido cuando los embajadores presentaron las órdenes que tenian

de aczeder á los deseos de los estados, i de proponer que daria su ija por esposa al duque de Guisa, i no quedó menos ofendido de que éste se prefiriese á su ijo. En consecuenzia resolbió no dejar nada por azer para impedir que se elijiese á Isabel; empero como juzgaba nezesario seguir finjiendo, aparentó quedar mui satisfecho de la eleczion de su sobrino; mas, insistió en que se difiriese la eleczion asta tener un ejérzito capaz de azerla baler, i de disipar enteramente el partido de Enrique: opinaba que el onor del rei de España, el interés de la infanta, i la seguridad del duque de Guisa se interesaban igualmente en ello. «La liga, dezia, no tiene ejérzito que oponer al del rei de Nabarra, i se nezesita mucho tiempo para lebantar uno que pueda combatirle con bentaja.» Los ministros de Felipe tubieron que combenir en la solidez de estas razones; i como conozian que sin el duque no podrian llegar al fin que deseaban opusieron poca dificultad en que se retardase la eleczion de Isabel. Así fué como Mayenne, á estímulos de su ambizion, i del deseo de conserbar la independenzia de su pátria desbarató entonzes el plan que Felipe abia formado para ponerla bajo su yugo. Otros suzesos ocurridos despues pusieron al duque en la imposibilidad de ejecutarlo aun cuando ubiera querido.

No ignoraba Enrique la asamblea que los pretendidos estados abian combocado en París, ni su objeto; empero sí ignoraba en gran parte las disposiziones de Mayenne, i temia que prozediese de conzierto con España; por lo cual le tenian con el mayor cuidado las consecuenzias de aquella junta; pues no dudaba que aunque no representase mas que la mui menor parte del reino, tendria el rei de España lo que en ella

se dezidiese á fabor de su ija por bastante para fundar las pretensiones de ella, i sostenerlas con todo su poderío aunque fuese á espensas de sus propios intereses en los Paises-Bajos. Por esto desde la abertura de la asamblea izo publicar Enrique un edicto declarándola ilegal. Abia tambien permitido á los señores católicos de su partido que se abocasen con los de la liga, á fin de impedir que los estados de París se prezipitasen á estremos que fuesen despues sensibles; dándoles esperanzas de que se reconziliaria prontamente con la iglesia romana.

Este paso produjo en algun modo el efecto que se esperaba. La nobleza del partido de la liga temia mucho que se la sometiese á la dominazion española; mas tambien conozia que si Felipe la abandonaba se beria obligada á someterse á las armas bictoriosas de Enrique. En esta perplejidad, ubo muchos que manifestaron que no dudarian reconozerle por soberano, á tal que abjurase sus errores, i bolbiese al seno de la iglesia católica. No podia Enrique reusar lo que de él se esijia, puesto que abia llegado á ser absolutamente nezesario. La durazion de la guerra abia echo imbenzibles las preocupaziones relijiosas: los sentimientos de onor, la constituzion del reino, el juramento que los coligados abian echo de no reconozer jamas por soberano á un prínzipe ereje, concurrian á tenerles fuertemente apegados á sus prinzipios relijiosos, en los cuales de cada bez les arraigaban mas el legado del papa, el arzobispo de Leon, i los otros partidarios de España; de modo que estaban determinados á persistir en el partido que abian tomado, por mas peligrosas i funestas que fuesen las consecuenzias.

Las largas que Enrique abia dado á su com-

bersion abian sido un obstáculo imbenzible á la sumision de los coligados; i un motibo de descontento para los católicos que le eran adictos. Desde que murió el rei azian muchos las partes de Enrique porque les abia asegurado que no tardaria en azer la abjurazion; sobre lo cual le instaron repetidas bezes: mas, el tumulto de las armas le fazilitaba pretestos para diferirlo, contentándoles con las razones que les diera para escusar la tardanza. Empero la pazienzia de los católicos estaba ya cansada, abian empezado á sospechar de la buena fé de Enrique, i á dudar de la sinzeridad de las promesas que les abia echo. Ademas, por mas balientes i animosos que fuesen, i aunque naturalmente guerreros, empezaban á cansarse de guerra i de trabajos, i á tener entre sí conferenzias secretas para tomar acuerdo azerca del partido que les combendria adoptar; i en muchas de estas conferenzias abian puesto en deliberazion si reconozerian por soberano al cardenal de Borbon, primo de Enrique. Entonzes conozió éste que era llegado el momento de dezidirse ó á mudar de relijion, ó á renunziar á la corona, i esponerse él i sus basallos protestantes al furor i la benganza de los católicos, apoyados por el rei de España el mas implacable de sus enemigos. Asta algunos de los jefes protestantes reconoziendo de buena fé que nunca podria Enrique mantenerse en su trono sino renunziaba su creenzia, le aconsejaron que lo iziese, si su conzienzia se lo permitia, como el único medio de impedir la ruina de ellos i la de los otros sus basallos.

Nunca se alló prínzipe alguno en situazion tan embarazosa i crítica; ni nunca se alló corazon birtuoso asaltado á un propio tiempo por tantas tentaziones seductoras. Tenia Enrique

ambizion : inflamábale el noble deseo de conservar la posesion de una grande i poderosa monarquía, i de trasmitirla á su posteridad; al mismo tiempo que deseaba con el mayor anelo librar su pueblo de las calamidades que le aflijian i que abian llegado á ser insoportables. De este modo su pasion i su jenerosidad se juntaban en uno para poner á prueba su integridad.

Sin mas tardanza llamó Enrique á todos los eclesiásticos católicos de su reino para que le instruyesen de los prinzipios de su creenzia; i luego que les ubo oido sobre los diferentes puntos que les separan de los protestantes, manifestó que estaba satisfecho, i persuadido por sus raziozinios. En consecuenzia, oyó misa en la iglesia de san Dionisio é izo en alta boz su profesion de fé segun i como lo prescribe la iglesia romana; prometiendo mantenerla i defenderla de cuanto contra ella se intentase.

Esta conducta de Enrique fué diferentemente interpretada, segun los que la juzgaban le eran contrarios ó faborables, i segun tambien los prinzipios de relijion que seguian. Dezian unos que aquel echo probaba que toda relijion le era indiferente: que su combersion solo debia mirarse como un acto de ipocresía i de disimulo: otros aziéndole mas justizia notaban que si él ubiera sido, como se le acusaba, capaz de finjimiento, ni esperara tanto á dar un paso, que su interés esijia le ubiera dado antes; ni se ubiera espuesto boluntariamente, como abia echo, á perder para siempre su trono: que las dilaziones que abia dado á su abjurazion solo se debian atribuir á los escrúpulos de su conzienzia i á la delicadeza de sus sentimientos: que no era de estrañar que abiendo pasado su bida en los ejérzitos i en medio del tumulto de la guerra

estubiese poco instruido en las sutilezas de los teólogos; i que abia podido suzeder mui bien que sus opiniones en materias de tan difizil dezision se ubiesen ido gradualmente acomodando con un interés tan grande como el que lo esijia: que por otra parte, si se tenia presente cuan sinzero é injenuo abia sido siempre, i en todo, debia suponerse que nada abia padezido su incorruptibilidad: que sus sentimientos relijiosos abian tenido berdaderamente la mudanza que abia manifestado en aquel acto solemne, que ni era finjido ni un acto de política.

Mas, fuesen los que quisiesen los motibos que Enrique tubiera, su combersion llenó de júbilo á todos sus basallos. Gastados por una larga guerra en que abian padezido todas las calamidades que la son inseparables, solo la esperanza de la paz, por mas lejana que aun se les mostrase los reanimaba; i todos se entregaban á la mas pura alegría. Las prebenziones de su relijion no les zegaba ya azerca del carácter de su soberano; i podian notar i admirar en él las birtudes i las grandes cualidades que poseia i debian azerles felizes.

Este suzeso produjo un efecto enteramente contrario en los ministros del rei de España, en el cardenal legado, i en el duque de Mayenne: causóles los mas bibos cuidados, que mucho se aumentaron cuando bieron el efecto que abia causado en el pueblo. No contentos con calificar de artifiziosa la combersion del rei, dezian que llebara la intenzion de impedir que se elijiera un prínzipe católico; é izieron prestar juramento á un gran número de sus parziales de no reconozer jamas al prínzipe de Bearne por su soberano, si el papa reusaba ratificar el acto de su abjurazion; i al mismo tiempo emplearon cuanto

influjo tenian con el pontífize para disuadirle de conzeder á Enrique la absoluzion que le pedia.

No desanimó al rei de España esta mudanza de relijion, así como no le desanimó la oposizion de los estados de París á sus deseos, i persistió en ellos como antes; si bien conozió la gran falta que abia cometido en elejir por yerno al duque de Guisa, que aunque con mucho mérito i moderazion, carezia de poder, i por consiguiente de influjo en los ánimos. Para repararla dió órden á sus ministros en Franzia, de que asegurasen de su parte al duque de Mayenne que abia mudado de intenzion, i que preferia á su ijo para yerno. Tenia entonzes Mayenne prinzipiada una negoziazion secreta con Enrique, i la rompió tan luego como supo las nuebas intenziones del rei de España: estrechóse mas con él i sus ministros, i no ubo ninguna duda de que nada dejarian por azer para el logro de sus intentos (1).

Empero nunca ubo menos aparienzias de que Felipe llegase á conseguirlos: la muerte del duque de Parma le abia pribado del único jeneral que ubiera podido oponer al rei de Franzia: su erario esáusto, i su crédito tal que los jenobeses i otros muchos capitalistas italianos que ya le abian prestado muchos millones, reusaban prestarle mas. Abiase intentado sin fruto el azer nuebas lebas en los Paises-Bajos; de modo que su ejérzito en ellos, nunca desde que prinzipió la guerra abia sido tan débil. Los atrasos que se debian á las tropas de que constaba eran tan considerables que los ofiziales no podian azer que se respetase su autoridad. A su buelta de Franzia, la mayor parte de los soldados españoles

(1) Dábila, l. 14. De Thou, l. 106. 107.

abian desertado de sus banderas, i elejido de entre sí ofiziales i comandante en jefe, despues de lo cual se dieron á toda espezie de latrozinios en las probinzias meridionales.

No tardaron en seguir su ejemplo italianos i walones. En un pais abierto como la Flandes i el Brabante era fázil el pillaje, i sus abitantes padezieron el mas inumano saqueo: renobaronse las crueles eszenas de debastazion que se bieron despues de la muerte de Requesens. Los desgraziados flamencos abian padezido menos injustizias, bejaziones i aun crueldades del enemigo, que esperimentaban entonzes de las tropas embiadas á protejerlos i defenderlos.

Estos desórdenes ofrezian al prínzipe Maurizio una ocasion faborable para ensanchar los términos de la confederazion, i para que no se le escapase empleó toda su actibidad. De las plazas que aun ocupaban los españoles en las probinzias marítimas era Jetrudemberg la que los confederados mas deseaban recobrar; así por asegurar la conserbazion de Breda, que para ellos era de la mayor importanzia, como por quitar á los españoles la entrada que de la Olanda les daba Jetrudemberg, cuya ziudad perjudicaba ademas mucho al comerzio de tierra.

Durante el imbierno se abia empleado el prínzipe Maurizio en azer los preparatibos nezesarios para el sitio de aquella plaza: al prinzipio de la primabera se alló con un ejérzito bastante para entrar en campaña, i aun para contar con el logro de su designio. No obstante para engañar al enemigo dirijió su marcha ázia la Esclusa i Dunkerque, de allí ázia Bois-le-Duc i Grabe. Engañado el conde de Mansfeldt con estas aparienzias dibidió sus fuerzas, i entonzes el prinzipe se dejo caer repentinamente sobre

Jetrudemberg. Temia el conde las justas recombenziones que se le podrian azer si plaza tan importante caia en poder del enemigo; i resuelto á no omitir nada para azer lebantar el sitio, sacó la mayor parte de las guarniziones de las ziudades. Así lo esperaba el prínzipe, i por lo mismo adelantaba las operaziones con una actibidad estremada: mas de tres mil gastadores, ademas de los soldados, trabajaban dia i noche en fortificar su campo así del lado de la ziudad como de la campaña: izo tambien romper los diques que contenian las aguas del Mosa, é inundó todo el pais que era nezesario atrabesar para llegar á su campo. Despues izo sus aproches, i cuando la trinchera estubo bastante adelantada descubrió sus baterías en diferentes puntos, al mismo tiempo que sus nabes batian la ziudad del lado del Mosa. (1)

Componiase la guarnizion de borgoñones i walones, é izo tan bigorosa defensa que tubo tiempo el conde para ir en su socorro con un ejérzito doble mayor que el de los sitiadores: atacó sus líneas en los diferentes puntos que la inundazion se lo permitia; empero estaban todos en tan buen estado de defensa, echas las obras con tanto arte, tan bien fortificados los reductos, los fuertes tan sólidamente construidos, i sobre todo tan bien situados á distanzias combenientes, que todos los esfuerzos del conde fueron infructuosos: asta su propio campo fué atacado por la guarnizion de Breda i le mató mucha jente. Abiendo tomado el partido de retirarse, poco despues capituló Jetrudemberg con condiziones mui bentajosas á los abitantes, i mui onrosas á

(1) El Mosa por Jetrudemberg puede tenerse por un brazo de mar, capaz de las mayores nabes.

la guarnizion, de la que no obstante se eszeptuaron los soldados que se reconozieron aber sido los que años antes entregaron á los españoles la ziudad, i que se les dió el castigo que su traizion merezia.

Para reparar su onor usando de represalias fué el conde de Mansfeldt á sitiar el fuerte de Crebecoeur; puesto importante, que pertenezia á los confederados, empero no le dió el prínzipe tiempo para que le tomase; sino que marcho con tanta zeleridad en su defensa, que llegó antes que el conde acabase sus líneas; de modo que se interpuso entre ellas i el fuerte con todo su ejérzito, que aunque mui inferior al enemigo le obligó á desistir de su intento i retirarse.

El resto de la campaña se estubo el conde á la defensiba, sin que en todo el año ocurriese nada digno de memoria.

Aunque por muerte del duque de Parma confirió el rei de España el gobierno de los Paises-Bajos al conde de Mansfeldt; empero fué siempre con la intenzion de dársele á Ernesto, archiduque de Austria, que llegó á Bruselas á prinzipios de 1594 donde fué rezibido con las mayores demostraziones de alegría i satisfaczion. Era de carácter benigno, de afables modales, i juzgaba de sí modestamente; empero carezia de capazidad i particularmente de la firmeza de ánimo que esijia el estado crítico de los negozios. Conoziendo su inesperienzia en el arte de la guerra se prometia atraer á los confederados por la persuasion, i por la fuerza de sus raziozinios determinarlos á bolber al yugo que abian sacudido. Era tal su confianza que eszitó á los estados de las probinzias-unidas á que le embiasen diputados para tratar de la paz: eszitazion que no solo fue desestimada sino acompañada la ne-

gatiba de una declarazion formal de no oir ninguna espezie de combenio. «Como la esperienzia les abia enseñado, dezian, que niguna confianza podian tener en el rei de España, no querian entrar con él en ningun tratado de reconziliazion; estando como estaban firmemente resueltos á conserbar su libertad, i á perder antes la bida que bolber á imponerse el pesado é insoportable yugo de que tan felízmente se abian librado.»

Si como los istoriadores olandeses lo refieren es zierto que se descubrieron entonzes dos emisarios embiados por los ministros de Felipe para asesinar al prínzipe Maurizio, no es de estrañar que los estados respondiesen con tanta aspereza al archiduque. Por otra parte, nunca las probinzias confederadas se abian bisto en situazion tan bentajosa como la en que entonzes se allaban: sabian también que á Felipe ocupaba mas el designio de adquirir la posesion del reino de Franzia que el cuidado de bolberles á su obedienzia; i era probable que esta quimérica empresa apurase todas sus fuerzas antes que cayese en la inconsecuenzia de su conducta.

La combersion del rei de Franzia abia produzido para él en su reino los mas felizes efectos, i por consiguiente, los mas adbersos á las miras del de España.

Los abitantes de Meaux fueron los primeros que embiaron á su soberano la protesta de su sumision: poco despues le abrió Paris las puertas: á ejemplo de la capital, que fuera siempre la silla prinzipal de la liga, Ruan, Lion, i todas las grandes ziudades reconozieron á Enrique por su monarca. Su conducta con ellas era la mas á proposito para animar mas el zelo de sus basallos, del cual rezibia diariamente las

mayores pruebas. Por muchos años aquel buen prínzipe abia estado sufriendo de ellos los mas crueles ultrajes, i aun pudiera dezirse que las mayores afrentas; empero su alma era demasiado grande para dar entrada en su corazon á la benganza: orrorizabale la idea de castigar á los que deponian las armas; antes rezibia sus sumisiones con tanta bondad i modo tan afable que aumentaba su arrepentimiento i les obligaba á que le amasen con mas ardor que le abian aborrezido; al mismo tiempo que con este prozeder eszitaba á los otros á que siguiesen su ejemplo.

Todos los que se sometian, obtenian del rei las condiziones mas faborables: confirmaba sus pribilejios como si nada ubiesen echo que mereziese quitarseles. Si contraia algunos empeños los cumplia con la mayor esactitud; en fin, para tranquilizar los que aun podian temer su benganza, i quitar todo pretesto á los que persistian en su alzamiento, conzedió una amnistía jeneral, demostrando así que si la tranquilidad pública no estaba en todas partes restablezida enteramente, en su obstinazion consistia.

Tan prudentes probidenzias juntas á un prozeder tan moderado como magnánimo debilitaron de tal modo las fuerzas de la liga que Felipe ni el duque de Mayenne debian tener la mas lijera esperanza de llebar á cabo sus designios; i no es fázil conzebir como á uno ni otro ubiera podido quedar la mas mínima. Empero el duque se abia internado tanto con los españoles, que no sabia como salir con onor de la crítica situazion en que se allaba; i mas despues de aber jurado solemnemente con otros jefes de la liga que nunca reconozerian á Enrique por soberano miéntras no le absolbiese el papa. El rei de España no esperaba ya ber á su ija en el trono de

Franzia; empero su odio á Enrique era tan implacable, que aun le animaba contra él, á pesar de allarse imposibilitado de satisfazerle. Por otra parte, juzgando el corazon de Enrique por el suyo, le tenia por un enemigo irreconziliable, que nunca olbidaria el mal que le abia echo, ni el que abia querido azerle. Tampoco ignoraba que Enrique tenia justas pretensiones al reino de Nabarra, que Fernando el católico quitara á sus antepasados por fuerza i por astuzia; i temia que despues de triunfar de sus propios basallos i de restablezer la tranquilidad en su reino, intentase recobrar el de Nabarra, ó para indemnizarse atacara los dominios de España en los Paises-Bajos.

Estas consideraziones determinaron á Felipe á seguir la guerra en Franzia, unir sus fuerzas á las de Mayenne, i apoderarse de cuantas plazas pudiesen en las fronteras de aquel reino del lado de los Paises-Bajos.

Instruido de sus intenziones el archiduque Ernesto, embió á prinzipios de la primabera al conde de Mansfeldt con un ejérzito de doze mil ombres á la Picardia. Dió el conde prinzipio á su espedizion el 9 de mayo por el sitio de la Capella, ziudad pequeña de la Tierache, que sitiada cuando lo esperaba menos izo poca resistenzia.

Supo Enrique el sitio, i marchó con su ejérzito i la intenzion de azerle lebantar; pero por mas dilijenzia que izo no pudo llegar antes que capitulase; i como en el camino se le ubiesen agregado los duques de Nebers i de Bouillon, i allase que su ejérzito tenia doze mil ombres i dos mil caballos, resolbió intentar alguna empresa importante que le indemnizara de aquella pérdida. Una de las ziudades mas considerables entonzes de aquella parte de la Franzia, era

Laon, grande, bien fortificada i abundantemente probista de lo nezesario para una larga resistenzia. Mandaba en ella du Bourg, uno de los mas balientes ofiziales de la liga: la guarnizion era numerosa: ademas abia en la ziudad mucha nobleza aún adicta á la liga, i al frente de ella el conde de Someribe, segundon del duque de Mayenne. Mas, estas consideraziones léjos de disuadir al rei irritaban mas el deseo que tenia de someter la ziudad. Cuantas mas dificultades presentaba la empresa eran para él otros tantos estímulos para intentarla. Bloqueó la plaza é izo todas sus operaziones con aquella bijilanzia actiba que le era característica. Los sitiados izieron cuanta oposizion pudieron: en barias salidas, antes que el rei ubiese podido poner á sus soldados al abrigo de sus ataques, le mataron mas de cuatrozientos; empero lo que mas cuidado daba á los sitiadores era la inmediazion del ejérzito español, unido ya al de Mayenne que le mandaba en jefe por disposizion de Felipe mismo para impedir que se reconziliase con su rei.

Tenia el duque muchos motibos para obrar en esta ocasion con el mayor bigor: conozia que para lebantar los ánimos abatidos de los de su partido nezesitaba azer alguna aczion brillante. Era Laon la ziudad mas considerable de las que conserbaba: ademas de su ijo, i de muchos de sus mas fieles amigos que abia dentro, abia dejado tambien en ella su recámara, como en la ziudad menos espuesta á caer en poder del enemigo. Sin perder tiempo marchó pues en su socorro con un ejérzito igual con corta diferenzia al de Enrique en infantería, aunque mucho menor en caballería; i para impedir que el rei

maniobrase con ella i sacase bentaja de esta superioridad izo marchar su ejérzito ázia aquel lado de la ziudad que miraba á un gran bosque. Abialo prebisto Enrique, i por lo tanto, ocupado el bosque con parte de sus tropas. Izolas al prinzipio retrozeder el duque; mas reforzadas por el rei bolbieron á la carga, recobraron su puesto, i le defendieron con el mayor balor contra los beteranos españoles; empero á pesar de sus esfuerzos, ubieran buelto á retrozeder si la caballería de Enrique mandada por el baron de Biron, entonzes mariscal de Franzia, no ubiera ido en su socorro, i pie á tierra, combatido á su frente. A poco llegó el rei con la mayor parte del ejérzito, i se iziera jeneral la aczion si lo permitiera el terreno; pero estando interrumpido de árboles, todo se redujo á escaramuzas, en que ambas partes tubieron alternatibamente bentajas. Biendo el rei que se azercaba la noche izo retirar sus tropas á alguna distanzia del bosque temiendo que este fuese rodeado por la caballería enemiga i cayese sobre su retaguardia.

Si la naturaleza del terreno le pribó de una parte de la bentaja que le daba la superioridad de su caballería, esta misma superioridad le sirbió de mucho para forzar al enemigo á que desistiese del intento de socorrer á Laon. Nezesitaba Mayenne traer bíberes de diferentes ziudades apartadas de su campo, i para llegar los comboyes tenian que atrabesar muchas leguas de pais enteramente abierto; lo que era causa de que los robasen los destacamentos de caballería del rei, que continuamente batian la campaña. En bano les azia caminar el duque, ya de noche, ya por uno, ya por otro camino; nunca podian sustraerse de la actiba bijilanzia del du-

que de Longuebille, i del mariscal de Biron, á quienes el rei abia encargado estas pequeñas espediziones. Siempre en mobimiento se apostaban en los pasos, i como tenian de su parte la superioridad del número, no podian resistirles las escoltas que Mayenne embiaba á rezibirlos i custodiarlos; i si se ponian en defensa eran atacados con tanto ímpetu que no les dejaban mas medio de salbarse que la fuga. Biendo en fin lo mucho que su ejérzito padezia por falta de subsistenzia, tomo el partido de decampar: i si bien era difizil azerlo á bista de un enemigo tan superior en caballería que podia ir inquietándole continuamente en su retirada; ubierale sido imposible permanezer sin ser bíctima del ambre i de la miseria, ó sin resolberse á entregarse.

Abia sido el duque desgraziado en casi todas sus empresas, i su reputazion padezia mucho; empero en esta ocasion dió una prueba incontestable de su consumada esperienzia en el arte de la guerra, no menos que de balor i firmeza de ánimo á toda prueba. Las disposiziones que tomó para su retirada fueron tan atinadas, i el órden de batalla en que marchaban sus tropas tan bien conzertado, que en cualquier parte en que el rei intentaba atacarlas con su caballería allaba imposible acometerlas. Caminaba el duque á pie al frente de su banguardia, aziéndose admirar por su denodado continente, tanto como temer por su balor: al mismo tiempo que belaba sobre todo como jeneral, en todas partes peleaba como soldado. Así llego asta un desfiladero en que abia echo colocar artillería para asegurar el paso: esta artillería contubo al rei, que mando azer alto á sus tropas, i dejó de inquie-

tar á las del duque el cual continuó su marcha asta la Fera.

Bolbió el rei á seguir las operaziones del sitio: los sitiados aunque sin esperanza de socorro, se defendieron algun tiempo; pero como se fuesen considerablemente disminuyendo, ofrezieron rendir la plaza, á tal que el rei les conzediese, i al conde de Someribe, los onores de la guerra. Aczedió Enrique, así por economizar la sangre de sus basallos, como por ebitar la total ruina de las fortificaziones de una plaza que tanto le interesaba conserbar en buen estado; i la capitulazion se firmó en 22 de julio. Cumplió el rei por su parte todo lo estipulado, i lejos de mostrar el menor resentimiento por la tenazidad de la resistenzia, aprobechó esta ocasion de dar al duque una prueba de su aprezio tratando á su ijo con mucha consideracion i aun con amistad.

Tanta benebolenzia unida á tanto eroismo i magnanimidad era para sus enemigos un atractibo á que difizilmente podian resistir. La rendizion de Laon, i el trato que se abia dado á la guarnizion i á los abitantes fueron seguidos de la entrega boluntaria de Chateau-Tierri, Amiens i Cambrai. El duque de Lorena que se abia declarado por la liga la abandonó, prefiriendo el bibir en buena intelijenzia con un prinzipe por quien se declaraba la fortuna i cuyo mérito abia produzido una rebolucion tan asombrosa. El duque de Guisa en quien las promesas de los españoles abian enzendido un gran deseo de reinar, i que se abia bisto desestimado de ellos al momento mismo en que creia no tener que dar mas que un paso para subir al trono, izo su tratado particular con el rei; á quien no

podia menos de admirar, i le entregó Rheims, Rocroix, Bitri i otras muchas ziudades de la Champagne, i el rei le dió el gobierno de la Probenza (1).

Miéntras esto ocurria en Franzia tan contrario á las miras del rei de España, formo el prínzipe Maurizio el sitio de Groninga; sin duda de todas sus empresas la mas difizil. Aunque todas las plazas que rodeaban aquella estubiesen en poder de la confederazion, Berdugo su gobernador, ofizial mui esperimentado, la conserbaba en la obedienzia del rei. Es zierto que le abian sostenido los abitantes católicos i que por ser muchos mas que los protestantes, nada abian podido azer estos en fabor de la confederazion. Sin embargo, tan zelosos aquellos de su libertad como estos, no abian consentido en rezibir en sus muros ninguna guarnizion española. Tres mil de entre ellos abian tomado las armas; i encargados de la defensa de la ziudad solo abian consentido que nobezientos soldados estranjeros de los que estaban al serbizio del rei, se acuartelasen en los arrabales.

Azia mucho tiempo que el prínzipe meditaba la toma de Groninga, tanto mas importante cuanto era la única en aquella parte de las probinzias confederadas que aun tubiesen los españoles, i la que les abria la entrada á las probinzias del norte. Nada abia omitido Berdugo para asegurarla contra toda empresa. En muchos reñidos encuentros abian sacado bentajas las tropas enemigas, no por falta de balor ni de buenas disposiziones de Berdugo sino por ser menos las suyas. Inzesantemente ayudado el prínzipe con el

(1) Dabila, l. 14. De Thou, lib 101. Meteren, l. 13. Bentiboglio, an. 1594. Mem. de Sulli, l. 6.

poderoso ausilio de su primo el conde Guillelmo de Nassau, redujo en fin á Berdugo á la nezesidad de dejar la probinzia, i tomó los pasos por los cuales podia rezibir la ziudad refuerzo de ombres i subsistenzias.

No abian dejado los abitantes de dar parte al archiduque del peligro que les amenazaba; i á instanzia de ellos se interesó el emperador côn el rei de España manifestándole que aunque deseaban con la mayor ansia permanezerle fieles, se berian forzados á abrir las puertas al enemigo, si prontamente no se embiaba un ejérzito en su socorro; i que debia tener presente que su adesion les abia echo padezer mas trabajos i fatigas que á ningunos otros de sus basallos. Rezibió faborablemente Felipe estas representaziones, i dió á ellas una respuesta lisonjera para los abitantes; i aun mandó al archiduque que con preferenzia proporzionase los medios de socorrerlos. No podia éste azerlo entonzes; pues que la mayor parte de las tropas tenia en las fronteras de Franzia, i las que abia conserbado, amotinadas contra los ofiziales porque no las pagaban, no obedezian ni aun al archiduque mismo.

Pudo pues el prínzipe Maurizio prinzipiar el sitio sin temor de que los españoles se le opusiesen. No obstante esta seguridad i siguiendo las reglas que su prudenzia ordinaria le prescribia no se contentó con fortificar sus líneas, sino que aseguró con buenas fortificaziones los pasos que de las probinzias meridionales conduzian á su campo. Para economizar la sangre de sus soldados abrió la trinchera á bastante distanzia; lo cual si retardó la conquista, tambien conserbó la vida de muchos que perezieran si empezara los aproches mas zerca de la plaza. El 3 de junio

prinzipiaron á tirar sus baterías, i en poco tiempo fueron arruinadas las obras esteriores. Al ber los sitiados la rapidez de las operaziones del enemigo, llamaron en su socorro á las tropas estranjeras que tenian en los arrabales. La plaza se defendió con mucha abilidad i una asombrosa intrepidez por muchas semanas: se derramó por ambas partes mucha sangre; mas abiendo los sitiadores logrado azer saltar un rebellin, que era la prinzipal defensa de la ziudad, empezaron los sitiados á flaquear: quejabanse sin ningun miramiento de que el rei abandonaba al enemigo unos basallos que tanto se abian distinguido por su adesion i fidelidad.

Azia mucho tiempo que Ban-Balen, su primer majistrado, estaba mui descontento con el gobierno español; i aprobechó con mucha maña la ocasion que le ofrezian las disposiziones de sus ziudadanos, no omitiendo nada para confirmarles en el resentimiento que les inspiraba la ingratitud del rei. Izoles presente la locura que seria el lisonjearse por mas tiempo de ser socorridos de un prínzipe mas zeloso de conquistar lo ajeno que de conserbar lo propio. Pintoles con los colores mas negros los orribles males á que se espondrian si obstinándose en azer mas larga defensa prolongasen el sitio, ó si por su obstinazion en defenderse mas, suzediese que la ziudad se tomase por asalto. Y estendiéndose despues azerca de las bentajas que les resultarian de aczeder á la union de Utrecht, se esforzó á persuadirles que si para ellos era apreziable el sustraerse de un yugo estranjero, aun les seria incomparablemente mas bentajoso el someterse á los jenerosos enemigos que los sitiaban que el librarse de los orrores del sitio.

Las esortaziones de Ban-Balen produjeron un

gran efecto aun en los católicos : ya azia mucho que la relijion era el único lazo que les unia al gobierno español ; pero la indignazion que les causaba la neglijenzia en socorrerlos rompió enteramente aquel lazo, i deseaban con la mayor ansia adquirir aquella libertad zibil, de que prozedia la prosperidad i felizidad de las probinzias confederadas.

Determinados los abitantes por tan poderosos motibos, embiaron diputados al campo para tratar de la rendizion, i obtubieron del prínzipe las mas bentajosas condiziones. Desde aquel momento fué declarada Groninga miembro de la union de Utrecht : conserbaronse á los naturales sus pribilejios i esenziones : ninguna mudanza se izo en el gobierno zibil, i se establezió la libertad de conzienzia, con la restriczion empero de que solo se permitiria el ejerzizio público de la relijion reformada. Los abitantes por su parte se obligaron á reconozer la autoridad de los estados, á someterse á las leyes jenerales de la union, á pagar la cuota de las contribuziones, i á rezibir en sus muros cuando los estados lo tubiesen por combeniente las tropas que embiasen. A las del rei se permitió salir con armas i bagajes, i retirarse adonde quisiesen. Firmose la capitulazion el 23 de julio, i el mismo dia entró el prínzipe en la ziudad, i en ella permanezió asta que quedaron ejecutados algunos artículos. Dió el gobierno de ella al conde Guillelmo de Nassau, i en seguida partió para el Aya. (1)

Miéntras la potenzia española se debilitaba de dia en dia en las probinzias marítimas, el

(1) Meteren, l. 17. Bentiboglio, part. 3, l. 1. Grot., l. 7.

desórden i la confusion reinaban en el Brabante. Las tropas walonas i españolas abian buelto á entrar en su deber; pero para ello abia sido nezesario pagarles lo que se las debia, i pudo allegarlo el archiduque con infinitas dificultades. Las tropas italianas, á quienes tambien se debian muchos atrasos, resolbieron balerse de los mismos medios que con tan buen ecsito abian empleado las otras; i aun con aprobazion de muchos ofiziales. En consecuenzia, se apoderaron de la ziudad de Sichen, en que muchos de ellos estaban acuartelados: las guarniziones de las ziudades bezinas siguieron su ejemplo, i juntas compusieron como dos mil entre infantes i caballos.

No contentos con las esacziones del pais bezino, se derramaron por todo el Brabante, llebando sus incursiones asta las puertas de Brusélas, donde residia el archiduque. Al pueblo le saqueaban i maltrataban con tanta inumanidad como si estubiesen en pais enemigo. El archiduque despues de emplear en bano la bia de la persuasion se bió en la nezesidad de recurrir á la fuerza para que bolbiesen á la obedienzia. Embió contra ellos á Luis de Belasco, á quien dió órden para que con las tropas españolas, cuya sumision acababa de comprar, los sitiase en Sichen. Desde el prinzipio de la sedizion abia ofrezido el prínzipe un asilo á los sediziosos en las probinzias unidas, i ellos respondieron que no desechaban la oferta; mas que antes de azeptarla estaban resueltos á defenderse de los españoles en Sichen todo el tiempo que pudiesen. Con efecto izieron una bigorosa defensa, i muchas salidas en que murieron bastantes de una i otra parte. Mas conoziendo que la plaza era arto débil para prolongar mas la defensa contra un

enemigo que tan superior les era, tomaron el partido de abandonarla, i de retirarse bajo los muros de Breda i de Jetrudemberg, cuyos ziudadanos les probeian de cuanto nezesitaban. Un tratamiento tan singular de parte de un enemigo, tenia por objeto prolongar la sedizion; empero sin que el prínzipe iziese con los sediziosos ninguna tentatiba para inclinarles á que entrasen al serbizio de los estados; antes bien permitió que el archiduque embiase un diputado para tratar con ellos, i cuando despues de una larga negoziazion se combinieron en tomar cuarteles en Tirlemont i permanezer en ellos asta que se les pagase, no se opuso el prínzipe á su partida. Esijieron del archiduque que les diese en reen para seguridad de sus promesas un caballero español; mas, el erario se allaba entonzes tan agotado que no pudiendo pagarlos hubo que tenerlos en inaczion casi todo un año. (1)

Antes que espirase este término atacó al archiduque una calentura ética que le llebó al sepulcro el 20 de febrero de 1594, á los cuarenta i dos de su edad. Dejó nombrado para suzederle al conde de Fuentes, i el rei poco despues ratificó el nombramiento. Abia ido el conde á los Paises-Bajos poco antes de la muerte del duque de Parma, i segun la intenzion del rei se le abia encargado la parte prinzipal del gobierno, así en tiempo del conde de Mansfeldt, como del archiduque. En este conzepto aconsejó, ó mas bien forzó al primero á que publicase un edicto bárbaro para que se matase á cuantos prisioneros se iziesen; i los soldados del rei que en sus incursiones se contentaban antes con esijir con-

(1) Grotius, l. 3. Meteren, l. 17. Bentiboglio, part. 3, lib. 1.

tribuziones, fueron autorizados por este mismo edicto para llebarlo todo á fuego i sangre.

Los estados abian publicado por su parte una espezie de manifiesto en que despues de azer ber el orror que les causaba el cruel edicto del conde de Mansfeldt, protestaban que si en el tiempo que prescribian no se rebocaba, usarian de represalias, i sus tropas se portarian con los basallos del rei como las de éste con los de la república. Fuentes abia solizitado el edicto á pretesto de restablezer prontamente la tranquilidad en los Paises-Bajos; empero el mal ecsito de los medios biolentos que abia empleado el duque de Alba, su pariente, ubieran debido combenzerle de que consideradas las fuerzas que abia adquirido la confederazion, semejantes medios, léjos de poner fin á las calamidades de la guerra contribuirian á perpetuarlas agrabándolas. No tardó el de Mansfeldt en azer la triste esperienzia; abiendo sido tan grandes los males que produjo su edicto, que en fin tubo que rebocarle, ó al menos dió ordenes para que no prozediesen segun él.

El grande influjo que tenia Fuentes en todos los negozios del gobierno abia indispuesto á toda la nobleza flamenca; la cual se abia quejado amargamente como en tiempo del cardenal Grambella de la ninguna consideracion que se la tenia; i algun tiempo antes de la muerte del archiduque manifestó su descontento de un modo que no dejó duda. Empero este descontento llegó á su colmo cuando se reconozió al conde de Fuentes por gobernador jeneral. Entonzes se combenzió de la poca sinzeridad de las promesas que el rei les izo pocos años antes, cuando ella prestó su consentimiento para que bolbiesen las tropas españolas. Entonzes creia descubrir en toda la con-

ducta del rei la poca confianza que de ella tenia; i entonzes en fin empezaron aquellos magnates á reconozer con cuanta razon les abia predicho Guillelmo, para disuadirles de que iziesen su ajuste particular con Farnesio, que por aquel combenio iban á reduzir al pais á una miserable probinzia de España. El duque de Arschot i el conde de Mansfeldt, que esperaban aber sido preferidos á Fuentes, no quisieron estar á sus órdenes; izieron dimision de sus empleos, i dejaron los Paises-Bajos. El de Arschot se retiró á Benezia donde murió algun tiempo despues, i el de Mansfeldt pasó á Ungría donde mandó los ejérzitos del emperador contra los turcos.

Fuentes no obstante tomó posesion del importante empleo que se le abia conferido, i á pesar de la prebenzion de los flamencos contra él, i que parezia bien fundada, por las pruebas que despus les dió de su gran capazidad, les combenzió de que no era inferior á su destino. Fué su primer cuidado disipar el espíritu de sedizion difundido por todo el ejérzito, i tan bien lo consiguió que en pocos meses llegó á ponerle en un pie respetable, así por el restablezimiento de la disziplina como por las reclutas que izo para completar los diferentes cuerpos que le componian.

Nunca el rei de España tubo mas nezesidad de un gobernador con grandes talentos en los Paises-Bajos. A pesar de todos sus esfuerzos para impedir la ruina de la liga en Franzia, estaba á punto de espirar. Enrique IV firmemente establezido en su trono acababa de declararle la guerra, i de proibir á sus basallos todo comerzio con los de Felipe, al mismo tiempo que les permitia atacar á los españoles á do quiera que les allasen, i apoderarse de sus po-

sesiones en cualquier parte del mundo que estubiesen.

En esto andubo Enrique inconsiderado: su reino estaba gastado, i despues de una guerra tan larga i desastrosa debia parezer contra toda prudenzia emprender otra nueba. Nadie lo conozia mejor; empero creia que segun las disposiziones de Felipe no podia razonablemente presumir que consintiese en azer la paz con tales condiziones que el onor de su corona le permitiese azeptar. Así qué bajo este respecto juzgaba indispensable el continuar la guerra; i tambien la tenia por nezesaria para acabar de sufocar el jermen de la sedizion en sus propios estados. Una guerra esterior le parezió el único medio de desterrar enteramente la discordia. No siendo esta una guerra de relijion, sino de política, de corona á corona, era mui de creer que los católicos tubiesen menos repugnanzia en continuarla, que si se la dejaba su primer aspecto, i á ellos en el error de que el rei de España peleaba todabia por la relijion. Sin embargo, puede mui bien creerse que estos motibos adquirian nueba fuerza en el rencor personal que Enrique debia de tenerle por el desden con que le abia tratado siempre; pues que á pretesto de interés de la relijion de nada se abia abstenido al prinzipio para escluirle, ni despues para azerle echar de su trono. Por otra parte detestaba Enrique los artifizios de que Felipe se baliera para abolir en Franzia la lei sálica: en fin, los términos en que estaba conzebida su declarazion de guerra daban bien á conozer la parte que en ello tenian sus particulares resentimientos.

La respuesta que dió Felipe á esta declara-

zion fué conforme á su carácter: que no se abia mezclado en los negozios interiores de la Franzia sino por asegurar la prosperidad de los franzeses, é impedir la ruina que á la relijion amenazaba; i añadia que su intenzion no era entrar en guerra ni con la corona, ni con la nazion franzesa, sino continuar como asta entonzes protejiendo i defendiendo á los berdaderos católicos contra la opresion del prínzipe de Bearne i sus fautores. (1)

Antes de publicar sus declaraziones de guerra abian los dos reyes echo sus preparatibos para sostenerla con bigor; i no contento Enrique con esto abia echo un tratado de alianza ofensiba i defensiba con las probinzias-unidas, que en ejecuzion de un artículo de este tratado embiaron á Felipe, conde de Nassau, á que imbadiese la probinzia de Lusembourg con un cuerpo de infantería i caballería. Al priuzipio izo algun progreso; mas, atacado por el baliente Berdugo, embiado contra él por el conde de Fuentes, tubo que retirarse despues de algunas escaramuzas; i siguiendo las órdenes de los estados pasó ázia las fronteras del Brabante, donde sus tropas podian ser tan útiles á la Franzia como en la probinzia de Lusembourg, pues que el objeto era retener en los Paises-Bajos las fuerzas del rei de España.

Empero biendo el conde de Fuentes que el ejérzito de los estados, aun despues de reforzado con aquellas tropas, no bastaba para ocupar al que él abia lebantado, dejo parte á Mondragon, i con el resto partio á Picardia. Su primera tentatiba fué el sitio del Catellet, de que se apoderó en poco tiempo á pesar de lo bien

(1) Dábila, l. 14.

fortificada que la plaza estaba, i de la bigorosa defensa que la guarnizion iziera.

Miéntras duraba el sitio conzibió Fuentes la esperanza de apoderarse sin efusion de sangre de la ziudad i del castillo de Am. En este mandaba un ofizial llamado Orbilliers, i en aquella su ermano Gomeron, azérrimos partidarios de la liga. Prefiriendo éste los intereses del rei de España á los de su lejítimo soberano resolbio entregar la ziudad, i pidió beinte mil escudos de recompensa á Fuentes, i una suma mucho mayor si lograba induzir á su ermano á que siguiese su ejemplo; i contando con que no allaria ninguna resistenzia, ofrezió empeñarse personalmente en la entrega del castillo despues de echa por él la de la ziudad. Azeptó Fuentes la proposizion, pagó á Gomeron los beinte mil escudos i entró en la ziudad con mil españoles; mas, antes abia esijido que Gomeron i otros dos ermanos suyos que estaban con él, permaneziesen en su poder asta que Orbilliers le ubiese entregado el castillo. Gomeron, que no sospechaba en su ermano otras ideas que las suyas, azepto esta condizion no pudiendo imajinar que su ermano le espusiese, i á los otros dos, á la benganza de los españoles. Ademas estaba su madre en el castillo, i no creia Gomeron que Orbilliers se resistiese á las instanzias que ésta le aria cuando biera el peligro en que estaban sus otros tres ijos. Empero quedaron engañadas sus esperanzas: Orbilliers quiso mas abandonar sus ermanos á su suerte que bender los intereses de su pátria entregando a sus enemigos una plaza cuya defensa se le abia confiado. Tomada esta resoluzion introdujo en el castillo al duque de Bouillon con un refuerzo considerable de tropas, que atacó á los españoles en la ziudad,

mató muchos, i á los demas izo prisioneros. Atemorizada la madre por las resultas que para sus tres ijos podia tener este suzeso, fué á ber al conde de Fuentes, en cuyo poder estaban; le aseguró que Orbilliers se abia arrepentido de lo echo, i le entregaria el castillo siempre que abanzase con su ejérzito para apoderarse de él. Engañado el conde por las seguridades que aquella mujer le daba con todas las aparienzias de la sinzeridad, marchó con sus fuerzas azia Am; mas conoziendo que Orbilliers abia engañado á su madre, i que para librarse de sus importunaziones abia renunziado el gobierno i salido del castillo, se dejó arrebatar de ira é izo ajustiziar á Gomeron en presenzia del ejérzito. Si aquel desgraziado no merezia tan sebero castigo del jeneral español, era el correspondiente á su perfidia i á su traizion: su muerte era digna recompensa de su codizia.

Dado algun descanso á sus tropas marchó Fuentes ázia Dourlens, con intento de sitiarla. Esta ziudad, en los confines de los Paises-Bajos, estaba bien fortificada, i guarnezida con soldados escojidos: sin embargo nezesitaba reforzarse para impedir que cayese en poder del enemigo. Inmediatamente que el mariscal de Bouillon i el almirante Billars, encargados por Enrique de belar sobre los mobimientos del enemigo, supieron que Dourlens estaba zercada, reunieron como mil i quinientos infantes i mil caballos i con ellos se adelantaron ázia la ziudad con la esperanza de meterse en ella, abriendose paso por entre las líneas de los sitiadores. Supolo Fuentes, i no dejando en ellas mas tropa que la nezesaria para guardarlas, marchó en orden de batalla asta un terreno bentajosamente situado á alguna distanzia de la ziudad. El ma-

riscal de Bouillon biendo la disposizion del enemigo fué de opinion de retirarse; empero el intrépido Billars, mas animoso que prudente, se obstinó en seguir su marcha, é inconsideradamente abanzó al frente de la infantería asta que el enemigo le embolbió por todas partes. Entonzes prinzipió un sangriento combate que no acabó sino con la muerte de todos los franzeses i de Billars mismo. La caballería se retiró con mucho trabajo, i mucha pérdida.

Durante el combate izo la guarnizion una salida, que aunque bigorosa no produjo efecto, por las atinadas precáuziones que los sitiadores abian tomado para asegurar su trinchera. Fuentes se bolbió á continuar las operaziones del sitio, adelantándolas cuanto podia. Abia en la ziudad mas de treszientos nobles que inspiraban con su ejemplo tanto ardor en la guarnizion á la que constantemente se agregaban para pelear, que aun se conserbó muchos dias contra los esfuerzos del enemigo; empero carezian de esperienzia, i su perizia ni con mucho igualaba á su balor. Así fué que se rindieron á los esfuerzos de los españoles en el asalto que estos dieron el 31 de julio, en que murieron mas de mil de los sitiados con el conde de Dinan su gobernador.

Embanezido con este felíz suzeso, resolbió el conde de Fuentes sitiar á Cambrai, cuya toma era el objeto prinzipal de su espedizion. Esta ziudad como ya dijimos, fué quitada á los españoles por el duque de Anjou, que se la dió á Catalina de Medizis, su madre, quien nombró gobernador de ella i de la ziudadela á un caballero llamado Balagny; el cual aprobechándose de las alteraziones ocurridas, pretendia corresponderle en propiedad, i azia muchos años que

se mantenia en una absoluta independenzia, porque abia obserbado siempre la mas esacta neutralidad. Mas, disuelta enteramente la liga abiale sido preziso escojer soberano entre el de Franzia i España, i prefirió aquel; á tal empero que le dejase el goze de su soberanía, i aun le permitiese el título de prínzipe de Cambrai: condiziones que no dudó Enrique conzederle, temiendo que negadas se declarase por Felipe que zierto se las otorgara.

Seguro de su prinzipado, nada omitió Balagny para poner á Cambrai en estado de defensa: abia aumentado las fortificaziones, i para defenderlas tenia tres mil infantes i seiszientos caballos, la mayor parte franzeses, i todos de un balor esperimentado. Era la ziudad mui fuerte, i estaba probista abundantemente de munizions de boca i guerra.

Muchos de los prinzipales ofiziales del conde de Fuentes quisieron disuadirle de que pusiese el sitio: representaronle que no era posible el ganar la ziudad antes del imbierno; i sí el que no teniendo el rei de Franzia mas enemigos que por otra parte le dibirtieran le atacase con ejérzito mui superior; dado que el suyo debilitado entonzes por las fatigas del sitio podria azer poco en su defensa. Empero Fuentes ansiaba el dar prinzipio á su gobierno con una adquisizion importante; i el buen ecsito de las empresas que acababa de acometer le tenian tan embanezido que ningun caso izo de estas reflesiones, i persistió en su resoluzion. Inmediatamente que rezibió un buen refuerzo de las probinzias bezinas, dió prinzipio á las operaziones del sitio, i las siguió con tanto bigor i abilidad, que izieran onor á los mayores jenerales de aquel tiempo. La defensa era bigorosa, i Bic, embiado por el

rei con un refuerzo de tropas, la dirijia con el mayor azierto. No obstante, los sitiadores pusieron en poco tiempo sus baterías bastante zerca para arruinar enteramente algunas de las prinzipales fortificaziones de la plaza, i una parte de las murallas. A pesar de estas bentajas aun era mui inzierto el resultado: las dificultades que Fuentes tenia que superar para adquirir subsistenzias eran tan grandes, i tan desanimadoras, que se nezesitaba una resoluzion tan firme como la suya, i el temor de amanzillar la gloria ya adquirida para no abandonar la empresa.

Los abitantes de la ziudad le libraron de esta afrenta. Abituados al dulze i moderado gobierno de sus obispos, soportaban mucho tiempo azia con impazienzia la soberbia i altanería de la mujer de Balagny: su insolenzia, sus estorsiones, sus rapiñas les tenian reduzidos en zierto modo á la desesperazion. Esta mujer todo lo podia con su marido, i los abitantes que lo sabian se abian dirijido secretamente al rei Enrique para que los librase de la opresion en que estaban, ofreziendo reconozerle por su soberano, i rezibir las tropas que quisiese embiar. Balagny tenia ganada á la bella Gabriela, que interpuso el mucho influjo que con el rei tenia, no solo para que despreziase la oferta, sino para que conserbase al tirano la autoridad usurpada que ejerzia.

Este prozeder izo á Enrique entrar á la parte con Balagny en el resentimiento de los de Cambrai, asta el estremo de que resolbiesen aprobechar la primera ocasion de bolber á la obedienzia del rei de España. Los eclesiásticos que eran muchos, nada omitieron para confirmarlos en su resoluzion, esperando por este me-

dio que se restablezeria la autoridad de su arzobispo, echado por Balagny. Formado el plan esperaban oportunidad para ejecutarle i la allaron biendo á Balagny i Bic únicamente ocupados en proporzionar los medios de repeler el asalto que esperaban. El momento era faborable; toman las armas i se apoderan de una puerta de la ziudad. De Bic, Balagny i su mujer izieron cuanto pudieron para que desistiesen; pero todo fué inútil. Embiaron dos de los prinzipales bezinos á que ofreziesen al conde de Fuentes entregarle la ziudad con estas condiziones que fueron conzedidas: «que no se permitiria á los soldados ninguna espezie de saqueo: olbido de todo lo pasado: confirmazion de todos los pribilejios de los abitantes, i el restablezimiento del arzobispo con todos sus derechos, jurisdiczion i autoridad.»

La guarnizion se retiró á la ziudadela donde esperaba poderse mantener mucho tiempo; mas despues que una bisita esacta de los almazenes les izo ber que no tenian bíberes para mas de tres dias, á la primera intimazion capituló. A este estremo la habia reduzido la abarizia de aquella mujer, que á urto de su marido abia bendido á prezios esorbitantes las probisiones de boca custodiadas en los almazenes.

Durante el sitio abia dado en muchas ocasiones pruebas de un balor i de una capazidad superior á su secso; mas no pudiendo sufocar los remordimientos de su conzienzia, ni soportar la idea de las siniestras consecuenzias que por su ambizion abia tenido su estremada abarizia, se dejó sobrecojer de tal tristeza que entregada á la desesperazion no solo reusó los socorros de la medizina sino que se pribo de todo alimento i murió antes que la ziudadela se entregase.

Firmóse la capitulazion el 7 de octubre, i la guarnizion salió de la ziudad con los onores de la guerra. Fuentes acuarteló en ella dos mil soldados alemanes, i quinientos españoles en la ziudadela; i despues partió con el resto de su ejérzito, que tambien acuarteló en Flandes, el Artois, y el Enao (1).

No abia bisto Enrique con indiferenzia los progresos del conde de Fuentes: la pérdida de las importantes plazas que acababa de quitarle le abia sido mui sensible, i ubiera acudido en persona á su socorro si no ubiera sido mas nezesaria en otra parte. Dezidido Felipe II á continuar la guerra con bigor se abia propuesto azerla por dibersas partes á un tiempo; i en consecuenzia dió orden á Belasco, condestable de Castilla, i gobernador de Milan, para que con un ejérzito de diez mil ombres marchase ázia la Borgoña. Juntosele en el Franco-Condado el duque de Mayenne con un refuerzo de mil infantes i cuatrozientos caballos; con lo cual, siendo mui mayor este ejérzito que el que abia podido reunir el mariscal de Biron, que allí mandaba, abia motibo para que Enrique temiese por la probinzia de Borgoña. Para socorrerla dió órden á las tropas que tenia acantonadas en diferentes puntos para que se juntasen i le siguieran, i sin esperarlas marchó con mil i ochozientos ombres entre infantería i caballería al encuentro del enemigo, para inquietarle, i retardando su marcha, dar tiempo á que su ejérzito se le reuniese.

Los españoles pasado el Saona se abian adelantado asta Fontaine-Francaise. Allí atacó Enrique la banguardia con su caballería, tan impetuosamente que sorprendió al jeneral español.

(1) Dábila, l. 15. Bentiboglio, part. 3, lib. 2.

En esta ocasion fué Enrique poderosamente ayudado por el marques de Mirabeau, el conde de Grammont, otros muchos señores, i particularmente por el mariscal de Biron, que cubierto de la sangre que salia de una erida que rezibió al prinzipio de la aczion peleaba con un balor increible. Animados los soldados con el ejemplo de tantos, i sobre todos con el de su soberano, á quien beian pelear como un simple soldado, estaban, si así puede dezirse, frenéticos. Enrique á su frente, se prezipita en medio de los enemigos, rompe sus filas i les pone en derrota.

Si Belasco ubiera prezipitado la marcha del grueso de su ejérzito, embolbiera á Enrique por todas partes, i le imposibilitara salbarse, dado que éste consultando menos la prudenzia que el balor se abia temerariamente empeñado en un combate que le fuera mui funesto si su ánimo no ubiera suplido el número, i difundido el miedo i el terror entre los enemigos. Intimidado asta el jeneral por la intrepidez con que le beia pelear, izo tocar retirada, i dejó á Enrique dueño del campo de batalla. Al dia siguiente mui de mañana izo Belasco repasar el Saona al ejérzito, sin que bastase á disuadirle lo que le manifestó Mayenne azerca del estado de debilidad en que Enrique se allaba: tampoco logró que le dejase una parte de sus tropas para azer lebantar el sitio de Dijon, empezado por los realistas, i cubrir al mismo tiempo las otras ziudades de la ribera que aun estaban por él. No contento con obstinarse Belasco en su denegazion siguió retirandose asta que llegó zerca de Grai, é izo fortificar su campo con el mismo cuidado que si el enemigo le ubiera de atacar en él, resuelto á esperarle, i estar solo á la defensiba.

Este prozeder de Belasco prueba lo temible

que para él era Enrique, i aziéndose justizia conozia cuan inferiores eran sus talentos militares á los de aquel prínzipe. Mas, el duque de Mayenne al mismo tiempo que beia cual era el berdadero prinzipio de su timidez, creia trasluzir tambien en la conducta de Belasco señales de desconfianza que le ofendian. Atribuialo á las órdenes que del rei tubiese, i no podia dudar que instigado por sus ministros en Franzia ubiese Felipe conzebido de sus designios los mayores zelos. Estas consideraziones le ponian en la mayor perplejidad: por una parte debia creer que muy pronto seria abandonado de los españoles como lo abia sido ya en Franzia de la mayor parte de los coligados: por otra, siendo entonzes tan poco su poder no podia lisonjearse de que obtendria del rei condiziones bentajosas. Despues de aber deliberado mucho tiempo, fué su primera resoluzion ir á Madrid á justificar su conducta i azer ber á Felipe cuan falsas eran las notizias de sus ministros; empero la bondad de Enrique le libró de dar un paso tan indecoroso como indiscreto. Notizioso del compromiso en que el duque se allaba le embió á Lignerac, que sabia era su amigo, para asegurarle de su estimazion i dezirle que le rezibiria en su grazia, i le conzederia las condiziones mas onoríficas.

Mas, como el duque abia echo juramento de no reconozer la autoridad de Enrique miéntras éste no obtubiese la absoluzion del papa, no quiso esijir que fuese á la corte, é izo le dijesen que podia retirarse á Chalons, que estaba por él, asta que la absoluzion llegara, sin temor de que en el interin se formase ninguna empresa contra él, ni contra sus partidarios.

Mayenne que sabia asta que punto se podia contar con las promesas de Enrique, i ademas

penetrado de reconozimiento por la oferta que le azia, la azeptó sin bazilar i se retiró del campo de los españoles.

Mui poco despues se adelantó Enrique á las márjenes del Saona con intento de pasarle con su ejérzito compuesto de siete mil infantes i dos mil caballos, i dirijirse al Franco-Condado donde permanezia Belasco atrincherado en su campo. Súpolo éste, i se opuso á su paso, empero á su pesar le atrabesó á nado tres millas por bajo de Grai, i sin detenerse se fué al campo de los españoles: i despues de reconozidos sus atrincheramientos, juzgando que no le seria fázil atacarlos con buen ecsito, le rodeó, empezó á talar el pais, i esijirle contribuziones sin que Belasco dejase sus líneas para oponerse. Mas, los cantones suizos como amigos i protectores de los desgraziados abitantes del Franco-Condado interpusieron su mediazion con el rei, que á sus instanzias cesó en la tala, i aun sacó su ejérzito con intento de dirijirse con la mayor zeleridad ázia la frontera de los Paises-Bajos.

Esperaba Enrique con impazienzia la absoluzion que tenia pedida al pontífize; i le ubiera sido antes embiada si los ministros de España en la corte de Roma no se ubieran opuesto; empero cuando bió el papa que el rei de Franzia se abia establezido sólidamente en su trono, temió que mayor dilazion apurase la pazienzia del penitente, i renunziase de la comunion romana, como izo Enrique VIII de Inglaterra en el pontificado de Clemente VII. Esta considerazion política mobió al papa á pronunziar la sentenzia de absoluzion, aunque á riesgo de desagradar á Felipe: i en efecto la pronunzió con mucha pompa el 16 de setiembre. No bien se supo en Franzia, cuando el corazon de los católicos rebo-

taba de alegría, é inmediàtamente se puso en ejecuzion el tratado antes echo con el duque de Mayenne; i los coligados que aun no se abian sometido siguieron el ejemplo de su jefe. Así se restablezió la tranquilidad interior en todas las probinzias del reino; i pudo Enrique dedicar toda su atenzion á la guerra contra España (1).

Desde que prinzipió en los Paises-Bajos no abia abido año tan estéril de grandes acontezimientos como este en que bamos; lo que partícularmente debe atribuirse á la eleczion que el conde de Fuentes izo en el sabio i prudente Mondragon para que en su ausenzia mandase las tropas. Ázia mediados de julio puso el prínzipe Maurizio sitio á la ziudad de Groll; empero Mondragon despues de reforzar su ejérzito con los soldados que sacó de las guarniziones, se abanzó á él con tanta zeleridad que no dándole tiempo para acabar de atrincherar su campo, le izo dejar la empresa. Los dos ejérzitos permanezieron mucho tiempo á bista uno de otro; mas como eran de fuerzas casi iguales, i ninguno de los dos jenerales zedia al otro en prudenzia ni bijilanzia, ni uno ni otro se atrebieron á emprender nada importante.

Ubo muchas escaramuzas con bario suzeso: la única aczion que mereze referirse fué la que suzedió zerca del rio de Lippe. Abia mandado el prínzipe al conde de Nassau que se ocultase en un bosque para que pudiese atacar cuando bolbiese un destacamento enemigo embiado por Mondragon para que escoltase á los forrajeros. No se ocultó esta maniobra á Mondragon, que colocó en otro bosque un cuerpo de caballería

(1) Dabila, l. 14. De Thou, 1595. Perelise, idem. D'Elzebier, p. 230.

mucho mayor que el de Nassau. Cuando los forrajeros españoles llegaron á la emboscada fueron embueltos, i muertos muchos; empero saliendo del monte inmediato repentinamente los soldados de Mondragon, se reizieron i bolbieron á la carga los antes benzidos. Asombrados los soldados de Maurizio de berse cojidos en su propio lazo, fueron oprimidos por el número: treszientos de ellos quedaron tendidos en el campo con su comandante, i el resto buscó en la fuga su salud.

Este fué el último suzeso de alguna considerazion en este año, aunque los dos ejérzitos permanezieron uno enfrente de otro asta fin de octubre que decamparon, i ambos entraron en cuarteles de imbierno. Mondragon murió poco tiempo despues á los nobenta i dos años de edad, abiendo conserbado asta el último momento bastante fuerza i bigor para llenar las obligaziones de un jeneral. Abia serbido zincuenta años en los Paises-Bajos, i tenido parte en casi todas las empresas militares que en ellos se abian acometido, sin aber rezibido la mas lijera erida (1).

En tanto que en Europa suzedia lo que en este libro acabamos de referir, izieron los olandeses sus primeras espediziones á la India; mas como las posesiones que entonzes adquirieron fueran poco considerables, i sus conquistas mas importantes en los dominios ultramarinos de Felipe no fueron concluidas asta muchos años despues de la muerte de este prinzipe, nos reserbamos el ablar de ellas en la istoria de su suzesor.

(1) Grot., l. 4. Bentibog., part. 3, l. 2.

ISTORIA
DEL REINADO DE FELIPE II,
REI DE ESPAÑA.

LIBRO BIJÉSIMO CUARTO.

Los grandes talentos del conde de Fuentes, i las pruebas que de ellos abia dado desde que se le nombró gobernador de los Paises-Bajos podian esperanzarle de que el rei le conserbaria en tan importante mando; mas cuando se le dió por muerte del archiduque Ernesto, no fué la intenzion de Felipe que le conserbase mas de un año; pues ya desde entonzes pensaba en conferirle al archiduque Alberto, cardenal i arzobispo de Toledo, i darle tambien su ija en matrimonio. Era sobrino de Felipe i el mas jóben de los ermanos del emperador. En el gobierno de Portugal, que abia desempeñado en calidad de rejente, se abia granjeado la estimazion jeneral, i particularmente la de su tio, que abia formado de su talento el mayor conzepto, i le consideraba el mas á propósito para seguir la guerra contra los rebeldes de los Paises-Bajos, ó acabarla del modo que deseaba.

Llegó el archiduque á Bruselas á mediados de febrero, acompañado de un refuerzo de tro-

pas italianas i españolas, i lo que era aun mas importante llebaba millon i medio de escudos.

El conde de Fuentes no teniendo por decoroso permanezer á las órdenes del archiduque en un pais en que abia mandado en jefe, le puso en posesion del gobierno i partió á España.

Segun las intenziones de Felipe, se dedicó inmediatamente Alberto á preparar lo nezesario para entrar temprano en campaña. Era su intento socorrer la pequeña ziudad de la Fera, que desde que los coligados la entregaron al duque de Parma estaba en poder de los españoles.

A fines del año anterior formó Enrique el proyecto de quitársela; mas, allándola mui bien fortificada, i guarnezida de soldados escojidos, i mandados por Albarez Osorio, ofizial de gran reputazion, se contentó con bloquearla, i lo izo sin obstáculo i tan bien que era imposible toda entrada en la plaza. Azia algunas semanas que el bloqueo duraba, de modo que cuando el archiduque llegó á los Paises-Bajos, biéndose el gobernador de la Fera falto de subsistenzias, reduzido á capitular si prontamente no se le socorria, le comunicó el estado en que se allaba, á tiempo que casi nada faltaba al archiduque para marchar con el ejérzito que tenia reunido en los alrededores de Balenzienes. Mas, el archiduque mismo i su consejo conozian los incombenientes que abia en llebarle directamente á socorrer la Fera; dado que era nezesario dejar á la espalda á san Quintin, Am, Guisa Peronna, i otras muchas plazas fuertes, cuyas guarniziones podrian molestarle en la marcha, romper los caminos, é interzeptar los comboyes. Por otra parte, un pantano intransitable azia inaczesible la ziudad, menos por al-

gunos puntos tomados ya por el rei de Franzia, i defendidos con fuertes atrincheramientos. Era pues nezesario atacarlos; i aun suponiendo que de resultas se pudiese azercar á la ziudad, aun era preziso atacar á los sitiadores en su campo, ó fuera, si tomaban el partido de salir de él. Atacarlos en sus líneas era esponerse á una ruina casi zierta; i no era de esperar que Enrique, cuyo ejérzito se iba aumentando por dias, arriesgase una aczion jeneral en campo abierto, antes que su ejérzito fuese mui superior al del enemigo. Reflesionaba tambien el archiduque que si quedaba benzido, resultarian funestas consecuenzias, no solo por la diminuzion del ejérzito, sino aun porque podria seguirse la pérdida de todas las conquistas de Felipe en Franzia, i el menoscabo de su autoridad en los Paises-Bajos.

Estas consideraziones le retrajeron de socorrer á la Fera, i pensó sitiar una ziudad importante en la frontera, bien para que Enrique lebantase el sitio, ó bien para indemnizarse de aquella pérdida.

Tomada esta resoluzion, aun faltaba dezidirse sobre la plaza que se abia de sitiar: dudó algun tiempo entre san Quintin i Peronna; mas dejando este intento se dezidió por Calais, cuya conquista tubo por mas fázil i de mas importanzia.

Sujirióle esta idea un franzés llamado Rone, azérrimo partidario de la liga, i que preferia el serbizio del enemigo de su pátria al de su lejítimo soberano. Era Rone intrigante, de carácter sombrío i melancólico, solo sensible á su interés, atrebido, actibo i sagaz, de mucha penetrazion, i mui instruido en el arte de la guerra. Calais, así bien que otras muchas plazas, abia sido mui descuidada durante la guerra

zibil, por mas que el rei ubiese mandado que se esaminasen las fortificaziones con cuidado i se restableziesen: sus grandes ocupaziones le abian impedido el dar á este asunto la atenzion nezesaria. No lo ignoraba Rone, ni que la guarnizion de Calais era inferior á la estension de la plaza, ni que era imposible defenderla mucho tiempo. De todo instruyó al archiduque el cual aprobó el proyecto i le encargó la ejecuzion, i para que el enemigo no lo trasluziese, á solos tres de sus prinzipales ofiziales lo comunicó; aziendo al mismo tiempo que se dibulgase era su intento ir á socorrer la Fera. Y para que así se creyese dispuso que el ejérzito marchase ázia aquella plaza, miéntras Rone se dirijia con una dibision ázia Calais. Fué su primera tentatiba contra el fuerte i el puente de Niculai que defendian la ziudad por parte de tierra, i alló poca resistenzia: no así la que izo el fuerte de Risbanc, situado á la entrada del puerto, i del cual dependia la conserbazion de la plaza. Sin embargo, cuando empezó á jugar la artillería de una batería que Rone abia echo lebantar contra él, decayeron de ánimo los que le defendian; i la muerte de algunos causó tal terror en todos que pidieron capitulazion. Un suzeso tan rápido eszedió las esperanzas de Rone, i lo que aumentó su contento fué el ber algunos dias despues de la rendizion de Risbanc, muchos barcos que iban de Bolonia con tropas para reforzar la guarnizion de Calais, i tubieron que retirarse, porque dueños del puerto los españoles, no les fué posible entrar en él.

Aun estaba el archiduque con su campo en las inmediaziones de Balenzienes cuando supo el felíz suzeso de Rone: marcha inmediatamente con todo el ejérzito ázia Calais, i cuando se alló

en la situazion combeniente puso sus estanzias de modo que al enemigo fuese imposible socorrer la plaza. Atacó los arrabales i los tomó por asalto : la ziudad izo aun menos resistenzia : apénas empezó á jugar la artillería de los sitiadores, se retiró el gobernador Bidossan con toda la guarnizion á la ziudadela, i no teniendo mas seguridad de mantenerse en ella que en la ziudad, ofrezió que capitularia si dentro de seis dias no era socorrido. El archiduque por economizar la sangre de sus soldados, i conserbar las fortificaziones, azeptó la proposizion, tanto mas fazilmente cuanto mas seguro estaba de poder impedir que entrase en la plaza socorro.

La notizia de estos progresos puso á Enrique en la mayor perplejidad ; pero como azia tantos meses que duraba el bloqueo de la Fera esperaba que la guarnizion capitulase dentro de pocos dias, i que despues aun llegaria á tiempo de azer lebantar el sitio. En este conzepto juzgó que no debia abandonar una empresa que tantos trabajos i gastos le abia causado. No obstante marcho con parte de su caballería á Bolonia para estar en disposizion de introduzir en Calais socorros que pusiesen á la guarnizion en estado de resistir, asta que pudiese ir con todo su ejérzito á obligar á los españoles á que lebantasen el sitio.

Mas, al llegar á Bolonia supo que Calais se abia rendido, i que la ziudadela debia tambien azerlo, si en el tiempo que abia fijado no era socorrida : entonzes sintió no aber llebado consigo mas tropas. No obstante biendo cuan nezesario era azer sin tardanza algun esfuerzo para socorrer la ziudadela obtubo de Campagnol, gobernador de Bolonia, que se encargase de tentar al frente de treszientos ombres escoji-

dos el abrirse de noche paso por medio de los atrincheramientos de los sitiadores: peligrosa empresa, que sin embargo se ejecutó sin perder siquiera un ombre. Entrado que ubo en la ziudadela leyó la órden del rei á la guarnizion, i la izo jurar que se defenderia asta el último estremo.

Espirado el término pedido por el gobernador, le intimaron los sitiadores que se rindiese; mas él contestó que abiendo sido socorrido quedaba nula su oferta; empero no tardó mucho en conozer cuan poco pòdria defender plaza tan débil contra ejérzito tan poderoso.

Desde el dia siguiente izo Rone que jugasen todas las baterías, i en pocas oras arruinaron una parte de las murallas. Un rejimiento italiano que por su neglijenzia abia dejado pasar á Campagnol con su destacamento, fué condenado á dar el asalto: sosteniante tropas españolas i walonas. Rezibiolos la guarnizion en la brecha con un balor estraordinario: el combate fué largo i tenaz: derramose mucha sangre de ambas partes; asta que en fin fueron los sitiadores rechazados. Buelben casi inmediatamente los italianos á la carga: eran mas en número, izieron zejar á los sitiados i entraron con ellos en la plaza. Toda la guarnizion fué pasada á cuchillo eszepto Campagnol, i pocos ofiziales que se refujiaron en una iglesia, i en seguida se rindieron á discrezion. Así pasó Calais á los españoles á las tres semanas de aber dado Rone el primer ataque. Enrique tomadas todas las precauziones que podian asegurar la conserbazion de Bolonia se bolbió á su campo de la Fera. El archiduque permanezió ocho ó diez dias en Calais, i dada órden de que reparasen las fortificaziones llebó su ejérzito á Ardres.

Tenia esta ziudad cuatrozientos ombres de

guarnizion mandados por el marques de Belin, teniente gobernador de la probinzia, i por el señor de Annebourg, gobernador de la ziudad, ofizial de balor i de capazidad jeneralmente reconozidos. Las salidas frecuentes i bigorosas que izieron retardaron las operaziones de los sitiadores, que sin embargo á biba fuerza ganaron los arrabales. Entonzes prinzipió Rone á jugar la artillería de las baterías. Mas, considerando la bondad de las fortificaziones i el número i balor de sus defensores abia poca esperanza de que la plaza se rindiese antes que la Fera, despues de la cual era mui probable que Enrique fuese con todas sus fuerzas en socorro de los sitiados.

A pesar de tantas zircunstanzias faborables, juntó el marques de Belin el consejo de guerra, i le representó con beemenzia la nezesidad que abia de capitular, alegando que seria imposible defenderse asta que llegase el ejérzito del rei, i que cuanto mas antes se rindiesen tanto mas bentajosas serian las condiziones que obtubieran. Annebourg desechó con indignazion l. propuesta, i todos los ofiziales fueron de su opinion; mas el cobarde Belin en uso de la autoridad que como teniente gobernador de la probinzia le competia, ofrezio al archiduque entregarle la plaza con tal que la guarnizion saliese con los onores de la guerra. La bíspera del dia en que se firmó i ejecutó aquella bergonzosa capitulazion se abia rendido la Fera, i Enrique IV iba ya marchando con todo su ejérzito á defender á Ardres. Diferentes refuerzos que en poco tiempo abia rezibido le daban esperanza de poder obligar al enemigo á que lebantase el sitio: mas cuando supo que Ardres se abia rendido le indignó tanto la cobardía de Belin que mandó se le formase con-

sejo de guerra : despues zediendo á las instanzias de los amigos de aquel cobarde ofizial, mandó que se suspendiera i se contentó con proibirle la entrada en la corte, i quitarle el empleo que tenia. (1)

Enrique dudó por algun tiempo azerca del partido que debia tomar. Por una parte deseaba mucho recobrar las plazas que acababa de perder : por otra consideraba que el sitio de una ziudad fuerte seria mui largo, i por consiguiente mui difizil en las zircunstanzias en que se allaba. La azienda estaba gastada, i la Picardia que azia tanto tiempo era el teatro de la guerra, no podia probeer de subsistenzias á sus tropas. Estas consideraziones le izieron que tomase la resoluzion (i este era tambien el dictámen de su nobleza) de seguir al enemigo, i forzarle á dar batalla si era posible ; mas el archiduque, cuyo ejérzito se abia debilitado mucho por las guarniziones que abia puesto en las ziudades conquistadas, abia penetrado su designio : i no menos cuidadoso de ebitar una aczion jeneral, que Enrique activo en allar ocasion de obligarle á ella, dejó sin dilazion la Franzia i acantonó sus tropas en el Artois. Frustradas así las esperanzas de Enrique tubo que lizenziar la mayor parte de su jente, dejando al mariscal de Biron de zinco á seis mil ombres para que se opusiese á las incursiones que intentasen los españoles, i se bolbio á la capital, en la que muchos i mui importantes negozios esijian su presenzia.

En tanto que el ejérzito español abia estado en Franzia, nada abia ocurrido en los Paises.

(1) Dábila, l. 14. Bentiboglio & De Thou, l. 5, p. 116.

Bajos digno de la istoria, no por falta de bigor ni actibidad en el prínzipe Maurizio, sino porque la debilidad de su ejérzito le abia impedido acometer ninguna empresa. Los estados por economizar sus fuerzas, creyendo poder azerlo cuando no beian ningun peligro, abian reduzido sus tropas tanto, que dejadas en las ziudades las nezesarias para su defensa no quedaban para salir á campaña mas que como tres mil ombres. Con ellos i las guarniziones de algunas ziudades fronterizas abia echo el prínzipe atrebidas incursiones en Flandes i el Brabante pillando, ó esijiendo contribuziones á muchos departamentos. Los estados de aquellas probinzias deseando la buelta del archiduque abian solizitado con la mayor instanzia que emplease su ejérzito en la toma de algunas ziudades fronterizas de la confederazion, cuyas guarniziones causaban tantos daños. Izo el archiduque bolber el ejérzito á los Paises-Bajos, porque la estazion aun permitia estar mucho tiempo en campaña, i no pensaba tenerle en inaczion: oyó faborablemente las representaziones de los estados de la Flandes i el Brabante, i con el parezer de su consejo de guerra resolbió sitiar á Ulst.

En los zinco años que esta plaza abia estado en poder de la confederazion, abia aumentado el prinzipe considerablemente las fortificaziones; aislandola por medio de dos anchos canales, defendidos con fuertes, colocados de trecho en trecho, i ademas izo inundar parte del pais adyazente; de modo que era casi inaczesible.

Este juizio formaron los ofiziales que el archiduque embió á que la reconoziesen; pero no fué parte para que mudase el suyo. Ambizionaba azer señalado el primer año de su gobierno con algun serbizio importante al pueblo confia-

do á su cuidado. Por otra parte le eszitaban Rone i otros ofiziales de carácter atrebido i emprendedor, en términos que las mayores dificultades no le ubieran echo desistir. En consecuenzia se empleó el archiduque en proporzionar los medios de llebar á cabo su empresa: i para que el enemigo ignorase todo el tiempo posible cual era su designio, finjió tener el de atacar una de las ziudades del Brabante: ficzion que produjo el efecto que deseaba, dado que el prínzipe Maurizio sacó dos mil ombres de los zinco mil que componian la guarnizion de Ulst para reforzar las de Jertrudemberg i Breda.

No perdió tiempo el archiduque, i repentinamente se dirijió ázia Ulst: tenia preparados muchos bateles en que mandó á la Biche i Barlotta, dos de sus primeros ofiziales, que trasportasen parte de sus tropas por la inundazion i los canales. Esta comision era peligrosa; sin embargo quedó desempeñada aquella noche con el mayor silenzio i secreto: las dificultades que para ello ubo que benzer ubieran malogrado la empresa si se ubiera conduzido por quien tubiese menos resoluzion é intrepidez que aquellos dos ofiziales. La marea aun no abia subido tanto como creian; i no pudiendo seguir los bateles por falta de agua nezesitaron muchas bezes saltar á ella los soldados donde el fango les daba á la rodilla, i llebarse por delante los bateles á empujones. Despues que con los trabajos i afanes que se dejan discurrir llegaron con ellos asta la márjen del canal, los descubrieron los soldados que guarnezian algunos de los fuertes, é izieron un continuado fuego. A pesar de esto siguieron su rota, asta que en fin lograron botar los bateles en el canal, i llegar al otro lado sin mas

pérdida que la de algunos ombres. Al amanezer del dia siguiente les atacó el conde de Solms, gobernador de Ulst, sin darles tiempo para atrincherarse: el combate fué bibo, obstinado i sangriento. Un rejimiento de los acometedores fué derrotado i el que le comandaba muerto; empero conoziendo los otros que no abia medio entre morir ó benzer, abanzaron con tal impetuosidad que obligaron á la guarnizion á que se bolbiese á la ziudad: mucha sangre se derramó en esta aczion.

No bien tubo el prínzipe notizia de esta ocurrenzia cuando partió con las tropas que pudo reunir, esperando echar á los españoles de la isla antes que rezibiesen refuerzos; empero el archiduque mas dilijente, le abia prebenido. Esto sin embargo no ubiera impedido al prínzipe el llebar sus tropas asta Ulst por el canal que caia en el Ondt, ó el Escalda ozzidental; mas antes que lo emprendiera ya tenia el archiduque todo su ejérzito en la isla, i aun prinzipiadas las operaziones del sitio. Lo único que por entonzes podia azer el prínzipe era introduzir socorros en la ziudad por el canal, cuya embocadura defendia un fuerte tan bien fortificado que era casi inespugnable. Con esta mira fijó su residenzia en Cruning en Zelanda, desde donde azia pasar á la guarnizion de Ulst refuerzos considerables de tropas, á pesar de todos los esfuerzos de los españoles para interzeptarlos.

Si los ataques de los sitiadores eran bigorosos, la defensa de los sitiados no lo era menos: los combatientes de ambos partidos azian echos del mas eróico balor. Era raro el dia en que los sitiados no iziesen salidas i en ellas orrible matanza de enemigos: en una fué muerto Rone, prinzipal director del sitio; lo que causó gran

desaliento en los soldados ; mas no por eso persistió menos el archiduque en que el sitio se continuase ; i aunque llebaba ya perdida mas jente que le costaran Calais i Ardres, proseguia las operaziones sin interrupzion con el mismo bigor ; de modo que despues de aber arruinado enteramente las obras esteriores logró abrir brecha bastante ancha para dar el asalto.

Los sitiados abian lebantado un fuerte atrincheramiento por dentro de la brecha, detras del cual aun podian defenderse mucho tiempo, tanto mejor cuanto la guarnizion continuamente reforzada por las tropas que el prínzipe embiaba, era entonzes mas numerosa que nunca. Mas sobrecojida repentinamente de un terror pánico estrechó al conde de Solms á que capitulase, i con tantas i tan urjentes instanzias que temiendo el conde que á su pesar entregase la plaza, zedió á sus importunaziones i capituló el 18 de agosto. El archiduque no permanezió en Ulst mas tiempo que el nezesario para probeer al reparo de las fortificaziones.

Buelto á Bruselas fué rezibido con grandes aclamaziones tanto mas bibas cuanto mas seguro de los confederados se consideraba el pueblo; persuadido de que bajo el gobierno de un prínzipe tan felíz en sus empresas no se beria espuesto á las incursiones del enemigo, i que la seguridad i la tranquilidad interiores serian bien pronto restablezidas ; empero esta alegría i estas esperanzas se desbanezieron bien pronto. El mariscal de Biron, á quien como dijimos dejo el rei Enrique en Picardia con un cuerpo de tropas escojidas, se abia estado asta entonzes á la defensiba ; mas á poco de rendida Ulst empezó á azer incursiones en el Artois, teniendo en contínuo sobresalto á las fronteras meri-

dionales de los Paises-Bajos. El archiduque embió contra el al marques de Barambon; con lo cual se contubo el mariscal, siendo menos emprendedor, i mas zircunspecto. No obstante, zierto de que el enemigo abanzaba en su busca, le salió rapidamente al encuentro, dejó la mayor parte de su tropa emboscada, i continuó su marcha asta que alló las del marqués. Empeñose el combate con mucha bibeza: el mariscal peleando siempre en retirada atrajo al enemigo á la emboscada; i aziéndose entonzes firme cargó con todas sus fuerzas reunidas, cojió á Barambon prisionero, le mató muchos soldados i obligó á los demas á que buscasen en la fuga su salud. (1)

El prínzipe de Chimai, entonzes duque de Arschot, substituyó á Barambon de órden del archiduque; mas los esfuerzos que izo para detener las incursiones de los franzeses no fueron mas felizes que los de su antezesor. El mariscal le era mui superior en caballería, i esta superioridad le daba la bictoria siempre que peleaba con Chimai, de modo que continuo talando el pais abierto por todas partes asta que la prosimidad del imbierno le obligó á retirarse.

En tanto que estas cosas que emos dicho suzedieron en Franzia i los Paises-Bajos, tubo Felipe en España un rebes de que no podian indemnizarle las conquistas que en ambos estados abia echo. Despues del funesto resultado que tubo su empresa contra Inglaterra no abian dejado los ingleses de proyectar contra sus dominios tanto de España como de América. En la época de que ablamos no se allaba Felipe en mejor estado de bengarse que antes; mas estre-

(1) Bentib., l. 3. Grotius.

chado entonzes asta el estremo, i biéndose dueño de Calais, cuya posizion le daba mucha mas fazilidad que abia tenido nunca para ostilizar á los ingleses, á pesar del mal estado en que se allaba, resolbió aprobechar la bentaja que la nueba posesion le ofrezia; i en consecuenzia izo equipar una armada, i lebantó un ejérzito con el cual se proponia azer un desembarque en Irlanda, en donde azia mucho tiempo que fomentaba la rebelion entre los católicos; i no dudaba que estos se unirian á sus tropas inmediatamente que desembarcasen.

No ignoraba Isabel este nuebo proyecto de Felipe, ni abia omitido nada para librarse de la nueba tempestad que la amenazaba. A fin de alejarla abia echo equipar una armada de ziento zincuenta nabes, al mando del gran almirante lord Oward, i embarcar en ella ocho mil soldados con siete mil marineros á las órdenes del conde de Esses. Los olandeses agregaron beinte i cuatro de sus nabíos mandados por el bize-almirante Warmondt, montados por un número sufiziente de soldados, á las órdenes del conde Luis de Nassau, primo del prínzipe Maurizio.

Pensaba Isabel atacar á Cádiz donde sabia que azia el rei la mayor parte de sus preparatibos; pero para asegurar el logro, ocultó con cuidado el destino de la armada, i los capitanes de nabío rezibieron zerrada la órden que los señalaba el punto de la reunion jeneral, proibiéndoles el abrirla antes de llegar al cabo de san Bizente. Recomendabaseles tambien que se mantubiesen siempre en su rota á alguna distanzia de las costas de España i de Portugal, para que el enemigo temiendo igualmente por unas que por otras estubiese menos prebenido

Estas precauziones produjeron el efecto que

se deseaba : la armada que partió de Plimouth el primero de junio llegó el 20 á bista de Cádiz que se allaba en la mayor seguridad, i de ningun modo preparado á defenderse. Abia en el puerto i la rada treinta i dos nabes ricamente cargadas i prontas á dar la bela así para la América como para las grandes Indias; treinta nabíos de guerra, i gran número de barcos de trasporte cargados de todo lo nezesario para probeer una armada que se equipaba en Lisboa. No abia en la plaza comandante en jefe, i la guarnizion era demasiado débil para defenderla.

Al azercarse la armada inglesa se formaron en batalla los nabíos de guerra á la entrada de la baia, i á pesar de la inferioridad del número sostubieron el ataque asta que algunos de los mayores se cojieron, otros se quemaron, echaron á pique, ó se les obligó á dar en bajíos ó bancos de arena.

Lograda esta primera bentaja izo desembarcar el conde de Esses sus tropas i las condujo ázia la ziudad. Saliolas al encuentro un cuerpo de soldados españoles, que no pudiendo resistir el ímpetu de los ingleses bolbieron la espalda i se pusieron en fuga: siguieronlos de zerca los ingleses i entraron con ellos en la ziudad. Los abitantes izieron poca resistenzia: la bista de los ingleses les abia llenado de terror, i estaban en la mayor consternazion: el castillo se rindió antes que se tirase contra él ni siquiera un tiro. El conde de Esses, cuya jenerosidad no era menor que su balor, manifestó despues de la bictoria tanta umanidad como balor abia mostrado en el combate. Es berdad que dió á saco la ziudad; pero proibió que se ejerziese ninguno de aquellos actos de biolenzia i crueldad de que está llena la istoria de los Paises-Bajos. Los in-

gleses cojieron un botin considerable; pero mucho menor que si el duque de Medina que allí se allaba con algunas tropas no ubiese echo poner fuego á un gran número de barcos mercantes, cuyos propietarios estaban tratando de rescatarlos con el conde de Esses. Se a calculado la pérdida del rei i de los particulares en nabes, mercanzias i otros cargamentos en beinte millones de ducados. Queria Esses tomar posesion de Cádiz i que los ingleses se mantubiesen allí; mas el lord Oward i los otros comandantes desecharon la idea teniendola por quimérica: creian que abian cumplido con el objeto de su comision i satisfecho los deseos de su soberana; i por otra parte temian ser atacados por algun ejérzito que contra ellos embiara Felipe. En consecuenzia embarcaron prontamente el botin, i dieron la bela para bolber á Inglaterra.

Felipe fué tanto mas sensible á la toma i saqueo de una tan prinzipal ziudad de su reino cuanto mas berisimil le parezia que este suzeso rebajase mucho la idea que asta entonzes se abia tenido de su prudenzia i de sus fuerzas interiores. Esta considerazion unida al deseo de bengarse de Isabel le determinaron á ejecutar sin tardanza, i á pesar de la prosimidad del imbierno, el proyecto que abia formado de imbadir la Irlanda. La buelta de su flota de América, que llegó entonzes ricamente cargada, le puso en estado de equipar ziento beinte i ocho nabios así de guerra como de trasporte, i en ellos izo embarcar catorze mil ombres sin contar un gran número de irlandeses católicos que se abian refujiado en sus estados. Estas nabes llebaban tambien una cantidad prodijiosa de muniziones, bíberes, utensilios, instrumentos i aun materiales para construir fuertes. Dieron la bela en el Ferrol en nobiembre á

las órdenes de don Martin de Padilla. Si ubieran llegado á su destino, ayudados por los católicos descontentos abrian podido establezerse tan sólidamente en Irlanda, que se pasaran muchos años antes de echarlos, i eso á costa de mucha sangre, dinero i trabajo.

Embanezidos la reina i sus basallos con el feliz resultado de la empresa de Cádiz, estaban tan seguros como si ubieran dado un golpe mortal á la marina i poder del rei de España. Ni Isabel ni sus ministros sospechaban los designios de aquel prínzipe: asta ignoraban los grandes preparatibos que azia; empero la Probidenzia belaba por ellos, i faborezió en aquella ocasion á la Inglaterra de un modo mui particular, como abia ya echo antes. Una orrible tempestad asaltó á la armada española ázia el cabo de Finisterre: cuarenta nabes, con tripulazion i cargamento fueron sumerjidos; i á costa de mucho trabajo reunió Padilla los demas en el puerto del Ferrol. Así se frustró esta empresa, de que el rei no trató mas (1).

A prinzipios de 1597 tambien tubieron los españoles en los Paises-Bajos un rebes arto funesto. Las fértiles probinzias del Brabante aún permanezian espuestas á las incursiones de los confederados. Para librar los abitantes sus pueblos i campiñas del pillaje i la debastazion, se abian obligado á pagar grandes contribuziones con las que los estados podian mantener las guarnizio-nes de Breda, de Jertrudemberg, i de otras muchas plazas. Deseando el archiduque esonerar al pais de semejante carga abia acantonado de cuatro á zinco mil ombres entre infantería i caballería

(1) Grot., l. 5, p. 296. Camden, p. 930. Carte, lib. 19.

en Turnout, ziudad pequeña i abierta; mas desde donde creia que se podrian obserbar los mobimientos del enemigo, por su inmediazion á Breda. Dió el mando de estas tropas al conde de Baras, ermano del difunto marques de Barambon.

El prínzipe que sabia que este mando se abia conferido á Baras mas en consideracion de su familia (1) i de su cuna, que de su capazidad para la guerra, resolbió aprobecharse de la imprudenzia del archiduque; i reuniendo con el mayor secreto i zeleridad como zinco mil infantes i ochozientos caballos partió con ellos de Jertrudemberg con intenzion de atacar á los españoles en su acantonamiento. No lo supo Baras asta la bíspera del dia en que abia de ser atacado; i contra el dictámen de algunos de sus ofiziales resolbió abandonar su puesto, i retirarse á la ziudad de Erentals. En aquella misma noche izo salir sus bagajes, i al amanezer se puso en marcha con el mayor silenzio. Sus soldados casi todos beteranos, esperimentados, balientes i animosos miraron desde luego con zierta espezie de indignazion el que se les obligase á uir de un enemigo que tantas bezes abian benzido; mas á poco, tan intimidados como su jeneral creyeron como él que su salud estaba en la zeleridad de la retirada.

No distaba el prínzipe mas que unas cuantas millas de Turnout cuando le abisaron sus espías que Baras se retiraba. Al momento embió delante á sir Franzisco Bere con un cuerpo de caballería á que reconoziese los bosques, i un destacamento á las órdenes del conde de Oenloe para que incomodase á los españoles á fin de retardar su marcha i dar tiempo á que abanzase

(1) Era de la familia de Rie, en el Franco-Condado.

la infantería. No eran solos el conde de Oenloe i sir Franzisco Bere los ofiziales de gran mérito que el prínzipe llebaba consigo: se abia echo acompañar tambien del conde de Solms, de sir Roberto Sidnei, gobernador de Flesinga, i de otros muchos que á una esperienzia consumada juntaban un gran balor. Todos ejecutaron las órdenes que se les dieron con la misma prudenzia i la misma intrepidez. El de Oenloe al frente de cuatrozientos caballos fué el primero que atacó á los españoles, izo retrozeder á su caballería, la derrotó i forzó á replegarse sobre la infantería introduziendo en ella el desórden i la confusion. Bere i el prínzipe Maurizio, que llegaron entonzes, rompieron sus filas i acabaron la derrota. Fué grande la matanza, i casi todos los que se libraron de la muerte quedaron prisioneros. El conde de Baras mismo quedó tambien en el campo, despues de aber dado pruebas de que no á falta de balor debia atribuirse su inconsiderada resoluzion, sino á su inesperienzia, i á su eszesibo deseo de economizar la sangre de sus soldados. Perdieron los españoles en esta jornada mas de dos mil i quinientos ombres, los dos mil muertos, i los restantes prisioneros, sin que al prínzipe costase mas que de nuebe á diez.

Atribuye Grozio esta bictoria á las grandes carabinas con que Maurizio abia armado su caballería en lugar de las lanzas de que antes usara; i á que la bista de esta nueba arma i sus efectos difundieron el terror entre los españoles. Lo zierto fué que á la caballería debió el prínzipe la bictoria, que ya estaba asegurada cuando la infantería llegó i tomó parte en la pelea.

A no considerar mas que la gran desproporzion de la perdida, el combate de Turnout debió contribuir mas que ninguno de cuantos asta en-

tonzes abia dado, á que se encareziesen sus talentos militares; i si en esta ocasion los izo bien manifiestos, el modo con que se portó con los prisioneros demostró su jenerosidad, su benefizenzia i su umanidad. Izo que se asistiese con el mayor esmero á los eridos que abia entre ellos, i cuidó con la mayor bijilanzia de que los otros no esperimentasen ningun mal tratamiento: embió al archiduque el cadáber del conde de Baras, i el archiduque le aseguró que seguiria en lo suzesibo su ejemplo, é impediria que se cometiese por los soldados ningun eszeso, ni espezie alguna de crueldad (1).

La toma de Amiens de que el archiduque se apoderó poco tiempo despues le indemnizó de la pérdida que tubo en Turnout. Amiens, capital de la probinzia de Picardia, era entonzes una de las plazas mas fuertes é importantes de la Franzia: sus abitantes mui adictos á la liga, azia poco que se abian sometido al rei; empero con la condizion de que ellos mismos defenderian la ziudad, i que el rei no pusiese guarnizion en ella.

Los abitantes alistados para ello podrian aszender de catorze á quinze mil: mas, por zierto de los que se nezesitaban para asegurarios contra las empresas á que les esponia la prosimidad de los españoles si estubieran disziplinados, bijilantes i atentos á lo que pasaba así dentro como fuera; empero dados á sus negozios domésticos, descansaban en unos cuantos del cuidado de belar sobre la conserbazion de la ziudad, i estos lo azian con demasiada neglijenzia.

Uno echado de la ziudad por sus delitos,

(1) Grotius., l. 6. De Thou, l. 118, c. 5. Bentiboglio, part. 3, l. 3.

instruyó de ello á Ernando Tello Portocarrero, gobernador de Dourlens, ofizial de estremado balor i mui emprendedor, que resuelto á aprobechar el abiso formó el proyecto de apoderarse de la ziudad. Aprobó el archiduque su intento, i Portocarrero sacó de las guarniziones bezinas como tres mil entre infantes i caballos que tubo por bastantes para el logro (1). Partió de Dourlens el 11 de mayo anochezido, i antes de salir el sol llegó á una ermita titulada de la Magdalena, distante de la ziudad como media milla. Luego que adbirtió que abrieron la puerta embió delante diez ó doze de sus mas balientes soldados con el sarjento español Franzisco del Arco, Bautista Dognano, milanés, i el capitan Lacroi, borgoñon, disfrazados todos de paisanos; i cada uno con un par de pistolas, i espada, ocultas bajo la ropa: tres de ellos llebaban en la cabeza un saco de nuezes i manzanas: otro conduzia un gran carro cargado de grandes bigas: los otros les seguian á corta distanzia. Cuando los tres primeros abian pasado ya las empalizadas i estaban zerca de la puerta, dió el uno un tropezon, cayó, se rompió el saco, i las nuezes i manzanas se esparzieron: los que guardaban la puerta se apresuraron á cojerlas, i miéntras se burlaban del finjido paisano i su poca maña, i se apresuraban al que mas á cojer nuezes i manzanas llego el carro i se atrabesó en la puerta. Al momento quitó Arco una clabija que retenia el timon para impedir que los caballos pudiesen pasar de allí con el carro. Entonzes tiró un pistoletazo que era la señal combenida con Porto-

(1) Tenia á sus órdenes mil zien españoles, quinientos borgoñones i alemanes, cuatrozientos irlandeses, doszientos walones, i notezientos caballos.

carrero, i reuniendose al instante con sus camaradas cayeron con espada en mano sobre los que guardaban la puerta, mataron muchos, i se izieron dueños de ella. Biéndolo el zentinela que estaba en la muralla quiso bajar el rastrillo, i cayó con efecto; pero las bigas que el carro llebaba le detubieron i sostubieron en el aire. Entre tanto abanzo Portocarrero con todas sus tropas, entró en la ziudad sin esperimentar mas que una débil resistenzia de los abitantes, que llenos de espanto i terror, i no teniendo quien fuese capaz de mandarlos rindieron las armas, despues de aber bisto caer bajo la espada del enemigo como un ziento de entre ellos.

El disgusto que la nueba de este suzeso causó á Enrique IV templó un poco la alegría que le causaba la ruina total de la liga. La conquista de Calais abia abierto á los españoles la entrada en su reino del lado del mar; pero Amiens era un antemural que les ubiera detenido; en bez de que siendo dueños tambien de esta plaza podian sin obstáculo llebar sus incursiones hasta las puertas de la capital. Consideraba ademas Enrique como mui posible que la perdida de Amiens diese motibo para que de él se formase una idea poco faborable: temia que se le tubiese por incapaz de adquirir otra gloria que la de pelear i benzer á sus propios basallos; i temia tambien, que si entre ellos aún abia algunos descontentos, se aprobechasen del rebes que acababa de padezer para enzender de nuebo el fuego, acaso mal apagado, de la guerra zibil. Azia algun tiempo que su salud se abia alterado algo; mas luego que supo lo que acababa de suzeder, dejo para otro tiempo el cuidado de restablezerla, zeso en el uso de los remedios que sus medicos le abian prescrito, i partio para Corbie, ziudad

pequeña situada sobre el Somma, como tres leguas de Amiens; i despues de conferenziar con el mariscal de Biron i otros muchos de sus prinzipales ofiziales, resolbió dedicarse, con preferenzia á cu-lesquier otros asuntos, al sitio de Amiens, i no omitir nada para recobrarla. Encargó al mariscal, que sacase de las guarniziones bezinas cuantas tropas pudiese, i formase un pequeño ejérzito con que zercar la ziudad. En seguida se bolbió á París á azelerar con su presenzia los preparatibos nezesarios para asegurar el logro de la empresa.

No ignoraba que era prezisa en aquella ocasion la mayor actibidad; i así fué que se ocupó con increible ardor en reunir un ejérzito numeroso i llebar de las probinzias inmediatas muniziones de guerra i boca. Al mismo tiempo concluyó un nuebo tratado de alianza con la reina de Inglaterra, i los estados de las probinzias-unidas; en consecuenzia del cual le embió aquella cuatro mil ombres, i estos una considerable suma de dinero, obligándose ademas á azer una poderosa dibersion en los Paises-Bajos. Como abian sido contínuos los refuerzos que abia embiado al mariscal, alló el sitio mui adelantado cuando en prinzipios de junio pasó á él. Era el mariscal muy ambizioso i bano; i como el rei ubiese dicho que nunca sus asuntos iban bien sino cuando por sí los presenziaba; este dicho le abia inflamado: cuidados, atenziones, trabajo, bijilanzia, nada abia omitido. Para impedir que entrasen socorros abia echo fuertes líneas de zircumbalazion; i los aproches estaban ya empezados cuando el rei llego al campo: aprobó todo lo echo, i aun le dejó el mando, para que olbidase, dizen los istoriadores, aquel dicho que tanto mortificara su orgullosa banidad.

nio del monarca franzés, que azeptaria el desafio; empero quedaron frustradas sus esperanzas. Enrique defirió al dictámen del duque de Mayenne, que abia llebado consigo al sitio, el cual le izo presente que componiéndose casi toda su infantería de jente bisoña, seria imprudenzia el arriesgarse con ella á dar una batalla, i mui azertado esperar al enemigo en sus líneas. El archiduque ignoraba esta resoluzion, i formó su ejérzito en batalla: mas cuando bió que los franzeses no salian de su campo, i que le tenian por todas partes bien fortificado, empezó á desconfiar del logro de la empresa, i tomó el partido de bolber su ejérzito á los Paises-Bajos. Pocos dias despues de su retirada i con su permiso, ofrezió el marques de Montenegro capitular, i obtubo las condiziones mas onrosas. (1)

Durante el sitio, nada memorable abia ocurrido en los Paises-Bajos; mas, como para formar el archiduque aquel ejérzito se abia bisto en la prezision de desguarnezer casi todo el Brabante i la Flandes, inmediatamente que el prinzipe supo que estaba en marcha se dirijió á Rimberg con doze á treze mil ombres entre infantería i caballería, i la sitió i tomó en pocos dias, aunque tenia de guarnizion zerca de mil soldados. Con la misma fazilidad sometió la ziudad de Meurs; i pasando el Rin se apoderó de Groll, de Brebort, i de otras muchas plazas. Linjen era la única fortificada que conserbasen los españoles al norte del Rin: mandaba en ella el conde Federico de Erembert, i tenia de guarnizion de setezientos á ochozientos ombres. Sitiola el prinzipe, i los sitiados se defendieron por algun tiempo con mucho balor; empero cuando el go-

(1) Dábila, l. 15. Bentiboglio, part. 3., l. 4.

bernador bió las baterías de los sitiadores en disposizion de prinzipiar el fuego, i que el prinzipe al intimarle la rendizion le ofrezia condiziones onrosas, asegurándole que sino las azeptaba ninguna capitulazion le conzederia; conoziendo la inutilidad de esponer la guarnizion á ser pasada á cuchillo si se obstinaba mas en la defensa, azeptó las condiziones i capituló.

Todas estas conquistas izo el prínzipe en menos de tres meses: en la de Groll i Brebort fué en las que encontró mas dificultad: ambas estan situadas en un terreno pantanoso, i nezesitó de toda su abilidad para rendirlas. Mas como los istoriadores contempóraneos ninguna particularidad an referido de aquellos dos sitios, nos bemos en la prezision de imitarlos. Por último, la conquista de tantas plazas fronterizas era de tanta importanzia para las probinzias-unidas, como que se beian seguras de las incursiones de las guarniziones españolas. Reconozidas al gran serbizio de aberlas librado de las contínuas alarmas que les causaba aquella importuna bezindad, le manifestaron su gratitud conzediendole para sí i sus deszendientes el rico señorío de Linjen con sus dependenzias.

Esto suzedió á fines de 1597, i á prinzipios del siguiente se entabló una negoziazion para la paz entre Franzia i España. Ni Felipe ni Enrique abian sacado de la guerra ninguna de las bentajas que se abian propuesto; i uno i otro tenian motibos poderosos para desear acabarla pronto. Las ilusiones que abian seduzido á Felipe se abian en fin disipado: beia la locura de sus quimericos proyectos de conquista, cuya esperanza le abia tenido engañado por tanto tiempo. Sus adquisiziones en Franzia no balian lo que le abian costado: no solo no abian po-

dido indemnizarle de las pérdidas que abia tenido en los Paises-Bajos, sino que le abian causado ademas gastos considerables. Sus rentas, como ya dijimos, estaban agotadas; no tenia ninguna espezie de crédito: abiale perdido por su mala fé con sus acreedores. En muchas plazas acababan de sublebarse las tropas que las presidiaban: no se las pagaba, i era mui de temer que reusasen marchar al enemigo en la campaña prósima. Ademas, su mucha edad i quebrantada salud no podian prometerle mui larga bida: su ijo apenas abia salido de la infanzia, i fuera mucho arriesgar el dejarle una guerra con tan poderoso enemigo, tan ábil en la zienzia militar, i tan emprendedor como Enrique IV.

Este por su parte no deseaba con menos ansia la paz: las llagas que abian aflijido á su reino aun no estaban enteramente zicatrizadas: se abian encallezido tanto, que no abia esperanza de lograr su cura miéntras la guerra durara. Los desórdenes que reinaban en muchas probinzias, i á los que Enrique deseaba aplicar un pronto remedio le azian tambien que apeteziese la paz.

Mas á pesar de los poderosos motibos que los dos tenian para procurarla, ni uno ni otro queria dar el primer paso, ni aun dar á entender que deseaba se diese. El papa les sacó de esta dificultad: como padre de todos los prínzipes católicos, i amigo comun de los dos monarcas belijerantes, se izo mediador: su zelo en esta ocasion, templado por la prudenzia, le granjeó con justa razon el aprezio i la beneracion de sus contemporáneos, i les confirmó en la alta idea que tenian conzebida de su carácter. A su instanzia combinieron los dos reyes en abrir un

congreso en Berbins, ziudad pequeña de la Picardia, sobre el Serra, en los confines del Enao. El de Franzia embió por plenipotenziarios los presidentes de Belliebre i de Silleri: los de España fueron Ricardotto i Bautista Tassi: el cardenal Alejandro de Médizis asistió de parte del papa en calidad de legado, i las conferenzias empezaron en el mes de febrero.

La abertura de estas conferenzias dió el mayor cuidado á los estados jenerales de las probinzias-unidas: no dudaban que el prinzipal motibo que el rei de España tenia para terminar la guerra con Franzia, era el poder emplear todas sus fuerzas contra ellas: temian tambien que Isabel aprobechándose de la ocasion se acomodara igualmente con Felipe, i que así quedarian repentinamente sin apoyo, i pribadas de los ausilios de sus aliados; mas las nuebas seguridades de amistad que les dió la reina calmaron su temor respecto de ella: aquella prinzesa consideraba que sus intereses estaban tan intimamente unidos á los suyos que lo que á ellos perjudicase, la perjudicaria personalmente á ella.

Inmediatamente que el rei de Franzia aczedió á la proposizion que le izo el papa de abrir un congreso para tratar de la paz con España, lo comunicó á sus aliados, al mismo tiempo que les eszitaba á que tomasen parte en las negoziaziones, por si era posible conseguir una paz jeneral; empero los estados ni Isabel se allaban en disposizion de tratar con España; aquellos porque no esperaban que Felipe consintiese jamas en negoziar con ellos como con un estado libre é independiente, i ellos estaban firmemente dezididos á nunca reconozerle por su soberano; i ésta porque en diferentes ocasiones abia sacado grandes bentajas

de su alianza con las probinzias-unidas, i deseaba que conserbasen su libertad é independenzia con tanto mas ardor cuanto mas combenzida estaba de que miéntras aquella nueba república conserbase una i otra, nada tenia la Inglaterra que temer de la potenzia española. Empero no queriendo perder tampoco un aliado como el rei de Franzia, se determinó á embiarle sir Roberto Zezil i sir Erbert para que le disuadiesen de la paz, los cuales fueron acompañados de los embajadores de los estados jenerales, Justino de Nassau, i el zélebre Barnebelt. Estos ábiles negoziadores emplearon las razones mas poderosas para disuadirle de su intento: recordaronle el tratado de alianza que poco antes iziera con la reina i los estados; los socorros que en diferentes ocasiones le suministraran: representaronle cuan peligroso seria para él tratar con un prínzipe cuya sinzeridad era siempre dudosa, i de cuya mala fé tenia tantas pruebas: ofrezieronle en fin socorros de ombres i dinero así para recobrar á Calais como para continuar la guerra. Enrique les respondió: que fuese la que quisiese la alianza que con sus amos ubiese echo, no le obligaba á continuar la guerra, i podia sin biolarla azer la paz: que aquella guerra, prolongada por mas tiempo, podria acarrear la ruina entera de su reino. Se balió de las mas enérjicas espresiones para manifestarles su gratitud por las pruebas de adesion que sus amos le abian dado: les aseguró que no tomaria con Felipe ningun empeño que le pudiese impedir el corresponder á los serbizios que de ellos tenia rezibidos: díjoles que su conducta anterior, i ademas todo lo que el rei de España abia echo contra él, debia persuadirles que no la abersion á la guerra era la que le abia deter-

minado á tomar un partido que tanto repugnaba á sus aliados, sino la nezesidad en que se allaba de desear la paz i de azerla : que los desórdenes que reinaban en el interior de sus estados eran tales que sino se aplicaba un pronto remedio se arian mui pronto incurables : que en tiempo de guerra es impracticable el uso de estos remedios ; empero que esperaba que en algunos años de paz recobraria su reino su fuerza i bigor : que entonzes léjos de ser graboso á sus aliados como asta allí, se allaria con poder, i ziertamente tendria boluntad, no solamente de pagar con usura las obligaziones en que les estaba, sino de defenderlos, i á toda la Europa, contra la ambizion insaziable del rei de España.

Esta apolojía llena de aquella elocuenzia natural que Enrique poseia en el mas alto grado, i á la que tan difizil es resistirse, izo tal impresion en los embajadores de Isabel i los estados, que no dudando de la berdad de lo que el rei les abia dicho para justificar su conducta, combinieron antes de su partida no solo en la nezesidad en que se allaba de concluir la paz, sino tambien en que podia suzeder que aquella misma paz fuese un acaezimiento felíz para todas las demas potenzias de Europa, por la bentaja que de ella podrian sacar. Enrique embió inmediatamente embajadores á Inglaterra i Olandá para que renobasen á los estados jenerales i á Isabel las seguridades que abia dado á los suyos; i por la conducta que despues tubo probó cuan berdaderas i sinzeras eran aquellas seguridades.

Concluyose en fin la paz entre Franzia i España en Berbins, como se deseaba ; mas no sin aber tenido que benzer grandes dificultades, que acaso ubieran sido insuperables, si el papa, á

impulsos de un ardiente i desinteresado zelo, sostenido por el de su legado, no ubiera interpuesto todo el influjo que con ambos reyes tenia. La Franzia bolbió á Felipe la ziudad de Cambrai, i Felipe aunque con mucha repugnanzia consintió en abandonar á Calais, Ardres, Dourlens, i todas las demas ziudades de Franzia que tenia en su poder, i cuya adquisizion le abia costado muchos cuidados, mucha sangre i mucho dinero. (1)

Deseaba Felipe con tanto mas ardor terminar prontamente la guerra, cuanto que despues de frustrado el proyecto de conquistar la Franzia, abia formado el de transferir la soberanía de los Paises-Bajos en su ija la infanta Isabel, dándola por esposo el archiduque Alberto. Amábala mucho, por ser una de las damas de mas mérito de su siglo; i estimaba al archiduque como que le juzgaba el mas digno de su alianza entre todos los prínzipes de Europa.

Mas no sin gran repugnanzia abia tomado el partido de desmembrar en fabor de su ija i yerno futuro, una parte tan interesante de sus dominios ereditarios. A la posesion de aquellas ricas probinzias eran él i su padre prinzipalmente deudores de las bictorias que ganaran en Franzia i en Alemania. La posesion de los Paises-Bajos situados en el zentro de la Europa les abia echo tan temibles á las demas potenzias, i puesto en estado de mantener la paz i la tranquilidad en las otras partes de sus estados. Berdad es que despues de la rebolüzion le abia sido mui costoso á Felipe el conserbar las probinzias que aun poseia: ellas abian sido el abismo en

(1) Bentiboglio, part. 3, lib. 4., p. 454. Sully, l. 9. Dábila. De Thou, l. 120, sect. 1 & 5. Camden, p. 760. Miniana, l. 10, c. 12.

que abían ido á sumerjirse los tesoros de España. Sin embargo, debia naturalmente pensar que despues de separadas se allaria su tesoro tan cargado como antes, dado que la infanta i el archiduque no podrian mantenerse en su soberanía contra los esfuerzos de la confederazion sin los socorros de España.

El conde de Fuentes lo representó así al rei, baliéndose de las razones que tubo por mas eficazes para disuadirle de este pensamiento, miéntras muchos de los otros consejeros, particularmente el conde de Castel-Rodrigo, en quien Felipe tenia la mayor confianza, se esforzaban á persuadirle que no mudase de resoluzion, esponiendo que la separazion daria á España nueba fuerza i bigor, léjos de debilitarla.

«Los Paises-Bajos, dezian, estan léjos de la silla de buestro imperio: sus leyes, la lengua, el carácter de sus naturales, sus costumbres mismas, son diferentes de las de los españoles; i esta diferenzia es tan notable que nunca se logrará tener en la obedienzia á aquellos pueblos. Su abersion á todo señorío estranjero, i particularmente al de España es imbenzible. La ausenzia i la distanzia de su soberano an sido la causa prinzipal de esta rebelion que aze cuarenta años ocupa las armas de V. M. El único medio que oi puede emplearse para atraer las probinzias rebeladas, i obligar á las fieles á perseberar en la obedienzia, es darles un soberano particular, que bibiendo en medio de ellos pueda conziliarse su afecto i conserbarle. Zierto es que si los ingleses dejaran de sostener á los rebeldes, mui luego se berian estos reduzidos á implorar la clemenzia de V. M. Mas, si con los débiles socorros que les da la reina de Inglaterra, bazilante en su trono, i grabemente ocu-

pada en los negozios interiores de sus estados, an podido tantos años no solo sostener contra nosotros una guerra defensiba sino azerla ofensiba ¿cuánto no debemos temer las consecuenzias de la reunion de la corona de Inglaterra con la de Escozia en la cabeza de un mismo prínzipe que en la fuerza de la edad, i sin ningun obstáculo en sus propios estados podrá enteramente dedicarse á los negozios esteriores? Los zelos de los prínzipes inmediatos á los Paises-Bajos les induzirán siempre á fomentar la rebelion miéntras estén sujetos á España, en bez de que separados, i formando una soberanía particular independiente zesarán los motibos de zelos, i será interesada la Franzia, la Inglaterra, i las otras potenzias bezinas en que se acabe la guerra, i aun cooperarán al restablezimiento de la paz: asta las probinzias lebantadas, por restablezer su tranquilidad interior se apresurarán á unirse á las leales.»

Estas razones izieron tanta mayor impresion en el ánimo del rei cuanto mas se conformaban con su gusto é inclinazion. En consecuenzia firmó el 6 de mayo un acta auténtica de abdicazion en que despues de manifestar su resoluzion de dar al archiduque Alberto por esposa á la infanta Isabel, su ija mayor, declaraba que zedia, daba, i otorgaba en fabor de ella la soberanía de los Paises-Bajos i el condado de Borgoña, para que le ubiese juntamente con su futuro esposo i los ijos que de ellos prozediesen barones ó embras, segun las leyes de suzesion establezidas.

En la misma acta se estipulaba que si la soberanía recaia en embra se casaria con el rei de España, ó con el eredero de la corona: que ningun prínzipe ni prinzesa nazidos de la infan-

ta podrian casarse sin consentimiento del mismo rei ; i que á falta de erederos de la infanta bolberian los Paises-Bajos al rei de España, i á ser reunidos á su corona. Estipulábase tambien que la infanta i el archiduque, i despues de ellos sus deszendientes impedirian á sus basallos de los Paises-Bajos que iziesen el comerzio de Indias : que antes de su inaugurazion jurarian no permitir en sus estados mas ejerzizio de relijion que el de la católica ; i en fin que si algunas de las condiziones arriba dichas no se cumplian, bolberia la soberanía de los Paises-Bajos á la corona de España, quedando el acta de conzesion como si nunca se ubiese echo.

Inmediatamente se remitió este acta al archiduque, i poco despues los estados de las probinzias meridionales combinieron en reconozer á los nuebos soberanos con las condiziones en ella contenidas. Zelebraban los estados el berse libres del yugo español : lo que bajo de él abian padezido se le abia echo insorpotable.

Mas fuese el que quisiese el efecto que este suzeso debia naturalmente produzir en las probinzias sometidas á España, ninguna mudanza podia causar en las unidas. « Estos nuebos soberanos, dezian, que oi da Felipe á los Paises-Bajos, no lo serán mas que en el nombre, ni podran mantenerse en su soberanía sin el socorro de las armas españolas. En el acta de abdicazion no se trata á los Paises-Bajos como estado libre é independiente, sino que el rei dispone como de un feudo de la monarquía española. La edad adelantada de la infanta, (1) i las condiziones contenidas en el acta que le transfiere la soberanía, dan bastante á conozer,

(1) Tenia treinta i dos años.

que no debe mirarse esta conzesion sino como un medio momentáneo de ir dando la entreteni-da á los abitantes de las probinzias meridionales, i no como un nuebo establezimiento echo para ser firme i permanente. Mas sean las que quieran las miras del rei, buelba la soberanía á su corona, ó permanezca enteramente separada; las probinzias persistirán siempre en la resoluzion de mantener su libertad contra todos los esfuerzos que el rei i el archiduque agan para pribarles de ella.» (1)

Estando el archiduque dispuesto para partir á Madrid, sobrebino un alboroto entre las tropas, que retardó su biaje; i estaba ya en camino cuando supo la muerte de Felipe II.

Azia dos años que le atormentaba mucho la gota: con ella se abia complicado una calentura ética: la idropesía sobrebino despues. Conoziendo el decaimiento de sus fuerzas pasó de Madrid al Escorial. Antes que se pusiera en camino le dijeron sus médicos que temian no pudiese resistir la molestia que le abia de causar: «no importa, les respondió, yo quiero que me lleben bibo á mi sepulcro.» A su llegada al Escorial tubo un ataque biolento á pies i manos: en seguida se le formaron abzesos en las rodillas: la gota le atacó al pecho, causándole los mas agudos dolores. Procurabasele algun alibio, conserbando abiertos los abzesos; mas esto le produzia un mal mas insoportable, dado que en la materia birulenta que de las llagas salia, eran tantos los gusanos que se enjendraban que á pesar de todo el esmero i cuidado que abia en estinguirlos, no se pudo lograr. En este lastimoso estado permanezio mas de zincuenta dias, te-

(1) Meteren, Grotius.

niendo siempre fijos los ojos en el zielo. Durante esta terrible enfermedad dió pruebas de la mayor pazienzia, de una firmeza de ánimo admirable, i particularmente de una resignazion en la boluntad de Dios, poco comun. Todo cuanto izo en aquel tiempo probó cuan berdaderos i sinzeros eran sus sentimientos de relijion. La esactitud i aun el zelo con que obserbó lo que la iglesia romana prescribe como medios seguros para ser bien rezibidos de Dios en la otra bida, ninguna duda dejaron de la íntima persuasion en que estaba de su eficazia. Tambien izo en los últimos momentos muchos actos de clemenzia, mandando poner en libertad á muchos presos i que se les debolbiesen los bienes que les abian confiscado. De este número fué la mujer del desgraziado Antonio Perez.

Dos dias antes de su muerte izo llamar á su ijo i á su ija Isabel: les abló de la banidad de las grandezas del mundo, les dió muchos consejos sobre el gobierno de sus estados, i les recomendó particularmente la proteczion de la iglesia romana, i que conserbasen en ellos su culto. Despues que salieron de su cámara izo que le llebasen el féretro en que su cuerpo abia de ser mui pronto enzerrado, i que le pusiesen donde él pudiera berle. Poco despues perdió el abla i espiró el 13 de setiembre, el año setenta i dos de su edad i el cuarenta i tres de su reinado (1).

Nunca se a pintado prínzipe con colores tan diferentes como los que an empleado los autores para dar á conozer su carácter. Sin embargo, pareze que atendida la durazion, i aun si así puede dezirse, la actibidad de su reinado, no

(1) Miniana, l. 10, cap. 14. De Thou, l. 120, sect. 14.

a abido prínzipe cuyo carácter pudiese pintarse con mas zertidumbre. Los echos que en su istoria emos manifestado no nos permiten dudar de su gran penetrazion, de su gran capazidad en el arte de gobernar, ni de su actibidad i bijilanzia. Sus ojos estaban continuamente abiertos sobre todas las partes de su basta monarquía: ningun ramo del gobierno le era desconozido: belaba sobre la conducta de sus ministros con infatigable atenzion: siempre mostro mucha sagazidad en la eleczion que de ellos azia, así como en la de jenerales: su aspecto era grabe, aire tranquilo; sin que nunca pareziese embanezido ni umillado: su mirar era sebero; sin embargo á sus basallos españoles siempre daba fázil aczeso: oia con pazienzia sus representaziones i sus quejas, i les azia ordinariamente justizia, cuando su ambizion ó su creenzia no le forzaban á ser injusto.

Debiamos á la equidad lo que acabamos de dezir en su alabanza. La berdad de la istoria esije tambien que digamos que el zelo que tenia por su relijion era sinzero, sin que sea posible razonablemente suponer lo contrario Mas como su relijion era por él mal entendida, serbia solo de aumentar la deprabazion de sus disposiziones naturales, que le inclinaban á cometer las acziones mas irritantes i odiosas. Aunque en el siglo en que Felipe bibia ubiese podido el fanatismo persuadir á un soberano que el interes de la relijion esijia que fuese engañoso, intolerante, perseguidor, un prínzipe naturalmente birtuoso, atento á los sentimientos del onor i de la umanidad ubiera en muchas ocasiones triunfado de los prestijios de la superstizion que le rodearan. Mas, todo el largo reinado de Felipe no nos ofreze un ejemplo siquiera de este esfuerzo

jeneroso: él bioló las mas sagradas obligaziones cuantas bezes la relijion le suministró pretestos; i bajo estos pretestos ejerzió por muchos años sin repugnanzia ni remordimientos las mayores crueldades. Nada bastaba á satisfazer su ambizion desmesurada: implacable en sus odios: cruel en sus benganzas; i su despotismo animado de un mal entendido zelo de relijion, le azian sordo á toda espezie de representaziones: así, nunca ubo monarca que llebase mas allá que Felipe el espíritu de persecuzion i crueldad.

Algunos istoriadores le an dado el sobrenombre de prudente, i an ablado de él como del prínzipe mas sabio i relijioso que a ocupado el trono de España; mas á pesar de su testimonio se puede mui bien dudar si su prudenzia, i lo que por su relijion izo merezen alguna alabanza. Al prinzipio de su reinado las operaziones militares fueron conzertadas con mucha sabiduría, bijilanzia, i cuidado; i á bezes llebando la prebision demasiado léjos, izo preparatibos mucho mayores que los nezesarios para asegurar el buen esito de sus empresas. Por otra parte su ambizion era eszesiba, i su odio á los protestantes demasiado biolento para que le dejase obrar conforme á las reglas de la prudenzia i á las de la berdadera política. Sin duda ubiera prebenido la sublebazion de olandeses i flamencos si despues que la duquesa de Parma intentó destruir el protestantismo en los Paises-Bajos ubiera dejado las riendas del gobierno en manos de aquella sabia prinzesa, i no ubiera embiado para que la suzediese i les quitase sus pribilejios á un tirano tan odioso, tan cruel, tan sanguinario como el duque de Alba: ubiera podido estrechar sus cadenas poco á poco despues de la derrota del prínzipe de Oranje, i poco á poco irles acos-

tumbrando á su yugo, si menos inconsiderado en emprender grandes cosas, no ubiera gastado sus rentas, i forzado en zierto modo al duque de Alba á azer imposiziones esorbitantes, tales como el diezmo i la beintena para poder mantener sus ejérzitos: ubiera podido sacar bentaja de los grandes talentos del duque de Parma para azer que bolbiesen á la obedienzia las probinzias lebantadas, si dando menos oidos á los inmoderados gritos de su ambizion no ubiera conzebido el designio de subyugar la Franzia é imbadir la Inglaterra. En los últimos años de su reinado no fueron sus ejérzitos tan numerosos que le diesen esperanzas de sobrepujar las grandes dificultades que se oponian á la ejecuzion de sus proyectos: ni aun podia mantenerlos tales cuales eran. Pocos años dejaron de amotinarse porque no se les pagaba. Mas perjuizios causaron á Felipe que á sus mismos enemigos los desórdenes, los robos i las talas que izieron sus tropas. Sus mas ábiles consejeros le representaron en los términos mas beementes para disuadirle de sus locas empresas contra la Franzia i la Inglaterra; i esijia la prudenzia que antes de intentar apoderarse de dominios ajenos asegurase la posesion de los propios. Mas, era tal el efecto de su ilusion, que antes de diferir la satisfaczion de su ambizion i de su resentimiento, quiso mas esponerse á perder todo el fruto de las bictorias del duque de Parma; i dejando indefensas las probinzias que abia reduzido á la obedienzia, ofrezió á la confederazion la ocasion de afirmar su potenzia, i establezerla sobre fundamentos tan sólidos que todas las fuerzas reunidas de la monarquía española an echo por espazio de mas de zincuenta años banos esfuerzos para derrocarla.

Si el lector desea tener mas estensos conozimientos de las acziones pribadas de Felipe II i de su carácter, podrá leer çon fruto la apolojía del prínzipe de Oranje que aquí le ponemos á la bista. Çontiene muchas anécdotas interesantes; pero que no emos creido deber incluir en el cuerpo de esta obra: nuestro intento a sido azer una istoria jeneral.

ESTRACTO

de la apolojía que el prínzipe de Oranje dirijió á los estados de las probinzias confederadas, con motibo del edicto de proscripzion publicado por el rei de España en 1580.

Prinzipia el prínzipe su apolojía esponiendo la nezesidad en que se allaba de justificarse: sienta que como estaba seguro en su conzienzia de aber consagrado su bida i su azienda al serbizio de las probinzias de los Paises-Bajos, sentia una espezie de satisfaczion en que el bárbaro edicto que el rei de España acababa de publicar contra él le prezisase á dar la mayor publizidad á su zelo por los estados, i á manifestar la sinzeridad de sus sentimientos para con ellos. «Yo tengo motibo para regozijarme de que mis propios enemigos me ayan proporzionado la ocasion de justificarme de las falsas imputaziones de ombres biles i merzenarios. Ase querido amanzillar mi reputazion, empleando en la proscripzion que contra mí acaba de publicarse los mas negros i orribles colores. Los tiros que contra mí oi se lanzan no parten de mano de satíricos obscuros que siempre e despreziado, i me e desdeñado siempre de responderles temiendo embilezerme. Mi acusador es un gran reï, un rei poderoso, que quiere atrabesarme el pecho, esperando que dado este funesto golpe á la confederazion, le será mas fázil des-

truirla. A bos, señores, á bos apelo con tanta mas confianza, cuanto mas perfectamente combenzidos estais de mis costumbres i de mi carácter. A bosotros que conozeis mis acziones pasadas, i sabeis que jamas me e tomado la libertad de zensurar la conducta de otros ni alabar la mia : á bosotros pregunto si merezco que se me acuse de ingrato, infiel é ipócrita, i si se me aplican con justizia los nombres de Judas i Cain, ni se me califique de rebelde, traidor, perturbador del reposo público, i de enemigo del jénero umano; en fin, á bos i al uniberso toca dezidir si cuando se promete una recompensa en dinero i onores á los que me asesinen, no me debo á mí, i á bosotros que me abeis onrado con una confianza ilimitada, azer pública la iniquidad i mala fe de mi acusador.

„Si teneis por zierto lo que éste os a espuesto de mi conducta, arrojareis léjos de bosotros mi justificazion; empero si desde mi mas tierna infanzia me abeis conozido mas beraz, mas casto, mas birtuoso que al autor de la infame proscripzion, cuento con que acojereis esta apolojía, i que areis justizia á mi inozenzia i á mi integridad.

„El primer crímen de que se me acusa es de ingratitud; i en la descripzion que se aze de las grazias que e rezibido del rei i del emperador su padre, se sienta que á este debo la erenzia del último prínzipe de Oranje, i á aquel el onor de aberme creado caballero del toison de oro, la plaza de consejero de estado, i el gobierno de las probinzias de Olanda, Zelanda, Utrecht i Borgoña.

„Nadie respeta mas que yo la memoria del emperador: recuerdanseme con la mayor satis-

faczion las señales de bondad i de benebolenzia que le debí; empero la nezesidad á que se me reduze de defender mi reputazion, me obliga á negar formalmente el aber rezibido de aquel soberano los fabores que se pretende: léjos de eso tube en su serbizio muchas pérdidas, i sufrí muchos perjuizios. En cuanto á aber suzedido á mi primo el último prínzipe de Oranje, no lo debo al emperador, i desafio al mundo entero á que lo pruebe: mi derecho era incontestable, i nadie me le a contestado. Cualquier cosa que el emperador ubiera echo para pribarme de la erenzia, con razon se ubiera llamado injusta i tiránica. Zierto que le está bien á mi acusador el dezir que es un acto de bondad en un soberano el no oprimir ni engañar á sus leales basallos.

»Toda la Europa sabe los importantes serbizios que izo al emperador mi primo el último prínzipe de Oranje, que mandando sus ejérzitos, estendió sus dominios, i murió, por dezirlo así, á sus pies. ¿No se ubiera cubierto el emperador de un oprobio eterno si por un abuso de su poder se ubiera opuesto á la ejecuzion de la última boluntad de un ombre que con tanta fidelidad le abia serbido, i que con sus serbizios le abia proporzionado tantas bentajas? I aun cuando ubiera intentado azer una cosa tan indigna de su carácter, no abria podido pribarme de la mayor parte de la erenzia como que está en Franzia, i solo de aquel monarca dependia yo en cuanto á ella. Mas aun suponiendo que yo tubiese al emperador tantas obligaziones como se suponen ¿con qué derecho me acusa aora su ijo de aber olbidado tamaños benefizios, el que en desprezio de todas las leyes de la justizia i

de la equidad a echo cuanto a podido para pribarme de esta misma erenzia, i azer banas é inútiles todas las bondades de su padre?

„Segun él no debe el reconozimiento limitarse á aquel de quien se an rezibido los benefizios, sino que debe sobrebibir al bienechor, i trasmitirse á sus deszendientes; por lo que luego que me opuse al ijo, fuí ingrato al padre. Empero ¿por qué no se aplica á sí mismo esta regla? Compare su conducta á la mia, i dezida quien de él ó yo mereze el nombre de ingrato. El emperador Masimiliano fué el primer prínzipe de la casa de Austria que bino á los Paises-Bajos, i nadie ignora, por poco instruido que esté en la istoria, las obigaziones que aquel emperador tubo al conde Englebert de Nassau, mi pariente. El fué el que tan poderosamente le ausilió contra el rei Luis XI de Franzia: él fué el que sometió el pueblo de estos paises que se abian rebelado contra Masimiliano; i él el que le izo restituir la libertad que por zelos le quitaran los flamencos. Inútil es recordar aquí lo que todo el mundo sabe azerca del particular serbizio echo al emperador Cárlos V por el conde Enrique de Nassau, mi tio, cuando se trató de elejir entre él i Franzisco, quien abia de ocupar el trono imperial. Mi tio fué el que dezidió á los electores en fabor del padre de mi acusador. Mas: ¿no fué el balor de Renato, prínzipe de Oranje, el que subyugó la Güeldres? ¿No fué al de Filiberto á quien Cárlos V debió la posesion de la Lombardía y del reino de Nápoles, i la toma de Roma i del Papa? Pues oi el ijo de ese mismo emperador es el que quiere denigrar la memoria de aquellos grandes ombres, alabando á su padre porque permitió que se iziese justizia á un pariente de ellos. El número de

echos que acabo de referir, aunque corto, ¿no me autoriza para asegurar que sin los serbizios echos á su casa por las de Oranje i Nassau no colocara mi acusador en la cabeza de su edicto de proscripzion tantos títulos pomposos ?

„Mas, no por eso pretendo insinuar que ninguna obligazion tengo á su padre: toda mi bida conserbaré la tierna memoria del onor que me izo de cuidar de mi educazion, de aberme tenido siempre zerca de su persona, de aberme dado el importante empleo de inspector jeneral de artillería en los Paises-Bajos; ni olbidaré jamas que ausente, sin aberlo yo solizitado i á pesar de las mas bibas instanzias de sus cortesanos, me prefirió para el mando de su ejérzito á un gran número de ofiziales mui esperimentados, aunque yo no tenia entonzes mas de beinte i un años. Ni puedo recordar sin el mas bibo reconozimiento los testimonios de estimazion i considerazion que me dió al tiempo de su abdicazion. Colocado zerca de su trono en aquella augusta zeremonia, se dignó apoyarse sobre mí cuando ya abrumado de sus males le faltaban fuerzas para concluirla. Sé tambien que su ánimo era darme aun otra prueba de su estimazion al encargarme la triste comision de llebar su corona imperial á su ermano Fernando. Pero ¿en qué fundan mis enemigos que yo me e echo indigno de tantas señales de bondad, de tantos onores i fabores, i que yo les debo el acrezentamiento de mi fortuna? En el tiempo que mandé los ejérzitos del emperador ningun descalabro padezieron sus tropas. Es berdad que las enfermedades causaban en ellas muchos estragos; i que tenia que azer frente á los dos mas ábiles jenerales de aquel tiempo, el duque de Nebers y el almirante de Coliñi; mas sin embargo supe

inspirarles respeto, i á pesar de todos sus esfuerzos, librar de todo insulto las ziudades de Charlemont i Filippebille. Así correspondí á la confianza que de mí se izo; empero sin temor de ser por nadie desmentido puedo asegurar que como eran solo el onor i el amor á la gloria los que me estimulaban, solo gloria i onor me produjeron mis serbizios. Rejistrense los libros de la contaduría mayor, i no se allará que se me aya dado ninguna recompensa pecuniaria; antes por el contrario me es mui fázil probar que los gastos que como jeneral me fueron indispensables, los de mi embajada á Alemania, juntos á lo que me costó el onor que me izo el rei cuando á su adbenimiento al trono me encargó diese mesa franca á la nobleza, aszendieron á millon i medio de escudos. ¿I qué a echo Felipe que me acusa de ingrato para indemnizarme de este enorme desembolso? Abia yo puesto con lizenzia del emperador, demanda ante el tribunal soberano de justizia de Malinas, al señorío del castillo de Bellin: los consejeros dieron su dictámen que me era faborable, i el mismo dia que iban á pronunziar la sentenzia en mi fabor, este mismo rei que acababa de jurar que nos gobernaria segun nuestras leyes fundamentales; en desprezio de estas mismas leyes, i usando de su poder arbitrario proibió á los juezes que pasasen adelante, i nunca despues se les a buelto la libertad de azerme justizia.

»Sentado esto ¿podrán mirarse los gobiernos que se me confirieron como demasiada recompensa de mis serbizios, ó como indemnizazion eszesiba de los gastos estraordinarios que me abian ocasionado? Si el rei me ubiera dejado estos gobiernos podria con alguna razon acusarme, aunque en realidad ningun reconozimien-

to le debiese, dado que el emperador antes de partir para España dezidió que se me confirieran; empero pues mi acusador a echo cuanto a podido para despojarme de ellos, pues que me a quitado cuantos bienes a podido, i ademas a echo llebar mi ijo á España, con manifiesta biolazion de los pribilejios de las probinzias, que abia jurado mantener en toda su integridad; i todo esto porque no e querido ser instrumento de su tiranía ¿cómo se atrebe á acusarme de ingratitud?

»No se funda mejor para acusarme de que e faltado á la obedienzia que como á mi soberano le debia. Zierto es que me e sustraido de esta obedienzia i desconozido su autoridad, mas en esto no e echo otra cosa que seguir el ejemplo del archiduque Alberto, autor de su familia, que se rebeló contra el emperador Adolfo de Nassau. Ademas ¿no podria yo preguntar á mi acusador con qué título posee á Castilla? Su antepasado Enrique, sobre ser bastardo ¿no se rebeló contra su lejítimo soberano? Acaso dirá que don Pedro era un tirano, i que como tal fué lejitimamente destronado i muerto. ¿I por qué no diré yo lo mismo para disculpar el partido que e tomado? porque ¿cómo negar que la conducta de Felipe a sido la de un tirano? Comparense las crueldades de don Pedro con las del duque de Alba i sus partidarios, i se berá si an sido aquellas mas atrozes ni mas orribles que estas. Ademas de qué como á rei de España ninguna obedienzia debia yo á Felipe: solo como duque de Brabante debia respetar su autoridad porque soi uno de los prinzipales miembros de los estados del pais en razon de las baronías que en él poseo. ¿A cumplido él las condiziones con que fué reconozido soberano del Brabante?

De ningun modo : antes bien a biolado el juramento que izo de mantener á sus abitantes en sus pribilejios. Es clausula espresa en su contrato con nosotros que si faltaba á lo que prometia, en el mero echo zesaba la obligazion que contrajimos de obedezerle. Toda la Europa sabe el desprezio con que á mirado sus empeños, i toda la Europa si fuera nezesario depondria que no a sido un solo pribilejio el que nos a quitado sino todos los que gozabamos, i de que abia jurado no pribarnos jamas. No en una sola ocasion sino en mil, e esperimentado yo los efectos de su tiranía : quitome un ijo de edad incapaz de aberle ofendido : ame confiscado todos mis bienes, i pribado de mis efectos : ame declarado rebelde : ame dado el odioso nombre de traidor ; empero sin aber sido prebiamente declarado culpable por la lei. ¿I quién me a condenado? ombres de la ínfima clase, ziudadadanos rebestidos de su autoridad, abogados i otros que no ubieran querido para pajes los que en los Paises-Bajos tienen el mismo rango que aze tanto tiempo yo tengo. No niego aberle prestado el juramento de fidelidad que ordinariamente se presta á los nuebos soberanos : empero su empeño i el mio fueron reziprocos ; el mio de obedezerle ; de protejerme el suyo : i es un prinzipio que en contratos de esta naturaleza, si una de las partes falta, queda la otra absuelta.

„Mas aun cuando ninguna injuria personal ubiera yo rezibido de Felipe considerarame yo igualmente obligado á oponerme á las medidas tiránicas que queria tomar, puesto que no es solo el soberano el que se obliga bajo la fé del juramento á mantener las leyes fundamentales del estado ; sino que todos los nobles del estado

mismo, todos los que tienen parte en su gobierno, ó ejerzen algun empleo público, juran igualmente no biolar aquellas leyes. Por consiguiente estaba yo obligado por mi propio juramento á azer cuanto en mí estubiese para librar á mis ziudadanos de la opresion en que jemian; de modo que si no me ubiera echo culpable respecto de Felipe del crímen de que me acusa, mis ziudadanos i el uniberso entero ubieran podido imputarme con justizia el mismo crímen de que él se a echo reo biolando el juramento mas solemne i sagrado.

»No ignoro' que sus partidarios combiniendo en que á su adbenimiento á la soberanía juró Felipe mantener los pribilejios, dizen que no estaba á ello obligado desde que se lo dispensó el papa. Dejo á los eclesiásticos i á los mas bersados que yo en las controbersias teolójicas el que dezidan si el papa puede desligar á los ombres de sus juramentos, i si el ejerzizio de este poder no es un atentado impio contra los derechos del zielo mismo: yo les dejo que determinen si tal poder no destruiria entre los ombres el lazo que los une i por consiguiente no trastornaria la soziedad. No trato de la lejitimidad de la conducta de Felipe despues de obtenida esta dispensa, que tanto se quiere azer baler para justificarle, sino de la inconsecuenzia que resulta de usar de ella. Porque siendo uno mismo el lazo que le unia á sus basallos i á sus basallos á él, si el papa le dispensó de cumplir lo que les abia prometido, al mismo tiempo me desligó á mí en particular i á todos los demas basallos en jeneral de la obligazion que abiamos contraido de obedezerle. Fuera una puerilidad el dezir que en birtud de la dispensa él solo quedaba esento de su promesa; i que nosotros que no la

abiamos obtenido como él, quedabamos aun ligados como antes. Desde el momento que se tubo por libre de su empeño, de cualquier modo que su obligazion se disolbiese, quedó nula la condizion en que se fundaba nuestra promesa. Es pues absurdo desde entonzes el acusarnos de desleales.

„ Acusaseme en el edicto de proscripzion de aber sido el autor de todas las alteraziones acaezidas. Los de entre bosotros que abeis bibido bastante para acordaros del orijen de estas alteraziones sabeis cuan falsa es esta imputazion ; mas como entre bosotros ai muchos tan jóbenes que no an alcanzado el tiempo en que estallaron las berdaderas causas de estas alteraziones, me creo obligado á entrar en algunos por menores sobre las cosas que tan groseramente se an disfrazado en esta infame proscripzion.

„Todas las personas instruidas de la conducta que a tenido mi acusador en las otras partes de sus estados, i que saben las crueldades cometidas en Granada, Méjico i el Perú, fázilmente atribuiran á su cruel carácter, las calamidades que an oprimido á los Paises-Bajos. Desde el prinzipio de su reinado se manifestó su inclinazion al despotismo : conoziolo con arto dolor su padre el emperador, i con palabras sentidas delante del conde de Bossut, de mí, i de otros muchos le esortó á que tratase con mas moderazion á sus basallos flamencos ; i asta le predijo que si pronto no reprimia el orgullo i la arroganzia de sus consejeros españoles no tardarian aquellos en sublebarse. Este consejo no produjo el efecto que se proponia el emperador: su ijo no oia sino los que le daban los españoles : entregose mas que nunca á su pasion por el poder arbitrario, i desde aquel momento re-

solbió contra su interés mal consultado, i contra su juramento, destruir nuestra constituzion. A esto se añadió que quando le conzedimos un subsidio por nuebe años, fué con la condizion de que nosotros nombrariamos quien le recaudara i distribuyera: condizion que eszitó en él i sus consejeros una abersion que ni el tiempo ni las zircunstanzias an podido debilitar.

»Todabía me acuerdo: presente me allaba cuando los tales consejeros que conozian las disposi ziones de su amo le aconsejaron que tomase las probidenzias nezesarias para que perezieran los que ubiesen abrazado la reforma: i por casualidad llegué á saber en seguida que Felipe abia adoptado el bárbaro consejo. De boca del mismo rei de Franzia supe allandome de reen en su corte, que se abia conzertado con el duque de Alba un plan para acabar en Franzia i los Paises-Bajos con cuantos sospechosos ubiese de adictos á la reforma. Yo aparenté la mayor ignoranzia de la trama, i oculté aun con mas cuidado la indignazion que me causaba semejante proyecto. Por fin obtube por mediazion de la duquesa de Saboya mi buelta á los Paises-Bajos, donde apoyé con todo mi poder las representaziones que los estados izieron á Felipe para obtener que sacase de ellos las tropas españolas: léjos de negar esto lo confieso i me glorío de ello.

»Combengo en que entre las innumerables falsedades que la proscripzion contiene, se me acusa de algunas cosas que son berdaderas. Tal es la de que despues de aber echo inútiles representaziones á la duquesa de Parma contra las crueles probidenzias que se tomaban, el temor de una guerra zibil, las calamidades que yo beia amenazar á mi pátria, i

la indispensable obligazion que me imponia el juramento que abia echo de mantener los derechos del pueblo me izieron reunir la prinzipal nobleza para abrirla los ojos azerca del peligro que á todos nos amenazaba.

„Confieso tambien que aprobé las representaziones presentadas por la nobleza contra los edictos, y contra los crueles suplizios que se abian ejecutado. Estoi mui léjos de abergonzarme de aber aconsejado que se presentasen. Aquellas representaziones contenian no solo las probidenzias mas moderadas que pudieron tomarse en tales zircunstanzias, sino que eran esactamente conformes á las constituziones i usos de los Paises-Bajos. ¡Feliz el rei i el pueblo si se hubiera deferido á las justas demandas que contenian!

„Respecto del cargo que el rei me aze de aber faborezido á los protestantes, diré que antes de abrazar la relijion reformada ningun odio tenia á los que la profesaban; lo que no debe estrañarse considerando que desde mi niñez fuí imbuido en sus prinzipios relijiosos: mi padre abia establezido la reforma en sus dominios, la profesó toda su bida, i en la profesion de ella murió. Tambien confesaré que en la corte del emperador en que fuí educado en la relijion romana, aun cuando la profesaba, me causaban orror las crueldades de los inquisidores. Confieso tambien que cuando el rei partió de Zelanda, i me encargó la muerte de muchas personas adictas al protestantismo, reusé formalmente obedezer, i aun ize abisar en secreto á los proscriptos, del peligro á que estaban espuestos. Confieso, en fin, que en el consejo de estado me opuse cuanto pude á la proposizion que en él se izo de perseguir á los protestantes; opúseme así por compasion i umanidad, como por lo íntima-

mente combenzido que estaba de lo absurdo que era castigar á los ombres por tener opiniones que no querian dejar, cuando estos ombres no turbaban la tranquilidad del estado. Allábame ademas persuadido de que con los remedios biolentos que se querian emplear, nunca se lograria el fin que se deseaba. Mas aunque eszitado por estos motibos fuí al prinzipio opuesto á las persecuziones; bosotros lo sabeis, señores, ninguna parte tube en la introduczion de la reforma en los Paises-Bajos, ni en los rápidos progresos que izo durante el gobierno de la duquesa de Parma. Bosotros sabeis que en aquel tiempo ninguna relazion tenia con los que la introdujeron, ni menos aszendiente alguno sobre ellos. Sabeis tambien que los eszesos cometidos por el biolento zelo de los protestantes, léjos de aprobarlos, usé de toda mi autoridad para reprimirlos: que ize castigar á los delincuentes con rigor, asta el estremo de que se me calumniase cruelmente por algunos protestantes, que me afeaban la seberidad que empleé contra los culpados.

» Espero se me disculpe la complazenzia con que noto que á pesar de la malignidad i del encarnizamiento de mi acusador; i que á pesar del desprezio con que mira la berdad, ai un crímen de que comunmente se acusa á los gobernadores de las probinzias, i de que no se a atrebido á acusarme: ablo del crímen de malbersazion de los caudales públicos que la abarizia aze alguna bez cometer, apropiándose parte de ellos. Zierto es que se me a acusado de este despreziable bizio por algunas personas obscuras que an echo zircular en el público libelos infames contra mí; empero el silenzio del mas imbeterado é implacable de mis enemigos basta por sí

solo para justificarme de tal imputazion. Ademas, no creo, señores, que nezesito azer con bosotros mi apolojía sobre una acusazion tan ridícula. Doi á Dios grazias por aber sabido desde mui jóben, de cuanta consecuenzia era para todos los que tienen alguna parte en el gobierno de un pueblo libre, el conserbarse esento, no solo de toda espezie de injustizia, sino aun de toda espezie de sospecha. No ignorais, señores, que siempre i constantemente e reusado el manejo de los caudales públicos, i que desde el prinzipio de mi gobierno e dejado á otros el cuidado de distribuirlos i emplearlos.

»En la proscripzion se me acusa de aber preparado mui de antemano mi buelta á Olanda, emprendiendo la defensa del pueblo contra la contribuzion del beinte por ziento que el duque de Alba impuso, segun se dice, sin el consentimiento del rei. Tambien se me acusa de aber perseguido i espatriado á los católicos. Ninguna espezie de berdad ai en estas imputaziones. Puedo probar que e sido rogado con instanzia por los gobernadores de las ziudades, i aun por los abitantes de las ziudades mismas para que fuese en su ausilio á librarles de la tiranía española: las cartas que conserbo i puedo manifestar lo justifican. Si acudí á su llamamiento, no ize mas que lo que mi obligazion me esijia: e procurado librar de la esclabitud las probinzias que abian puesto en mí su confianza: jurado tenia mantener su libertad; i el rei sin el consentimiento de los estados no tenia poder para quitarme el derecho de gobernarlas.

»Empero lo que mas me sorprende es que mi acusador se aya atrebido á imputarme el deseo de perseguir. Imposible es que los católicos se nieguen á deponer en mi fabor contra la false-

dad de tan injuriosa imputazion: nadie en los Paises-Bajos ignora que léjos de emplear el rigor, nada e omitido, i que aun e echo cuanto a estado en mi poder para que se tratase á los católicos con dulzura. Mi acusador mismo pareze combiene en ello cuando dize que yo e finjido el ber con disgusto que se les persiguiese. Mas ¿cómo sabe que el disgusto que yo e manifestado por la persecuzion de los catolicos era finjido? I pues mis acziones nunca an sido ocultas, ¿por qué, pues, no juzga por ellas de mis intenziones? Nadie menos que mi acusador debia imputarme disimulazion é ipocresía. ¿Cuándo, en qué zircunstanzias me a bisto ofrezer el inzienso de la adulazion á él, á la duquesa de Parma, á sus faboritos ni á sus confidentes? Por el contrario, ¿no me e opuesto francamente en el consejo á las disposiziones que en él se tomaban de su órden? ¿Era posible ni ablar mas claramente, ni manifestar de un modo mas enérjico mi aversion á sus proyectos? ¿No e instado repetidas bezes que se me admitiese la dimision de mis gobiernos, porque no creia se estendia mi autoridad á ejecutar las órdenes que me daba? Tal fué mi conducta antes de partir para Alemania: i despues ¿se me zitará una sola aczion que aga siquiera berisimil la acusazion que me aze de ipócrita? ¿No e pedido abiertamente socorros á los prínzipes de Alemania para emplearlos contra él? No e lebantado ejérzitos para combatir con los suyos, sitiado i tomado ziudades de que estaba en posesion? ¿No e rechazado sus fuerzas, i combatido felizmente con sus ejérzitos? ¿No le e echado al menos de dos probinzias que tiranizaba? Todo esto prueba que no e procurado disfrazar mi modo de pensar.

»No le será tan fázil á mi acusador justificar

su conducta como á mí justificar la mia. Leed la apolojía que publiqué algunos años aze, i bereis, señores, á quien de él ú de mí le está mejor el dar los odiosos nombres de trapazista i de ipócrita. Allí inserté copia de las cartas que me abia dirijido llenas de protestas, de amistad i estimazion, escritas, como se puede juzgar por los suzesos que las an seguido, en el tiempo mismo que tenia jurada mi ruina.

»Mas ¿cómo esperar que me tratase con equidad quien se atrebe á asegurar que el duque de Alba, su ministro, impuso sin su consentimiento la contribuzion del diez por ziento cuando le emos bisto obstinado desapiadadamente en la esaczion de aquel impuesto ilegal? ¿Es creible que ninguno que conoziese tan bien como el duque de Alba el carácter del rei, i que en toda ocasion i tiempo a sido tan cuidadoso de agradarle, se ubiera arriesgado á enzender una guerra zibil, tomando de su propia autoridad una probidenzia tan tiránica como aquella? I aun cuando supusiesemos al duque tan temerario y presuntuoso que se abenturase á tal imprudenzia, ¿ai quien á bista de las terribles consecuenzias que an resultado se imagine que el rei no lo ubiera desaprobado ni echo sentir su descontento? ¿No le a castigado por una cosa de infinita menos importanzia cual lo era el aber casado á su ijo con su prima antes que con otra á quien su ijo abia seduzido con palabra de casamiento? Por una tan lijera falta ¿no echó de su presenzia á aquel anziano serbidor, i aun le izo enzerrar en un castillo de donde no le sacó sino porque no alló en España otro mas á proposito que él para tiranizar á los portugueses? ¿Qué opinion podemos formar de un rei que por satisfazer un resentimiento personal castiga

con tanto rigor á un anziano ministro, i aun podemos llamarle un antiguo amigo, i que deja impune una aczion tan atroz como la de aber establezido un impuesto contra la boluntad de su soberano, cuyas resultas an produzido las mas orribles calamidades á sus basallos de los Paises-Bajos? No solamente no le castigó Felipe sino que le rezibió con los brazos abiertos i le colmó de onores. ¿Cómo despues de tal conducta se atrebe á ablar el lenguaje de un buen rei, i encarezer su afecto á sus pueblos?»

En seguida entra el prínzipe en la narrazion de cosas que emos referido en la istoria; i por ebitar repetiziones pasaremos á lo que el rei le bitupera en órden á su casamiento con la ija del duque de Montpensier. «Mi acusador, continúa el prínzipe, no contento con intentar amanzillar mi reputazion i azerme odioso al uniberso procura erir tambien el onor de mi esposa diziendo que me e casado de un modo escandaloso con una relijiosa consagrada á Dios por mano de un obispo, i esto con desprezio de las leyes del cristianismo i de la iglesia romana, i mientras subsistia mi matrimonio con otra mujer. Aun cuando esta aserzion fuera berdadera ¿estaria bien en boca de un rei inzestuoso i adultero? Mas, bosotros sabeis, señores, si la tal aserzion tiene algun fundamento. Mi matrimonio con mi primera mujer, ya difunta, no subsistia entónzes, i el diborzio que me abia separado de ella fué aprobado por los doctores de la iglesia romana misma, i por los ilustres prínzipes á quienes la diborziada pertenezia. Mi esposa, cuando nos casamos, no era segun las reglas de aquella propia iglesia, una relijiosa como lo dize mi acusador. El duque de Montpensier, mi suegro, era sinzeramente adicto á la

comunion romana, no por interés como un cardenal de Grambela i otros ministros españoles, sino por prinzipios i por combiczion; i nada omitió para poner fuera de toda duda la lejitimidad del matrimonio de su ija: consultó á los prinzipales miembros del parlamento de París, á muchos obispos, i teólogos, i todos unánimemente opinaron que el boto de castidad echo por mi mujer era nulo, atendiendo á su cortisima edad: que era contrario á las reglas de la iglesia galicana, á la jurisprudenzia de los tribunales de Franzia, i aun á los cánones del conzilio de Trento, á los que mis adbersarios profesan una sumision ilimitada: alló tambien que en realidad su ija no izo aquel boto, pues que protestó publicamente que jamas tubo intenzion de azerle, i que aun en su ausenzia se abian echo pruebas incontestables de ello.

„Mas, aun cuando mi matrimonio no fuese lejítimo segun los prinzipios de Roma ¿con qué cara se atrebe mi acusador á azerme un cargo? A olbidado la masima tribial de que para tener derecho á azer un cargo á otro es nezesario estar bien seguro de no poder ser acusado? ¿No sabe que yo puedo echarle en cara que es marido de su propia sobrina? Sin duda dirá que lo dispensó el papa: ¿empero tiene el papa mas poder que la naturaleza que se resiste á toda alianza inzestuosa? Por otra parte ¿no es berdad que para lograr aquel matrimonio fué nezesario que iziese morir á su primera mujer, aquella mujer en la que tenia ijos, aquella mujer, ija i ermana de los reyes de Franzia? Yo no supongo temerariamente este echo, ni se le atribuyo por resentimiento: en Franzia esiste la prueba de esta aczion orrible de que le acuso.

„Mas no fué este el único asesinato que el tal

matrimonio le izo cometer, sino que sacrificó tambien á su ijo único; sin lo cual el papa no ubiera podido conzederle la dispensa, ni para obtenerla él abria alegado el pretesto de no tener eredero baron. A este matrimonio debe pues atribuirse la muerte del desbenturado don Cárlos, á quien aunque se le notase algun defecto en su conducta jamas un crimen que pudiese justificar su condenazion, i aun menos escusar á un padre de aber empapado sus manos en la sangre de su propio ijo. I aun cuando éste ubiera sido realmente culpable ¿debió ser juzgado por frailes, por inquisidores, biles esclabos de la tiranía de su padre? A la nazion, á sus futuros basallos era á quien el rei debió acusarle, i ellos los únicos que le pudieron juzgar.

„Mas, ¿no pudo suzeder tambien que á un rei tan justo i equitatibo le ubiesen induzido á sacrificar á su ijo los escrúpulos de dejar á sus basallos en aquel eredero un prínzipe nazido de un matrimonio ilegítimo? Porque, señores, el matrimonio de Felipe con la madre de don Cárlos no fué menos opuesto que el segundo á las leyes de Dios i de los ombres. Cuando se casó con la infanta de Portugal estaba ya unido con los lazos del matrimonio, á Isabel Osorio, de la que abia tenido dos ijos Pedro i Bernardino. Este matrimonio le balió á Rui Gomez de Silba, prínzipe de Eboli, que le izo, su poder y su grandeza. Nadie ignora que en aquel mismo tiempo, este rei que aora toma con tanto calor el partido de la castidad, bibia en un abitual adulterio con otra mujer llamada Eufrasia: ¿i quién no sabe que obligó al prínzipe de Ascoli á que se casase con ella estando en zinta de él? Aquel desgraziado prínzipe murió, i todos los cortesanos españoles atribuyeron su muerte al

dolor que le causó la afrenta á que se le abia forzado á someterse, i á la cruel nezesidad en que se abia bisto de reconozer por su eredero al bastardo adulterino de otro: mas en realidad el rei fué el que le izo embenenar. Aquí teneis, señores, la conducta casta, i las costumbres puras de este mismo rei que oi se atrebe á denigrar mi matrimonio calificándole de una biolazion manifiesta de las sagradas leyes de la castidad.

„Daré fin á mi apolojía despues de azer algunas obserbaziones sobre la naturaleza i sobre la espezie de sentenzia de proscripzion que a pronunziado contra mí. En esta parte del edicto es en la que el rei ó algun bil instrumento de su tiranía a empleado las espresiones mas fuertes i aterrorizadoras; empero no me causan mas miedo que le causaron los anatemas de Clemente VII al prínzipe Filiberto mi pariente, cuando le sitió é izo prisionero en el castillo de Santanjelo. Despues de las pruebas que e dado del poco temor que me inspira el poder de Felipe; despues de azer frente por tantos años á sus mejores jenerales i á los numerosos ejérzitos que mandaban, es bien pueril que piense intimidarme aora con esta proscripzion con las declamaziones que contiene, i los términos injuriosos de que se bale. Menos motibo tengo aora que antes para temer los atentados de esos miserables que quiere armar contra mí. No ignoro que antes a ofrezido grandes recompensas á embenenadores, i otros asesinos para estimularles á que me quitaran la bida: entonzes obraba en secreto; mas oi me adbierte publicamente de sus proyectos sanguinarios. Espero con la asistenzia de Dios i de mis amigos el no tener que temer sus infernales maquinaziones, i que á pesar de ellas bibiré todo el tiempo que nezesiten los intereses i la prospe-

ridad de los pueblos á quienes e consagrado la duracion de mi bida.

»Lo que aumenta mi confianza es la indignazion jeneral que an causado i aun causan los medios de que mi enemigo se bale para destruirme. Estoi persuadido que no ai una nazion en Europa ni un prínzipe en el uniberso, si se eszeptuan el rei de España i los españoles, que no miren como barbaro é indecoroso el autorizar así i aun alentar publicamente á el omizidio i al asesinato: empero todos los sentimientos de umanidad i de onor son aze mucho tiempo desconozidos del rei de España i de sus basallos. El recurrir Felipe á un asesino para desazerse de un enemigo que no le oculta ni su odio ni su desprezio, es confesar á la faz del uniberso entero que no tiene esperanza de benzerle por la fuerza de las armas. ¿No es una confesion auténtica de que teme los esfuerzos que contra él puedo azer? ¿i no es bergonzoso, infame i bajo el azer tal confesion? Mas, la infamia i la bajeza de su conducta son mayores que absurda la eleczion de las recompensas que promete á los ejecutores de su cruel proyecto. No solo les promete dinero, sino tambien nobleza i onores; como si el amor de la gloria pudiera influir de algun modo en un ombre capaz de cometer una aczion que le desonraria i aria jeneralmente detestable. Si un noble tubiese la desgrazia de dejarse seduzir por la esperanza de las promesas de Felipe, desde el momento que se iziese digno de ellas no perderia su nobleza? ¿i quién no tendria á desonra el formar con él ninguna espezie de enlaze? Así lo ha reconozido asta mi propio enemigo, dado que mas particularmente se dirije á los criminales i malechores. «A fin, dize, de que lo por mí mandado tenga mas fázil i pronto

cumplimiento, i deseando castigar el bizio i recompensar la birtud, prometemos bajo nuestra real palabra, i como ministro del Señor, á cualquiera que tenga bastante balor, i el amor del bien público nezesario para ejecutar nuestras órdenes i librarnos de esta peste de la soziedad que le aremos dar en tierras, ó dinero cual mas quisiese la cantidad de beinte i zinco mil escudos: si ubiese cometido cualquier crimen por enorme que sea le prometemos indultarle, i si no es noble ennoblezerle á él i á cuantos le ayuden i ausilien.» No es esto, señores, combidar á todos los malechores, i á todos los que la soziedad a desterrado de su seno? No ai crimen por enorme que sea que no se perdone: no ai criminal por mas abominable que pueda ser que no se le colme de onores. Un rei que tales promesas aze, i que imboca el ausilio de jentes de esta laña ¿tiene derecho para arrogarse el título de ministro de Dios? un rei que no aze diferenzia entre el bizio i la birtud: un rei que sin abergonzarse declara publicamente su ánimo de conzeder recompensas i onores á ombres manchados con los crímenes mas atroces? En berdad, señores, que me regozijo de berme perseguido por un ombre á quien la conzienzia permite emplear medios tan impios: los deprabados sentimientos del corazon de mi acusador son un testimonio de mi integridad.

»Creo que lo dicho basta para justificarme de las falsas imputaziones de que está lleno el edicto de proscripzion. No acabara jamas si entrara en la descripzion de las crueldades por Felipe ejerzidas en los Paises-Bajos, i las injustizias que en ellos a echo; esta descripzion ubiera sido ademas inútil: bosotros abeis sido espectado-

res de aquellas eszenas orribles, i bíctimas tambien de la opresion.

„Mas antes de acabar debo suplicaros que reflesioneis seriamente sobre los medios á que se be obligado á recurrir nuestro enemigo para lograr sus deseos. Esta infame proscripzion, el trabajo i cuidado que él i sus ministros se toman continuamente para sembrar la dibision en estas probinzias, demuestran que no tienen esperanza de rendirnos por fuerza de armas miéntras permanezcamos unidos.

„Solo mi ruina es lo que se proponen. Si la muerte ó el destierro me quitasen de en medio de bosotros dize Felipe que la tranquilidad se restablezeria prontamente en los Paises-Bajos. Ya entendeis de que tranquilidad abla. Acordaos de la situazion en que os allasteis antes de mi buelta á estas probinzias cuando jemiais bajo la opresion tiránica del duque de Alba. Si fuera ziérto que mi destierro pudiera libraros de buestras calamidades no tendria Felipe nezesidad de asesinos ni embenenadores. Cuántas bezes me e espuesto boluntariamente á los mayores peligros por buestra defensa! A bosotros toca juzgar si mi bida i mi presenzia son útiles ó perjudiziales al bien de estas probinzias: á bosotros solos y no al rei de España soi responsable de mi conducta: bosotros teneis sobre mí un poder absoluto: disponed como mejor os parezca de mi persona i de mi bida: mandad i obedezeré: ejerzed la autoridad de que os reconozco rebestidos: pronunziad mi destierro ó mi muerte si juzgais uno ú otro nezesario al bien jeneral.

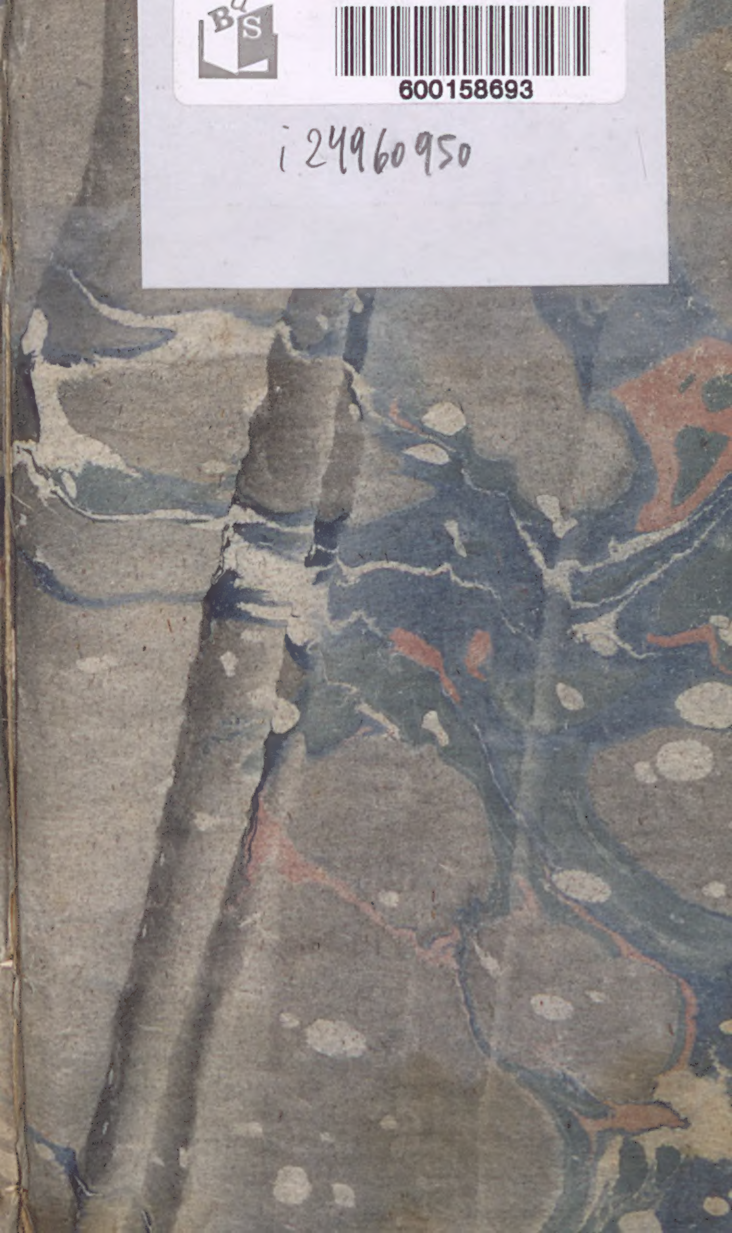
„Empero si por el contrario os a combenzido mi conducta pasada, como me lo prometo, de la sinzeridad de mi zelo i de mi adesion; si mi larga esperienzia os inspira confianza en mi

abilidad para dirijir buestros negozios, continuaré empleando en buestro serbizio los talentos de que el zielo me aya dotado, esperando tendreis presentes las esortaziones que os llebo echas de que conserbeis entre bosotros la armonía i la concordia, que os ocupareis bosotros mismos con el mayor bigor en defender el pueblo que os abeis obligado á protejer, seguros de que con la grazia del Todopoderoso un buen esito coronará buestros afanes.

SUMARIO

de lo contenido en los libros de este segundo i último tomo.




B
S
600158693
i 24960950



845
ISTORIA
DE
FELIPE
II
2
9


colorchecker CLASSIC
mm